

ALEXANDRA RISLEY

EL  
DE BOSQUE  
Laurel



EL BOSQUE  
DE *Laurel*



ALEXANDRA RISLEY

EL BOSQUE DE LAUREL

©Alexandra Risley

1° Edición, Junio 2016

ISBN Digital: 9789801287865

Depósito legal: 25220168001736

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

Diseño de interior: Alexandra Risley

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografía: Aleshyn\_Andrei/Shutterstock.com

Twitter: @AlexRisley

Instagram: @AlexandraRisley

Facebook: <http://www.facebook.com/alexandrarisley>

Goodreads: <http://www.goodreads/alexrisley>

*La inocencia es más a menudo una felicidad que una virtud*

Anatole France

# Capítulo 1

*En algún lugar de Gloucestershire, 1882*

Había algo perturbadoramente extraño en la tarea de prepararse el té por su propia mano, pensó Laurel mientras vertía el agua humeante en la tacita de peltre. Josephine, la criada chata y pecosa de Kempshall Court, era quien se ocupaba de la preparación del té matutino, servido con nata o azúcar en fina porcelana Wedgwood, pero a falta de sirvientes en aquella choza nefasta donde ahora se encontraba, no había más alternativa que improvisar.

Fue poco más que una hazaña hallar un saquito de *Earl Grey* en el fondo de un cajón de la cocina y algunos terrones pegajosos en la azucarera, por ello no se sorprendió por la ausencia de leche en la despensa. Y ni hablar de harina, legumbres y verduras; de eso tampoco había rastros, para su completa exasperación.

Maldita sea. ¿Para qué le daba dinero a Gretty?, gruñó mientras revolvía furiosa su inusitada creación. ¿Si no era en provisiones, en qué se lo gastaba la muy bribona? ¿Acaso había estado muy ocupada últimamente como para salir al mercado? De seguro no había sido haciendo la limpieza.

Con el ceño fruncido, echó un vistazo al tétrico panorama que la rodeaba. Reparó en el revoltijo de ropa sucia, desparramado sobre el mismo suelo de tablones sueltos por el que más temprano había escuchado corretear a un grupillo de ratas. Advirtió que el montón de objetos que su anfitriona recolectaba de la calle y acumulaba sin ningún propósito lógico se había incrementado. Una rueda de carruaje inutilizable, una bombilla eléctrica inservible, una letra de madera que quizá en otros tiempos había conformado el nombre de algún comercio del pueblo y un mugroso gorrito de lana, que un niño había perdido en su incursión al bosque, seguramente, se habían añadido a la colección. Y todo eso no hacía más que rematar la decadencia de aquella vivienda, ya de por sí caótica, desvencijada e insalubre.

Alguna vez, Gretty había poseído una casita mejor en aquel claro, pero

hacía casi veinte años un incendio la había devorado. Armada con más resolución que técnica, la gente del pueblo le había construido aquella cabaña que el clima y la desidia se habían encargado de asolar. Los maderos del techo y los muros, socavados por la polilla, parecían tan endebles que era lógico pensar que la casa entera cedería con la próxima lluvia o con una borrasca particularmente enérgica.

La sola visión mental de la cabaña, desplomándose sobre Gretty, hizo que Laurel se estremeciera.

Entonces, aquel tétrico pensamiento colisionó con el sabor del té recién preparado, y una brusca arcada le sobrevino. ¡Detestable!

Si Clementine estuviera allí diría que sabía a agua de pasto. Era una de sus frases célebres para quejarse de un pésimo té. Claro que, Laurel no entendía cómo era que su hermana conocía el sabor del pasto. Solo el ganado se alimentaba con aquella cosa, hasta donde sabía... A no ser que alguna vez Clementine lo hubiera probado, movida por la roedora curiosidad de conocer el sabor del pasto. La misma Laurel, desde el despertar de su consciencia, se había visto rebosada por cuestiones como aquella: preguntas que nadie jamás se había hecho y que según su madre resultaban inapropiadas, chocantes... demenciales.

Sacudió la cabeza, recusando una idea tan descabellada. Clementine, la majestuosa lady Feham, jamás cometería una tontería tan grande como probar el agua de pasto, aunque la curiosidad por conocer su sabor fuese acuciante. Ella era correcta, serena, juiciosa, como ninguna otra mujer que hubiera conocido en su vida.

Había una sola loca en la familia Kirkeby, y esa era Laurel.

Y quizás era esa la razón por la que su única compañía tolerable en el mundo —a menos que se produjera una discusión imprevista— era la de una mujer que estaba un poco más loca que ella. *La loca de Gloucester*, para ser más específica.

Dejó la taza sobre una caja de verduras que hacía las veces de mesa de

centro, y miró con seriedad a su anfitriona, que tenía la cabeza ladeada y la mirada clavada en la vista que brindaba el ventanuco de su cabaña.

Gretty rondaba los sesenta años, pero lucía mucho más vieja. El tiempo y la enfermedad que nublaba su razón desde aquel fatal incendio la consumían con avidez. Llevaba el cabello largo y desaseado, poblado de canas y piojos, recogido a la altura de la nuca. En la lejanía, ese cabello liberado lucía como una cortina de lana ambulante, el rasgo más característico de aquella mujer miserable. El rostro, mustio y ajado, recordaba a la corteza de un árbol, y así de anfractuosa era su textura. Los ojos, frecuentemente legañosos y perdidos en algún chiflado ensueño, habían mudado con los años de un azul diáfano y amable, a un gris lechoso, lastimero, fantasmal.

Gretty solo vestía andrajos y vagaba por las calles recogiendo cualquier porquería mal parada en la calzada o en las ventanas de las casas, costumbre que le había granjeado unos cuantos problemas con la ley. Pero al final, todo quedaba olvidado pues, nadie se tomaba en serio las afrentas de la buena de Gretty, la loca de Gloucester, de Winchcombe, de Cheltenham y de las aldeas aledañas.

Desafortunadamente, había dejado de ser la mujer alegre con la que Laurel correteaba por el bosque, la que le preparaba el té y las galletas de pasas en su humilde fogón; la que le abrigaba antes de dormir; la que adivinaba sus tristezas y le brindaba el consuelo que su alma precisaba. El consuelo que difícilmente podía hallar en los suyos.

Laurel había sido asidua visitante de aquella cabaña desde los seis años, y aunque a menudo sentía náuseas por los fétidos olores y encontraba imposible conciliar el sueño sobre el rígido camastro destinado para ella, no había otro lugar en el mundo donde prefiriera estar.

En realidad, jamás había conocido más hogar que aquel basurero en el medio de la nada y más madre que aquella mujer tocada y harapienta.

—¡No puedes seguir viviendo aquí! —La voz de la joven sonó autoritaria, pero para los oídos de Gretty, no fue más significativa que el zumbido de una mosca. —¿Me estás escuchando, Gretty?— Con ambas manos, la loca se rascó

los muslos sobre la sucia falda e hizo un sonido gutural por toda respuesta.

Laurel pestañeó repetidamente. Su taza de té rancio se enfriaba sobre la caja de verduras. Puso los ojos en blanco al comprender lo que sucedía. Entonces la zarandó por un hombro, como solía hacer para sacarla de sus memorables y cada vez más frecuentes extravíos, con lo que Gretty empezó a reaccionar.

—¡Te estoy hablando! ¡Respóndeme!

La anciana le miró con ojos cansones, como quien acaba de despertar de un sueño plácido y profundo.

—Ah, ¿tan pronto volviste de la escuela, Ruby?

Por un instante, Laurel la observó con un rastro de pena. Su tono se suavizó.

—No, no soy Ruby. Soy Laurel y te estoy diciendo que debes dejar este lugar antes de que el techo te caiga en la cabeza.

—¿Dejar la casa? ¿Otra vez con eso, Ruby? ¡No voy a dejar mi casa! ¿Adónde quieres que lleve a Tommy y a Lucas? ¿Dónde quieres que pasen el invierno? ¿En el hueco de un árbol, muchacha estúpida?

Maldición... Cuánto le costaba hacerse la tonta cuando Gretty hablaba de sus hijos. Había visto suficientes médicos en toda su vida como para saber que debía seguirle la corriente, pero Laurel no podía hacer eso.

No podía mentir. No sabía hacerlo.

—Ven conmigo a Kempshall Court. Sabes que allá hay espacio. Estarás bien.

Gretty chasqueó la lengua y le miró incrédula.

—¿A la casa grande? ¿Y los niños qué?

—Gretty, ellos no... —Laurel sacudió la cabeza, pesarosa. Deseaba hacerle entender que Ruby, Tommy y Lucas estaban muertos... pero, ¿qué ganaba con



ello? Siempre que lo hacía, Gretty convulsionaba y le costaba mucho reponerse; a veces se ponía agresiva; otras, lloraba como una niña pequeña. Quizá toda la runfla de loqueros que había desfilado por casa de Laurel, buscando curarla de su enfermedad mental, tuviera razón. Quizá la mentira fuera un bálsamo efectivo para aplacar el dolor de la pérdida—. Los niños... vendrán con nosotros. ¿Qué dices, Gretty?

Preguntó aquello con la cabeza gacha. Cada vez que intentaba contar una mentira, el labio inferior le hormigueaba, el corazón se le aceleraba y su imposibilidad de mirar a los ojos de su interlocutor recrudecía, como le sucedía ahora mismo. Si su propia familia sospechara lo difícil que le resultaba mentir, no la habrían llamado mentirosa todos esos años.

La anciana cruzó los brazos y frunció los labios. Se quedó pensativa, pero no tardó en dar su veredicto.

—¡No!

—¿No? —Repitió Laurel con ojos saltones.

—¡No me voy a ningún lado, Ruby! ¿Qué tal si entra un ratero y se lleva mis cosas? —Cuando Gretty decía *mis cosas* se refería a su basura, claro estaba—. No voy a dejarlas para que se las lleven esos malditos ladrones de casas. ¿Qué tal si las ponen a vender en el mercado? ¿Qué tal si...?

—¡Nadie compraría esas porquerías! —Gritó la otra, que no contaba con la paciencia entre sus virtudes—. ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no te das cuenta de que la casa está a punto de venirse abajo? ¿Estás tan loca que no puedes ver lo obvio? —Se levantó de golpe y, furiosa, comenzó a caminar de largo a largo por la habitación. Con cada paso, la madera del piso rechinaba como muelle y los tablones se movían amenazadores—. Cuando el viento sopla los muros se tambalean y el techo cruje como si estuviera a punto de venirse abajo. Si te quedas un día más, Gretty, podrías morir bajo un montón de escombros.

—¡Pues moriré entonces! —rezongó.

Laurel estaba horrorizada, y su furia crecía con cada segundo y con cada

disparate que salía de la boca de Gretty.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Moriré, moriré, moriré, moriré...!

—¡Cállate! —Gretty acertó a cerrar la boca.

—Nadie echará en falta a una vieja loca.

«Yo te echaré en falta», pensó Laurel, pero fue incapaz de decirlo en voz alta.

—Pero... pero...

—Si he de morir, que sea aquí, donde murieron mis hijos chamuscados. No voy a ir a la casa grande, ni a ningún lado, ¿me has oído?

Los ojos le brillaban con una determinación que pocas veces le había visto. Era como un relámpago de lucidez, pero empapado de locura. Laurel debió haber sentido alivio porque Gretty había vuelto en sí, pero lo cierto fue que experimentó una tristeza honda. No deseaba imaginarla muerta bajo el peso de su cabaña. No deseaba imaginarla muerta de ninguna manera. La sola idea de perder a su nana le hacía tambalearse en aquel mundo extraño donde había sido arrojada, y que aun no comprendía del todo.

¿Cómo era capaz Gretty de pensar en morir? ¿Cómo podía desear dejarla a su suerte? ¿Qué sería de Laurel sin ella? ¿Adónde iba a ir cada vez que se hartara de su casa, de su marido, de su horrible familia, que desde que tenía memoria la trataba como a un bicho raro?

La autocompasión, detonada por un miedo desgarrador, se tornó en ira.

—Bien, ¡pues entonces muérete! —Gritó, y de un manotazo volcó el servicio de té que se había quedado frío y olvidado sobre la caja de verduras—. Muérete aquí en tu maldita ratonera. ¡Te odio! ¡Te odio, desgraciada loca!

Gretty se cruzó de brazos, alzó el mentón, y la observó impasible.

Sin duda, Laurel odiaba mentir, pero inexplicablemente, había mentiras que brotaban de su boca sin antes pasar por su cabeza; esto sucedía cuando la ira la poseía al punto que sus ojos se inyectaban en sangre y las palmas de sus manos acababan agujereadas por la presión de sus uñas. Su mal carácter era legendario; el dolor de cabeza de su madre; la razón de la apatía de su padre, del rechazo de sus hermanas y más recientemente, de las burlas crueles de su marido.

—¡Ojalá te mueras, Gretty! —Continuó ante la mirada impertérrita de su antigua nana, que estaba bien acostumbrada a las pataletas de la muchacha—. Ojalá ardas y luego se derrumbe tu casa y te sepulte viva. Y... ojalá la gente que pase por aquí escupa sobre tu tumba. ¡Espero no volver a verte nunca!

Laurel tomó su capa y salió de allí dando zancadas iracundas. El pecho le dolía y los ojos le ardían; sus lágrimas pujaban por ser liberadas, pero no las dejó salir. Prefirió atragantarse con ellas y no mirar atrás. Tan solo deseaba marcharse de la cabaña de Gretty y no ver nunca más a esa loca ingrata que prefería a sus horribles hijos muertos antes que a ella, que estaba viva.

Gretty también le había fallado y eso no podía significar otra cosa: que Laurel no era digna del amor de ninguna persona.

Vaya sorpresa.

Con ese ánimo endemoniado recorrió el sendero que le era tan familiar, aquel bosque de hayas y robles por el que ella y Gretty habían jugado a sus anchas; por donde habían escondido piñones pintados en lugar de huevos de chocolate por las Pascuas, para hacer que la otra los encontrara. El mismo bosque donde una vez, siendo una niña, Laurel se había visto acorralada por un furioso jabalí salvaje; entonces su nana había aparecido con un hacha y lo había matado.

Naturalmente, todo aquello había ocurrido después de que la madre de Laurel, horrorizada por la forma en que la otrora eficiente y tímida señora Greta Gowan había enloquecido tras la muerte de sus hijos, la echara de la

mansión, arguyendo que ya no era adecuada para desempeñar el trabajo de niñera. Fue entonces cuando Laurel, negada hasta la furia a perder a su querida Gretty, comenzó a evadirse con frecuencia para encontrarla.

Por años, la presencia de la niña solía alegrar a la perturbada mujer, le distraía de sus pensamientos fúnebres, y Laurel, poco tolerante a los cambios de entorno, volvía a encontrar el equilibrio que su mente atolondrada y su corazón caprichoso tanto necesitaban. Casi no le importaba la hora y media de camino que debía salvar cuando iba a visitarla y las reprimendas de sus padres cuando volvía, días más tarde, mugrienta y llena de rasguños tras su paso por el bosque.

Pese a las amenazas y gritos, Laurel jamás dijo dónde había estado.

Pero ahora todo había cambiado, Gretty sucumbía ante su enfermedad; era más terca y menos amable. Laurel debía aceptar que los bellos momentos de su niñez habían quedado en el pasado y que la nana cariñosa y comprensiva prefería morir antes que quedarse con ella, aunque eso le partiera el alma.

El camino hasta Kempshall Court era extenso, pero la joven lo recorrió sin contratiempos, con la presteza de alguien que conoce cada piedra y cada meandro alrededor como la palma de su mano. Se ajustó el capuz de la capa que solía usar en sus frecuentes escapadas, para ocultar su identidad de los transeúntes con los que pudiera toparse, y traspasó con pasos diligentes el paisaje de colinas escarpadas, de altísimos árboles centenarios y de suelos cubiertos de hojas doradas.

Al menos la caminata le había permitido sosegar su coraje.

Más tarde, con el sol en su cénit, había alcanzado su objetivo: la majestuosa mansión de piedra de *Costwolds* del siglo XVI que era su hogar desde que contrajo matrimonio con Aldous Tame, el vizconde de Colvile. La visión de aquel lugar, tan frío como ostentoso, fue un recordatorio de su tedioso presente. Dando un largo suspiro, se retiró el capuz y comenzó a acortar el camino hasta la casa.

Kempshall Court era conocido por sus fastuosos jardines, que evocaban el encanto y simpleza de una pintura clásica. Una verde planicie recibía a los visitantes, antes de sumergirlos en una rica conjunción de árboles y ornamentos. Los antepasados de Colvile habían mandado a construir un estanque con cascadas y puentes de piedra, que junto con los cinturones de árboles, macizos y arriates de plantas y flores, conformaban una atmósfera de ensueño.

Semejantes dominios, que eran la devoción del señor de la casa, estaban bajo el prolijo cuidado del señor North, un campesino de Charlton Abbots entrado en años, pero tan robusto como un gladiador, y su nieto de dieciséis años, Jeremy, quien le ayudaba con un afán que compensaba su falta de habilidad. O al menos eso decía su abuelo cuando debía justificar sus faltas.

Laurel apenas se adentraba en la arboleda cuando vio al muchacho a lo lejos, haciendo denodados esfuerzos para manipular la azadilla con la que pretendía cavar un agujero en el suelo. Se detuvo detrás de un árbol para observarlo. Era casi como ver a un niño tratando de blandir una espada medieval.

Jeremy era delgado como un junco, y tan pálido que a veces le parecía estar contemplando a un espectro. Tenía manos pequeñas y vacilantes, y se movía con torpeza entre los aparejos de la profesión que su abuelo le había endosado. El señor North lo había traído como ayudante hacía menos de un año, y se había ofrecido a enseñarle los gajes del oficio para que los vizcondes le emplearan en la gran casa.

Colvile había estado de acuerdo con la nueva adquisición del viejo jardinero; Laurel no había opinado al respecto. Como sucedía con casi todos los asuntos domésticos, prefirió mantenerse al margen. Tan solo se había limitado a señalar que un muchachito con semejante complexión no estaba hecho para el trabajo pesado del jardín.

Si en aquel entonces hubiera sido un poco más observadora, se habría percatado de la verdadera razón por la que Jeremy North trabajaba en Kempshall Court.

La joven se recogió las faldas e ignorando lo que sabía sobre el joven aprendiz de jardinero, retomó su camino hacia la mansión.

Y entonces reconoció el carruaje de lady Burghill, su hermana, detenido frente a la majestuosa entrada. Frunció el ceño con disgusto. Becky sabía cuánto odiaba la improvisación, por ello siempre se anunciaba antes de hacerle una de sus frecuentes visitas. Pero no había sido así en esta ocasión.

Se la encontró despidiéndose de Colvile a las puertas de la mansión, y no pudo evitar notar un gesto inusual tiñendo sus bellas facciones. A Laurel no se le daba bien interpretar la gestualidad de la gente, pero en esa ocasión se aventuró a presumir que su hermana estaba triste. No era extraño, siendo que Becky siempre había sido la más emotiva de las Kirkeby.

—¡Oh, hermana! —Exclamó lady Burghill no bien vio a Laurel aproximarse por el jardín—. Ahí estás. ¡Gracias al cielo!

Becky la atrapó en un ceñido abrazo. Como era costumbre, Laurel dejó que la estrujara mientras permanecía tensa e inmóvil. La estrechó con aquellos brazos particularmente ansiosos y le pareció escuchar un gemido ahogado, mientras trataba de ignorar su propia dificultad para respirar.

La razón para aquella invasiva muestra de afecto, inventada no sabía por quién, seguía siendo un misterio.

—Cariño, le decía a tus hermanas que has ido a dar un paseo—, farfulló su marido lanzándole una de sus miradas tan significativas—. Te has demorado bastante.

Se suponía que no regresaría hasta dentro de varios días, así que su presencia allí debió haber sorprendido a Colvile. Ni ella misma habría sospechado que se pelearía con Gretty y que antes de marcharse de su choza le gritaría su supuesto odio.

Mientras se separaba de la afligida Becky, Laurel notó asombrada que Clementine también había venido. Estaba habituada a las visitas de su hermana más cercana en edad y trato, pero ¿qué rayos hacía allí Clementine?

Aquellos ojos azules la observaban con la misma petulancia que le habían mostrado toda una vida. Para su desagrado, Laurel compartía el tono mediterráneo de esos ojos, y el dorado vivaz de aquella cabellera, levantada en un tocado discreto y presuntuoso. Había, de hecho, múltiples similitudes físicas entre las tres hermanas, cuya gracia era conocida a lo largo y ancho del condado, pero aun no había nadie que pudiera objetar que Laurel era, sin duda, la más hermosa.

«Es una pena que esté como una cabra», solía murmurar la gente tras reconocer este hecho.

La joven advirtió que sus dos hermanas vestían de negro. Una elección un tanto tétrica para una visita meridiana, pensó.

—Laurel... hemos venido a informarte que... —Becky sollozó. Sus palabras se desparramaron con un ligero gorjeo— que nuestro querido padre ha fallecido.

Tras aquella revelación, Becky se echó a llorar. Hacía un ruido curioso, como de gripa flemosa y un ataque respiratorio. Su hermana pequeña la observó con creciente ansiedad, deseando tener un pañuelo a la mano.

Gracias a Dios, Colvile se le adelantó y le entregó el suyo.

Las lloronas la ponían nerviosa. En realidad muchas cosas la ponían nerviosa.

—¿No lo has oído, acaso? —Gruñó Clementine, que se enjugaba una lágrima furiosa mientras seguía taladrándola con la mirada—. Padre ha muerto. Anoche se puso peor y mandamos a buscar al doctor, que no le dio ni veinticuatro horas de vida. Se nos ha ido en la madrugada. Madre está destrozada; nos ha pedido que vengamos a darte parte.

Laurel seguía sin mostrar otra reacción más que la incomodidad por el llanto de su hermana. Su padre llevaba muchos años enfermo; era de esperarse que algún día se fuera «al otro mundo», como llamaba la gente al cementerio. La gente moría todo el tiempo. Incluso Gretty quería ser parte de la tradición,

aunque antes de tiempo.

Mientras deshojaba aquel pensamiento, sintió tres miradas posadas en ella y sintió un escalofrío de expectación. Todos aguardaban por algún comentario suyo. Aquel era uno de esos momentos en los que se esperaba que hiciese un movimiento convencional o dijera lo correcto; esos momentos que tanta frustración le causaban. Las manos le sudaban, la boca se le secó de pronto.

—Lo siento —dijo al fin. Y entonces la mandíbula de Clementine se desencajó de su rostro—. Le enviaré a madre una cesta de frutas... —agregó de prisa pues, por la expresión de su hermana, sabía que había dicho algo inapropiado.

Dos pares de ojos la observaron brotados, colmados de indignante escepticismo; y otro par, con soberano aburrimento. De inmediato supo que aquella tampoco había sido la reacción esperada. ¿Las personas enviaban frutas o flores cuando alguien moría?

O quizá... ¿un pudín?

—¡Esto es intolerable! ¡Ahí lo tienes, Rebecca! ¿Pensabas que conmostrarías a una loca con la noticia de padre? ¿Para eso vinimos hasta aquí? ¿Para ver cómo se burla de nuestra desgracia?

Maldita sea. Odiaba los gritos, pensó la joven mientras se tapaba los oídos con los dedos. Los alaridos de su hermana eran como púas filosas rascando su cerebro y que la transportaban a su niñez. Clementine despotricaba y sacudía el dedo índice enfurecido en dirección a Becky, y luego hacia Laurel, que escuchaba a medias.

—Laurel, tu padre ha muerto, por el amor de Dios —masculló Colvile—. ¿No sientes pena, acaso? ¿Qué clase de ser humano eres?

—No le pidamos demasiado a la princesita —gruñó Clementine.

—Déjenla en paz —Con gesto protector, Becky le rodeó la cintura con un brazo. Como siempre, era ella la única que salía en defensa de Laurel—. No comprende lo que está pasando. Su estado no le permite asimilar la noticia.



¿Es que no lo ven?

—Esto es insólito, Rebecca. ¿Vas a justificar este comportamiento tan ofensivo?

—¡Laurel está enferma! —Aulló lady Burghill—. ¿No lo ves? ¡¿Acaso aun no comprendes que nuestra hermana es como una niña?!

—¡Eso ya lo sé! Y también sé que es la persona más egoísta que ha existido jamás. Apuesto a que está contenta por lo que le sucedió a nuestro padre. A ella nunca le ha importado ninguno de nosotros.

La joven, que escuchaba en silencio la discusión entre sus hermanas mayores, se sintió repentinamente exhausta. Era como volver a la época en la que Clementine se quejaba de «la retrasada» de su hermana y exigía al servicio que la mantuvieran bajo llave cuando sus distinguidas amigas venían a jugar a casa. Solía escuchar cómo las otras niñas se burlaban de ella y de cómo prefería jugar sola, corretear a los pavorrales por el jardín o masticar el cabello de sus muñecas, en lugar de peinarlas o ponerles ropita. Clementine, entre avergonzada y nerviosa, celebraba las burlas crueles de las niñas.

A Laurel, todo el desprecio que Clementine y sus amigas le mostraban le tenía sin cuidado, y quizá era esa la razón por la que ella se enfadaba tanto.

Era una suerte que aquellos momentos hubieran quedado atrás.

Poco después, Becky y Clementine se habían marchado, y Kempshall Court había quedado otra vez en silencio, para alivio de Laurel.

Estaba deseando llegar hasta el cuarto de dibujo para pintar una curiosa flor que había visto de camino al bosque. La recordaba con asombrosa nitidez, como todo lo que sus ojos percibían. Era amarilla, con diminutas motas magenta y café, y sus pétalos se ondulaban hacia afuera con coquetería. Iba a costarle trabajo lograr el tono de amarillo perfectamente degradado, pero no le importaba. Tenía suficientes latas de pintura para mezclar, y tiempo de sobra para perderlo en su pasatiempo favorito.

Se puso manos a la obra. Cogió un botecito de porcelana y comenzó a mezclar el contenido de varios envases de pintura con la prolijidad de una cocinera experimentada.

Estaba enfrascada en su tarea, cuando Colvile entró en la habitación sin llamar a la puerta.

—Así que ni una lágrima por el viejo —masculló con una sonrisa ladeada. Laurel le echó una mirada de fastidio, sin dejar de batir los colores con su pincel de pelo de cerdo—. ¿Sabes, querida? Lo mejor de estar casado contigo es la continua novedad. Había apostado a que te quebrarías, que gritarías y que sufrirías una de tus populares crisis de nervios... pero mira qué equivocado que estaba —una risa ronca brotó de su garganta—. Eres una desalmada, esposa mía.

Aldous era un hombre pulcro y atractivo, para quien la belleza y la buena imagen poseían un valor más allá de lo usual. Tenía la edad para ser el padre de Laurel, pero se conservaba tan bien que algunos desconocidos no llegaban a notar este hecho. Ello era porque ponía un especial cuidado en su apariencia y su cuidado personal, al punto que, desde la juventud se había ganado el mote de *dandi*. Con su cabello rojizo, ligeramente entrecano, ojos verdes gentiles, barba acicalada, modales fascinantes y atuendo siempre a la moda, Aldous Tame era un verdadero encantador de serpientes que acaparaba la escena y robaba las miradas, allí donde iba.

Antes de su muy comentado matrimonio con Laurel, muchas cotillas en Londres se preguntaban qué clase de dama podría ser la esposa idónea para un caballero tan excepcional. Los rostros más cínicos de la buena sociedad de Londres torcieron el gesto al enterarse de que la hija menor de los Kirkeby, la pequeña y hermosa demente que se hacía por igual con la lástima y la envidia de las otras muchachas casaderas, había sido la elegida.

—Estoy ocupada —musitó la joven sin apartar la vista de su tarea.

—Eres un cofrecito de monerías —apuntó él al tiempo que revisaba sus uñas, prolijamente arregladas por el mozo de cámara—. A veces creo que no estás tan loca como dice tu familia o los médicos. Pienso que tan solo eres una

niña grande, profundamente egoísta, caprichosa y algo histérica cuando le quitan su juguete favorito de turno. Aparte de eso eres bastante práctica, debo reconocerlo.

—No estoy segura si me estás halagando o insultando, pero no me molestaré en averiguarlo —masculló mientras continuaba batiendo los colores.

—¿Ves lo que digo? —Aldous volvió a reír al tiempo que se acercaba—. Siempre dices algo que nadie ve venir, chica lista.

Laurel frunció el ceño al recordar las insólitas condiciones de su enlace con aquel hombre al que había terminado conociendo bien. Demasiado bien.

—Lo de mi padre no me sorprende. Estaba enfermo y algún día tenía que morir. No sé qué es lo que todo el mundo espera que haga o diga.

Laurel examinó el resultado de su mezcla. No estaba mal; un amarillo un poco más pardo de lo que hubiera deseado, pero de igual manera, útil. Era el momento de comenzar, se dijo. Tomó un pincel limpio de cerdas naturales, lo remojó en la mezcla de color y empezó a dejar sobre el lienzo virgen trazos cortos y firmes. Era una artista entusiasta, más proclive a la reproducción exacta de sus modelos que a la subjetividad, y a veces también tremendamente impaciente.

Colvile le arrancó el pincel para reclamar su atención; ella soltó un resoplido de profundo hastío. Él era perfectamente consciente de que la pintura era su vía de escape a la realidad, a las conversaciones insustanciales, y ahora le negaba ese derecho.

—No te estoy juzgando —musitó—. Jamás lo he hecho. ¿Por qué habría de empezar a hacerlo ahora? Este matrimonio es justo lo que pretendíamos que fuera. Tú tienes licencia de dar rienda suelta a tus excentricidades, como visitar a tu loca niñera en el bosque, y yo... —echó un vistazo significativo, más allá de la ventana, donde sus gloriosos jardines se extendían hasta perderse de vista— yo puedo hacer lo mismo. Un trato justo.

Ella no podía estar más de acuerdo. Otro hombre habría frenado en seco sus acostumbradas escapadas que duraban días, semanas incluso. Aldous era, la

mayor parte del tiempo, un marido útil que miraba hacia otro lado cuando Laurel necesitaba que lo hiciera. Y ella hacía lo mismo. Por ello, la convivencia entre ambos había sido tolerable.

—Sí —fue todo lo que acertó a decir mientras le lanzaba una mirada fugaz.

Su mano, inquieta por empezar a pintar, tomó otro pincel y comenzó el trabajo.

—El funeral será el sábado, en la mansión Kirkeby —agregó él, un tanto aburrido—. Lo mejor es que vayas preparándote para ver a mucha gente desfilar por tu antigua casa. Algunos intentarán abrazarte y darte algo de consuelo. Si eres inteligente mostrarás algo de pena o empezarán las habladurías...

Colvile volvió a arrebatarse el pincel estropeando una pincelada que se suponía debía ser larga y sutil. Maldijo en voz baja y el estómago se le encogió de solo imaginar a un montón de damas pululando a su alrededor, intentando consolarla, esperando que dijera lo correcto... y para colmo intentando abrazarla. Como si tener que volver a ver su implacable madre no fuese suficiente tortura.

—¿Esto es necesario, Colvile? —Su voz sonó particularmente aguda mientras observaba suplicante a su marido.

—Estrictamente, así que quita esa cara de res camino al matadero —Laurel lo observó confundida y enfurruñada. Las frases como aquellas la trastornaban. Dudaba que tales bestias contaran con la facultad de alterar su expresión ante la inminencia de la muerte. Pero, de cualquier modo, ¿qué sabía ella de expresiones faciales, de sentimientos en el reino animal o del temor a morir...?—. Dime que no darás problemas, Laurel.

Ella suspiró, resignada.

—No te preocupes por mí —rezongó enderezando la espalda.

—Bien, entonces iré a tomar mi siesta —sonrió satisfecho y le entregó los dos pinceles—. Te veré en la cena.

Colvile se marchó sin decir nada más y Laurel se quedó convenientemente sola. Viéndose libre de aquella molesta visita, volcó toda su atención en la pintura. La flor empezaba a tomar forma bajo el movimiento vehemente del pincel.

Después un tiempo indeterminado de trabajo, ese amarillo impreciso empezaba a disgustarle... quizá debió haber añadido marfil en lugar de crema claro.

Empezó a pensar en el sábado, en lo que vestiría y en el hecho de que volvería a casa de sus padres, con lo que las ganas de pintar su misteriosa flor silvestre se desvanecieron. Aun así, siguió intentándolo, lidiando con la rabia y la frustración a manos llenas, porque aunque estaba decidida a desechar aquella obra infame, era incapaz de dejar algo a medio terminar.

El encuentro con su familia suponía un reto para el cual no estaba preparada; uno que le hizo maldecir a su padre por haber muerto. Se empapó de alivio cuando la pintura estuvo acabada y se vio facultada para derramar un tinte negro sobre el lienzo. Al final lanzó el pincel sucio junto con los demás útiles de pintura y se prometió que pintaría la maldita flor, con todos sus detalles, aunque le llevara el resto de su vida.

Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana, en busca de un sople de aire fresco. Necesitaba recordar que estaba en otro lugar, que tenía una vida de la que no podía quejarse, una que estaba muy lejos de ser como la que había vivido en la mansión paterna. Quizás así, la fuerte presión en su pecho, y el frío en sus manos remitirían.

A lo lejos, divisó a Jeremy, que ahora se afanaba en podar los excesos de hojas que sobresalían de una pérgola del jardín. Lo envidió secretamente pues, ella a los dieciséis años estaba lidiando con un enjambre de loqueros y sus malditos métodos, mientras que aquel chico se pasaba los días plantando arbustos y atendiendo los parterres de flores de un idílico jardín.

«Vamos, Laurel. Solo será un día», se dijo para infundirse ánimo.

No podría zafarse de aquello, así que lo mejor era enfrentar el momento con

todo el valor que era capaz de reunir. Cerró los ojos y se enfocó en absorber el aire limpio que le llegaba de afuera.

Cuando volvió a abrirlos y su respiración se normalizó, advirtió el momento cuando un criado se acercaba a Jeremy y se lo llevaba de vuelta a la casa. Le vio acercarse a la mansión con pasos cansinos, un tanto renuentes.

Entonces, cuando el muchacho estuvo lo suficientemente cerca de su ventana, pudo apreciar mejor su rostro desconsolado.

Y entonces, aquella expresión de «como res camino al matadero» cobró sentido para ella.

## Capítulo 2

La residencia de los Kirkeby, enclavada en las verduscas praderas de Cheltenham, seguía tal como ella la recordaba. La mansión de ladrillo rojo dominaba un terreno de treinta y siete acres, rodeado de árboles, un jardín amurallado y un fecundo huerto. Laurel había pasado allí gran parte de su infancia; había jugado trepada en aquellos castaños, había perseguido animalitos de corral por esos jardines, había visto por primera vez a quien creía sería el amor de su vida, pero aun así, no atesoraba ni un solo recuerdo feliz de aquel lugar.

No había estado en el hogar paterno desde su boda con Colvile, hacía unos tres años, y se había mostrado renuente a volver a poner un pie allí, ni siquiera para visitar a su padre convaleciente. Ahora estaba en la obligación de hacerlo, y la idea la seguía turbando. Hizo acopio de valor mientras cruzaba la puerta de entrada del brazo de su marido.

Becky la recibió con otro incómodo abrazo. Iba ataviada en un vestido de tafetán negro, cerrado en el cuello con un delicado camafeo, en cuyo centro se distinguía una rosa negra labrada en azabache. Se veía hermosa y muy distinguida. Laurel lo señaló, pero Becky no le dio las gracias por el cumplido.

Como no era pariente directo de sangre, Colvile debió permanecer en el salón principal, en compañía de los maridos de las demás hermanas Kirkeby. Un nutrido grupo de amigos y gente cercana de Gloucester y Winchcombe había llegado para presentar sus condolencias a la familia. El deber de los hombres era atender a todos los visitantes y transmitir sus palabras de consuelo a las dolientes. Nadie, además de las hijas del difunto y algunas damas de buen nombre de la comunidad, tendría contacto con la viuda durante el largo periodo de luto riguroso.

Mientras ascendían por la gran escalera, Becky le recordó a Laurel que debía guardar la compostura y decir lo menos posible delante de su

desconsolada madre, a quien debía dirigirse a continuación.

Dos criadas vestidas de paño negro, que susurraban y batían sus plumeros contra las vistosas esculturas del pasillo, cerraron la boca con asombro al ver llegar a la hija menor. Una de ellas, incluso, dio un paso atrás y clavó la vista en el suelo cuando le vio pasar. Laurel sabía que en algunos casos su presencia infundía miedo, pero no era un hecho que le preocupara especialmente.

En la habitación de la señora Kirkeby reinaba un solemne silencio, y una penumbra que desconcertó a la joven. Pesadas cortinas de terciopelo, corridas en toda su longitud, impedían que la luz se filtrara hasta aquella triste estancia de la mansión. Los cortinajes del dosel de cama estaban cerrados, y el espejo principal, un óvalo gigantesco con marco de nogal, cubierto con paños oscuros. La ausencia de luz y el cargante ambiente de la habitación la sofocaron ligeramente.

No necesitó mirar debajo de la sombra de muselina negra que se posaba sobre un sillón Luis XV, como una temible aparición. Reconocía la apostura orgullosa y severa de su madre, aun en una situación tan excepcional. La señora Kirkeby mostraba gran dignidad, aun en su dolor y se mantenía inmóvil, con sus pensamientos y emociones reservadas, como la dama implacablemente correcta que era. Sostenía en su regazo, con manos enguantadas, un pañuelo que ameritaba reemplazo, y debajo, una vieja biblia. El resto de su ser era un misterio sepulto bajo la pesada columna mortuoria que le escondía de pies a cabeza.

Clementine y Corine Bradshawe, la antigua duquesa de Waldegrave y cercana amiga de la familia, atendían con diligencia a la exánime viuda.

—Laurel, cariño... te acompaño en tu dolor —susurró Corine con una dulzura desprovista de contacto físico—. Que desafortunado momento el que nos ha reunido hoy, primor, pero ya sabes que puedes contar con nosotros.

Se refería a la aristocrática familia que conformaba junto con su segundo marido, Martin, su hijo Devlin, el duque de Waldegrave y su esposa, Harmony. Laurel recordó que Devlin, que era un caballero tan exquisito, había contraído



matrimonio con aquella muchacha tan vulgar y poco agraciada y su mandíbula se tensó ligeramente.

—Gracias, Corine —acertó a decir, agradeciendo que no la hubiera traído consigo.

—Las dejaré a solas un momento. Querrás decirle algo a tu madre.

Dicho esto, la señora Bradshawe se retiró cerrando la puerta con excesivo cuidado.

—Madre, Laurel está aquí —masculló Clementine, mirándole con desconfianza—. Creo que ha venido a entregarte ese cesto de frutas.

—Clementine, por Dios —la reprendió Becky, susurrante—. ¿Te parece un momento oportuno para hacer bromas?

—No es una broma. Si ella misma lo ha sugerido.

Laurel ignoró a la mayor de sus hermanas y se plantó frente a su madre, que parecía no haberse percatado de su llegada. Ni siquiera había girado el cuello para mirarla, ni la había saludado con su meliflua pero estricta vocecilla.

—Buenos días, madre. Mis hermanas me avisaron ayer de la muerte de padre y yo... yo no supe cómo reaccionar —susurró insegura. La señora Kirkeby continuaba rígida e inmovible. Laurel echó una mirada dubitativa a Becky, y ésta la animó a continuar con un movimiento de cabeza—. Esto es tan... terrible. Sé por lo que estás pasando...

La viuda bufó.

—¿Lo sabes? ¿Cómo es eso posible? —dijo, y su voz destilaba escepticismo y resentimiento a partes iguales.

Laurel se estremeció.

—Madre, yo...

—Cuando tu marido abandone este mundo podrás hablarme con propiedad,

Laurel, no antes. Aunque, ya veremos si la muerte de Colvile puede despertar en ti una fibra de piedad —se secó las lágrimas por debajo del grueso velo de muselina—. Tú no tienes una idea de cómo me siento.

—No ha sido mi intención ofenderla.

—Tu sola presencia en esta casa es una ofensa. Jamás te interesó la salud de tu padre, jamás viniste a verlo, y ahora quieres hacernos creer que lamentas su muerte. ¿Cómo te atreves?

Sin darse cuenta, Laurel comenzó a jugar nerviosamente con los ribetes de tul de su chaquetilla negra. Las reprimendas de su madre no eran una novedad, pero esa vez sintió verdadera ansiedad. No verle el rostro empeoraba su desaliento.

—Sabes que no... sabes que no soporto... No me gustan los enfermos. Es por los gérmenes. ¿Sabes qué son los gérmenes..?

Becky y Clementine dieron un respingo. Laurel sabía que su confesión no iba a ser bien tomada, pero mentir en semejantes condiciones era una tarea agobiante.

—¡Mocosa desfachatada! —berreó su madre.

—¿Cómo te atreves a faltarle el respeto a mi padre? ¡Loca infeliz! ¡Anormal! —Clementine también se dio el gusto de soltarle sus improperios.

—Rebecca, llévatela. No estoy para sus disparates.

Becky, gentil, le tomó del codo, pero Laurel se deshizo del agarre.

—¡Pero era mi padre! ¡Yo también lo amaba!

—¡Tonterías! —Gruñó la señora Kirkeby depositando el pañuelo en un cesto—. Tú no sabes más que de caprichos y apetencias. Me temo que no solo has nacido privada del juicio. Tampoco sabes de sentimientos, mucho menos de los sentimientos ajenos. No puedes ver más allá de tu mundillo extraño y chiflado. Gracias a eso esta familia ha vivido un auténtico infierno. ¡No has venido para otra cosa que para amargarnos!

«No has venido para otra cosa que para amargarnos». ¿Se refería a ese momento? ¿Estaba diciendo que Laurel había venido a la mansión para molestarlos...? ¿O acaso se refería a su venida al mundo?

—¿Acaso soy culpable de ser como soy? —Su pregunta fue un arrebató de inocencia, sin un ápice de malicia.

—¡Por supuesto!

El grito terminó de mancillar la solemnidad de la habitación.

Laurel no podía creer lo que escuchaba; era la primera vez que la señora Kirkeby admitía lo que la joven, en su fuero interno, sospechaba. Siempre la había culpado de su enfermedad, aun cuando era una niña. Sintió las lágrimas arder en sus ojos, y si hubiera visto a su hermana Becky, se habría dado cuenta de que ella ya estaba llorando. Incluso Clementine, por la razón que fuera, se había llevado un pañuelo al rabillo del ojo.

—He terminado por creer que tu locura no es más que un sorprendente egoísmo —continuó disparando la encolerizada viuda—. Un egoísmo que buscas satisfacer a través de tus mentiras, de tus pataletas, de tu manipulación. Ni siquiera los médicos pudieron hallar una explicación científica para tu comportamiento, y eso es porque no la hay, Laurel. La única explicación es que eres un ser atroz.

—¡Madre, ya es suficiente! —Exclamó Becky.

—¡Cállate! Si ha osado quedarse entonces tendrá que escucharme —devolvió la atención a su hija menor—. En lugar de médicos costosos debí haber hecho venir a un exorcista, porque no cabe duda de que llevas el demonio dentro.

—¡No digas eso! —Chilló asustada—. ¡Becky, dile que no es verdad!

—¡Claro que es verdad! —Gritó Clementine—. ¿No recuerdas que hasta quisiste matarte? Todo el país lo sabe y por más que rogamos al cielo que se olvide pronto, la gente parece recordarlo como el primer día. Esa clase de

actos solo pueden ser alentados por el diablo.

—Pobre de Aldous —remató la madre—. Tenemos suerte de que no haya exigido divorciarse de ti después de todo lo que le has hecho pasar. Ese hombre es un santo. Ni siquiera sé cómo hicimos para convencerlo de que te tomara como esposa, en tu estado.

Laurel sabía que Colvile estaba lejos de ser un santo; era más bien un hombre que ofrecía concesiones a cambio de un precio.

—No deberías estar aquí —espetó Clementine.

Laurel no consiguió retener más tiempo las lágrimas; unas lágrimas que no sabía si provenían de su rabia o de su desolación. Se sentía arrinconada por su propia familia. Ni siquiera Becky era capaz de esbozar un argumento que detuviera los dardos que Clementine y su madre le lanzaban.

No debió haber venido, en primer lugar. Debió haber desafiado a Colvile y quedarse en casa. Aquel lugar le impedía respirar con normalidad y le hacía sentir mareada.

¡Toda aquella maldita gente la enfermaba hasta la agonía!

—Fuera, Laurel. ¡No quiero verte por aquí de nuevo! ¿Me has entendido?  
—Exigió la señora Kirkeby—. Rebecca, dile a Colvile que se la lleve.

—¡Yo puedo irme sola!

Para entonces, la joven ya temblaba de furia, el corazón le golpeteaba las costillas y la lengua le picaba por soltar una de sus frases, esas que hacían que su interlocutor se santiguase. Sin embargo, se las apañó para dominar su temperamento. Aun se sentía demasiado vulnerable como para reaccionar y tenía miedo de terminar llorando a mares como una estúpida. Tenía que admitir que le dolían las acusaciones de aquellas dos espantosas mujeres a las que no deseaba volver a ver jamás, pero preservar su orgullo, de momento, era más importante.

—Adiós, madre. Adiós, lady Feham. Cumpliré su deseo de no volver a

verme.

Laurel se dio la vuelta y salió de la habitación como un ciclón. Poco le importaron los llamados de su hermana, que corría tras ella gritando su nombre.

Finalmente, el brazo de Becky la atrapó en el rellano de la escalera.

—¡No hablan en serio! Están tan trastornadas por la muerte de padre... todas lo estamos, Laurel. No debes tomarte en serio lo que dicen.

—Les creo, Becky... Soy una loca y siempre lo seré.

Becky pestañó, dispuesta a rebatir sus palabras, pero entonces la señora Stuart, el ama de llaves, apareció. Tras saludar a Laurel sucintamente ahogó a lady Burghill con preguntas domésticas.

Laurel aprovechó la distracción para zafarse y continuó su camino a la puerta.

Aquel día se tornaba cada vez más sofocante. Después de ser expulsada del dormitorio de su madre, Laurel se encontró de frente con una parvada de cuervos que decían lamentar la partida física de su padre.

El señor Kirkeby había sido dos veces alcalde de Gloucester, por lo que era de esperarse que cientos de lores, políticos y burgueses del condado, acudieran a sus funerales. Aquella gente ataviada de negro la ponía nerviosa, y le impedía marcharse de esa casa, como era su deseo. Algunos se le acercaban con maliciosa curiosidad, ansiosos por conocer a la tan nombrada hija menor de los Kirkeby y comprobar si su belleza y comportamiento eran tan peculiares como se murmuraba. Laurel les negaba el contacto visual con mayor renuencia de lo habitual y respondía nerviosa, con rudos monosílabos, a todas sus preguntas, con lo que la gente se miraba desconcertada.

Un momento después, clamaba por un respiro. Se disculpó con un par de pesados parlamentarios de Londres y se alejó tan pronto como pudo del salón

donde los dolientes se reunían. No recordaba la última vez que había visto a tanta gente; a su boda solo habían acudido dos docenas de familiares. Además, Laurel no era del tipo de dama que entregara o recibiera invitaciones a bailes o cenas.

En fin, estaba agotada.

Deseaba que Colvile apareciera y la condujera a casa cuanto antes.

Se dirigió al pasillo que conducía al jardín desde el interior de la gran casa. Quizás allí, en aquellos espacios tan serenos, pudiera recobrar la calma perdida.

Jamás había tolerado las muchedumbres; por ello las evitaba a toda cosa. Odiaba salir a la calle o ir a algún evento, hablar con desconocidos, sostenerles la mirada y, más todavía, pretender que le importaba la conversación que debía mantener con ellos por educación. Aquel había sido uno de los defectos de Laurel que más habían exasperado a la señora Kirkeby. Antes de que Colvile apareciera en el panorama, su madre le había asegurado que moriría sola, a merced de su terrible aversión a socializar.

Vio a un par de hombres, vestidos con ropas de trabajo, salir de uno de los salones del primer piso que normalmente su madre mantenía inutilizables. Por un largo minuto, Laurel observó la puerta. Algo en el interior de aquella habitación parecía llamarla con una voz silenciosa, pero potente. No es que creyera en la intuición, pero sintió el impulso de entrar y echar un vistazo.

Decidió hacer caso a aquella voz. Se deslizó por el pasillo y entornó la puerta.

Se encontró con que la habitación, antiguamente vacía, se había transformado en el salón mortuario de su padre. Los hombres que había visto eran los empleados de la funeraria, que acababan de preparar el cuerpo antes de ser llevado al cementerio.

El ataúd de roble relucía en el centro de la habitación, iluminada con una lámpara eléctrica. Laurel experimentó un acceso de temor que casi le disuadió de entrar, pero su curiosidad era más apremiante.

El llamado fue mucho más poderoso, ahora que había cerrado la puerta detrás de ella. Con pasitos vacilantes se acercó al elegante féretro cerrado. Pudo leer una elegante inscripción a un lado, el nombre de su padre junto a unas pocas líneas escritas por alguien que no conocía. Se acercó y acarició la suave superficie de la madera, intentando reunir el valor que necesitaba para abrirlo y ver a su padre por última vez. Con lentos movimientos se arriesgó. Destrabó la abertura de la caja y levantó la tapa.

Ahí estaba James Kirkeby, vestido con un traje de terciopelo negro, corbatín a juego y camisa blanca. Parecía dormido, reconoció Laurel. Tenía que haber envejecido al menos diez años, pues ella no lo recordaba tan arrugado ni enjuto; los últimos años tenían que haber sido implacables con su salud. Las manos delgadas descansaban sobre el regazo, una de ellas lucía una alianza de oro, la misma que Laurel le había visto puesta desde niña. El rostro lucía pálido y marchito, pero transmitía serenidad, como si todo su cuerpo agradeciera aquella nueva fase que lo libraba de los dolores y achaques de los días finales. El padecimiento de una vida.

Laurel se permitió contemplarlo un buen rato. Se atrevió a acariciar los surcos de su rostro y a peinar con los dedos su cabello plateado, bien acicalado. Su temor a los enfermos y a los muertos le había dado una tregua, para su completo asombro. Un hombre con semejante semblante no podría dañar a nadie, pensó.

James no había sido un padre amoroso, pero ella no recordaba que la hubiera llamado loca o anormal. Él había preferido pagar por los tratamientos y dejar en manos de la señora Kirkeby la responsabilidad de disciplinar a la pequeña revoltosa de su hija. Él nunca dejó que nadie mencionara la palabra «manicomio» en su presencia.

Laurel guardaba la esperanza de que su distancia no se debiera a la vergüenza que sentía de ella... o a la lástima.

¿Pero qué otra razón podía haber?

Fuera la que fuera, no le importaba. Era su padre y lo amaba, tal como le

había rugido a su madre. Sollozó, inclinándose para poner un beso en la frente del muerto. El contacto de sus labios con la piel helada le terminó de convencer de que realmente no volvería a verlo. Papá se había ido. Sus restos jamás saldrían de esa enorme caja que pronto reposaría bajo la tierra hasta volverse parte de ella.

Entonces, un dolor irrefrenable la golpeó como un mazo.

Laurel sintió sus lágrimas brotar y vio cómo mojaban la piel cerúlea del patriarca de los Kirkeby. El llanto fluyó a través de ella como una tormenta; incontenible, violenta, liberadora. Se arrojó al ataúd y lloró contra su rostro, sollozando, gimiendo, jadeando. Esto era la muerte, entonces; una dulce y contundente despedida; una sensación de no haber pasado suficiente tiempo con los seres queridos.

Comenzó a hablarle, a pedirle que regresara, que se pusiera de pie y la abrazara como jamás lo había hecho. Muy pronto estaba fuera de sí, dando alaridos y llamando a su padre, hasta que la habitación, antes tan apacible, se había llenado de extraños que intentaban arrancarla del féretro.

Becky le rogaba que se detuviera, lo mismo que la señora Bradshawe, mientras Colvile la inmovilizaba en sus brazos.

Laurel luchó, pero al final se impuso la fuerza. Su marido la sacó a rastras de la habitación ante los ojos desorbitados de los asistentes, que no habían esperado un espectáculo tan decadente. Poco le importó a Laurel que los personajes más influyentes del condado estuvieran presenciando su deplorable comportamiento.

El cortejo fúnebre partiría en cualquier momento hacia el camposanto familiar. Como lo dictaban las normas de la ensalzada clase a la que los Kirkeby pertenecían, solo los hombres tenían permitido llegar hasta el cementerio para dar el último adiós al difunto. Las mujeres, incluyendo a la viuda, debían quedarse en casa, con lo que la familia se evitaba los sollozos y ataques de llanto de último momento sobre el ataúd.

La dignidad primaba antes que el dolor.



Por desgracia, Laurel Kirkeby, jamás había oído tal cosa.

Después de aquello estaba segura de que le había arrebatado a Gretty su sitio de *loca de Gloucester*.

Cuando logró serenarse, estaba de vuelta en el carruaje, emprendiendo el camino hacia Kempshall Court. A lo lejos podía ver el movimiento del cortejo fúnebre, que se dirigía al cementerio familiar para el entierro del señor Kirkeby: una fusión de siluetas ataviadas de negro, caballos enjaezados para la ocasión y el colorido asomo de unas tristes coronas de flores.

Laurel sintió una punzada de desolación al ver aquella funesta procesión; pensó en un hatajo de buitres llevándose a su presa, y no pudo evitar que otra lágrima surgiera de sus ojos cansados y enrojecidos.

La muerte de su padre había removido algo en su interior, una suerte de pieza trabada. Aun desconocía la naturaleza de ese sentimiento, pero sabía que desde ahora ya no sería la misma.

—Me estoy cansando de esto, querida —Colvile la atravesaba con una mirada fría e insondable, pero se mantenía sereno desde su lugar, como solía hacer. Dio un sorbo de coñac de su petaca de platino y continuó contemplando inextricablemente a su revuelta mujer—. No es tan divertido cuando me avergüenzas en público.

Laurel no le miró. Se revolvió en su asiento, como una niña a la que están a punto de soltarle una regañina, y terminó empotrándose en la suave piel. Quería salir de allí, quitarse la ropa, quería correr, pero se contuvo, no sabía cómo.

—Lo que hiciste fue infame. ¿Qué es lo que pretendías? ¿Llamar la atención? Lo lograste... y en grande. Le has dado a las cotillas algo nuevo de qué hablar, aunque nada equiparable a tu intento de suicidio... —Ella le lanzó una mirada fugaz e irascible, el único tipo de mirada que le dedicaba a ese hombre detestable que era su marido—. No, no me mires así. Sabes que es un

chisme demasiado jugoso. Hablarán de ello hasta después que mueras... —dio un sorbo más—. Maldita sea, Laurel. Creí que no me importaba lo que la gente dijera, pero está empezando a enfadarme. Te estás convirtiendo en una molestia que no estoy dispuesto a tolerar.

—Entonces deberías divorciarte de mí —escupió ella.

Colvile soltó una risita burlona.

—¿Divorciarnos, dices? Mandarías a tu madre a la tumba solo con mencionárselo.

—A mi madre no le importa lo que yo haga.

—Le importa, Laurel. Le importa todo lo que pueda perjudicar la reputación de los Kirkeby, y un divorcio es la peor ruina a la que puedes someter a tu enlutada madre y a tus hermanas —Colvile le hablaba como si tuviera cinco años o como si fuera retrasada, lo que bastante a menudo le hervía la sangre—. No es bien visto que un matrimonio de nuestra ralea recurra a términos tan vulgares. ¿Entiendes, querida?

—¿Crees que la gente podría decir cosas peores de nosotros?

—Lo dudo, pero no pongamos a prueba la capacidad de asombro de nuestros semejantes. Mejor deja de decir estupideces —bufó, aburrido.

—Quiero el divorcio, Colvile —insistió ella, con lo que el semblante del vizconde empezó a mutar de burlón a escéptico.

—¿Estás hablando en serio? ¿Y qué harías sin mí, sin una familia que te tolere y sin dinero? ¿De qué vivirías? No me digas que vas a vender tus tontas pinturas.

—No creo que eso sea una preocupación para ti.

—Es cierto. No lo es —le sonrió con malicia, inclinándose hacia adelante para hablarle en tono de divertida confianza—. Pero no voy a negar que te extrañaría un poco —le hizo una caricia en el contorno del rostro que Laurel recibió con resquemor—. Vamos, no me digas que la has pasado tan mal. He

cumplido cada uno de tus caprichos, haces lo que te viene en gana. Si te separas de mí tu futuro será vagar por las calles con tu querida Gretty. Pasarías hambre, frío, privaciones de todo tipo. ¿Es eso lo que deseas, cariño?

Laurel reflexionó al respecto. No le agradaba la idea de vivir en la destartalada e insalubre choza de su antigua niñera y depender de las limosnas de la gente para llenar el estómago. Pero por otro lado, la vida junto a Colvile comenzaba a pesarle. Desde hacía un tiempo ya no era tan sencillo mirar a otro lado cuando él...

—Me parece que no —concluyó el vizconde, leyendo su expresión—. No te conviene desde ningún punto de vista separarte de mí, Laurel. Estoy convencido de que ningún otro hombre consentiría tomar por esposa a una miserable loca...

—Y ninguna mujer sería la esposa de un...

—¡Cierra la boca! —Laurel se estremeció. Las amenazadoras manos de Colvile se habían aferrado a las solapas de la chaquetilla negra de seda. Los ojos desorbitados asomaron un lado oscuro que ella jamás había conseguido ver en toda su magnitud, pero que no dudaba, existía—. No quiero oír una palabra más de este asunto. Te haría bien pensar en lo mal que te has comportado últimamente y que recapacites de una vez por todas —El vizconde se recompuso para luego alisar con toscos movimientos las ropas arrugadas de su mujer—. No me gustaría tener que llamar a un loquero...

Para Laurel fue como si hubiera mentado al mismísimo demonio. El pánico la asaltó como un enjambre de abejas venenosas, precipitándose sobre ella.

—No... no, no, Aldous, por favor. No llames a ningún... No. No llames a nadie...

—Tranquila, tranquila —le sonrió de aquel modo condescendiente y detestable—. Sabía que te asustaría con eso. No llamaré a ningún loquero si te comportas bien y olvidas ese disparate del divorcio. Entiéndelo, Laurel. No te conviene estar por tu cuenta. Dios sabe que sin mí sobrevivirías menos que una lombriz en un gallinero.

Laurel se quedó reflexionando sobre lo cerca que había estado de ser vista por otro médico... y sobre el destino de una lombriz en un gallinero.

Dicho esto, la puerta del landó se abrió frente a Kempshall Court. Akenzua, el fiel y siniestro criado de piel negra, les ayudó a descender con su usual semblante adusto y severo; un cariz que infundía escama a primera vista, en tanto que estaba cubierto de cicatrices provocadas por cortes superficiales que formaban una ola de puntitos abultados alrededor de sus altos pómulos y a lo largo de su frente.

Alguna vez Colvile le había contado que Akenzua pertenecía a una tribu milenaria de su originaria Nueva Guinea, un destino que él se jactaba de conocer bien luego de numerosos viajes de negocios relacionados con la explotación del oro. Los integrantes de la tribu en cuestión honraban a sus dioses provocándose escarificaciones en la piel durante los rituales de iniciación. Las cicatrices eran repulsivas a los ojos del mundo occidental, pero las tribus africanas las veían con cierta admiración, con un temor reverencial, porque éstas, en algunos casos, eran símbolo de rudeza y hombría.

Laurel había sentido aversión ante la existencia de semejante práctica, pero su marido, amante confeso de las culturas exóticas africanas, las había encontrado «fascinantemente primitivas». Decía que Akenzua había nacido en el seno de un clan de guardianes y que lo habían entrenado desde la infancia para ser un feroz guerrero.

Pero lejos de convertirse en un guerrero, el hombretón había terminado como el sirviente de un excéntrico lord inglés; vestía trajes de tweed, caminaba con el sigilo que uno no podía atribuirle a un individuo tan enorme, y rara vez se le escuchaba hablar. Akenzua, que no se despegaba del lado de su «amo», como le llamaba, había sido una peculiar adquisición en uno de los primeros viajes de Colvile al continente negro, y cumplía a rajatabla todas sus órdenes.

Laurel pasó al lado del criado sin mirarle a la cara, porque cada vez que lo hacía sentía en su propio rostro los inhumanos cortes.

Pero además de eso, Akenzua le provocaba pavor.

A la mañana siguiente, Laurel se levantó más temprano que los criados, empacó comida, enseres, herramientas de carpintería y salió de la mansión envuelta en su capuz negro.

No había conseguido dormir en paz toda la noche. La imagen de su padre en el ataúd poblaba sus sueños, pero no era miedo lo que experimentaba al verlo sino un sentimiento menos nocivo. Podría ser melancolía... o lástima. No lo sabía.

Por desgracia, tampoco era muy conocedora del alma humana, y las emociones novedosas nunca habían sido sencillas de procesar; por ello, quizás, nunca podía ponerse en el lugar de otras personas, como su madre tanto se lo pedía. Tan solo entendía los sentimientos que ella hubiera experimentado por sí misma alguna vez, y cuando una nueva emoción la invadía, no sabía qué hacer con ella, hasta que el tiempo le ayudaba a asimilarla, aunque no siempre tenía éxito en eso.

Aun no comprendía cómo había reunido el valor para abrir aquella caja, y más aún, tocar y besar el rostro marchito de su padre. Santo cielo, debía de haberse tragado al menos un millón de gérmenes. Suerte que al llegar a casa había conseguido la tina preparada; había tomado un largo baño con agua caliente y se habría frotado un jabón blanco en toda la cara. De cualquier manera no se arrepentía de haber tocado a su padre, como tampoco se arrepentía de haberse despedido para siempre de su madre y sus hermanas, a quienes, con toda certeza no volvería a ver nunca más. Mejor así.

La mañana no terminaba de aclarar, comprobó una vez bajó al jardín. El cielo era una sucesión de franjas añiles y violetas que se desteñían en el horizonte, donde las estrellas sofocaban su brillo y cedían el campo al incipiente fulgor solar. La luna se marchaba lánguida detrás de ellas, oyendo el canto de los grillos.

Laurel no temía encarar la oscuridad que entrañaba el bosque. Aun siendo

una niña se había enfrentado a él en noche cerrada y solo las primeras veces se había perdido, pero eventualmente había encontrado el camino correcto sin caer en la desesperación. Por fortuna, los pájaros despertarían de su sueño en cualquier momento e igual que siempre le harían compañía en su travesía.

Pero entonces, vislumbró una silueta enclenque y rígida en la negrura del jardín. Frunció el ceño y se acercó mientras recordaba que era demasiado temprano aun, incluso para los sirvientes. No debería haber nadie merodeando por allí.

Los ojos de aquel madrugador estaban posados en la entrada del bosque, como lo habían estado los ojos de Laurel hacía tan solo un momento. ¿Estaría calibrando aquella persona su propio valor ante la visión del umbrío bosque? ¿Se preguntaba acaso si debía internarse o no en él?

Jeremy se volvió al oír las pisadas sobre el pasto, y seguidamente dio un brinco que delató su nerviosismo. Laurel le vio agitado, como un pajarillo recién confinado a la jaula, y aun en la oscuridad notó que su rostro se contraía de pavor.

Ella lo observó fugazmente. Nunca antes habían coincidido en una de sus tempranas y furtivas salidas, de la que todo el personal de la casa estaba enterado, y ello era porque la actividad en Kempshall Court no comenzaba hasta una hora después. Jeremy no estaba allí para trabajar, observó con suspicacia.

—Buenos días —El saludo le brotó de los labios con bastante naturalidad, a pesar de que nunca se dirigía a los sirvientes que no le atendían directamente.

El muchacho se sacó la gorra de lana y la apretó contra su pecho.

—Buenos días, milady... —tartamudeó, desconcertado por la cortesía.

—¿Qué rayos haces aquí a esta hora? ¿Vas a algún lado?

Laurel hablaba con la altivez que solía emplear con las personas que consideraba sus inferiores, pero en esa oportunidad no había sido su intención

intimidar o imponer su descuello. Tan solo era una costumbre de la que no era consciente y que había aprendido desde la infancia.

—Yo... —Jeremy tragó saliva con fuerza y divagó—. Solo caminaba por aquí, milady. Lo... lo siento mucho. No pretendía asustarla.

Aquellos ojillos marrones, que observaban el mundo con temerosa obediencia, por debajo de unas pestañas pobladas y transparentes, mostraban un perenne servilismo que a Laurel había asqueado en más de una ocasión. Pero esta vez ella sintió algo muy diferente ante semejante despliegue de vulnerabilidad. Jeremy le provocó una emoción similar a la que sentía cuando Gretty recordaba que sus hijos habían muerto en el incendio de su cabaña.

—Tú estás más asustado que yo —observó en voz baja.

El tembloroso chico abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró, incapaz de formar una sola frase coherente que le ayudase en su defensa. Entonces bajó la cabeza, a la espera de una ferviente regañina.

Laurel bufó ligeramente. Ella no estaba allí para reprenderlo, ni para jugar a ser la señora de la casa. Solo sabía que el bosque no era un lugar para él, y mucho menos la ciudad, que asomaba en la otra dirección, con todos sus peligros.

—Jeremy, creo que deberías volver a la cama. Tu abuelo podría preocuparse si no te ve cuando despierte. ¿O es que tienes un plan de sobrevivencia para cuando te marches de aquí? —Jeremy negó con la cabeza, abatido y sorprendido de que lady Colvile hubiera adivinado sus intenciones—. Pues entonces piénsalo bien. Cuando sepas qué vas a hacer lejos de Kempshall Court y tengas a alguien con quien contar afuera, huye... Y no mires atrás. Antes no.

El consejo, que había tomado para sí misma, se derivaba de sus reflexiones de la noche anterior. Laurel había pensado en lo que Colvile le había dicho sobre el divorcio. No estaba contenta al respecto, pero encontró un enorme sentido en las palabras de su marido.

Jeremy parpadeó con asombro, mientras digería sus palabras.

Laurel aguzó la vista sobre su interlocutor, aunque ya no hacía falta pues, la mañana comenzaba a aclarar. Ahora que veía al chico bajo una nueva luz de piedad, distinguía cierto atisbo de belleza en sus rasgos. Una belleza fuera de lo común, y que no había asociado a ningún hombre que hubiera conocido.

—Vuelve a la cama Jeremy, me retrasas —masculló con su tono huraño.

—Sí. Sí, señora —espabiló, e hizo amago de regresar—. Esto... Lady Colvile.

—¿Sí? —Laurel se volvió para mirarle.

—Siento lo de su padre, señora.

Curiosamente, sintió la sinceridad vibrar en sus palabras.

Ello la conmovió.

—Gracias, Jeremy.

El bosque era su amigo. La corteza de algún roble la abrigaba cuando sentía frío, un dosel de hayas, tan alto como el torreón de un castillo, la protegía contra la lluvia, algún riachuelo le calmaba la sed y la sinfonía de los pájaros vocingleros le brindaba la única compañía que precisaba.

Laurel mantenía una relación estrecha con la naturaleza; es decir, con el tipo de naturaleza que raramente ha sido tocada por la perniciosa mano del hombre. Quizá por ello odiaba tanto el perfecto jardín de Kempshall Court, con sus ornamentos dispuestos según los caprichos del amo, como si de un pomposo salón de rococó se tratase.

En su bosque, cada árbol y cada roca estaban alineados al antojo de la propia naturaleza. Las zarzas y las acederillas brotaban a la sombra de las hayas, y las raíces de los robles se diseminaban por el suelo como enormes patas de araña, envueltas en líquenes, cual vestidos de casimir jade.



De vez en cuando, Laurel se tumbaba sobre un lecho de musgo u hojarasca, cuidando de alejar antes a los bichos, y se dedicaba a contemplar la bóveda de hojas sobre su cabeza. Observaba el bregado vuelo de los pájaros, que iban y venían cargando ramitas en sus picos para construir sus nidos o bocaditos frescos de orugas para sus crías. Una vez vio a un carbonero volar novecientas treinta y nueve veces consecutivas al mismo árbol hasta que su casa estuvo terminada. Al final, se sintió tan feliz y orgullosa de él que estuvo tentada a trepar al árbol y echar un vistazo a su obra.

En la primavera, su estación predilecta, brotaban las campanillas y los helechos. El aire se tupía de una niebla dorada y resplandeciente que flotaba entre las ramas. No eran más que diminutos granos de polen que emanaban de los amentos machos, pero daba la impresión de que el bosque se sumía en una bruma mágica, un lugar donde los problemas mundanos no tenían cabida.

Pero Laurel no podía vivir en el bosque, por mucho que le agradara.

Aldous, ese hijo de puta infeliz, tenía razón. No sobreviviría sin él en ninguna parte. Valoraba demasiado la comodidad, el privilegio de la servidumbre y el lujoso techo sobre su cabeza. No había nada para ella si se convertía en una loca divorciada. No tenía dinero, ni casa, ni siquiera una familia que velara por ella.

Su destino, al igual que el de Gretty, era la desidia y la mendicidad.

*Gretty.*

Había olvidado la discusión que habían protagonizado hacía tan solo unos días. Laurel le había gritado, le había jurado que no le importaba que muriera, que no deseaba volver a verla y ya no recordaba qué otras barbaridades. Puras mentiras que no sabía de donde le brotaban.

De pronto, una idea inquietante le cruzó por la mente. Soltó la cesta de enseres y echó a correr a través del último tramo del camino. El temor le hizo zumbar los oídos y le estremeció la piel, al tiempo que el corazón le golpeaba el pecho con el furor de una sucesión de truenos.

Mientras cruzaba la intrincada floresta, que se hacía más larga con cada

segundo, escuchaba en su cabeza una letanía desesperada con la que rogaba que Gretty, su querida niñera, no la hubiera abandonado.

Alcanzó la choza, situada en un pequeño claro, y voló hasta la entrada.

—¡Gretty! —rugió cuando atravesó finalmente la puerta.

Entonces, la *loca de Gloucester* la observó con reparo desde su astillada mecedora. Laurel sintió un soplo de alivio al ver que seguía allí, que no había ido a ninguna parte, y que la muerte no había venido por ella.

Era de suponerse que se levantaría de un brinco, asustada, pero Gretty no era muy dada al dramatismo, ni actuaba según lo que se esperaba de ella.

—¿Qué es ese escándalo, Laurel? ¿Has visto a un fantasma en el bosque?

Su lucidez le hizo sonreír. Esta sí era ella, no la anciana extraviada que había dejado la última vez. Su Gretty estaba de vuelta.

—¿Para qué iba a venir a buscarte a ti si viera un fantasma?

La mujer puso los ojos en blanco.

—Son solo palabras, cariño. Algún día lo entenderás, si Dios me ayuda — Gretty la estudió más detenidamente, y una sombra de preocupación nubló sus ojos. Dejó la mecedora con un movimiento expectante, acercándosele—. A ti te sucede algo.

Fue una afirmación tan contundente como acertada. Laurel asintió con la cabeza y dejó escapar un sollozo. Ahí estaba de nuevo su dolor, aflorando como agua de un dique roto, rasgándole el alma, implorando por ser consolado.

—Mi papá... Está muerto.

Sus rodillas cedieron y chocaron contra el piso desnivelado de la cabaña.

—Oh, Santo Dios. Ven aquí, cariño...

Lo último que Laurel sintió antes de venirse en un llanto desgarrador y prolongado fueron los brazos de Gretty rodeando su tronco.

## Capítulo 3

Se quedó varios días en la cabaña de Gretty, no sin antes subirse a una escalera y evaluar el estado del techo con sus propios ojos. Por fortuna, había traído en la cesta de viaje algunos clavos, remaches y un martillo. Iba a necesitar más que eso para componer aquella pocilga, pero cualquier pequeña mejora le traería un poco de tranquilidad y alguna certeza de que la casa no se desplomaría a mitad de la noche.

Usó viejas láminas de madera para tapar los agujeros de los muros, aseguró los remaches flojos y sustituyó otros oxidados. No era ninguna experta en construcción, pero le había bastado ver trabajar a los obreros en el establo de la casa de sus padres toda una semana para saber lo que tenía que hacer. Al final del día, al menos, el techo no se estremecía como si estuviera a punto de ser arrancado por una ventisca y las corrientes de aire no penetraban tan fácilmente en el interior.

Estaba satisfecha y reconfortada de haber vuelto a aquel lugar que le traía tanta paz. La repentina lucidez de Gretty también le alegraba, aunque sabía que eventualmente ésta se desvanecería ante el peso de una conciencia voluble. Sabía que aquellos momentos de cordura no durarían y que debía aprovecharlos todo lo que fuera posible. Debía aprovechar lo poco que le quedaba de su nana.

Mientras hacía los arreglos a la vivienda, le contaba lo sucedido en el funeral de su padre; Gretty escuchaba haciendo muecas mientras le alcanzaba los clavos.

—Un exorcista, ¿eh?... —murmuraba agriamente—. Maldita bruja constipada... Ella es quien necesita un exorcismo y a alguien que le dé un revolcón decente.

Al día siguiente prepararon unos bocadillos y caminaron por el bosque por puro placer. Laurel tenía que admitir que ya no estaba tan afligida por la

muerte de su padre. Gretty siempre había llenado el vacío de sus progenitores con asombrosa facilidad, y ello ni siquiera era una tarea consciente. Quizá fuera su increíble tolerancia, su oído siempre dispuesto a escuchar hasta las confesiones más atolondradas, su capacidad de amarla tal como era, pero aquella loca se había ganado el corazón de Laurel para toda la vida, y nada en el mundo cambiaría eso.

A veces no necesitaba hablar para hacerle sentir que estaba allí y sus penas eran tan evidentes ante los ojos de su nada que no necesitaba expresarlas en palabras.

—Gretty, ¿qué tan loca crees que estoy?

—Lo suficiente como para darle a tu madre los quebraderos de cabeza que se merece —masculló mientras atacaba con ambas manos un ala de pollo frito.

—Mi madre no tiene la culpa de que yo sea así.

—¿Es que alguien la tiene?

Gretty seguía comiendo, pero Laurel sabía que no competía por su atención con aquella jugosa presa.

—No lo sé —suspiró frustrada. Había perdido el apetito de pronto. Acomodó su falda alrededor de la piedra que le servía de asiento mientras miraba hacia arriba, donde las copas de los árboles se mecían con el viento, ejecutando un baile cadencioso. No encontró las respuestas a sus preguntas en aquella visión—. ¿Crees que Dios haya querido que yo fuera loca de nacimiento? Es algo... retorcido, ¿no?

—La locura y la cordura son inventos de los hombres poderosos —habló con la boca llena—. Cuando haces o dices algo que no les conviene te tachan de loco. ¿Recuerdas cuando estudiábamos a Galileo y a Copérnico? Todos ellos dijeron cosas que no agradaban a nadie, cosas ciertas, pero que asustaban y que prometían cambiar la manera como se veía el mundo. Por ello les llamaban locos o herejes y les perseguían —sacudió en su mano el ala descarnada con un ímpetu que Laurel no le había visto—. Incluso ese Darwin, que habla de la teoría de las especies. No sé qué diablos signifique eso pero si

ha puesto a temblar a los cuervos de la iglesia entonces debe de tener razón.

—Pero yo no soy como esa gente, Gretty. Yo sí estoy loca.

—Es la misma cosa, cariño —luzó los huesos tras de sí y se dispuso a devorar otra pieza de comida de la cesta—. Tu familia espera que actúes y pienses como ellos, que seas una copia de esas señoritas de la clase alta que no se despeinan; así que toda divergencia es una amenaza, pero ello no quiere decir que estés mal. Eres distinta y se acabó. Dios te dio esa cabecita de pájaro por alguna razón.

«Cabecita de pájaro». No le gustó ese mote. Admiraba el tesón y la majestuosidad de los pájaros, pero no podía hallar ninguna similitud entre éstos y las enfermedades mentales. Aun así, no tenía ánimos de discutir eso con Gretty.

Laurel debía ser realista; estaba loca y por primera vez le preocupaba este hecho. ¿Qué tal si con el paso de las años comenzaba a extraviarse como Gretty? ¿Qué tal si para entonces ella no estaba a su lado? ¿Quién le cuidaría en el ocaso de su locura?

¿Quién le amaría?

—Dios me hizo así porque me odia —masculló resignada.

Gretty dejó de comer.

—No, chiquilla. Dios no te odia. Dios te salvó aquella vez que quisiste rebanarte el pescuezo porque ese duquecito pretencioso te rechazó. ¿Lo recuerdas?

Laurel apartó la vista, enfadada. No era un tema en el que le gustara pensar.

—¿Para qué iba a querer Dios que yo estuviera chalada? Mi familia se avergüenza de mí, mi marido cree que soy un chiste para su entretenimiento. Y sí —apretó los párpados y soltó a regañadientes—: No he hecho más que causar problemas.

Gretty se encogió de hombros con un movimiento exagerado.

—Dime si alguna vez entiendes a Dios.

Se quedó callada un momento, saboreando aquella reflexión. Recordó lo que su madre le había gritado, que en vez de médicos costosos, debió haber traído un exorcista a casa porque ella llevaba el diablo dentro.

Se estremeció con la tétrica reminiscencia y procuró ahuyentarla de su cabeza. Sabía que había sido mala todos estos años, y odiaba serlo. Algo dentro de su ser había cambiado desde la muerte de su padre; algo que le había abierto los ojos respecto al verdadero sentido de la vida.

—Pero ya era hora de que reconocieras que has hecho un par de cosas de la que no puedes estar orgullosa.

Hicieron una pausa para dar algunos bocados al pastel de hígado.

—Le pedí a Aldous el divorcio antes de venir aquí, pero no hizo más que burlarse de mí —soltó después, como si tal cosa—. Me dijo que sin él no conseguiría sobrevivir, que me quedaría sola, sin dinero, sin parientes que velen por mí y que... acabaría como una mendiga. Y creo que tiene razón. Ese es el destino de todos los locos.

—Ese hombrecillo... —gruñó la otra y sus ojos reflejaron todo el desprecio que sentía por lord Colvile—. Escúchame bien, Laurel. No dejes que nadie te haga creer que vales menos porque no ves el mundo como ellos. Tú no le perteneces, ni a tu marido ni a tu familia. No los escuches. Ninguno es dueño de tu porvenir.

—¿Qué se supone que haga, entonces?

—Mándalos al infierno y vete lejos —Laurel la miró como si le hubiera hablado en otro idioma. Sus esperanzas ya se habían desinflado—. Busca a alguien que vea el mundo como tú... o al menos a alguien te entienda, alguien que te acepte como eres, con todas esas mañas, con todas tus rarezas, con esa cabecita loca.

—Tú me aceptas, Gretty; tú eres mi única familia. No veo adonde más

pueda ir.

—No. No me refiero a mí. No voy a durarte para siempre, querida.

—No hablas en serio.

—Completamente en serio, Laurel —dejó el trozo de pastel de vuelta en la cesta—. Escúchame bien, cariño. Tú no estás loca. Lo que tú tienes es... es... ¡No sé qué rayos es lo que tienes! Es más complicado de lo que esos malditos médicos pueden llegar a entender, pero loca no estás, ¿entendiste? —Laurel parpadeó, sin comprender del todo a su nana—. Tú eres especial: maravillosamente inocente, inteligente y rara, pero el trato de tu familia te ha moldeado de una manera equivocada. Ellos te han obligado a sacar las garras para poder defenderte del mundo. Me temo que en cierta forma tienen la culpa de que seas como eres.

—Gretty, ¿por qué me estás diciendo todo esto?

—Me has preguntado qué tan loca estás. Te estoy respondiendo. Si dejas que esa gente te domine y que te impongan la sentencia de fenómeno de circo es porque sí estás loca. Demuéstrales que no eres como ellos dicen. ¡Huye lejos, maldita sea! —Le exigió taladrándola con aquellos ojos grises y lechosos que brillaban de sabiduría bajo las sombras verduscas del bosque—. Sé que hay alguien en este mundo capaz de ver tu alma; alguien que pueda sacar lo mejor de ti. Alguien te ame por quien eres.

Laurel no daba crédito a lo que oía.

—¿Te... refieres a un hombre?

Gretty sonrió.

—Alguien con quien puedas formar una verdadera familia.

Encrespada, Laurel se levantó de la piedra como un resorte.

—¿Una familia? ¿Crees que alguien podría querer a una loca como yo? — Se rio con amargura; una risa fría y lastimera que encerraba más bien una tristeza insondable—. No seas tonta, Gretty. Ya tengo una familia, una que



habría preferido que yo naciera muerta. Estás empezando a desvariar de nuevo.

—No. Nunca me había sentido más cuerda —dijo la otra ajustándose la capa sobre los delgadísimos hombros con una curiosa jactancia—. Por desgracia, crees todo lo que ellos quieren que creas, y no puedo hacer nada contra eso. Hasta que no dejes de verte como una mujer trastornada, inválida e incapaz de tomar sus propias decisiones, Colvile y la señora Kirkeby seguirán gobernando tu vida... y seguirán tratándote como a una loca.

No se dijeron nada más hasta que regresaron a la cabaña. El bosque se había sumido en una oscuridad densa y helada, plagada de sonidos de animales y una bruma pringosa, que hacía apremiante la búsqueda de refugio.

Una vez adentro, Laurel encendió la chimenea con la escasa leña que quedaba en el leñero. Mañana debía conseguir más, se dijo en silencio, y se echó a descansar en su catre, situado junto al de Gretty.

Cómo le habían afectado las palabras de su nana aquella tarde. No estaba segura si éstas brotaban del más febril de los desvaríos o de un súbito soplo de lucidez, pero lo cierto es que la *loca de Gloucester* había puesto un enjambre de voces en su cabeza, voces que, estaba segura, no la dejarían en paz por mucho tiempo.

Se despidió de su nana un par de días luego de aquella extraña conversación. No le hacía gracia tener que regresar a Kempshall Court y retomar su vida como lady Colvile, pero había pactado con Aldous que sus ausencias nunca serían demasiado prolongadas; uno de los muchos acuerdos a los que habían llegado mientras ideaban aquel odioso y peculiar matrimonio. A pesar de todo, sabía que debía seguir cumpliendo.

Enfrentó de nuevo el bosque mientras intentaba olvidar los parloteos de Gretty. Lo importante era que ella estaba bien, que había pasado la mayor parte del tiempo consciente, y que no había vuelto a hablar de morir, o de sus hijos; así que procuró olvidarse de aquellos consejos irracionales.

Cuando la mansión apareció en su campo visual, la oscuridad ya se había apropiado del verde páramo. Una bóveda plomiza encerraba el cielo, anunciando una próxima tormenta, y el viento se enredaba en las enramadas de los árboles con violenta porfía. Cuando Laurel alcanzó los jardines, su acostumbrada entrada desde bosque, unas delgadas gotas de lluvia comenzaron a salpicarle el rostro y un trueno poderoso estremeció el cielo. Odiaba el agua fría, tanto como un gato salvaje, por eso recorrió el último tramo del camino en una carrera frenética.

El umbrío interior de una lujosa estancia la recibió. Empapada y exhausta se dirigió a su habitación, sin conceder demasiada importancia a la falla en el sistema eléctrico que había dejado sin luz a Kempshall Court. Los sirvientes corrían de aquí para allá, distribuyendo lámparas de gas y asegurando las ventanas para evitar el paso de la lluvia, que había mutado en una profusa y flageladora cortina plateada.

Ordenó la cena y un baño caliente al ama de llaves. La señora Birchen, siempre eficiente y frugal, le proveyó de un par de lámparas recién cargadas, le ayudó a cambiarse de ropa, recogió los trapos húmedos, y se marchó del dormitorio para cumplir con su pedido. Como era costumbre, no le miró a los ojos mientras le atendía, igual que Laurel se abstenía de mirarla a ella o a cualquier otro ser humano sobre la faz de la tierra. Tampoco había hecho alusión a sus días de ausencia, como si ésta nunca se hubiera producido. Para la servidumbre, la vizcondesa era una excéntrica de tiempo completo, loca a momentos y ocasional caprichosa de cuidado que no debía ser azuzada con una palabra de más o un comportamiento fuera de orden. Se había ganado de ellos un temeroso respeto que en el fondo estaba cargado de lástima.

*Colvile...* Laurel había olvidado preguntarle a Birchen dónde estaba su marido, pero ella ya se alejaba por el pasillo con sus pasitos veloces y sigilosos. Deseaba que Colvile supiera que estaba de vuelta, así evitaría sus sermones y se aseguraría de que no volviera a mencionar la posibilidad de traer a casa a un loquero.

Asumió que su marido estaba en su despacho y antes de que la cena le fuera servida, decidió hacerle una visita.

Los corredores de Kempshall Court estaban bañados por la luz de las lámparas repartidas a último minuto por los sirvientes. Después de haberse acostumbrado a la electricidad, pasar a la iluminación a fuerza de gas le produjo una sensación de lo más incómoda. El resplandor ambarino de las pantallas la cegaba, y el ligero olor que las lámparas despedían la mareaba ligeramente. Laurel hizo un esfuerzo por ignorar aquellas sensaciones y se dirigió al despacho de su marido.

Tocó a la puerta varias veces, pero nadie en el interior le invitó a entrar. Lo intentó de nuevo. No obtuvo respuesta. Exasperada, regresó a su habitación para hacerse con la llave de repuesto que guardaba. Por alguna razón, las puertas cerradas la enloquecían de frustración; quizá porque le recordaban el aislamiento al que su familia la sometía de niña como castigo por alguna travesura, o por su penoso comportamiento en público. O tal vez fuera porque su curiosidad era tan poderosa que la obligaba a desear ir adonde no se le permitía, de allí que de pequeña se obsesionara con romper los juguetes mecánicos para dilucidar cómo funcionaban o con subirse a las copas de los árboles para ver con sus propios ojos cómo eran los nidos de los pájaros.

A los pocos minutos volvió con la llave y abrió con ella la puerta del despacho.

Los criados aun no habían pasado por allí para dejar un quinqué de luz. La habitación permanecía a oscuras; una ventana entreabierta permitía el paso de ráfagas de viento cargadas de gotitas que la pinchaban como agujas heladas. Laurel fue a cerrarla de prisa. No pudo evitar echar un vistazo afuera, a través del cristal pulido.

La tormenta se había largado, fuerte y estridente sobre el paraje oscuro y neblinoso. Pensó en Gretty y en su precaria vivienda en el medio del bosque. Rogó en silencio para que el cuchitril que era su casa fuera capaz de soportar los embates de aquella lluvia poderosa.

Quizás mañana pudiera volver para asegurarse de que su nana estuviera

bien, se dijo mientras aseguraba la ventana y corría las cortinas.

Pero cuando se volvió para abandonar el despacho vacío, algo que atisbó detrás del escritorio de su marido le hizo detenerse *ipso facto*.

Un movimiento espasmódico, un gemido apenas audible entre el estruendo de los truenos le avisó que no estaba sola del todo.

Laurel se estremeció entre el miedo y la curiosidad, dudando un largo momento sobre si quedarse o salir despavorida de aquel lugar. Al final, como casi siempre, la curiosidad ganó la cruzada al temor. Con pasos cautelosos, rodeó el enorme mueble de nogal. Ayudada por un relámpago que bañó la umbría estancia, logró advertir un cuerpo tendido a un lado de la gran silla donde Colvile solía presidir sus reuniones.

¿Qué había sucedido? ¿Se había desmayado su marido?, pensó mientras se inclinaba sobre el cuerpo. ¿Se había resbalado y hecho daño seriamente con la caída?

Otro relámpago proyectó su fugaz golpe de luz sobre la habitación y la sacó de su error. No era Colvile quien yacía sobre el suelo de madera pulida.

Era Jeremy.

Jeremy, el joven y flacucho aprendiz de jardinero. El nieto del señor North.

Un escalofrío hizo que la espina dorsal de Laurel vibrara como campana. Se arrodilló sobre el cuerpo disminuido, pero no supo con exactitud qué hacer a continuación. No deseaba tocarlo, y tampoco sabía si debía hacerlo, así que se limitó a llamarlo por su nombre, con la voz débil y trémula, para intentar reanimarlo.

El chico no hacía otra cosa que temblar y respirar agitadamente, produciendo un sonido áspero, casi imperceptible. Ella le preguntó qué había pasado, pero era como si nadie hubiese entrado en la habitación. Jeremy no veía ni escuchaba a nadie. Tan solo convulsionaba, ausente en aquel rincón oscuro, como si esperase a la muerte, desprovisto de toda esperanza.

Ansiosa e impotente, Laurel se acercó un poco más. Apoyó las palmas de las manos en el suelo y percibió un calor húmedo que la desconcertó. Cuando se las acercó al rostro percibió el olor metálico de la sangre, y una nueva descarga de luz le confirmó sus sospechas.

Su garganta se cerró cuando se vio sumergida en un pantano rojo. Jeremy se estaba desangrando allí, en el despacho de Colvile, y ella no sabía qué hacer además de hipar y frotarse compulsivamente las manos empapadas contra la falda. Todo a su alrededor se tornó más negro, si es que ello era posible, el pecho le dolía y un hatajo de sollozos brotaron atropelladamente de su boca. Sentía el corazón golpear con fuerza sus costillas, y el miedo clavar sus filosas tenazas sobre su humanidad. Una cosa era ver a su padre muerto y acicalado en su ataúd, y otra muy distinta, contemplar la espeluznante y dolorosa agonía de un chico.

Y entonces la puerta del despacho se abrió y cerró como un fusilazo. Laurel chilló espantada mientras unos apremiados pasos corrían hasta ella. En un instante tuvo a lord Colvile de pie junto al escritorio, sosteniendo un quinqué a la altura de su cabeza. El repentino baño de luz la encegueció, pero no el tiempo suficiente como para perder de vista el rostro desencajado de su marido.

Aun en medio de su violenta conmoción y pese a su escasa habilidad para interpretar el lenguaje facial, Laurel supo que el vizconde no estaba sorprendido ante la visión de Jeremy desangrándose en el suelo de su estudio.

—¿Qué... qué demonios...? —balbució—. ¿Qué estás haciendo aquí, mujer?

La joven le miró horrorizada para luego observar el cuerpo de Jeremy, ahora visible bajo el pródigo baño de luz del quinqué. Había dejado de moverse y de gemir. La palidez de su rostro infantil, de sus ojos abiertos y exánimes, delataba que ya no vivía. La sangre que empantanaba la habitación brotaba del costado izquierdo de su garganta. Había sido degollado, reconoció espeluznada.

Colvile tragó saliva y comenzó a estirar el cuello duro de su camisa. Su

mirada se volvió esquiva, incluso más que la de Laurel, mientras dejaba la lámpara sobre el escritorio. Suspiró con un gesto cansino, y se secó la frente con un pañuelo que extrajo del bolsillo de su chaqué. De ser un caballero flemático, en extremo dueño de sí, el vizconde pasó a ser un manojito de nervios. Un perro acorralado.

—Trató de robarme y yo... Bueno, hice lo que tenía que hacer.

Aquella justificación sonó de lo más banal, como si estuviera excusándose por haber llegado tarde a una cita. Puede que Laurel estuviera loca, pero no era tonta. Sabía demasiado sobre Aldous Tame y sus placeres secretos como para tragarse aquella estúpida mentira. Clavó la vista, desafiante, en el entrecejo sudoroso de su marido.

—No quería robarte —sentenció—. Lo mataste porque iba a dejarte — Colvile se espabiló y la miró con severidad, sin mostrar demasiado asombro ante aquellas revelaciones que le confirmaban lo que ya sabía: que todo este tiempo había subestimado a aquella mujercita del demonio—. Sé que lo llevabas a tu cuarto... sé lo que hacías con él. Lo he sabido siempre. Jeremy quería irse de Kempshall Court y dejar de ser tu amante... y tú se lo negaste. ¡Lo mataste!

Aldous cerró los puños, maldijo entre dientes e hizo amago de descargar su furia contra aquella demente malnacida que en mala hora había convertido en su esposa. Ella se estremeció con violencia. Se arrastró hasta pegar la espalda a una estantería de libros, mirándolo con ojos saltones; unos ojos en los que se leía un pánico voraz.

Pero entonces, un brote de cordura le hizo detenerse.

¿Qué ganaba pegándole a su mujer en ese momento?

Aquella conducta tan solo provocaría gritos y atraería la atención de los empleados hacia el despacho... y hacia el crimen que acababa de cometer. El caos se desataría antes de que pudiera idear una manera de callar tantas bocas, de amenazar y ofrecer dinero; la policía llegaría y todo se sabría. Un chisme tan jugoso no tardaría en explotar como un reguero de pólvora. Y no solo su

honor y su apellido se verían mancillados por un horrendo crimen. Estaba seguro que no pasaría mucho tiempo antes de que todo el país se enterase de que lord Colvile sentía predilección por los muchachos.

Maldijo una vez más, retrocediendo, revolviéndose el cabello desarrapado, sudoroso. Las cosas se habían salido de control, y estaba desesperado. No había sido su intención cortarle el cuello al muchacho, pero ese infeliz lo había desafiado. Se había negado a darle lo que le había pedido y había amenazado con ventilar la relación que mantenían si no le daba el dinero que necesitaba para marcharse. Eso le había hecho arder de furia. Aldous no había terminado con Jeremy; aun no se había cansado de él y hasta que ello no ocurriera, el muy imbécil no podía disponer de sí mismo.

Ninguno de sus chicos le había desobedecido nunca, y mucho menos le había mangoneado. Aldous era quien ponía las reglas y las hacía cumplir a rajatabla, al precio de la sangre.

Y era eso precisamente lo que estaba por demostrarle a la loca de su esposa.

Se aproximó a ella, provocador, fingiendo poseer la calma de la que carecía.

—No me digas que estás celosa de un mugroso jardinero.

Los labios de Laurel tiritaban, igual que sus manos heladas, cubiertas de sangre. Tenía la vista fija en un oscuro rincón de la habitación.

—Para estar celosa tendría que sentir algo por ti, y no es así.

Maldita fuera... sus locuras, que antes le divertían tanto, ahora le exasperaban.

—Cariño, quizá te haga bien una siesta —dijo con suavidad mientras se acuclillaba frente a ella.

Quizá pudiera convencerla de que aquello no era real...

—¡No quiero una siesta!

—...quizá mañana despiertes y comprendas que esto no ha sido más que un mal sueño.

—¡No me creas idiota, Colvile! ¡Mataste a un hombre! ¡A un niño!

Agotada su paciencia, Aldous abofeteó a la pequeña perra. Jamás había agredido a una mujer; tan solo sus chicos habían conocido su mano dura, que obraba de un ánimo muy distinto a la ira y a la desesperación, emociones que ahora lo dominaban.

—¡Deja de decir eso, con un demonio! —gruñó—. No era un niño. Nunca le obligué a nada. Todo lo que le hice fue con su consentimiento... hasta que se volvió ambicioso y estúpido. Espero que aprendas de su ejemplo...

La puerta volvió a abrirse, sorprendiéndolos. Ambos se volvieron espantados.

Todavía mareada y dolorida por el golpe recibido, Laurel vio a Akenzua colarse dentro de la habitación, fundiéndose con las sombras, como si fuera una extensión de ellas. El criado tampoco se dio por sorprendido ante la visión del cadáver de Jeremy, pero al atisbar a la vizcondesa junto a él, manchada de sangre y sumida en una especie de crisis nerviosa, como la espectadora fortuita que era, dejó entrever una ligera vacilación.

—¿Qué hago, mi amo? —quiso saber, dejando suspendidas en el aire aquellas ásperas palabras, pronunciadas en su fangoso acento.

Colvile se lo pensó un par de segundos.

—Déjanos solos un momento.

El sirviente abandonó la habitación. Calibrando el sonido de sus pasos, Laurel dedujo que se había quedado junto a la puerta, a la espera de las órdenes de su señor.

Colvile clavó los ojos en Laurel; una mezcla de furia e inquietud lo poseyó de pronto. Le tomó del cabello con fuerza, sometiéndola, sin hacer caso de los gemidos de dolor.



—Escúchame bien, lady Colvile. Nadie debe saber que Jeremy ha muerto esta noche, en esta habitación. A nadie le importa si un repugnante rapaz se pelea en una taberna y termina con el cuello hendido de un navajazo... o si algún ladrón lo sorprendió en la mitad del camino y le mató al no encontrar nada de valor en sus sucios bolsillos.

—Pero eso no fue lo que sucedió... —chilló la joven.

—Para el resto de la gente, es decir, para la gente normal, no importa quién o cómo lo hayan matado. Nadie le extrañará, nadie se molestará tratando de averiguar qué le sucedió a un vulgar sirviente.

—Pero su abuelo...

—Yo me encargaré de North... Tú debes mantener la boca cerrada, por tu propio bien, Laurel. ¿Entendiste?

—Colvile, mataste a un chico —lloriqueaba ella mientras observaba el cuerpo de Jeremy, tendido sobre su propia sangre. No era una manera digna de morir—. ¿No podías solo dejarlo ir? ¿Por qué le hiciste esto?

—Laurel, Laurel... no estarás intentando conmovirme con tu fingida indulgencia —endureció su agarre y le tomó del cuello con la otra mano—. Eres el ser más egoísta de la tierra. El mundo para ti empieza y termina en tu ombligo, ¿no es así? No eres ninguna buena samaritana, así que deja de aburrirme con esa falsa moral. No sabemos nada de Jeremy, tú no lo has visto esta noche. Él no ha estado aquí, así que olvídale o podrías vértelas muy mal, cariño. No quieres saber lo que podría pasarte si abres tu linda boca para acusarme. Después de todo eres una loca y la gente jamás se toma en serio lo que dices...

—Yo no sé mentir...—balbució.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas. Solo cierra la boquita, mi amor.

Colvile la soltó al fin.

Caminó hasta la puerta, la abrió furioso e intercambió unos cuantos susurros

con el sirviente negro. Al cabo de unos segundos, volvió hasta su mujer, le tomó del brazo para levantarla a la fuerza y la sacó del despacho en volandas.

Laurel gritaba y le descargaba puñetazos ardorosos. Le aterró que se la llevara así, como a un saco de patatas, y por un minuto pensó que la arrojaría por la ventana, que se la llevaría a otro lugar para matarla, como había hecho con Jeremy.

Sus alaridos desesperados se escucharon escaleras abajo, llamado la atención de los sirvientes, pero éstos seguían afanados en sus tareas a la luz de las lámparas de gas. Nadie se mostró alarmado, sin embargo, por aquellos sonidos histéricos. Las pataletas de lady Colvile eran frecuentes, y éstas podían estar motivadas por casi cualquier tipo de disgusto. Los criados ignoraron los gritos de la señora de la casa y continuaron imperturbables en el cumplimiento de sus actividades cotidianas.

Aldous condujo a Laurel hasta el dormitorio, la soltó en el suelo y a continuación le arrancó la ropa de dos tirones hasta dejarla completamente desnuda.

Su lado hedonista se sobrecogió ante la contemplación de la chica en toda su gloria, esa belleza perturbada, poseedora de una sensualidad fuera de este mundo, palmaria a los ojos de cualquier mortal con pulso. Su sexo, en cambio, se mantuvo displicente. Las mujeres jamás lo habían excitado; de hecho, las mujeres lo asqueaban, y por ello recordaba su noche de bodas con aquella loca infeliz, a la que había tenido que drogar, como un verdadero calvario.

Tomándola del cabello, empapado de sangre, la arrojó dentro de la bañera. Laurel luchaba como una gata, defendiéndose a fuerza de rasguños y mordiscos furiosos, pero al final, la fuerza física de lord Colvile se impuso. Terminó sumergida en el cuenco de cobre, con el cuello presionado por la mano de su despiadado marido. Él le miró con un desprecio religado con diversión, giró el grifo y dejó salir un caudal de agua fría que le heló hasta los huesos.

Laurel gritó con el brío de un animal herido. Su agrietada conciencia se concentró en el dolor en la garganta y en el esfuerzo descomunal que hacían

sus pulmones al expulsar cada alarido, solo para sortear el suplicio del agua helada, clavándose en su piel como una lluvia de dagas incisivas.

Fue un mal momento para traer a la memoria otro pasaje de su niñez, cuando tres o cuatro criadas la depositaban en la tina para su baño, el momento más odiado del día, y la sometían a seis y ocho manos para que se mantuviera quieta. Mojada y trastornada, Laurel chillaba, suplicaba, les advertía que el agua estaba helada, que le quemaba la piel, pero nadie le hacía caso, y en lugar de acabar con su suplicio, las mujeres maniobraban con la válvula, como si de un instrumento de tortura se tratase. Una de ellas la llamaba «mentirosa» y otra la miraba con lástima. «No está tan fría, Laurel», decía la muy perra.

Fue entonces cuando comprendió que decir obscenidades le ayudaba a descargar su rabia. Había memorizado con asombrosa facilidad las expresiones más soeces de los sirvientes, las que decían en voz baja, con un regusto pecaminoso en la voz, cuando creían que ningún miembro de la familia los escuchaba. Las había aprendido para desperdigarlas sin ningún reparo entre aquellas miserables mujeres.

Después habían venido los médicos y la habían encontrado con la lengua afilada para disparar contra todo aquel que osara a tocarla.

—¡Hijo de puta! ¡Asesino! ¡Maricón!

Ahora era Aldous el depositario de sus más cerriles insultos. Laurel se dedicó a escupir su mejor —o peor— repertorio de barbaridades para evadir el efecto del agua gélida en su cuerpo, aquella sucesión de puñaladas infernales que parecían perforarle el cuerpo y liquidar su espíritu.

Luego vino la mopa de jabón, que el vizconde le restregó por todo el cuerpo para disipar los restos de sangre. Aldous debía reconocer que disfrutaba de eso. Poner a aquella putita del demonio en semejante cota de enajenación le provocaba otra clase de placer: el de impartir castigos a quienes le desobedecían.

En el mismo instante en que se vio desbordado de frenesí, puso la palma de su mano sobre la cabeza de Laurel y la hundió hasta el fondo de la tina con

todas sus fuerzas. Solo debía esperar, le susurraba una vocecilla macabra en su mente. Solo tenía que estar así un momento más y entonces sus problemas se habrían esfumado.

Pero la cordura apareció a tiempo, impidiéndole cometer un segundo asesinato, uno que no iba a poder justificar. Aldous apartó su mano y dejó que Laurel emergiera de la tina, trastornada, atacada por la tos y una respiración arrebatada. La sacó de la bañera y le lanzó una toalla.

Laurel se arrebujó en el pedazo de tela mientras intentaba recuperar el ritmo de su respiración. El pecho le ardía y dolía a la vez. Desnuda y temblorosa, como una gata rescatada de un cubo de agua, se dejó caer sobre el suelo encharcado.

Se echó a llorar sin dejar de maldecir a aquel hombre que sabía cómo torturarla y anular su voluntad. Una golpiza, una violación no habría tenido el mismo efecto desmoralizante en ella, y hubiera deseado cualquiera de esas dos formas de castigo antes que recibir aquel maldito baño helado que le demostraba que el infierno existía, y que a diferencia de lo que la gente pensaba, no estaba hecho de fuego.

Había intentado matarla, ese hijo de puta...

—Tú te lo has buscado —rezongó él con la respiración acelerada después del esfuerzo físico que suponía doblegarla.

—Otro hombre me habría violado —dijo ella con la voz lejana, transfigurada por los gritos y gemidos, mientras se mantenía fundida en el suelo.

—No tienes tanta suerte.

—Lo que no tengo es un hombre.

Aldous se tensó, pero se detuvo de arremeter contra ella una vez más al notar lo laxa que se veía. Ni siquiera se había protegido por acto reflejo; sus ojos parecían extraviados, fuera de este mundo, como los de una loca.

Como la loca infeliz que era.

—Laurel... —la llamó, pero ella ni se movió—. Laurel, cariño...

Colvile se rio solo, sintiéndose un poco tonto. Quizá se estaba preocupando de más. Laurel no era una amenaza para él. Nadie creería los alegatos de una mujer trastornada, mucho menos los de una que vivía bajo su techo y bajo sus reglas. Su única preocupación debía ser que Akenzua se deshiciera eficientemente del cuerpo de Jeremy, y que cuando la policía diera con él, terminara atribuyendo el crimen a un robo o a un ajuste de cuentas.

Echó otro vistazo a su esposa, que yacía inerte y desnuda en el suelo, como una decadente María Magdalena de Lefevre. Se la echó en brazos y la dejó encima de la cama. Su piel pálida despuntaba sobre las sábanas, a la luz de las lámparas de gas, pero su rostro era una triste máscara de letargo. No podía dejar de reconocer cierta belleza en aquel cuadro, pese a todo.

Quizá fuera cierto eso que había dicho; que una siesta, o un ventajoso estado coma, podían ayudarla a olvidar lo que había visto y escuchado aquella noche.

Aldous tragó saliva y rogó en su mente porque así fuera.

Recogió la ropa ensangrentada que le había quitado y la arrojó a las llamas de la chimenea en un impulso nervioso. Ya inventaría alguna tonta excusa para justificar aquel acto. Se aseguró de que todo hubiera ardido antes de salir del dormitorio, y aun después de un largo rato, Laurel no reaccionaba.

Mejor para él, se dijo mientras cerraba la puerta y la dejaba sola.

—Doctor, necesito que declare a mi esposa legalmente insana.

El médico dejó de beber el costoso escocés y miró al vizconde con ávida intriga.

Colvile no estaba bromeando; había pensado bien las cosas los últimos tres días. Si bien Laurel no había vuelto en sí desde el episodio del baño, no podía descartar que lo hiciera en cualquier momento y que le acusara de asesino a

voz en grito. Sí, para el resto de la gente, la mujer estaba loca de remate, y sus alegatos nunca eran tomados en serio, pero el cuerpo de Jeremy —que Akenzua había arrojado al río aquella misma noche— aun no había sido hallado, y si ella abría la boca para relatar el hecho antes siquiera de que se supiera el paradero del muchacho, lo pondría en evidencia.

Ya había tomado una decisión. Lo más acertado era silenciar a esa condenada loca y acortarle la cuerda de un zarpazo.

—¿Le sorprende mi petición? —inquirió mientras el doctor Davinier ponderaba en silencio sus palabras.

Habría deseado tener allí a Fairfax, el médico que había llevado el caso de su esposa desde que era una pequeña, pero el hombre ahora vivía en Londres, y Aldous no se podía dar el lujo de esperar a que regresara al condado. Cada día que transcurría era una agonía mientras aguardaba noticias del cuerpo de aquel mugroso rapaz y rogaba mentalmente para que Laurel se quedara viviendo en el limbo permanentemente.

Por esta razón había invitado a venir a un especialista local, el doctor Alexander Davinier.

—Lo que me sorprende, milord, es que milady no esté declarada ya —Davinier esbozó una sonrisa compasiva.

—Su familia nunca llegó a atreverse, por motivos sentimentales —Aldous se relajó sobre su silla de cuero—. Además, siempre guardaron la ilusión de que Laurel se recuperara, pero usted y yo sabemos que lo que ella padece no es un resfriado.

—Sin duda, milord —se ajustó los anteojos mientras examinaba el informe médico de la vizcondesa—. Veintiséis años y ninguna mejoría.

—Sabe, Davinier —reflexionó Aldous mientras rellenaba las copas—. Los Kirkeby tenían temor de que Laurel terminara sola. Usted lo sabe mejor que yo: las personas que padecen los mismos males que lady Colvile están condenados a una vida de duras pruebas. Está el rechazo de la sociedad, la incapacidad de hacer una vida normal, el rigor de los tratamientos... —Un

suspiro largo brotó de sus labios—. Conseguir un marido para ella, uno que le aceptara tal como es, que le brindara el hogar y la estabilidad que necesitaba, no fue algo sencillo de lograr.

—Pero por fortuna estaba usted, milord —sonrió el médico.

—Sí, Laurel es una mujer maravillosa, a pesar de todo. Es especial a su manera y en sus escasos momentos de lucidez, aunque usted no lo crea, es capaz de mostrar virtudes inimaginables —soltó una risa soñadora que el médico celebró—. Sus encantos terminaron por vencerme.

Aldous resopló para sus adentros, revolviéndose en su propia mentira. Si había visto alguna virtud en Laurel Kirkeby era la de ser su mascarada perfecta, la mujer que le faltaba para coronar su imagen de caballero impoluto en sociedad. Con la figura de una esposa a su lado podría mantener bajo llave su mundo secreto de sexo antinatural. ¿Y quién mejor que una loca que no esperaba una familia, ni una vida marital para ayudar en sus propósitos? Aquel poderoso argumento había primado, más que la jugosa dote, a la hora de aceptar los casi ruegos del señor y la señora Kirkeby, para que Aldous tomara la decisión de desposar a Laurel.

—Si me permite decirlo, es usted un hombre admirable, milord —Daviniere dio un largo sorbo a su copa; a todas luces, estaba fascinado con el regusto de un buen trago—. ¿Puedo preguntar a qué se debe su petición de este día?

Colvile se puso de pie para destensar los músculos. Allí comenzaba su teatro.

—Verá, doctor... Creo que es el momento de hacer lo que los padres de lady Colvile no se atrevieron en el pasado. Ellos me la confiaron y como el esposo sensato que soy, debo decidir lo que es mejor para ella en este momento.

Daviniere se ajustó los anteojos mientras sopesaba las palabras del vizconde.

—¿Se refiere a internarla?

—A eso me refiero...

—¿Milady ha estado especialmente irritable?

—Debo admitir que sí, lo ha estado —suspiró—. En el funeral de su padre sufrió una crisis de lo más lastimosa, y hace tres días otra, en mi despacho. No sé exactamente qué la originó, pero mi pobre Laurel no se ha recobrado. Usted mismo puede venir a verla. Apenas come, y no ha dicho una palabra desde entonces. Temo que se quede así permanentemente.

—Bien, la examinaré, milord.

Los caballeros se dirigieron sin más preámbulo al dormitorio de la vizcondesa.

El recinto estaba regido por un silencio incommovible. Las ventanas, abiertas de par en par, dejaban que la luz de la mañana bañara cada rincón, como si de ese modo las sombras que gobernaban la mente de lady Colvile pudieran replegarse. Josephine, la criada personal de la vizcondesa, cambiaba las sábanas mientras su señora permanecía recostada en un sillón, con la vista fija en un ramo de fresias recién cortadas, dispuestas prolijamente en un jarrón cerca de la ventana.

El médico la saludó. Intentó entablar una conversación con ella, pero la lady Colvile no dio ninguna evidencia de escucharle, o de notar siquiera que estaba allí. Permaneció ausente, lánguida y con los ojos posados en el ramo de flores, como si fuera éste el único objeto en una habitación completamente vacía.

Davinier aprovechó su quietud y se tomó el tiempo para examinarla. Por fortuna, no daba problemas y el médico se dio licencia para hacer una revisión completa. Nunca había sido sencillo lograr que lady Colvile recibiera con beneplácito a un médico; de hecho, nunca había sido sencillo conseguir que dejara a un extraño acercarse tanto, pero esa vez se estaba comportando de manera ejemplar, para variar.

Pero entonces, Davinier le rozó inocentemente la hendidura en su cuello; la cicatriz que había quedado de su intento de suicidio, ocurrido un par de años



atrás. Y así fue como se desató el infierno en Kempshall Court.

Colvile, la sirvienta y el médico se tambalearon cuando la vizcondesa, como si hubiese sido poseída por el mismísimo demonio, se les vino encima con una ira demencial. Descargó una lluvia de gritos, patadas y arañazos contra todo el que estuviera a su alcance, rompiendo así tres días de absoluta inercia. Los objetos de la habitación comenzaron a volar, estrellándose en las paredes, en la puerta, y en ocasiones, en los cuerpos de los tres intrusos.

Aquella marea demencial duró hasta que Josephine se las arregló para calmar a su señora, y ésta accedió a volver a su silla para serenarse, ante la mirada estupefacta del médico y del vizconde. Después de un momento, había vuelto a ser la mujer inanimada que habían encontrado descansando en el sillón.

—Espero que no hagan falta más evaluaciones, doctor —masculló Colvile cuando entraba de nuevo en su despacho, seguido por el doctor Davinier—. Usted acaba de ver de lo que es capaz mi esposa. Temo que vuelva a intentar hacerse daño o hacérselo a alguien más en esta casa. Usted debe ayudarme a internarla en una institución donde esté vigilada, donde sea atendida por personas más capacitadas que el servicio de esta casa.

—Comprendo, milord. Por favor, no se angustie —murmuró el otro mientras se limpiaba las gafas empañadas con un pañuelo—. Desafortunadamente, declarar a una persona incapacitada o insana no es tan sencillo como parece.

El cuerpo de Aldous se tensó.

—¿Cómo dice? ¡Pero si usted la ha visto! ¡Es violenta! ¡Podría llegar a matar a alguien!

—Eso es seguro, pero...

—¡Mi esposa está loca, Davinier! He intentado tratarla como a una persona normal, ofrecerle una vida colmada de privilegios, de paz y de armonía, pero eso no ha cambiado el hecho de que su cabeza está mal. ¡Lady Colvile es un peligro andante!

—Sus temores están justificados, milord, pero no debo verla yo solamente. Se trata de un tema muy delicado y la decisión debe ser tomada por un consejo médico.

—¿Un consejo médico? —repitió exasperado—. ¿Un consejo médico? ¿Y para qué le he hecho venir a usted entonces?

—Milord, entiendo su indignación, pero así es como funcionan las cosas. Lady Colvile debe someterse a un examen más riguroso, con el apoyo de su historia médica y el resultado de mi evaluación de esta mañana. Lo que acaba de suceder en el dormitorio de su esposa debe repetirse delante de los médicos del consejo de Londres, así podrán declararla legalmente insana y confinarla a una institución mental, como lo establecen las leyes.

Parecía una opción bastante asequible, pensó Aldous un poco más sereno. Tan solo debía poner a Laurel en el próximo tren a Londres y lograr que su numerito se repitiera frente a los médicos. Sonrió para sus adentros.

—¿Debo llevarla a Londres, entonces?

—¡Cuanto antes, milord! Yo en persona me encargaré de que un respetable consejo médico esté preparado a su llegada a la ciudad para ver a lady Colvile. Después de eso, la vida de la vizcondesa quedará en sus manos y usted podrá decidir por ella en todos los aspectos... Incluso, si usted lo dispone, podrá dejarla en alguna institución de allá.

Interesante.

—¡Bien! Entonces mañana mismo partimos hacia Londres.

## Capítulo 4

El silbido de la máquina de vapor resonó como el quejido de un ser mitológico que hubiera cobrado vida. Como un acto reflejo, Laurel se llevó los dedos enguantados a los oídos; apretó párpados y dientes hasta que su mandíbula crujió y la sangre se le aglutinó en las sienes como efervescente lava volcánica. Todo el cuerpo se le tensó; su corazón inició una cruzada desenfrenada para romperla desde adentro y la cabeza le daba vueltas como si se hubiera subido a un juego mecánico.

Su memoria no le proporcionó ningún recuerdo reciente. Ni siquiera sabía cuándo le habían puesto aquel vestido de viaje azul mediterráneo o en qué momento había subido al carruaje para dejar Kempshall Court. El pasmo y la agitación que la apresaban recrudecieron cuando Colvile la sujetó por un brazo y la sacudió con fuerza, exigiéndole con dientes apretados que no hiciera otro numerito.

Junto a su marido se hallaba Akenzua, vestido con un traje de tweed color escarlata y sombrero bombín, y más allá Josephine, su criada personal. Ambos observaron la escena sin reaccionar.

Entonces, Laurel se vio a sí misma en la estación de trenes de Gloucestershire, ahogada entre el ir y venir de la gente, el aullido perturbador de las máquinas y la inminencia de un viaje inesperado. Los recuerdos comenzaron a caer de a poco en su mente. Jeremy ensangrentado en el suelo del despacho. Colvile, su amante y asesino, amenazándola para que no le contara a nadie lo que había visto. Después, el maldito baño helado penetrando en sus huesos y nublando su consciencia; una probada de lo que le sucedería si le desobedecía a aquel ruin asesino. La reminiscencia de esa forma de tortura que hasta sus propios habían usado para doblegarla, le produjo un estremecimiento violento, aún más intolerable que el sonido de las máquinas.

Sin soltarle el brazo, Colvile la llevó hasta el interior del vagón de primera

clase. Laurel se dejó guiar mientras su mente terminaba de situarse.

¿Adónde iban?

Un mayordomo de guantes blancos y librea negra los condujo hasta un privilegiado compartimento cubierto de relucientes paneles de palo de rosa. Este constaba de una cama amplia, adornada con cojines dorados y sábanas del más fino algodón. Junto al lecho se hallaban un escritorio, una silla y un espejo de marco dorado.

El empleado de la compañía ferroviaria dejó el equipaje y tras empuñar una moneda que Colvile le tendió, se marchó del compartimento. Entonces, el vizconde se vio libre de guardar la compostura y de un empujón depositó a su mujer en la cama.

—Por una maldita vez en tu vida, compórtate, ¡loca del demonio! —exigió con un susurro furioso.

Laurel se incorporó, mirándolo desafiante.

—¿Por qué nos vamos? ¿Estás huyendo de la policía? ¿Ya descubrieron que mataste a ese muchacho?

Colvile entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos siniestras rendijas oscuras. Para su mala suerte, ella había vuelto en sí y lo recordaba todo. Sus esperanzas de que olvidara el suceso se vieron anuladas en un abrir y cerrar de ojos.

Le soltó una bofetada que se sintió como un latigazo. Ella se llevó la palma de la mano a la mejilla para aliviarse, haciendo un esfuerzo colosal para contener las lágrimas. El dolor vibraba en su piel y se alojaba en su pecho. Los golpes que había recibido en el pasado venían de la mano de su propia madre, pero de ninguna manera habían sido tan brutales como los de su marido.

Laurel comprendió que había despertado a un monstruo al que debía temer.

—Lamento que hayas tenido que ver eso —le dijo Colvile en un tono más

sosegado, al cabo de un momento—. Esperaba que nuestra convivencia fuera posible, pese a tus lamentables circunstancias y a mis gustos un tanto particulares. Pensé que podíamos ser una pareja de raros con algunos intereses comunes y muchos beneficios —suspiró con un rastro de nostalgia—. Todo era perfecto, tienes que reconocerlo... pero tenías que entrar en esa habitación; tenías que ser una fisgona de primera y ver lo que viste. Lo que hice no me hace sentir orgulloso, Laurel, pero no pienso dejar que una loca que no puede tener la boca cerrada me destruya. No voy a ir a la horca, acusado de matar a un chiquillo que me hacía favores sexuales. Antes que ocurra eso debo encargarme de ti.

—¿Qué harás conmigo?

—Lo único que puedo hacer.

—¿Vas a matarme a mí también?

Colvile rio al ver que sus ojos se brotaban de terror.

—No me volvería a ensuciar las manos; mucho menos contigo.

—Dime adónde vamos, Colvile —susurró Laurel mientras veía su paciencia agotarse—. ¿A Londres? El primer lugar que la policía visitará para averiguar será la mansión y si no te encuentran allí les parecerá sospechoso. Creerán que tienes algo que esconder. No te conviene que...

—Tu esfuerzo para convencerme es admirable, pero no resultará. Lo único que quiero de ti es que no des problemas durante el viaje, ¿entendiste?

—¿A dónde vamos?

—Si eres buena te lo diré, pero si no... —le dedicó una mirada gélida— no me importará que nos escuchen y vendré a darte una buena zurra. Cuando llegemos estarás tan machacada que dará igual si sabes o no donde estás.

Colvile se dio la vuelta para marcharse, pero Laurel se puso de pie de un brinco y le tomó del brazo ansiosamente.

—Espera, Aldous... seré buena. No hablaré —prometió miserablemente,

con las lágrimas saliendo a borbotones. Quizá, si se comportaba sumisa, su marido fuera más benévolo con ella; quizá pudiera volver a ser el inofensivo y displicente lord Colvile que había vivido con ella los últimos tres años—. No diré nada. Nadie sabrá lo que sucedió. No hablaré con nadie de esto... pero te lo ruego. No me alejes de Cheltenham y de Gretty. No quiero ir a Londres. Haré lo que me pidas, pero no me lleves a ningún lado.

Ella sabía que era incapaz de guardarse un secreto tan perturbador como la muerte de Jeremy. A las primeras de cambio sentiría la necesidad de contar lo que vio; quizá lo expresara en una de sus pinturas, o si la sometían a un interrogatorio frente a un policía terminaría por confesar, pero de todos modos hizo la promesa. Se estremecía de solo imaginarse en su habitación de Tame Hall, la casa de Grosvenor que Colvile usaba mientras estaban en la ciudad, sola, sin poder salir porque le estaba prohibido, y sin ver a su nana. Se volvería todavía más loca en menos de un día.

El vizconde escudriñó su rostro sin demasiado esfuerzo.

—Vaya que tienes razón... eres una muy mala mentirosa.

Desasiéndose de su agarre, se marchó del compartimiento, no sin antes cerrar con llave por fuera. Laurel luchó contra el mango de la delgada puerta, golpeó los muros de panel y gritó de rabia, pero nadie vino a ayudarla.

La desesperación por el encierro y la incertidumbre del futuro comenzaron a hacer mella en su cabeza, haciéndole olvidar su intención de permanecer quieta por su propia seguridad. Lo único que le quedaba era llorar y maldecir.

La partida de Colvile coincidió con el movimiento del tren, y el inicio de un viaje con destino incierto. Laurel descorrió la cortina y se asomó por la ventanilla del vagón. Afuera, un torrente de personas despedía a los viajeros agitando las manos entre sonrisas y buenos deseos. Aunque gritó para rogarles ayuda, el silbido de la máquina opacó su voz. Nadie reparó en ella.

Pasado un rato, el tren comenzaba su incursión por los variopintos paisajes de la campiña inglesa. El mecanismo de la cerradura chasqueó de pronto,

renovando las esperanzas de Laurel. Levantó la cabeza de la almohada y esperó a ver de nuevo a Aldous, pero antes de alistarse para una nueva retahíla de plegarias, Josephine se adentró al compartimento con una taza en mano.

La vizcondesa se incorporó. Su ánimo, antes extenuado, se activó.

—Milady, le vendrá bien un poco de té —dijo la chata y pecosa criada sin hacer contacto visual—. Es de jengibre, y le pusieron menta fresca. Sé que los viajes en tren le provocan mareos y náuseas.

—Josephine, ¿sabes a dónde vamos?

—Sí, mi señora, a Londres... —balbució—. A casa.

—¿Por qué? ¡No teníamos pensado volver tan pronto! ¿Colvile dijo algo? ¿Qué has escuchado? ¡Dímelo!

—Yo... no lo sé, milady. Su marido mencionó que tenía un asunto por resolver en la ciudad. Y que usted ha estado muy... nerviosa estos días. Dijo que la muerte de su padre estaba afectándole especialmente y que le haría bien cambiar de ambiente... Ahora, tómese el té. Está casi tibio, como a usted le gusta —le tendió la taza, pero la otra ni siquiera reparó en ella.

—¿Eso dijo? —murmuró con la mandíbula tensa. Ese desgraciado había usado la muerte de su padre para justificar su comportamiento. Que conveniente—. ¿Sabes algo de Jeremy?

—¿Jeremy? —La criada arrugó la nariz, extrañada de que le preguntara por el jardinero—. No sé nada de él señora, solo que lleva días desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió, tratando de velar su nerviosismo.

—Sí, no se le ha visto la cara por la mansión en cuatro días y nadie sabe de él. El viejo North está preocupado, pero yo apostaría a que el bribón está gastándose las monedas que gana en ginebra y mujeres —sacudió la cabeza con reprobación—. No se preocupe por él y tómese el té, milady.

—¡No quiero té!

—¿Por qué me pregunta por Jeremy? ¿Le hizo algo acaso?

Laurel pensó que si le decía la verdad a Josephine, la muchacha podría ayudarla a salir de aquel tren y dar aviso a la policía. ¡Claro que sí! Eso es lo que haría. Ella se pondría de lado de alguien de su misma clase, se indignaría por la muerte del chico y buscaría justicia para él.

—Josephine —le quitó la taza de las manos y la dejó sobre la mesita. Luego la instó a sentarse a su lado, al borde de la cama—, sé lo que le sucedió a Jeremy —susurró, con lo que la otra le miró intrigada—. Lo vi la noche de la tormenta, cuando regresé del bosque. Él no va a regresar nunca. Colvile lo mató. Quería marcharse de Kempshall Court y mi marido no se lo permitió. Eran amantes... ¡Amantes! ¿Entiendes? De esos hombres que... prefieren a otros hombres en lugar de a las mujeres. Mi marido y Jeremy estaban juntos.

La confesión le produjo un repentino alivio, como si se hubiese quitado un peso de los hombros. Josephine, sin embargo, la miraba horrorizada.

—Señora, por favor... —susurró.

—Te aseguro que es la verdad. Yo lo vi en el despacho de mi marido. Tenía la garganta abierta —el recuerdo le hizo sentir mareada—. Estaba muerto. ¡Lo juro!

Josephine tragó saliva.

—Quizá fue un sueño. Mi madre dice que los...

—¡No fue un sueño! —Laurel se arrepintió de haber alzado la voz. Si Colvile la escuchaba cumpliría su amenaza de darle una zurra, y sabía Dios de qué más era capaz; por otro lado, había asustado a su criada personal, que ahora mismo parecía a punto de salir corriendo, presa del horror—. Es... es la verdad. Es lo que vi. Dime que me crees, Josephine.

—Su marido no es un asesino... y Jeremy no está muerto, milady. Ha de estar borracho bajo la cama de alguna mujer de la mala vida. Tómese el té, se lo ruego.



No le creía, naturalmente. ¿Quién creería a una loca como ella?

Laurel se arrepintió de haberle contado la verdad a su criada y rogó para que no fuera directa adonde su marido para acusarle de mentirosa.

Las lágrimas volvieron a anegarle los ojos. Ahora entendía que nadie podía ponerse de su parte; nadie jamás creería en su palabra. Estaba sola.

—Por favor... —la muchacha le ofreció de nuevo la bebida—. Es por su bien. Se sentirá mejor, lady Colvile. Se lo prometo.

Desconsolada, Laurel tomó la taza tibia y se la llevó a los labios. No podía hacer nada más, para su completa decepción. Pero entonces, un sabor extraño asaltó sus extremadamente sensibles papilas gustativas. Su reacción más inmediata fue escupir el líquido y lanzar la taza contra un panel.

Josephine se levantó como impulsada por un resorte.

—¿Qué es esto? ¿Acaso piensas drogarme? ¿Colvile te dijo que lo hicieras?

—No, milady, es para ayudarle a descansar —la muchacha se encrespó como una gallina ante la irrupción de un zorro en el gallinero.

—¿Cómo te atreves? —La riñó mientras la acorralaba frenética contra uno de los muros.

—Le juro que yo no... yo solo quería que...

—¡Yo soy tu señora! ¡Es a mí a quien debes lealtad, maldita campesina estúpida!

Laurel estaba fuera de sí, pero de algún modo se contuvo de apretar el pescuezo de aquella zorra traicionera, cuando lo que en realidad quería era retorcérselo hasta que le dijera que la creía y que le ayudaría a bajar del maldito tren en cuanto se detuviera.

—Escúcheme, lady Colvile —murmuró la muchacha espeluznada y acorralada contra el muro de paneles—. ¡Tiene que calmarse! Los doctores no

pueden verla así o la dejarán de por vida en ese lugar.

La expresión de Laurel mutó de frenética a horrorizada en un latido de corazón.

—¿Doctores? ¿Qué lugar? ¿Qué doctores?

Josephine comenzó a gemir compulsivamente. Los ojos de Laurel se posaron absortos en la figurita asustadiza y agazapada. Los mareos comenzaron a atacarla, al tiempo que un miedo feroz crecía en su interior. Si Josephine no hablaba pronto iba a estallar.

—¡Los del manicomio! —chilló al fin la criada.

La respuesta la golpeó más fuerte que las recién descubiertas bofetadas de su marido. ¿Un manicomio? ¿Era allí adonde la llevaban? ¿Cómo es que no pensó antes en esa posibilidad? Quizá porque aun no caía en la cuenta de que su marido era un ser despreciable, desalmado y que estaba dispuesto a todo con tal de deshacerse de ella.

La internaría en un manicomio de la ciudad, de ese modo no podría acusarlo de haber matado a Jeremy North, su amante.

La puerta del compartimiento se abrió de golpe. La figura amenazadora de Akenzua apareció en el umbral, provocando que Laurel retrocediera por acto reflejo. El adusto sirviente negro solo tuvo que echar una mirada significativa a Josephine para que ésta saliera disparada fuera de la pieza. Después observó a Laurel, pero ella se negó a sostenerle la mirada, así que no alcanzó a descubrir el aire perverso que latía en sus ojos oscuros.

Sin mediar palabra Akenzua volvió a encerrarla.

Con la horrible certeza de su destino, Laurel no encontró más motivos para frenar su furia. Apaleó la puerta con todas sus fuerzas, clamó por ayuda y se deshizo en insultos contra su marido. Lo hizo hasta que los puños, la garganta y el alma le ardieron, y cayó desfallecida en el suelo.

No supo cuánto tiempo pasó después de que Josephine y Akenzua la dejaron sola en el compartimiento. Pudo haber sido una hora, o un día entero, y ella no lo habría notado. Había llorado hasta que sus fuerzas le abandonaron por completo, hasta que pareció rendirse al miserable destino que la esperaba al final de aquel viaje.

Un manicomio. Colvile iba a dejarla en uno de esos horribles sitios en Londres. Quizá fuera el más tristemente célebre de todos, el hospital de Bedlam, pensó aterrorizada y colérica a partes iguales. Laurel jamás había estado en una institución mental, su padre nunca lo había permitido, pero sabía lo suficiente de ellas como para no desear poner un pie allí. Y no estaba hablando de lo que había visto en representaciones teatrales o leído en novelas. Los mismos médicos que la habían tratado de niña le habían contado que los pacientes que no colaboraban con los procedimientos, o aquellos que no mejoraban con el tiempo, eran confinados a un lugar similar a una cárcel, donde se los esposaba, golpeaba y aislaba del mundo, como una medida drástica para inducirlos a recuperar la cordura y para mantener a salvo de ellos a los individuos sanos.

Luego de que Laurel era sometida a los espeluznantes baños de agua fría y caliente, y cuando le ataban por horas a una camilla en la que se descomponía a gritos, el doctor aparecía con una sonrisa condescendiente, revelándole que aquello no era nada comparado con los procedimientos a los que debían someterse los internos de Bedlam.

Incluso Gretty había pasado fugazmente por el ala de enfermos mentales del hospital de Cheltenham. Su madre había mencionado alguna vez que, ante la falta de camas y alimentos, la habían dejado marchar sin más. Su nana aseguraba no recordar esos días, y ella nunca le había hecho preguntas, pero por alguna razón, Laurel siempre había sospechado que Gretty había tenido una espantosa experiencia en ese lugar y que su mente revoltosa se había encargado de sepultar el recuerdo.

Y ahora iba a ser su turno.

¿Qué le esperaba en un sitio como ese? ¿Sería cierto que los locos usaban

camisas de fuerzas y que había personas vigilándoles todo el tiempo, dispuestas a azotarlas de la forma más cruel si les desobedecían? ¿Sería verdad que los domingos la gente común podía entrar a verlos por una moneda, drogados y encadenados, cual si fueran fenómenos de circo? ¿Qué tan cierto era que los tratamientos eran mucho más crueles que los que ella había sufrido? ¿Cuánto más crueles? ¿Y si Colvile la dejaba allí de por vida? ¿Y si nunca más volvía a ver a Gretty o a su hermana Becky?

No... Laurel no podría soportar algo así.

Tumbada en el suelo de madera del estrecho compartimiento, cerró los ojos y rogó para que algo sucediera. Lo que fuera. No le importaban las consecuencias.

Volvió a golpear la puerta con renovadas fuerzas y la impotencia royendo sus carnes. ¿Cómo era posible que nadie la escuchara? El tren se había detenido unas cuantas veces; ella había captado el sonido de la máquina, que indicaba que se aproximaba una parada, y después había escuchado el rumor de los pasajeros bajando y subiendo, pero aunque golpeaba con todas sus energías y pedía auxilio a todo pulmón, nadie se acercaba a echar un vistazo.

«Dios, no me odies. Ayúdame», imploró en silencio, mientras los ojos comenzaban a arderle con nuevas lágrimas. «Dios no te odia». Le pareció escuchar la sabia voz de Gretty en su oído. «Dios te salvó».

Ella no estaba tan segura de eso último. Su mente excesivamente racional se resistía a creer que un ser superior, todopoderoso y omnipresente pudiese mover los hilos y las vidas de todas las personas a su antojo. Le costaba creer en aquello que sus ojos no podían ver y en lo que sus manos no podían tocar; por eso su madre la había tachado de infiel incontables veces.

Sin importar cuánto se había rehusado a creer en Dios en el pasado, Laurel se aferró a las plegarias que manaban de su espíritu abatido, como un manantial que se desbordaba. No tenía más alternativa que mirar al cielo e implorar misericordia. Era su único recurso.

Y entonces lo imposible sucedió.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Hay alguien allí? —bramó una voz masculina. Laurel se puso de pie con la velocidad de un relámpago—. ¿Hola?

Un desconocido. Su corazón se estremeció con el vaivén de sentimientos que la atoaron. Normalmente rechazaba a la gente que no conocía, pero esta vez estaba feliz de que esa persona que hablaba tras la puerta no fuera Aldous o Akenzua.

—¡Sí! ¡Sí, estoy aquí! —espetó nerviosa y esperanzada.

—Caray, señorita. Le ruego que me perdone, pero me pareció escuchar que alguien gritaba y aporreaba los muros. Vine a ver si se le ofrecía algo. ¿Está usted bien?

—Sí, he sido yo... es que —balbució. No conseguiría mentir tan fácilmente, pero le urgía salir de allí. Tampoco le resultaría nada sencillo pretender que era una mujer cuerda. Se mordió los labios, diciéndose que al menos diría parte de la verdad a la persona tras la puerta—. Estoy encerrada.

—¿Encerrada? Pero... —el muchacho intentó girar el picaporte, percatándose de que la puerta estaba trancada con llave—. Alguien tuvo que haber cerrado por fuera. Que extraño.

—Sáqueme de aquí, ¡se lo ruego!

—Está bien, señorita. ¿Desea usted que llame a alguien? ¿A su acompañante, quizás?

Laurel se estremeció con la sola idea de que el amable muchacho hiciera venir a Colvile o a Akenzua.

—¡No! Vengo... sola. Apresúrese, por favor. ¡Llevo horas aquí!

—¡Bien! Iré por las llaves. No me tardo.

Laurel escuchó los pasos del muchacho alejándose por el pasillo. Su

corazón había resucitado con renovado ímpetu. ¡Era un milagro! ¡Era su oportunidad de escapar! Si tan solo pudiese bajarse en la próxima estación sin que sus carceleros repararan en ello...

Se reacomodó el tocado frente al espejo, se arregló la ropa y se limpió el rostro con una toalla que sacó del bolsito de viaje que Josephine había empacado.

Al cabo de varios minutos, el joven volvió con la llave que logró destrabar la puerta. Laurel le agradeció apenas se vio libre, sintiendo de pronto que todo ese tiempo había estado conteniendo la respiración. De inmediato se percató de que el muchacho era un lacayo de la ferroviaria pues, llevaba el uniforme blanco y negro con el emblema de la compañía impreso en la camisa y en la sencilla gorra.

Sintió el impulso de tenderle una propina.

—¡Se lo agradezco mucho, señorita! —Graznó él con una sonrisa de oreja a oreja mientras empuñaba las monedas—. Que conveniente que pasaba justo por aquí cuando la escuché. Por lo que sé los compartimientos contiguos hasta el salón del bufete están vacíos. No lo entiendo.

A ella este hecho no le resultaba del todo insólito. De seguro Aldous había pagado por todo el vagón con la única intención de mantenerla aislada.

—¿A cuánto tiempo estamos de la próxima estación?

Fue cuando un potente silbido se hizo escuchar a lo largo del tren. El sonido que antes había encontrado repugnante, ahora se le antojó un canto de sirenas.

La suerte volvía a sonreírle.

¿O era Dios?

—¡Pues ya casi nada!

—Quiero bajarme... quiero bajarme apenas el tren se detenga —masculló sin mirarle a los ojos—. ¿Sería tan amable de escoltarme hasta la salida?

El muchacho la estudió algo confundido.

—Sí, por su puesto, señorita. Venga conmigo.

Mientras caminaba por el estrecho vagón, detrás del lacayo, Laurel percibió un temblor en sus manos. El corazón le latía en la garganta al ritmo de una canción tribal. Debía irse de allí, le gritaba cada fibra de su ser. Debía aprovechar que el destino jugaba a su favor y perderse entre los pasajeros, en ese lugar que no conocía en absoluto.

Ello era preferible antes que llegar a Londres y permitir que Aldous la internara en un manicomio.

Llegó hasta la portezuela que el empleado le mostró con un gesto caballeroso.

En el andén la actividad era frenética. Los trabajadores se preparaban para bajar la mercadería que llegaba a destino, mientras que otros esperaban para ingresar la que habría de ser llevada a Londres y a otras plazas. Una muchedumbre de viajeros esperaba su turno para abordar el tren en medio del ruido y el correteo, las voces a grito de los lacayos y el aroma a cuero, especias y humo. Los sentidos de Laurel se sobre estimularon con aquella profusión de sonidos y efluvios, pero lejos de taparse los oídos y nariz para huir del incordio, como lo habría hecho en una situación similar, se las apañó para parecer una persona normal.

Antes de poner un pie fuera del vagón, ayudada por el amable lacayo, Laurel se despidió. Éste la miraba con profunda extrañeza, como si estuviera preguntándose si había hecho bien en sacar del compartimiento a aquella mujercita tan rara, que había preferido no llevar consigo su equipaje. Se decidió a desaparecer antes de que el muchacho se arrepintiera de haberle dado su libertad y comenzara a averiguar quién era ella y por qué la llevaban encerrada, como si fuera un animal peligroso.

Se abrió camino entre la gente, rodeada por una noche un tanto fría y brumosa. Se escurrió como una ladrona, aceptando estoicamente el roce de los cuerpos de decenas de extraños, ansiosos por abordar. Por suerte, la

muchedumbre logró embutirse en el vientre del tren, y ella pudo volver a respirar en un rincón apartado. Fue cuando pudo admirar la moderna y acogedora estampa del edificio de la estación y caer en la cuenta de que realmente lo había conseguido. ¡Había escapado!

De nuevo se puso en marcha, divisando más tarde las afueras de la estación. Procuró fundirse en el velo ceniciento que envolvía todo, y vagar por el terreno que tenía delante. El edificio de ladrillo y sus numerosas taquillas atendidas por hombres mal encarados, se había quedado atrás.

¿Y ahora qué había de hacer? ¿A dónde debía ir? No tenía dinero ni conocía a nadie. ¡Estaba sola! Sola como jamás lo había estado en sus veintiséis años.

Quizá fuera el momento de hacer caso a Gretty y buscar un lugar lejos de su familia y de Colvile. Aquel paraje desconocido, que apenas alcanzaba a distinguir en medio de la bruma y la noche umbría, podría ser su verdadero destino.

De momento, solo importaba el hecho de que había huido, reconoció satisfecha consigo misma. Se sintió aliviada al imaginar a Aldous bebiendo en el bar del tren, y a los dos sirvientes dormitando en sus asientos de tercera clase mientras ella los burlaba. Cuando repararan en que había escapado, su marido estallaría en cólera.

Se volvió para otear por última vez la estación de trenes, dispuesta a despedirse con insolencia de Colvile, de su maldito matrimonio y de sus intenciones de internarla en un manicomio, pero su euforia se trasmutó en pánico en un solo parpadeo.

Un par de ojos oscuros y transidos de ira la descubrieron a través de la niebla. Laurel se paralizó al tiempo que un escalofrío violento la circulaba. Sus esperanzas se vinieron abajo; el miedo hizo su aparición en aquel momento. Reconocía su silueta enorme, de puro músculo, y su andar descomedido, aun en la vasta distancia.

¿En qué momento había notado que se había escabullido? ¿Cómo había conseguido seguirla hasta allí? ¡Lo ignoraba! Pero ahí estaba, y ahora se



acercaba con pasos furibundos.

Ella se debatió entre quedarse quieta o echar a correr, pero el impulso de huir sacudió sus huesos y la apremió a mover sus pies como jamás lo había hecho. Se halló corriendo por aquel terreno tragado por la niebla, decidida a seguir luchando por su libertad.

—Lady Colvile, ¡vuelva aquí! —le gritaba Akenzua con su huraño acento mientras corría tras ella.

Lejos de obedecer, Laurel apretó el paso sin calibrar la espesura de la niebla. No podía ver nada delante, salvo el vívido telón blanco que seguía extendiéndose a sus anchas. No tenía más opción que avanzar a ciegas y confiar en que la niebla misma le proporcionara el escondite que necesitaba.

Se adentró en un terreno lodoso, luchando por moverse pese al incordio de la falda y los botines caros que tenía la desgracia de llevar puestos. Atrás habían quedado la gente, los ecos de la estación y las luces, pero la presencia del temible Akenzua sobre ella era tan palmaria como un aguacero. Podía escucharlo gritar su nombre, tan cerca como si fuera a verlo si tan solo se diera la vuelta; la tierra se estremecía con sus pasos rápidos y pesados. Laurel no olvidó el hecho de que el africano era descendiente de una legión de guerreros nacidos en tierras agrestes y más salvajes que ninguna que hubiera conocido, así que sus movimientos a la intemperie debían de ser mucho más diestros que los de ella. Si se distraía un momento, podía tenerlo encima en un pestañeo.

Más adelante, la niebla mermó y la visión se le fue aclarando. Sin dejar de correr hasta la desesperación, Laurel se internó en un escarpado bosquecillo de abedules tras un gris dosel. La luz de la luna, que empezaba a apreciarse conforme dejaba a sus espaldas el halo blanquecino, irradiaba una tenue luz sobre su camino.

Pero el pecho comenzaba a dolerle, las fuerzas se le agotaban y los zapatos le torturaban los pies con cada paso.

—¡Lady Colvile! —Akenzua le seguía el paso como un sabueso bien

entrenado.

Comenzó a esquivar los setos y troncos caídos que divisaba en medio de su paso precipitado, sin poder evitar tambalearse y enredarse con algunas ramas. Ahora, al menos, podía ver donde estaba, se consoló echando una mirada agitada sobre su hombro. La silueta de su perseguidor surgió entre los pálidos restos de niebla, más cerca de lo que había anticipado, y un brote de pánico la asaltó ineluctablemente.

Poco a poco, el suelo bajo sus pies empezaba a empinarse, acarreándole la horrible sensación de descenso a una velocidad de vértigo. Un segundo después, tropezó y rodó colina abajo, con lo que un grito agonizante brotó de su pecho.

El dolor de la caída la aturdió, pero nunca como el que fue sintiendo a medida que descendía, arrastrando piedras y matojos por un terreno sesgado.

Dio vueltas y vueltas, no supo cuánto tiempo, hasta que la gravedad la dejó tendida y magullada, sobre una planicie.

Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro fundido contra el suelo. La sensación de movimiento abrupto, sin embargo, no la abandonó pronto. Sus resuellos de agotamiento se confundían con el llanto de dolor y desesperanza que comenzaba a aquejarla. El sabor de la sangre invadía su boca; un espantoso ramalazo se alojaba hasta en el último recodo de su cuerpo. Quizá fuera mejor dejarse atrapar y regresar a la comodidad de una cama cálida. Cuánto deseaba beber un poco de agua y dormir bajo el techo ceniciento y tambaleante de la choza de Gretty.

Pero entonces recordó lo que le esperaba si la apresaban: el terror de un manicomio, la ira de Colvile y, quizás, un encierro que se prolongaría hasta el final de sus días. Ello bastó para que le espolearan igual que a un caballo ocioso. Laurel logró reunir las fuerzas para ponerse de pie a pesar del dolor.

Se dio cuenta de que sus piernas eran ahora demasiado enclenques como para sostenerla y que además estaban heridas, pero rehusó a rendirse. Echó una mirada aterrada sobre su hombro. Akenzua descendía con cuidado por la

misma colina por donde ella había rodado, lo que aun le otorgaba cierto margen de ventaja.

—Lady Colvile, ¡no se aleje más o se perderá!

Laurel quiso gritarle que precisamente eso era lo que deseaba, pero decidió ahorrar su energía para seguir avanzando. Se volvió sin percatarse del sangrado en sus costados, en su frente y en el labio inferior, para echar a correr, tambaleándose por el sendero sembrado de árboles que la recibió al pie del derrocadero.

Y antes de que tuviera tiempo de detenerse de nuevo, atisbó el final del camino, donde una intrincada neblina, más insondable que la niebla, dominaba todo cuanto tenía delante. Laurel movió los brazos en el aire, apretó la mandíbula y se inclinó instintivamente para frenar, pero su atolondrado impulso la llevó al borde de lo que, sin lugar a dudas, era un precipicio.

Con medio cuerpo colgando al vacío, sus dedos se clavaron como zarpas a la tierra húmeda, abrazando el último trozo de estabilidad con todas sus fuerzas. Una ristra de gritos ininteligibles brotó de su garganta, invadiendo aquel recoveco del bosque umbrío y silencioso. Luchaba por incorporarse, pero su propio peso la arrastraba al vacío y sus dedos resbalaban, incapaces de ayudarla a mantenerse asida.

Akenzua caminó hasta ella con tal serenidad que le revolvió la sangre. El sirviente africano se acuclilló frente a ella y la miró, pero Laurel no pudo ver su rostro, deformado por las cicatrices, entre las sombras de la noche. Tan solo alcanzó a ver que sacudía la cabeza con reprobación, y una tosca risa le atacaba la voz.

—Ya no es tan valiente, madame.

A la vizcondesa le costaba respirar, pero no le imploró ayuda a ese hombre infame que se burlaba de su desgracia y parecía poco dispuesto a subirla.

Se aferró a la tierra y a las piedras mientras apoyaba los pies en la pared de roca, dispuesta a salir del aprieto por su propio esfuerzo. Estaba convencida de que Akenzua disfrutaría humillándola antes de darle una mano y llevarla de

vuelta hasta su marido. Naturalmente, era el momento adecuado para desquitarse por los desplantes que durante años le había hecho la joven mujer de su señor.

El rumor del agua fluyendo entre las piedras se coló de pronto hasta sus oídos. Laurel experimentó una ola de pánico puro mientras dirigía una mirada delirante al final del precipicio. Fue cuando una ráfaga de agua fría le salpicó los pies que todo rastro de orgullo le abandonó abruptamente.

¡Un río! ¡A sus pies corría un río!, comprendió con los ojos brotados.

Habría preferido un lecho de rocas que le pulverizara los huesos y le proporcionara una muerte segura antes que un maldito cauce de agua helada, que antes de matarla, se encargaría de remorderla hasta arrastrarla al límite de su locura.

—¡Ayúdame! ¡Voy a caerme al agua, maldición! ¡No dejes que me caiga! —gritó mientras le tendía la mano al criado, pero éste no hizo ningún movimiento, ni mostró la más mínima intención de atender a sus súplicas.

Laurel agitó los pies, chilló y siguió pidiendo auxilio, pero Akenzua estaba paralizado, para su indignación. Quizá, maldito fuera, estuviera probando su resistencia, esperando que una de sus manos se soltara para finalmente agarrarla y evitarle lo que para ella sería una muerte segura. La más temible de todas.

Quizá estuviera tan solo castigándola por haber escapado, ¿verdad?

—No, milady —gruñó, respondiendo a su pregunta silenciosa—. Creo que mi amo estará mejor sin usted.

Laurel le miró con el corazón detenido. Akenzua se levantó quedamente, y un brillo siniestro asomó en sus ojos, velados por la noche. Y entonces comenzó a pisotear las manos de la vizcondesa con sus pesadas botas. El dolor estalló en sus manos; gritó y luchó por mantenerse, pero las acometidas del hombre no tardaron en vencerla.

La gravedad tiró de ella mientras aullaba, frenética, y un cielo colmado de

brillantes estrellas la observaba indolente. Testigo fugaz de su muerte.

Lo último que percibió fue el gélido y espeluznante abrazo del agua, su enemigo memorial, y el movimiento del cauce engulléndola como un animal hambriento. Se agitó dentro del agua, luchó contra la sensación de impotencia que la socavaba, mil alfileres hincándose en su carne al mismo tiempo.

No podía imaginar una muerte más terrorífica.

Al menos era la muerte, pensó cuando la consciencia la abandonó finalmente.

## Capítulo 5

Dorothy Reid se apeó del caballo y, haciendo un gesto adolorido, se tentó la zona baja de la espalda. Su padecimiento era un incordio a la hora de hacer cabalgatas, pero ella sabía que cuando el deber llamaba solo quedaba callar y echar carreras adonde se la necesitara. Era una sanadora, después de todo, o lo había sido la mayor parte de su vida, y ni su retiro como enfermera voluntaria del ejército podía cambiar ese hecho.

Pete, el muchacho que había ido a buscarla con particular apremio, saltó del caballo, pasó frente a ella como una flecha y de dos zancadas ascendió la escalera que conducía a la deslucida casita erigida junto al río. Le resultaba un tanto sospechoso que no le hubiera dado luces sobre la razón de tanta urgencia. Tal vez eran cosas de Lucinda, su madre, pensó frunciendo el ceño con una mezcla de enojo y preocupación. No le extrañaría que el rufián de Pouncey hubiera vuelto a emborracharse y a ponerla como una pasa a fuerza de golpes. La muy tonta se la pasaba ocultando los cardenales bajo cualquier trapo, y cuando Dorothy la indagaba sobre origen de sus lesiones, ella usaba cualquier estúpida excusa. Una tarea de lo más innecesaria, siendo que todo el mundo en el caserío estaba al tanto de que el herrero era un bebedor devoto, cuyas borracheras le habían llevado a protagonizar algunas de las peleas de taberna más memorables en todo el condado. La violencia, por desgracia, a veces le acompañaba a casa, y los quejidos de Lucinda eran audibles hasta el otro lado del río.

Pese a que Dorothy le había ofrecido trabajo, techo y comida para ella y sus dos hijos, Lucinda se negaba en redondo a abandonar a su agresor. Aquello le rompía el corazón, pero así como sabía de bondad, Dorothy también era consciente de que nadie puede detener el vuelo de un pájaro que se precipita contra el agua con la intención de morir.

—Señorita Reid, ¡andando! —aulló Pete desde el umbrío interior de la vivienda—. ¡Su paciente se muere! ¡Venga!

Aquellas palabras espabilaron a Dorothy.

¡Madre santa! ¿Qué le había hecho esta vez ese desalmado a la pobre de Lucinda? Se apresuró a entrar a la casa asiendo fuertemente el maletín de primeros auxilios.

La madre del chico la recibió poniéndose de pie con gesto de alivio, nada comparable, naturalmente, con el alivio que sintió Dorothy al verla sana y en una sola pieza. Lucinda seguía siendo la misma mujercita encorvada y pachucha, pero al menos estaba vivita y coleando, comprobó mientras soltaba el aire contenido.

—Hasta que llegas, Dorothy.

La otra se permitió mirarla con un asomo de sarcasmo.

—¿Y ahora qué, mujer? ¿Tu marido ha vuelto a beber hasta quedar inconsciente? Te voy a decir una cosa: si le sueltas un cántaro de agua fría lo tendrás como nuevo.

—Pouncey ya no bebe —se enfurruñó Lucinda, cubriéndose los hombros con un chal que había visto mejores tiempos—. Me ha dicho que lo dejó, y esta vez es cierto. ¡Me lo juró por su madre muerta!

—Sí, querida, y yo soy la reina Victoria —masculló la otra—. El día que tu marido deje de beber como un pirata me lanzaré a la primera plaza de Winslow y me levantaré la falda para bailar cancán.

Lucinda cruzó los brazos, enfadada.

—No te he mandado a llamar para que te burles de mí. Tengo un problema.

—Tienes muchos, Lucinda. ¡Dime alguno que yo pueda ayudarte a resolver!

—¡Mamá! ¡Señorita Reid! ¿Les importaría entrar de una vez? —Clancy, el otro hijo de Lucinda, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

Dorothy entornó los ojos mientras su mente comenzaba a tejer nuevas sospechas. Si Lucinda y sus dos muchachos estaban bien, ¿quién estaba

entonces requiriendo de sus servicios de sanadora?

—¿No me digas que el paciente es Pouncey! ¿Lo envenenaste?

—No digas estupideces, Dorothy —dijo la otra, poniendo los ojos en blanco.

Lucinda la condujo hasta una minúscula habitación de dos camas, la de los chicos, comprendió la enfermera. En una de ellas se habían sentado Clancy y Pete, que a diferencia de su madre, parecían genuinamente preocupados por lo que allí ocurría. Los dos adolescentes estaban inclinados con curiosidad sobre la otra cama, ocupada por un bulto agazapado y tembloroso.

Los muchachos se levantaron para dar paso a Dorothy, que se acercaba con cautela y curiosidad a partes iguales. La enfermera apartó la manta, develando un cuerpecito empapado y trémulo, el de una joven de unos veinte años.

—¿Quién es?

—No tengo la menor idea —gruñó Lucinda, más disgustada que otra cosa.

—Clancy la vio cuando el río la arrastraba y entre los dos la sacamos —dijo Pete—. Es guapa, ¿verdad, señorita Reid? ¿A que parece una sirena?

—No seas bobo, Pete. Esas cosas no existen —gruñó Lucinda desde un indolente rincón, pero era la envidia la que hablaba por ella.

—Sí, es bonita, en verdad —convino Dorothy mientras comenzaba el reconocimiento de la joven. Le palpó la frente, las mejillas y el cuello; toda ella era un témpano de hielo—. ¿Cuánto tiempo ha estado así?

—No lo sé, señorita —aportó Clancy, que se había tomado muy en serio su rol de salvador—. Escupió mucha agua y balbucea, pero no le entendemos nada. No ha abierto los ojos.

Dorothy le levantó un párpado. Sus pupilas estaban ligeramente dilatadas. Notó que tenía los ojos azules, de un tono muy bonito y brillante.

—¿Se va a morir?



—Claro que no. Por ahora necesito una olla con agua caliente, un camisón viejo de su madre y que se queden fuera todo el rato, ¿de acuerdo?

Miró con seriedad a los muchachos, que salieron a cumplir las órdenes de mala gana. Uno de ellos murmuró algo acerca del guardarropa repleto de andrajos de su madre, lo que le granjeó un cocotazo de parte de la severa Lucinda.

Con la ayuda de la señora de la casa, Dorothy le retiró a la muchacha la ropa húmeda. Estaba tan herida que parecía que la hubiera arrollado un tren, observó con preocupación. Tenía zanjás de todos los tamaños y formas en los brazos, hombros, pecho y piernas. Dorothy intuyó que las heridas debían haber sido causadas por el roce de las piedras y ramas durante su inmersión en las heladas aguas del río, lo que significaba que llevaba un buen rato a flote.

«¿De dónde has venido, muchacha?».

Aunque todas las prendas estaban desgarradas, e incluso manchadas de sangre procedente de los múltiples cortes en la piel, no pudo evitar notar la excelente calidad de su vestido, de sus medias de seda y corsé. A todas luces no se trataba de una humilde campesina de Buckinghamshire.

Justo cuando le movió la cabeza para retirar el cabello divisó una contundente zanja en el cuello. No era reciente, pero le llamó la atención de todas maneras. Madre del cielo, estaba en la presencia de una suicida frustrada...

Al cabo de una media hora, la paciente había recobrado el color, la temperatura corporal y descansaba vistiendo un deteriorado camisón de Lucinda. Dorothy le había pasado una toalla caliente por los pies y el rostro, le había desinfectado las heridas con un poco de ginebra de Pouncey —para consternación de Lucinda— y le había puesto vendas en las piernas y brazos, donde se concentraban sus heridas más importantes.

—Y bien, ¿qué dices? —preguntó la mujer del herrero.

Dorothy se tomó un minuto para ordenar sus pensamientos.

—El río no está tan caudaloso estos días como para que alguien sea arrastrado así nada más, sin dar pelea. Estoy segura de que esta mujer perdió el conocimiento antes de caer al agua. Se arrojó o la arrojaron.

—Quizá estaba borracha —sugirió la otra con desprecio.

—Sí, es probable.

—Debe de ser una prostituta de la ciudad. Mira ese rostro cuidado y esa ropa costosa. Apuesto a que es la querida de un lord.

Dorothy evaluó la posibilidad objetivamente. Era cierto que había prostitutas que vestían como damas y eran tan delicadas y guapas como debutantes de la aristocracia. Los hombres que podían permitirse sus servicios eran lores y *gentrys*. Algunas de ellas aparecían asesinadas, y la policía siempre comenzaba investigando a sus clientes. Pero más allá de la imaginación maliciosa de Lucinda y su envidia recalcitrante, no había nada que sugiriera que aquella muchacha pudiera ser una dama de la noche.

—Puede que haya caído por accidente y se golpeó la cabeza. Aunque curiosamente, es el único lugar donde no tiene ni un rasguño.

—O el marido la pilló con el amante, le dio una tunda y la lanzó al río.

La enfermera puso los ojos en blanco.

—No tiene esa clase de moretones, Lucinda. Y tú sabes cómo se ve una después de una tunda —La mujer se cruzó de brazos, picada por la indirecta—. Ya nos dirá quién es y qué le pasó cuando despierte —Dorothy se puso de pie, dispuesta a poner fin a su visita—. Vendré mañana a ver cómo está, mientras tanto procura que descanse. ¡Y no la molestes!

—¿Estás jugando? ¿Vas a dejármela aquí? —preguntó la otra con ojos brotados.

—¿Dejártela, Lucinda? ¿Acaso te la he traído yo?

—Pero tú eres la enfermera, la puedes cuidar mejor que nosotros.

—Tus hijos la encontraron. Ahora es tu responsabilidad.

—Sí, le salvaron la vida, pero eso no implica que debemos quedárnosla, como a una gata callejera —contraatacó Lucinda—. No hay suficiente comida en esta casa para cinco bocas, ni siquiera para cuatro. No quiero tener a esta mujer en mi casa.

—Lucinda...

—Escúchame, Dorothy —se encrespó la mujer todavía más, si cabía—. Pouncey llegará en cualquier momento. No puede verla aquí. No sé de qué sea capaz.

Así que todo se reducía a eso. Lucinda alucinaba con la idea de que alguien pudiera acaparar la atención de su orangután. Vaya si era tonta. Aunque quizá tuviera razón. Si una belleza como esa muchacha cayera en manos de una bestia como Pouncey, que Dios se apiadara de ella.

—Pero ¿a dónde me la llevo?

—¿Adónde más? ¡A la finca Marsham! —insistió Lucinda.

Los ojos de Dorothy se brotaron.

—Pero el señor no está en casa.

—Con más razón. Ni siquiera la verá.

—Pero...

—Si lo haces la devolveré al río. No me importa nada. La arrojaré, ¡te lo prometo!

A Dorothy se le enchinó el pellejo. Creía en las amenazas de Lucinda. Esa mujer era capaz de echar a la calle a una enferma convaleciente con tal de mantener a su lado a su horrendo marido. ¡Estaba tan loca para eso y más!

Suspiró, rogando a Dios para que su generosidad no le acarreará

problemas, pero sabiendo en su interior que a veces eso era demasiado pedir.

—Está bien. ¡Me la llevaré! Pero necesitaré que uno de tus hijos vaya por la carreta.

Lucinda dejó escapar un suspiro de alivio.

Al cabo de unos minutos estaban poniendo a la muchacha en la destartada carreta que Pete y Clancy usaban para transportar los encargos de su padre. Dorothy, a su lado, le sostenía la cabeza mientras que Pete montaba el caballo que la había llevado hasta casa de Lucinda y Clancy dirigía el carro.

Más tarde llegaron a Marsham House, la casa donde Dorothy trabajaba como ama de llaves. Los demás sirvientes contuvieron el aliento al ver a los chicos del herrero transportar a aquel cuerpo tembloroso y desfallecido, y les preguntaron conmovidos de quién se trataba. Por fortuna, eran gente buena, con la que Dorothy había trabajado desde hacía años y que se había contagiado en parte de su naturaleza compasiva.

Tras llevarla hasta el primer piso, donde una pequeña habitación estaba disponible, Pete y Clancy la dejaron sobre la cama. La mujer, aun con los ojos cerrados, ni siquiera se enteró de que había sido movida.

Cuando los gemelos se marcharon, Dorothy le tomó la temperatura y se preocupó porque estuviera caliente y cómoda. Mientras la miraba ovillarse sobre las mantas, como una pequeña, volvió a preguntarse quién era aquella muchacha accidentada y con esa lastimosa cicatriz en el cuello.

Con algo de suerte y buenos cuidados despertaría mañana, entonces lo averiguaría.

Volvió a agradecer sinceramente que su patrón no fuera a regresar hasta dentro de cuatro días. Seguidamente apagó la luz del quinqué y dejó la habitación.

La primavera de Buckinghamshire, con sus prominentes verdes y un

apacible viento cargado de aromas campestres, le dio la bienvenida a casa.

El carruaje traqueteó por una hondonada antes de elevarse por el filo de una colina, desvelando en su ascenso los campos ondulados, plantados de trigo, cebada, avena y legumbres a la vieja usanza. Imaginó aquellos prados totalmente reverdecidos, tal como se verían después de meses de trabajo arduo, y una línea de abstracción se dibujó en su frente.

Pese a las severas críticas que flotaban en su entorno, Colin Marsham estaba convencido de que había hecho un buen negocio al adquirir aquellas tierras. Por esos días, la mayoría de los nuevos empresarios tenían los ojos puestos en la electricidad, en el comercio trasatlántico y en la explotación de minerales de gran valor. Él, en cambio, había visto su oportunidad de hacer fortuna en las actividades económicas más tradicionales. La sequía que se extendía a diversos confines del mundo había traído consigo una despiadada hambruna, como la que aún se vivía en Irlanda. La crisis presupuestaria, que había iniciado hacía más de una década, había perjudicado al campo. Los precios agrícolas se habían desplomado, con lo que el gobierno favorecía la importación. Todo ello motivó a los granjeros a abandonar la tierra para buscar oportunidades en las zonas urbanas o en ultramar y en otras industrias más sobresalientes, por lo que la agricultura ya no parecía una actividad demasiado rentable. Así las cosas, el escenario estaba servido para un desastroso comienzo, o al menos eso habían pronosticado sus detractores.

Colin había conseguido hacerse con un buen número de acres a un precio ridículo. El antiguo dueño, un heredero citadino y pesimista, le había entregado las tierras —que incluían una magnífica casa, los animales, los graneros e incluso la mano de obra— tras una timorata negociación. La estrategia del nuevo propietario era pescar en el río resacoso, aguardar a que las aguas se calmaran y que todo el mundo recordara que, antes que los nuevos artilugios, la industria e incluso todos los diamantes de África, la tierra, fuente generosa e inagotable de alimento, seguía siendo el recurso más esencial.

A Dios gracias, su tío materno y mentor, Ralph Gardiner, administrador por treinta años de una gran finca en Whaley Bridge, había creído en él y puesto todo su capital al servicio de aquel emprendimiento. Él, igualmente, había puesto su trabajo, su entusiasmo y el dinero que había ganado arriesgando el

pellejo en la guerra.

Afortunadamente, su visión no podía haber estado más acertada. El último año la economía británica empezaba a tomar un cauce de estabilidad y el sueño de Colin de progresar estaba más cerca de materializarse.

Al fin, la primera siembra había tenido lugar.

Sus ojos azabaches resplandecieron, un tanto incrédulos, al recordar cómo había empezado todo aquel revuelo en su vida. Después de dejar el ejército, se había determinado a ofrecer una vida tranquila y sin privaciones a su pequeña Pippa, que ahora mismo dormía en sus brazos, agotada por el viaje desde Dover. Le dolía recordar que se había perdido dos de sus cinco años, el tiempo que había pasado en el frente, más específicamente en Afganistán, viendo a sus compañeros de regimiento ser despedazados por los sables del enemigo mientras él mismo disparaba y soportaba el ramalazo de sus heridas. La guerra se había demorado más de lo que nadie había anticipado, hasta que las tropas británicas optaron por retirarse de suelo afgano tras lograr un acuerdo con la nueva monarquía. Colin había sido enviado a casa, pero allí la noticia más triste de todas le esperaba. Su querida esposa Ethel había muerto de neumonía.

A su llegada a la humilde casa de alquiler en Southwark, la criada le había comunicado, sin ninguna clase de tacto, el deceso de su esposa, y luego le había entregado a la pequeña Phillipa, de casi tres años de edad, sin disimular el alivio que le producía culminar con la tarea de su cuidado. Colin, consternado y patitieso, apenas había asimilado la noticia cuando miró los ojos de su adorada Pippa. No reconocía a aquella niña melancólica que no sonreía nunca y que, según había mencionado la horrenda niñera, apenas comía.

Fue entonces cuando, entre el dolor y la culpa por la muerte de Ethel, se prometió que nunca más dejaría a su pequeña y comenzó a transitar por caminos inextricables que pusieron a prueba su integridad. Mientras visitaba asiduamente las mesas de juego y los lechos de las prostitutas del East End, Colin se devanaba los sesos intentando hallar una forma de vida que le permitiera concretar su propósito: convertirse en un hombre rico. Por esos

días se había vuelto insufrible y ermitaño, un comportamiento que la gente atribuía al trauma de la guerra, pero que en verdad develaba la desesperación de un hombre en la búsqueda de su destino, una búsqueda en la que ni siquiera había hecho partícipe a su querido tío Ralph, quien desde niño fuera su confidente y lo más cercano que había tenido a un verdadero padre.

En medio de su enajenación, toda clase de actividades insensatas, desde el tráfico de armas hasta la venta de secretos militares a los enemigos de Gran Bretaña, habían pasado por su consideración. Sus pobres planes estaban destinados a fracasar, le decía una voz muy recóndita que él había desoído, y el precio a pagar era demasiado alto. No le sería muy útil a su hija desde un calabozo militar, acusado de alta traición o, eventualmente, desde el patíbulo.

Finalmente, y después de un intenso proceso de reflexión, se decidió a usar la razón. Habló con el tío Gardiner, cuya experiencia en las labores del campo le venían de maravilla para lo que se traía en mente y encontró el apoyo que estaba buscando. Meses más tarde, tras concretarse la compra de un atractivo terreno a unas cuantas millas de Winslow, en Buckinghamshire, los proyectos más sensatos comenzaron a cobrar vida.

Colin siempre había creído en la bondad de la tierra y en el valor del trabajo duro; lo había aprendido de los jornaleros del pequeño pueblo donde nació y donde su padre fungía como reverendo. Quizá ello había influido en su decisión final de descartar la delincuencia como *modus vivendi*, pensaba a veces con cierta socarronería. De niño, le gustaba verse a futuro como un gran señor de la tierra, proveyendo de alimento a la gente y trabajando de sol a sombra mientras una esposa afectuosa y unos hijos ruidosos le esperaban en casa. Curiosamente, un viejo sueño le había rescatado de su insensatez y de una visita postrera al patíbulo, reconocía con sarcasmo.

—Papá, ¿ya llegamos?

Pippa se removió en sus brazos, hablándole con voz adormilada. Él le sonrió.

—¿Por qué no lo ves por ti misma?

La niña se incorporó y sacó la regordeta carita por la ventana. La visión de su casa, a un palmo de distancia, le arrancó un chillido alborozado. El sol le bañó las mejillas y le bruñó el cabello rubio dorado, que se agitaba con la suave brisa primaveral. Cerrando los ojos, inspiró el aroma campestre con dramático aspaviento, como si se tratara de un alimento vital que hubiera anhelado por semanas.

Pippa parecía hallar una dicha insondable en hechos muy simples, y se regodeaba con pequeños placeres de un modo inusual. Era un detalle que Colin celebraba de ella, junto con su aguzada inteligencia y su marcada sensibilidad. Descubrir cada día a su hija le producía una felicidad inconmensurable. Le gustaba pensar que estaba haciendo un buen trabajo, y que su querida Ethel le observaba satisfecha desde el cielo.

El tío Ralph, que les había acompañado en el viaje, soltó una risotada, encantado con la célebre extravagancia de la pequeña Marsham.

—Cuidado, ardillita, o te acabarás todo el aire de Winslow.

—Es que me gusta mucho nuestra nueva casa, la colina, el bosque... ¿A ti no, tío Gardiner?

—¡Naturalmente! Por eso convencí a tu papá de que la comprara, ¿o es que crees que ha sido idea suya? —bromeó el viejo.

—Disculpa, tío Ralph —intervino el aludido, fingiéndose ofendido— pero me parece recordar que fuiste tú quien dijo no estar muy seguro de vivir tan retirado del pueblo. Me reservo todo el crédito en la elección de la propiedad, incluida la casa.

Gardiner resopló, admitiendo su treta.

—¡Pues, vamos! Eso de vivir tan retirados del gentío puede ser, quizá, muy benéfico para una joven pareja, pero otros menos afortunados lo consideramos un incordio. ¡Mi punto era válido!

—Papá, ¿por qué una pareja querría vivir retirada?



Pocas cosas le dejaban sin habla, y una de ellas eran las inocentes preguntas de su hija. Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta.

—Phillipa, ¿ya vio a los caballos? —La señorita Pemberton, la institutriz, sacó a relucir su mente ágil y le sacó del embrollo—. Después de su siesta podríamos ir a visitarlos un rato. ¿Qué le parece?

—¡Genial! —La niña mostró los dientes en una sonrisa que parecía sepultar, de momento, cualquier otra cuestión que no fuera su afición por los animales—. ¡Gracias, señorita Pemberton!

Colin obsequió a la joven mujer con una sincera mirada de agradecimiento, un gesto que ella le devolvió con un ligero rubor facial. Cuánto apreciaba su presencia allí. No solo le proveía a su hija una educación de primera, también era amorosa y paciente con ella; más de lo que podía esperar de alguien que solo hacía su trabajo.

—Excelente sugerencia, señorita Pemberton —Ralph Gardiner contuvo una pícara risotada al tiempo que el carruaje se preparaba para detenerse.

Las puertas del landó se abrieron frente a un regio edificio de piedra color ámbar, techos de pizarra y relucientes ventanas, parcialmente arropadas por un enorme rosal trepador. Tras recibir las escrituras, Colin la había rebautizado como Marsham House.

La casa en sí misma era una joya. Rústica pero hermosa. Grande pero no monstruosa. Majestuosa pero no lo bastante como para necesitar un ejército de criados. Ideal para una familia burguesa trabajadora, o una familia pequeña con aspiraciones de crecer con el tiempo. Pero ésta había estado desatendida durante mucho tiempo, lo que devino en el deterioro progresivo de su estructura. Había filtraciones en numerosas paredes y techos, las chimeneas necesitaban ser deshollinadas con urgencia y el polvo y las telarañas parecían reproducirse con más velocidad de la que Viv, la única fregona, podía manejar.

Colin no se preocupaba demasiado al respecto, ni exigía grandes sacrificios a la criada. Tenía planes para reestructurar la casa, llenarla de nuevos muebles

y hacerse con más personal, pero solo cuando las ganancias de su ambiciosa cosecha lo permitieran.

Una vez descendieron del carruaje, Cuddy, el mozo, salió a recibirlos.

—Caray, señor Marsham. ¡Buenos días tenga usted! —Le saludó levantándose el tosco sombrero—. ¡No lo esperábamos hasta el jueves!

—Buenos días, Cuddy —respondió Colin mientras ayudaba a la institutriz y a su hija a bajar del carruaje—. No tuve ocasión de avisar a Dorothy que vendríamos antes; espero que todo esté en orden.

El comentario tenía un ánimo sarcástico, pero la mirada dudosa de Cuddy le hizo fruncir el ceño. Antes de que resolviera preguntarle qué sucedía, el mozo ya se había puesto a bajar el equipaje. Gardiner, mientras tanto, le pagaba al cochero que los había traído desde la estación de trenes de Buckingham.

Entonces, Dorothy apareció por la puerta principal.

—Buenos días, señor Marsham, señor Gardiner, señorita Pemberton... ¡Oh! —El abrazo efusivo de Pippa le hizo trastabillar—. ¡Y buenos días a usted también señorita Marsham! —Dijo atacada de risas, sin percatarse de la mirada afilada de la institutriz, quien permitía a regañadientes tales licencias con la servidumbre a su pequeña pupila—. ¿Tuvo un buen viaje, querida? ¿Cómo estuvo Dover?

—El aire huele a humo y a pescado —hizo una graciosa mueca de desagrado—, pero papá y el tío Gardiner hicieron un negocio.

Pippa se soltó como perico a relatar sus experiencias en la ciudad donde su padre había ido a cerrar un trato con una de las más importantes fábricas de maquinaria agrícola, a fin de adquirir una moderna trilladora.

—Ah, entonces no estuvo tan mal. Lo bueno es que ya estás en casa —Miró a Colin con cierta aprensión que él no dejó escapar—. Parece que todo ha ido bien, ¿no?

—De hecho bastante bien. Ya hablaremos de eso en el almuerzo, Dorothy.

—De acuerdo, entonces le diré a la señora Timdale que prepare cordero al horno.

—¿Y qué cuentas, Dorothy? ¿Alguna novedad? —quiso saber Gardiner.

La respuesta a aquella pregunta llegó con un grito atronador. Todas las miradas volaron espantadas hacia las ventanas del primer piso, de donde brotó el sonido.

Dorothy apretó los párpados y, como si adivinara de dónde provenía el estruendo, dejó escapar un gemido temeroso. Se recogió la falda y echó a correr hacia el interior de la casa. Colin, Gardiner, la institutriz y la niña le siguieron desconcertados.

Más gritos se escucharon desde el vestíbulo. La señora Timdale, Cuddy y Viv dejaron sus labores y llegaron al recibidor al mismo tiempo para mirar horrorizados hacia lo alto de la escalera. Pippa, aterrada, se aferró a las faldas de la señorita Pemberton.

—¿Qué es lo que sucede, Dorothy? ¿Quién...? —inquirió Colin.

La enfermera desoyó la pregunta y se dispuso a subir las escaleras de dos en dos, pero luego se detuvo a mitad de camino, cuando una mujer vistiendo un holgado camisón apareció en lo alto del rellano.

Colin estaba intrigado. Era una dama rubia, de piel pálida como la leche fresca y los ojos azules brotados del más lacerante espanto. El cabello, suelto y enmarañado, le caía en finas hebras hasta la cintura, como si recién se hubiese despertado, lo que le otorgaba cierto viso de vulnerabilidad, e incluso un marcado aire espectral. Todo su ser temblaba como si se encontrara en presencia del mismísimo leviatán.

La mujer observó aprensiva a su pequeño público, y los presentes le devolvieron la mirada, atónitos. Dorothy fue quien le habló.

—Querida, no temas. Te lo explicaré todo. Yo soy...

La mujer no se quedó a escucharla. Se dio media vuelta y, volviendo sobre

sus pasos, se perdió en el zaguán. La enfermera dirigió una mirada culpable al resto de los testigos de aquella insólita escena y murmurando una disculpa se fue tras la aparecida.

—Por el amor de Dios, Colin, ¿quién es esa desquiciada? —quiso saber Gardiner.

—No tengo la menor idea. Dorothy nos debe una explicación —murmuró enfadado. Volteó a ver a la institutriz—. Señorita Pemberton, llévese a mi hija.

—De inmediato, señor —Pemberton tomó la mano de Pippa y se la llevó a la cocina.

Colin resistió el impulso de interrogar a los criados y, en lugar de quedarse allí abajo, esperando a que Dorothy regresara con una explicación, se decidió a subir y encararla.

¿Quién demonios era aquella mujer y qué hacía en su casa? Pero más importante aún, ¿por qué se comportaba como una demente? ¿Qué había sucedido en su ausencia?

Con paso airado y los puños apretados recorrió el pasillo del primer piso. Tan solo encontró puertas cerradas que lo irritaron todavía más. Se acercó a una, donde percibió unas voces murmurantes: Dorothy y su escandalosa amiga. En ese preciso momento le valían un rábano los buenos modales, así que sostuvo el pomo de la puerta en la mano, dispuesto a girarlo y acabar con aquel numerito.

Pero entonces escuchó un rosario de gimoteos histéricos que le removieron internamente. La desconocida lloraba inconsolable mientras Dorothy intentaba tranquilizarla. Una conversación que apenas alcanzaba a oír se desarrolló del otro lado de la puerta. Lágrimas, chillidos infantiles, palabras de consuelo y más tarde susurros inaudibles. Por alguna razón, Colin se sintió terriblemente incómodo ante la idea de estar delante de aquella sufrida mujer, así que soltó el pomo y abandonó su intento de entrar abruptamente en la habitación.

Minutos después, cuando Dorothy emergió del dormitorio, Colin seguía aguardando afuera, como un estoico centinela. Se había recostado contra una

pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, y su frente mostraba un marcado ceño de desagrado.

La enfermera le sostuvo la mirada con dificultad tras cerrar la puerta.

—Espero que sea una sobrina tuya que sufre de pesadillas.

—Creo que es más serio que eso, señor —fue la afligida respuesta de Dorothy.

—Soy todo oídos.

—No tengo idea de quién es. Los chicos del herrero la sacaron del río ayer en la noche. Se acaba de despertar y está asustada y confundida. Presumo que se tropezó y cayó inconsciente o quizás alguien...

Colin asintió y levantó la palma de la mano para detener la perorata de Dorothy. La generosidad de su ama de llaves, que había sido enfermera alguna vez, era célebre en aquel recodo de Winslow. Los jornaleros, al no ser capaces de pagar un médico, la llamaban cuando alguien se ponía mal, y ella nunca les cobraba un centavo por sus servicios. Por si fuera poco, era un miembro muy respetado de la comunidad que le había ayudado a acercarse al personal que laboraba en la propiedad.

—Lo entiendo... el herrero no pudo hacerse cargo de ella.

—Es una desafortunada. La enviaré a casa en cuanto se reponga. Lo prometo, señor.

—¿Ella está bien?

—Creo que sí. Físicamente lo está —precisó con un gesto ambiguo—. Lamento mucho haberle hecho pasar por este terrible momento, señor Marsham.

Él se vio entonces impedido de soltar el rapapolvo que tenía pensado.

—Eres buena gente, Dorothy. No te disculpes. Procura contactar a su familia pronto y envíala a casa. Deben estar preocupados por ella, quienquiera

que sea.

—Lo haré, señor.

Asintió conforme, dando por finalizado aquel incidente tan extraño.

No era el momento de distracciones banales, se dijo mientras se alejaba camino al recibidor.

La habitación era modesta y minúscula. Apenas si había espacio para una cama individual, un viejo taburete y una mesita donde reposaba un candelabro de peltre con una vela consumida hasta los cabos. La única ventana estaba entreabierta, pero la vista se le dificultaba por culpa de una planta trepadora que nadie había tenido la consideración de podar. Entre sus ramas vislumbró apenas un vasto paisaje de tierras labradas y un cielo perfectamente azul. La visión de aquel pasaje le infundió cierta sensación de paz. El lugar que ahora mismo habitaba estaba mejor dotado que la cabaña de Gretty, y muy por debajo de su dormitorio de Kempshall Court, pero decididamente estaba lejos de parecer la estancia de un manicomio, pensó reconfortada.

Por fortuna, recordaba muy poco de su incursión en el agua helada; aun así, la imagen de Akenzua persiguiéndola, intimidándola y pisoteándola para que se soltase y terminara sumergida en el río, permanecía fresca.

Había intentado matarla.

¡Desde luego! Así no podría contar a nadie que Colvile había asesinado a aquel chico.

¿La creerían muerta? ¿La estarían buscando ahora mismo?

De pronto se sintió segura en aquella habitación de baja categoría.

Trató de imaginar en qué condiciones había llegado a ese lugar. La mujer, Dorothy, había sido amable, pero aun no confiaba del todo en ella. Gretty le había enseñado a dudar de la generosidad de la gente.

Dorothy le había dicho que unos niños la habían rescatado del río, inconsciente y herida. Luego la habían traído a aquella casa, con la esperanza de que se repusiese. La gente que había visto en la planta baja, según su salvadora, era una buena familia.

Se palpó las heridas en los codos y las rodillas, cubiertas de vendajes. Aun le dolían, igual que la cabeza, los costados y los brazos, cubiertos de arañazos. Estaba hecha un despojo. El cristal de la ventana reflejaba su rostro marchito, la boca herida en una de las comisuras y un raspón en la sien, junto a un cardenal. Sus ojos estaban hinchados y húmedos con lágrimas incipientes. El miedo; la incertidumbre; la ansiedad que le producía lo desconocido, la asediaron al mismo tiempo, como enjambre de abejas.

Se dejó caer en la pequeña cama y se abrazó las rodillas.

La gente de aquella casa debía de estar horrorizada con su presencia y ansiosa de echarla a patadas después de verla comportándose como lo que era, una loca.

Fue cuando la puerta del cuartucho se abrió. Laurel dio un brinco; se puso en guardia como un animal al acecho. Una criada entró vacilante, sin quitarle la vista de encima. Traía una bandeja de comida que depositó en la mesita, junto al candelabro. Después abandonó cautelosa el lugar, sin ocultar su espanto, como si fuera la empleada de un zoológico, confinada a la peligrosa tarea de dar de comer a los leones.

La joven se obligó a olvidar el incidente y revisó el contenido de la bandeja: un plato de consomé, frutas y un vaso de zumo de naranja. Devoró todo con el mismo entusiasmo que Gretty cuando Laurel le llevaba pollo frito, o cuando el panadero le regalaba bollos de azúcar. Vaya que estaba hambrienta. Ni siquiera recordaba la última vez que se había llevado un trozo de comida a la boca.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez fue Dorothy quien apareció en el dintel.

Dorothy era una señora de mediana edad, de cabello negro entrecano y apagados ojos verdes. Su rostro era agradable, rechoncho y sonrosado, con

una nariz pecosa y redonda que a Laurel le recordaba un pequeño melocotón. Era además alta y robusta, como un árbol en el que daba gusto resguardarse.

Ahora que la veía a través de otro cristal de emociones, decidió que Dorothy le agradaba.

—Ah, veo que tiene apetito. Eso es bueno. ¿Se encuentra usted bien, querida? —Laurel asintió, pero su mirada fue esquiva. Dorothy se sentó en el taburete, cerca de ella—. Que accidente tan desafortunado. No puedo ni imaginar lo que debe haber sufrido. Es decir, estaba muy golpeada y delirando cuando esos muchachos la encontraron. Estuvo a punto de ahogarse, ¿sabe? Lucinda, la madre de los chicos, estaba muy preocupada, por eso me llamó. Verá, yo fui enfermera, o lo soy, mejor dicho, y la gente de por aquí acostumbra a invocarme cada vez que enferma... es que el doctor más cercano vive en Winslow, y no atiende gratis, ¿me entiende, querida? —La mujer no dejaba de parlotear mientras Laurel se afanaba con el consomé, evitando al máximo entablar conversación, hasta que Dorothy se calló y la miró inquisitivamente—. Dígame, ¿está buena la comida?

—Si no tuviera tanta hambre pasaría de ella —desbordó sinceridad.

Dorothy arrugó el ceño, un gesto universal de desagrado o, a veces, de abstracción. Parecía ofendida con la respuesta de Laurel. Pero si no estaba dispuesta a saber lo que pensaba, ¿para qué le había preguntado?

—En fin... no me ha dicho su nombre —su tono se había vuelto más adusto.

—Laurel.

—Laurel —repitió con una sonrisa tirante—. Bonito nombre... Si no le parece un atrevimiento, Laurel, me gustaría saber qué le pasó ayer.

La joven dejó de comer en cuanto un nudo invisible le cerró la garganta. No pensaba decirle a esa extraña lo que le había sucedido, ni quién era ella, porque su curiosidad se amplificaría y entonces, Laurel, tarde o temprano terminaría soltando toda la verdad.

¿Qué tal si Dorothy no le creía? ¿Qué tal si lo hacía y llamaba a su marido



para que se la llevara? Colvile la encerraría de por vida... o quizá la mataría, ya que Akenzua no lo había conseguido.

—Pues, sí... —tartamudeó—. ¡Sí, es un atrevimiento! Usted no tiene ningún derecho a interrogarme, señora.

¡Válgame Dios! Dorothy abrió los ojos, mosqueada y asombrada a partes iguales. ¡Pero qué personita más peculiar! Cualquiera diría que se trataba de una fachendosa damita de la ciudad, una aristócrata dirigiéndose a su criada.

—Discúlpeme, milady —dijo sarcástica—. No quería azorarla con mi curiosidad.

Laurel asintió, elevando el mentón con soberano orgullo.

—Bien —Agitó la mano en dirección a la otra, como toda una déspota mujercita de clase alta—. Puede retirarse, Dorothy. No la necesito aquí...

¿Pero qué demonios? ¿La estaba despachando la muy fresca? ¿Pero quién demonios se creía esa rubita petulante?

Dorothy había querido ser gentil, había puesto su trabajo en peligro para salvarla de las pezuñas del herrero y de su mezquina mujer. ¿Y a cambio qué recibía? Los desplantes de una mocosa malcriada que todavía no le había dado las gracias. Se puso de pie bruscamente, conteniéndose para no agarrar a la muchacha por los cabellos, y la miró irritada.

—Vaya, parece que sus modales se han ido con la corriente. Si se siente mejor y ya terminó de comer mi poco aceptable consomé —caminó hasta la puerta y la abrió enérgicamente—, entonces es usted quien debería marcharse.

Laurel todavía procesaba aquello de sus modales cuando cayó en la cuenta de que Dorothy la estaba echando, y entonces el temor se apoderó de ella.

—No, no, se lo ruego... —susurró—. No me eche, Dorothy.

—Ah, lo siento mucho —respondió la otra, sarcástica, mientras sostenía la puerta—. Esta no es mi casa, Laurel. No soy más que un ama de llaves demasiado bondadosa para su propio bien. La familia Marsham no está nada

contenta con su griterío de hace un momento, y le aseguro que yo me ha ganado una buena porción de problemas por su causa, así que vine a decirle que es usted libre de regresar al lugar de donde vino.

—¡No me eche! —se puso de pie, alarmada—. ¡No lo haga, Dorothy...!

—¿Que no la eche? ¿Con todos los méritos que está haciendo?

—Señora... Dorothy... no me eche de esta casa, por favor. Se lo suplico.

—¡Ah! ¡Y ahora se atreve a esconder las zarpas, chica lista! —refunfuñó—. Le curo las heridas, la traigo aquí a escondidas de mi patrón para ofrecerle un lugar donde pasar la noche, le doy de comer y usted me viene a agitar su manito y a decirme que soy una atrevida por preocuparme por usted. ¡Jamás he visto tanta pedantería junta!

—No lo entiende, señora. Es que yo no soy... yo estoy...

«Cierra la boca, Laurel», se gritaba a sí misma en su convulso interior. «Cierra la boca por una vez en tu vida».

—¿Qué? ¿Qué es lo que le sucede? —masculló la enfermera sin soltar la puerta.

—Ese lugar de donde vine... no es seguro para mí. A mi familia no le importa lo que me suceda y por alguna razón que no comprendo, aun sigo viva.

Dorothy se la quedó viendo en silencio. Sus palabras, cargadas de un padecimiento que no lograba descifrar, seguían flotando en la habitación. Echó un vistazo a la zanja del cuello, la marca incuestionable de un intento de suicidio, y algo en su interior se rompió.

¿Quién era aquella chica? ¿Cuál era su historia? ¿Cómo es que había terminado inconsciente y herida, siendo arrastrada, en plena noche, por un río poco caudaloso en el medio de la nada?

—Mira, no soy una cotilla y no pretendo juzgarte, muchacha —cerró la puerta—. Lo único que espero es que seas sincera conmigo, si realmente quieres que te ayude. ¿Quién te hizo eso? ¿De verdad estás en peligro?

Alguien ha debido haberte echado al agua, ¿verdad? No fue un accidente... ¿O es que lo hiciste tú misma?

—No, no, no... no me hagas preguntas. No quieres saber lo que me sucedió.

Como si fuera una niña pequeña en medio de una pataleta, Laurel se llevó las palmas de las manos a los oídos y murmuró incoherencias para desoír las preguntas de Dorothy. Semejante conducta, tan irracional para una mujer de su edad, hizo que la mandíbula de la enfermera comenzara a desencajarse.

—¡Ya, ya! ¡Basta, Laurel!

La chica obedeció y cerró la boca. Se dejó caer en la cama.

Justo en ese momento lo comprendió. No se trataba de una muchacha normal... Laurel tenía alguna clase de... ¿retardo? ¿Acaso había sufrido un trauma? ¿O quizás se había ocasionado un daño en la cabeza tras la caída? Los conocimientos médicos de Dorothy no llegaban tan lejos como para identificar algún problema de tal naturaleza, pero si de algo estaba segura era de que había algo muy raro en Laurel. De ahí su renuencia a mirarla a los ojos, y aquella explosión nerviosa tras despertarse en una habitación desconocida, y en una casa ajena llena de desconcentrados extraños.

La mente de Dorothy se perdió entre tantas horrendas posibilidades. ¿Y si la familia realmente la despreciaba? No sería la primera vez que le tocara ver un caso semejante. Con frecuencia la gente reaccionaba de modo cruel ante la presencia de una oveja negra en el rebaño; no así los animales, que en lugar de ello tendían a proteger a sus crías más vulnerables. ¡Y aun así el hombre insistía en proclamar su civilidad sobre las bestias!

¿Cuántos degenerados no se habrían aprovechado de ella, seducidos por su belleza y alentados por su discapacidad, por esa inocencia desconcertante, más propia de una niña que de una mujer de veintitantos?

¿Y si ella misma se había arrojado para huir de una vida miserable? Se deprimió de solo imaginar la historia detrás de aquel rostro bonito y perturbado.

—Ay, criatura, pero ¿qué es lo que te han hecho? —suspiró, bajando su guardia y volviendo a ser esa mujer sensiblera que en tantos problemas se había metido con su célebre manía de ayudar al prójimo.

—¡No me hagas preguntas! —Laurel apretó los párpados con fiereza—. ¡No me hagas preguntas!

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! No voy a hacerte preguntas, y no está mal que no quieras recordar lo que has pasado, sea lo que sea... pero tampoco puedo hospedarte aquí. Esto no es un hotel y tampoco un albergue para desamparados.

—Lo sé, pero... —balbuceó nerviosa—. Si pudiera hacer algo. Lo que sea para quedarme, al menos por un tiempo. No puedo volver al lugar donde estaba.

—No estarás huyendo de la ley, ¿verdad?

—¡Claro que no! —la respuesta de Laurel fue resueltamente convincente.

—Bueno, tenía que preguntar...

Dorothy se lo pensó por un momento. El señor Marsham no era un mal hombre, pero a veces podía ser muy severo, y ni hablar de su tío. Ninguno de ellos estaría de acuerdo en hospedar indefinidamente a una muchacha petulante, desequilibrada y caprichosa, como Laurel había demostrado ser hasta ahora.

—¿Sabes limpiar? —Ella ladeó la cabeza, como si no hubiera comprendido la pregunta—. Me refiero a limpiar de verdad, a hacer trabajo duro de limpieza. Hace tiempo que necesitamos una fregona.

Laurel negó con la cabeza, contrariada. Luego de un instante confuso entendió horrorizada lo que Dorothy le estaba proponiendo, que se convirtiera en una sirvienta.

¡Laurel Kirkeby, una sirvienta!

La idea la descolocó por completo, y por un segundo creyó estar a punto de

sufrir una de sus memorables crisis de nervios. Respiró profundamente, hasta llenar la panza, y luego soltó el aire por la boca, como le había enseñado Gretty, pero necesitó repetir el ejercicio unas seis veces antes de sentirse mejor.

—Le había ofrecido el puesto a Lucinda, pero es una perezosa. Es lo único que se me ocurre... ¿Te pasa algo, muchacha?

—No, no. Lo haré yo, está bien —asintió afanosamente mientras intentaba respirar con normalidad—. Yo puedo hacerlo.

—¿Estás segura? —Preguntó, mirándola con recelo, porque no había sonado muy convincente.

Dorothy la estudió una vez más. A decir verdad, era una joven muy delgada y su apariencia insinuaba que podía salir volando con el más ligero ventarrón. Y esas manitas de niña anémica... parecía que aun no las había estrenado.

Sin haber tomado la decisión ya se estaba arrepintiendo.

—Te juro que haré mi mejor esfuerzo, Dorothy.

Dorothy asintió, conforme con la respuesta. Temiendo adónde la llevaría ahora su desatinada benevolencia, suspiró.

—Bien. Si el señor Marsham está de acuerdo, entonces tienes trabajo, muchacha.

## Capítulo 6

Durante los siguientes tres días, Laurel había dejado aflorar uno de sus rasgos más distintivos, uno de esos aspectos de su personalidad que la gente encontraba, en algunos casos, gracioso, y en otros, abrumadoramente chocante: esa determinación rayana en la obsesión que imprimía a alguna actividad que capturaba su interés... y el regocijo incomprensible mientras la llevaba a cabo. La pintura había sido la piedra que había afilado aquella extraña cualidad y ahora era, curiosamente, la limpieza de la casa Marsham la que la renovaba.

Tras lograr que el señor la admitiera como nueva fregona, se había mudado a la buhardilla de la casa; un sitio húmedo y un tanto deprimente, pero nada que alguien que había vivido con Gretty desde los ocho años no fuera capaz de encarar.

Dorothy la había presentado ante el servicio de los Marsham. Para ellos, recibir a una mujer tan rara como Laurel fue toda una novedad, pero ella apenas si reparaba en el recelo de Viv, en la admiración romántica de Cuddy y en la temerosa desconfianza de la señora Timdale, la cocinera. Estaba acostumbrada a despertar sentimientos similares en la gente, más aun, en los sirvientes. Por el contrario, su energía se había volcado en bajar y subir escaleras para deshacerse de los trastos viejos de los antiguos propietarios; en sacar el polvo, las telarañas y el moho de los rincones, bajo las camas y dentro de los armarios. Luego, con el temple de un cirujano ante un paciente en peligro de muerte, había barrido, enjabonado, y fregado los pisos de cada habitación, y no se detuvo hasta que le devolvió la vida a la madera gastada de los pisos y dejó cada mueble de madera tan reluciente que podía reflejarse en ellos.

Aquella labor, lejos de hacerla sentir devaluada, le había resultado de lo más liberadora; la había mantenido lejos de sus pensamientos, de sus recuerdos y de su ansiedad por el futuro. La vida se reducía a entrar a un polvoriento dormitorio y lograr su mejor versión a punta de obsesivo esfuerzo

físico.

Llegó a trabajar por largas horas sin reparar en el hambre, la sed y el modo en que las sombras de las habitaciones se movían, indicando el paso de la mañana a la tarde, y la tarde a la noche. De no ser por Dorothy, que la llamaba a la mesa o le obligaba a hacer un alto para descansar, habría terminado en menos tiempo. A ese paso, había avanzado significativamente en su tarea de dejar Marsham House como una tacita de plata.

Tan solo había tenido un conato de altercado con la señorita Pemberton, la institutriz de la hija de su patrón; una mujercita tan vulgar y corriente que Laurel no entendía cómo se había hecho con un puesto como aquel. Sentía lástima por la chiquilla que fuera la pupila de semejante bruja.

Colin había pasado los últimos días tan ocupado cumpliendo con su labor de señor de la tierra que apenas si había notado un cambio en su entorno. Se levantaba antes del alba y se iba con el tío Gardiner a la ciudad, o pasaba el día con los trabajadores de la propiedad, planeando las nuevas tareas de la finca, de cara a la cosecha que vería luces el próximo verano. Cuando las reuniones acababan, las mujeres de los peones llevaban viandas de comida y éstos invitaban a los patrones a compartir una mesa improvisada afuera de los graneros. Colin no osaba rechazar las generosas invitaciones de sus empleados. Valoraba demasiado su confianza y la consideraba un bien que debía ser protegido a toda costa, así que aceptaba gustoso y pasaba la noche con ellos hasta que la comida se convertía en una animada tertulia y el vino comenzaba a vigorizar a los extenuados hombres del campo. Cuando volvía a casa, bien entrada la noche, apenas tenía energía para saludar a su pequeña hija, en caso de que la encontrara despierta, y luego volvía a su habitación, exhausto, para desplomarse sobre la cama.

Dorothy le había advertido sobre lo poco saludable de aquel tipo de vida, pero él no escuchaba razones. No podía pensar en otra cosa que no fueran sus negocios.

Aquella mañana, sin embargo, se había dado licencia para descansar un poco. El día anterior había recibido una carta de una pesada empresa productora de harina de Buckinghamshire. Uno de los comerciantes mostraba

gran interés de visitar las plantaciones de Marsham & Gardiner en abril y efectuar una compra importante para evaluar la calidad del trigo que ahí se cultivaba. Aunque no pintaba un hecho demasiado significativo, para Colin y Ralph era la oportunidad de entablar relación con los grandes de la industria y firmar un contrato lucrativo.

La posibilidad de hacer negocios con un emporio había elevado su humor, por lo que durmió un poco más esa mañana y se dispuso a desayunar con la familia en el pequeño comedor del jardín. Las áreas verdes de la casa, impregnadas de olor a tierra fresca y cultivos, eran el lugar idóneo para compartir una comida. Como había sido el primero en llegar, se entretuvo garabateando números.

—Ah, no puedes estarte quieto ni en la mesa.

—Buenos días a ti también —sonrió al tío Ralph sin dejar de anotar en su cuaderno—. Estaba haciendo unas cuentas.

—Te recuerdo que los números son lo mío en este negocio —su socio lo observó mordaz y tomó asiento frente a él con una sonrisa—. Si me quitas esa tarea no voy a ser más que un viejo capitalista, fumando mi puro en un sillón y esperando por las ganancias. No me fui de Whaley Bridge para eso, muchacho.

—Jamás me atrevería a competir contigo, tío Ralph, pero mi mente trabaja a toda velocidad, lo quiera yo o no —apostilló y después hizo una pausa para estudiar sus anotaciones—. Confieso que me entusiasmó la carta del señor Benson. Tengo un buen presentimiento sobre todo esto. Sé que podemos venderles mucho más de lo que estimamos, pero estoy empezando a cuestionarme toda esa dependencia que estamos creándonos. ¿No sería una estupenda idea tener nuestro propio molino?

Gardiner rio cariñosamente.

—Si pudieras hallar el modo de hacer crecer ese trigo en la mitad del tiempo, ni siquiera lo pensarías, ¿verdad? —Colin se encogió de hombros—. Roma no se hizo en un día. Las cosas tienen su propio ritmo. Tu espíritu es una bendición, un soplo de aire fresco pero, hombre, deja al menos que tengamos



la primera siega.

—No lo sé. Algo me dice que debemos anticiparnos —murmuró con un aire místico—. Tío Ralph, ¿Te imaginas nuestros nombres impresos en los costales de harina? Toneladas viajando a todos los confines del país... y quizá al continente.

—Para eso necesitamos dinero, mucho dinero que los bancos nos prestarán solo si mostramos balances satisfactorios. Me atrevería a decir que excelentes.

—O un socio con mucho dinero.

—¿Pero quién?

—No lo sé... pero hallaremos la manera —respondió tozudamente—. Puedo conseguir un buen acuerdo con Benson, lo sé. Si tenemos que doblar el número de acres plantados lo haremos.

Gardiner empezó a mirarle con una preocupación más propia de un padre que de un socio.

—Colin, has trabajado en la siembra como cualquiera de los peones y por si fuera poco también debes hacer el trabajo de jefe. Me parece que te estás excediendo un poco. No quiero que te desgastes, ni que enfermes. Eso es lo que menos nos conviene ahora. Espero que aceptes mi consejo y descanses un poco. Tu hija te necesita.

—Pensaba pasarme la mañana con Pippa y darme una vuelta por los campos por la tarde —hizo una pausa para cerrar su cuaderno y ponerlo lejos. En su familia, llevar a la mesa un libro que no fuera la Biblia era poco más que un sacrilegio. Después de una pausa le dijo a su tío—: Todo lo hago por ella. No hay otra razón. Lo sabes, ¿verdad?

El viejo asintió con tristeza.

—Ethel se nos fue demasiado pronto. Si ella estuviera aquí cuán distinto sería todo.

—Espero que comprenda mi obstinación.

—Estoy seguro de que lo hace, Dios la tenga en la gloria —Gardiner hizo una estudiada pausa—. Pero si volvieras a casarte las cosas serían más sencillas —ahora era Colin quien reía. Su tío había mencionado el tema un par de veces, y él siempre había encontrado la forma de zafarse, dando por sentado que no estaba muy interesado en el asunto—. Te lo digo en serio. Necesitas una mujer... una esposa. Además, Pippa merece a alguien que se quede con ella mientras tú te partes el lomo.

—Pippa tiene a Dorothy, y a la señorita Pemberton.

—Es verdad, la señorita Pemberton es muy competente... —farfulló el viejo con un pícaro sonsonete. Colin lo miró con ojos saltones, habiendo captado su indirecta—. No me veas así, Colin Marsham. Esa mujer está hecha para ti. Es lista, paciente, bondadosa. Además, Pippa la adora. Y no me digas que no te parece atractiva.

Colin no podía refutar ninguna de las loas que su socio había lanzado a Rose Pemberton, así que procuró llevar la conversación por otros derroteros.

—Tío, Ralph... ¿una esposa? —Sacudió la cabeza con obstinación—, no te ofendas, pero no puedes darme consejos sobre un asunto que desconoces por completo.

—Quizás... —suspiró—. Nunca quise una compañera en mi vida, ni siquiera hijos, pero cuánto me arrepiento de haber tomado aquella decisión. Yo solía ser como tú, Colin, tan imbuido en mi trabajo que me olvidé de dar valor a otras cosas. El tiempo voló antes de que me diera cuenta de que mi oportunidad había pasado.

—No están tan viejo...

—Sí, lo estoy. Lo estoy —Gardiner se enderezó en la silla—. Pippa y tú son todo lo que tengo, y está bien así. No me quejo. Pero quiero que reflexiones, sobrino. Debes pensar no solo en ti. Tu hija necesita una madre. No cuando sea mayor, porque quizá no pueda establecer un vínculo lo bastante

significativo en el tiempo; es ahora, que está pequeña, cuando necesita un modelo femenino.

Colin masticó la idea con cierta resistencia. En otras cuestiones, la opinión del tío Gardiner era palabra santa, pero ahora mismo dudaba de la utilidad de aquel consejo. El matrimonio no entraba en sus planes, al menos no en aquel momento, que había reservado para hacer fortuna a costa de su propia tranquilidad.

—La señorita Pemberton es perfecta. Y he visto cómo le miras... —insistió el viejo, a quien pocas cosas se le escapaban.

—La señorita Pemberton es la institutriz de Phillipa. ¿No crees que sería un tanto escandaloso que yo...?

—En lo absoluto. Pasa hasta en las mejores familias —apostilló el viejo relajadamente—. Tan solo piénsalo —aconsejó mientras las voces de Phillipa y la señorita Pemberton comenzaban a irrumpir en su cabeza—. No puedo imaginar una madre mejor que esa dama para tu hija. El tiempo pasa mucho más pronto de lo que imaginas.

Colin no estaba cómodo con la insistencia del tío Gardiner, así que agradeció que su pequeña hubiera llegado. La recibió con un abrazo, la colmó de besos y se entretuvo con sus ocurrencias hasta que Dorothy llegó con las bandejas.

—Que buena idea la de tomar el desayuno en el jardín —apuntó la institutriz—. Hace un clima estupendo, ¿no es así, señor Marsham?

—Sí, sí, estupendo —balbució.

Curiosamente, Colin empezó a ver a la muchacha bajo un cristal menos profesional. Nunca le habían sido ajenas sus cualidades: era una auténtica dama, sensata, inteligente y siempre correcta, y ello armonizaba perfectamente con sus atributos físicos. La figura, menuda y ligeramente redondeaba le resultaba suculenta. El cabello, impecablemente recogido, era del color del chocolate, igual que sus ojos, pequeños y de rizadas pestañas. El rostro redondeado y bonito le resultaba tentador. Aquel instante se la imaginó como

esposa y, para su sorpresa, no le costó mucho trabajo verse ligado a ella.

—Estaba pensando que podríamos estrenar el campo de croquet.

—¿En serio, papá? ¿No vas a ir a trabajar hoy?

La ilusión de su hija le conmovió.

—Esta mañana prefiero estar contigo —se aclaró la garganta con rapidez—. Y con el tío Ralph, y la señorita Pemberton, si están de acuerdo en participar en el juego.

Pippa dejó escapar un chillido de júbilo.

—Cuenta conmigo, señor —dijo entusiasmada la joven institutriz—. No soy una jugadora excepcional, pero haré mi mejor esfuerzo.

—Descuide. Mi tío y yo no seremos competencia en absoluto. De hecho, lo más probable que nos pongamos en ridículo, ¿no es así, Gardiner?

—¡Habla por ti, Marsham!

—Me complace que haya ideado este entretenimiento, señor Marsham —le dijo una sonriente Rose Pemberton a modo de confidencia mientras Gardiner se disponía a explicar a la niña los fundamentos del juego—. Estaba pensando que Pippa necesita aire fresco estos días y, decididamente, un ambiente más saludable.

—¿Se refiere a algo en particular?

—Por desgracia sí, señor... —la mujer pareció pensarse muy bien lo que estaba a punto de decir. La curiosidad de Colin y su ceño crecían conforme ella hacía la elección de palabras—. Esa nueva chica, la que Dorothy trajo, sabrá Dios de dónde.... Su presencia es, me atrevo a decir... inconveniente, no solo para la niña sino para... todos.

Entonces recordó a la joven que había visto desvariar en lo alto de la escalera. Tras asegurarse de que estuviera sana y salva, Dorothy, haciendo honor a su reputación de buena samaritana, la había tomado bajo su ala y le

había pedido a Colin un empleo para ella, aduciendo que no tenía adonde ir, ni los medios para subsistir. Siendo consciente de que urgían nuevas manos para hacerse cargo del mantenimiento la casa, no dudó en admitirla, y desde entonces se había olvidado de ella.

—¿Tiene alguna queja contra esa joven?

—Es la persona más rara que he conocido en toda mi vida —aseguró entornando los ojos—. Ayer estaba aseando mi alcoba, vale decirlo, sin antes pedirme permiso. Estuvo dos horas encerrada y no me ha permitido siquiera entrar a buscar un libro para amainar la espera. Cuando traté de imponerme, ¡por poco me agrede! Apenas puse un pie en el parqué húmedo, me miró como si fuera a degollarme. Me llamó entrometida ¡y me cerró la puerta en las narices! No lo creerá usted, pero se comportó tan altiva, como si fuese la señora de la casa.

—Pero qué insolencia —espetó él.

—Jamás había atestiguado semejante conducta en una criada, señor Marsham.

Colin apretó la mandíbula.

—Esto es inaceptable —gruñó—. Hablaré con Dorothy para que la ponga en su lugar.

—Señor Marsham, me temo que no será suficiente una regañina. Un minuto en la compañía de esa mujer basta para darse cuenta de que está desquiciada.

—¿Desquiciada?

La institutriz se tragó su discrepancia al ver que Dorothy se acercaba con la tetera en mano; Colin, por el contrario, no estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión. Se dirigió a la mujer con tono autoritario.

—Dorothy, he escuchado que tu obra de caridad está dando problemas.

La aludida intercambió una mirada tensa con la institutriz y luego volvió a observar a su patrón.

—Señor, lo siento mucho. La señorita Pemberton me ha presentado sus quejas y le aseguro que...

—No quiero que me asegures nada. Quiero que le recuerdes a esa mujer que debe mostrar a la señorita Pemberton el mismo respeto que a mí, al señor Gardiner o a mi hija. ¿Has entendido?

La declaración sacó a la señorita Pemberton una orgullosa sonrisa.

—Sí, señor, pero... no es su culpa.

Irritado, Colin le devolvió al ama de llaves una mirada afilada. Se sentía irrespetado en su propia casa. ¿Desde cuándo la servidumbre se creía con la potestad de objetar los mandatos de sus empleadores? ¿Acaso había otorgado demasiada confianza a Dorothy? ¿O era que un hombre como él, que se había hecho a sí mismo, no inspiraba suficiente respeto, igual que lo hacían los anteriores propietarios de aquellas tierras, una pila de insolentes y perezosos aristócratas?

—¿Qué es lo que has dicho?

Dorothy negó tímidamente con la cabeza.

—No he dicho nada, señor Marsham.

—¿Sucedo algo? —intervino el tío Gardiner.

—Eso parece —masculló Colin, destilando sarcasmo—. La pequeña desquiciada que Dorothy ha pescado en el río se ha vuelto toda una tirana de la limpieza. Le ha cerrado a la señorita Pemberton la puerta de su habitación en la cara y la ha dejado fuera dos horas mientras cumple con su loable labor de sacudir el polvo y encerar los pisos.

—Válgame Dios, te dije que esa mujer no me gustaba, Colin. Fue un error admitirla como sirvienta después de aquel numerito.

—Le decía al señor Marsham que es evidente que esa mujer está loca —intervino Pemberton—. Quise reñirla por tan espantoso comportamiento, pero

ni siquiera se dignó a mirarme a los ojos; hacía gestos como si mi voz le perturbara y lo peor es que ni siquiera era consciente de sus faltas. No creo que sea una buena referencia para la señorita Marsham.

—No puedo creer tanta insolencia —barbulló Gardiner—. Deberías echarla, Colin. La señorita Pemberton está en lo cierto. Es un peligro para Phillipa.

—Ya lo creo, pero antes me gustaría encarar a esa desfachatada —El sarcasmo de Colin había tomado un matiz burlesco mientras enmantequillaba una tostada—. No concibo un tipo de locura en el que alguien se tome la limpieza tan a pecho. Espero que su dormitorio haya acabado reluciente, Rose.

—En honor a la verdad, sí, señor —masculló la joven con el mismo ánimo—. Sin embargo, el precio por un trabajo que bien podría hacer otra criada es inaceptable.

—Una loca en casa, Dorothy —Colin suspiró sarcástico, echando un vistazo a un ama de llaves desencajada y manifiestamente horrorizada ante aquel festín de crueldad, saboreado a costa de la muchacha—: No habría creído que te superarías cuando trajiste a aquel perro callejero...

Y entonces fue tardíamente consciente de que las miradas de los presentes se habían posado en algo o en alguien situado a sus espaldas. Colin se giró de prisa para descubrir a una rubia cuyas pálidas y pequeñas manos sostenían un tazón.

Se sintió repentinamente desorientado; asustado, si cabía. No la había escuchado acercarse, no había notado su cercanía, él precisamente, que en el ejército había desarrollado una singular habilidad para columbrar los pasos del enemigo. Fue en ese simple y llano primer momento; en ese hecho tan ingenuo que cualquiera habría juzgado de trivial, cuando empezó a creer que aquella mujer no era de este mundo.

Tenía los ojos muy azules, como dos marismas brillantes, calmas y profundas, de una belleza que invitaba al más largo intercambio de miradas, uno donde un hombre sabe de antemano que podría perder cualquier cosa que

una mujer quisiera tomar de él. Su cabello, domado en un suave rodete, era dorado como el trigo maduro y parecía absorber la luminosidad del día con la misma reverencia que un girasol. Colin se fijó en su rostro níveo, con la forma de un corazón, en la palidez juvenil de su piel, y se halló figurándose la textura de sus labios, pulposos, de un rosa intenso.

Notó que el viso de horror que había dominado sus ojos en aquella oportunidad se había desvanecido, igual que la mueca de espanto que desfiguraba su rostro, dejando en su lugar una cálida serenidad... y una belleza de la que estaba bebiendo sin darse cuenta, a expensas de su propio embarazo, al haber sido sorprendido en un acto tan vil como comparar a una mujer con un sucio animal callejero.

Pero, francamente, se dijo asombrado. Jamás habría asociado a aquella delicada criatura con la deschavetada que días atrás había aullado en lo alto de la escalera de su casa, proclamando su locura.

—Buenos días —tartamudeó la joven con una vocecilla de hada. Se acercó a Dorothy con pasos vacilantes y una mirada huidiza.

Dorothy le recibió el tazón e intercambió con ella unos susurros tensos. Colin aguzó el oído, logrando percibir un reclamo solapado y la posterior justificación de la joven: Viv, la otra criada, estaba ocupada, por ello la había enviado en su lugar. Según comenzaba a comprender, el ama de llaves se las había apañado para mantenerla fuera de la mirada de sus patrones.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó Gardiner con tono severo, antes de darle tiempo a la joven para regresar a la cocina.

Ella se demoró unos segundos en comprender que le estaba hablando; miró a Dorothy y ésta le hizo un gesto un tanto preocupado para que respondiese.

—Laurel, señor —susurró.

—¿Dónde naciste? ¿Dónde vives? ¿Dónde está tu familia?

Laurel clavó la mirada en el centro de la mesa y contestó:



—Cheltenham. Cheltenham... Cheltenham, señor.

La risa de Pippa tintineó como campanilla, desmoronado el silencio tenso que había embargado a los adultos. La respuesta no había complacido tanto a la señorita Pemberton, ni a Ralph Gardiner, que lucían ofendidos y asombrados con la osadía de la muchacha. Este último fijó su vista en ella con la mandíbula tensa. Fue cuando Colin supo que Laurel, la hermosa y extraña desconocida, se había ganado la inquina de su socio.

—¿Te estás burlando de mí?

—No, señor —musitó ella—. El humor premeditado no me es familiar, y si así fuera no lo pondría en práctica con usted, porque sería un ultraje. Usted se irritaría, me gritaría y me echaría de esta casa. No quiero eso.

Su respuesta sonó genuina y desconcertante a partes iguales; quizá por eso, el tío Ralph titubeó ligeramente. A continuación, dejó de lado su interpelación y se dispuso a amonestarla, como era su intención.

—Aun así parece que estás haciendo méritos para perder tu trabajo. No hablemos de tu desquiciada presentación ante la familia, que de por sí me ha parecido un insulto; hablemos del irrespeto que has mostrado hacia la señorita Pemberton, que es nada menos que la institutriz de la señorita Marsham. Espero que sepas de lo que estoy hablando —Laurel asintió, pero no parecía avergonzada—. Se te permitió permanecer en Marsham House con un propósito y ese no es pasar por encima de quienes viven aquí y hacer lo que te plazca.

—No ha sido mi intención ofender a la señorita Pemberton —dijo la muchacha sacudiendo la cabeza—, y si fue así me disculpo. Mi intención era dejar limpia su habitación, pero no puedo hacerlo si usted está allí, volviendo a ensuciar el piso con sus botines empolvados...

—¡Suficiente! —Le interrumpió la aludida—. Señor Marsham, ¿ha visto semejante atrevimiento? Nada nos garantiza que esta oven no se comportará de forma inaceptable en el futuro. Es obvio que su temperamento es voluble, sin mencionar el hecho de que pongo en tela de juicio su salud mental. Señor

Marsham, ¿qué opina usted?

Todas las miradas volaron hasta Colin. Todas las miradas... menos la de ella.

Él la observó por un segundo; su postura abatida, su mirada extraviada y un ligero temblor que la delataba.

Después de oír el dictamen de la señorita Pemberton, el viso de repudio en los ojos de Gardiner e incluso sus propias palabras crueles, algo se removió dentro él.

—Yo... Confío en que esta joven hará las cosas mejor la próxima vez — Gardiner y Rose Pemberton le miraron asombrados. Estaban esperando a que Colin cumpliera su palabra de echarla después de haberla encarado, pero él simplemente no fue capaz. Su decisión no tenía que ver con que fuera hermosa, ni con el hecho de que se sintiera miserable por haberla llamado loca o por haberla comparado con un perro callejero. Había descubierto en Laurel algo que le impedía hacer cualquier cosa para dañarla—. ¿No es así?

Ella le miró por primera vez, no a los ojos —lo cual fue decepcionante—, sino a un punto indeterminado en su rostro, y después asintió con la cabeza.

—Dorothy, encárgate de ella —continuó.

—Así lo haré, señor.

Las dos mujeres se marcharon. Colin se dispuso a continuar con el desayuno, sin deshacerse del todo de aquella sensación confusa.

—Espero que esa mujer merezca la oportunidad que acabas de darle.

—Yo también, tío Ralph.

Llegada la hora del descanso, Laurel tomó un plato de comida y se fue en busca de un espacio tranquilo donde poder disfrutar de su almuerzo. En una rápida inspección por el enorme jardín había descubierto el lugar perfecto, un

claro con vistas a los campos plantados y la entrada a un bosquecillo bordeado de castaños y arces.

Se maravilló de encontrar tanta paz y verdor en aquel paraje. Los árboles le ofrecían una sombra reconfortante y el viento le favorecía con una ráfaga de aromas silvestres que flotaban a su alrededor. De pronto se sintió transportada al umbral del bosque de Gretty, y una ligera punzada de melancolía la recorrió. Laurel sintió ganas de explorar y perderse en el denso follaje que alcanzaba a avistar; quizá así podría dar con la cabaña de su niñera, a quien extrañaba infinitamente. Pero sabía que estaba muy lejos del bosque donde había pasado buena parte de su niñez. El destino había resuelto ponerla allí, en la casa de una familia de agricultores de Buckinghamshire que la habían empleado como sirvienta, y no tenía más alternativa que acomodarse.

Una sirvienta, se repitió con voz exhausta. Si su madre supiera que se había pasado los últimos días limpiando la mugre de una casa campestre, propiedad de una familia de terratenientes, la pondría al borde de una apoplejía. Sonrió sin rastro de culpa.

Al recordar los términos de su nueva situación, Laurel tomó una bocanada de aire y descartó la idea de avanzar un paso más allá. Tendió sobre el césped una vieja manta que Dorothy le había prestado, se tumbó encima y cerró los ojos para escuchar la alborozada tonada de los pájaros. Con solo percibir las coloridas voces supo que se trataba de pinzones y gorriones, quizás atraídos por la promesa de semillas de trigo. También apreció el canto de una bandada de mirlos comunes, otra de tordos y más cerca de ella, el solitario zumbido de una abeja en busca del néctar de las primulas. El susurro del brezo también le advirtió de la presencia de lagartijas y musarañas, o quizá de salamandras. Aguzó más el oído, con lo que el borbotileo de un arroyuelo se coló entre el resto de los sonidos silvestres. Si..., pensó ella. Era como estar en casa.

Al cabo de un segundo se dio cuenta de que también podía escuchar la algarabía de una familia. Eran los Marsham, que jugaban al croquet en un campo situado cerca de allí. Por primera vez los oyó reír y disfrutar de la soleada tarde. Laurel era consciente de que su suerte le había salvado de ser despedida esa misma mañana. Tal y como lo había temido, a aquella familia no le había tomado mucho tiempo percatarse de su locura y poner reparos a su

comportamiento, especialmente el señor Gardiner, que le miraba como si fuese una suerte de bicho molesto pululando a su alrededor. La institutriz no era menos insidiosa. El incidente del día anterior le había granjeado su desprecio.

La niña, por su parte, era un misterio. La había visto un par de veces, siempre de la mano de la institutriz, y había evitado su mirada en todo momento.

Por último, estaba el señor Marsham. No sabía exactamente qué decir sobre él, además del hecho de que era un hombre callado. Bueno... quizá sí había otras cosas que podía decir de él... que era apuesto, por ejemplo, y que su mirada la abrumaba más que la del resto de la gente, por razones que atribuía al nerviosismo y al miedo de perder su recién conseguido empleo. Los ojos de artista de Laurel retuvieron de un solo vistazo la forma oval y severa del rostro de aquel hombre, la dureza de su mandíbula, poblada por una corta barba morena; grabó el suave trazo de sus labios delgados, los ángulos de su nariz recta y los orgullosos pómulos. Captó la frugalidad de sus ojos negros, cálidos, de pestañas cortas, abrigados por cejas muy oscuras y pobladas, que se arqueaban hacia arriba con arrogante donaire.

Aun tumbada en el suelo, con los ojos cerrados, la joven levantó su dedo índice y trazó una línea imaginaria, el movimiento grácil y resolutivo que necesitaba para lograr una curva tan esbelta. La fantasía de un devoto dibujante era sin duda plasmar aquellas formas tan perfectas.

El señor Marsham tenía la piel atezada por el sol, un fascinante efecto de su trabajo de campo, y el cabello rizado y desaliñado, de color negro, como la noche más oscura que Laurel hubiera visto a su paso por el bosque. Su porte austero y descuidado parecía más el de un cuidador de caballos que el de un señor de la tierra, pero aquella singularidad, en lugar de restarle belleza, lo ensalzaba de un modo casi ridículo.

De pronto, el suave aleteo de los pájaros que picoteaban su comida, la sacó del breve embeleso. Laurel se removió, incómoda e irritada. Las secuelas de sus ocupados tres días comenzaban a aparecer en forma de dolores de cuello, espalda y caderas, sin contar los cardenales y heridas bajo su vestido que aún no conseguían sanar del todo.

Sacudiendo una mano espantó a las codiciosas aves. Éstas, en vez de salir volando, permanecieron cerca, a la espera de una migaja. Después de comer, ella les lanzó las cortezas de pan. A medida que las aves se aproximaban, les ofrecía pedazos más grandes y succulentos, con lo que iba ganado su confianza. Un gorrioncillo macho, armado de valor, se acercó más que el resto de la pequeña bandada. La joven lo premió con otro poco de comida, hasta que lo tuvo prácticamente sentado en sus faldas, y luego comiendo de su mano, para estupor de sus emplumados compañeros.

Pero entonces, Laurel se dio cuenta de que estaba siendo observada. El gorrioncillo percibió el repentino cambio en su ánimo y huyó al vuelo, seguido por los demás miembros de la bandada. Crispada, se volvió para ver a la niña Marsham que, maravillada, la había estado espiondo mientras alimentaba a las aves.

No supo qué hacer, además de quedarse quieta y evitar la mirada de la pequeña rubia de carita redondeada. Por lo general, los niños le temían. Sus sobrinos, por ejemplo, solían hacer pucheros cuando Becky les obligaba a saludar con un beso a la tía Laurel, y ni hablar de los chiquillos del pueblo, que corrían despavoridos cada vez que ella se dejaba ver por las calles. En consecuencia, Laurel también les temía ¡y los detestaba!, por ello se puso rígida cuando la hija de su patrón, de unos cinco o seis años, se acercó a ella con pasitos juguetones.

—Hola —le saludó tras sentarse junto a Laurel sobre la manta, recogiendo las piernas como las alas de una mariposa.

Oh, por Dios. ¿Quién rayos la había invitado a acercarse? ¿Y quién le había dado permiso de sentarse sobre su manta? La cercanía de cualquier persona la ponía nerviosa, incluso la irritaba, pero cualquiera que osaba a traspasar su línea de seguridad no tardaba en darse cuenta de la renuencia de Laurel a ser invadida. Esta chiquilla atrevida, en cambio, parecía carecer de todo instinto de decoro y respeto por el espacio de otros.

Por su puesto, su institutriz, además de una vulgar pedante, también era una incompetente.

Ante la falta de respuesta, la niña se acercó todavía más, hasta que sus faldas rozaron las de Laurel, que empezaba a ponerse un tanto nerviosa.

—¿Cómo haces que los pájaros vengan a ti? —la pregunta la sorprendió—. Si ven que yo me acerco salen volando. Creo que no les gusto —dijo con tristeza.

—Puede que no, pero no te ofendas —respondió con acritud—. No confían en la gente. Tienes que hacer que vengan en ti con comida, de otra manera no lo harán.

—Mi papá dice que no hay que enseñar a los animales a confiar en la gente porque luego los atrapan.

—¿Tú los quieres atrapar? —La niña negó con la cabeza—. Entonces no hay cuidado —Ahora ella sonreía en respuesta—. ¿Te gustan mucho los pájaros? —Era una pregunta de cortesía, hecha con el solo propósito de llenar un vacío, no porque Laurel quisiera entablar una amistad con aquella niña.

—Sí. En mi otra casa solo había palomas, pero la señorita Pemberton no me dejaba tocarlas porque dice que transmiten enfermedades.

—Así es. Las palomas están llenas de piojos, garrapatas, parásitos... y no quiero ni decirte lo que hay en sus excrementos —la otra arrugó la nariz, pero el gesto era más de diversión que de aborrecimiento—. Si las tocas o respiras los polvos de su caca puedes enfermarte de neumonía.

—Mi mamá murió de neumonía.

—Oh. Lo siento —Laurel se sintió terriblemente incómoda y dijo lo primero que cruzó por su mente para reconfortarla—: Quizá le gustaban mucho las palomas.

—No lo sé. ¿Tú tienes mamá?

—Sí, pero ella no me quiere.

El gesto de la chiquilla fue de confusión. Quizá en su mundo no existía la

posibilidad de que una madre pudiese aborrecer a un hijo.

—¿Y tu papá?

—Falleció.

—Lo siento mucho.

—No importa.

—¿Me enseñas a hacer que los pájaros confíen en mí? —Ella agradeció el repentino y conveniente cambio de tema.

—Ahora no. Se acabó la comida —le mostró el plato vacío—. Pero puedes hacer un comedero para que vengan por sí solos, así podrás verlos de cerca y tal vez un día confíen en ti.

—¿En serio? ¿Me ayudas a construir un comedero?

Laurel dudó. La idea de construir un comedero para las aves le entusiasmó, aunque no sabía qué diría el señor Marsham de eso. Al final aceptó.

—Está bien.

—Gracias —sonrió—. Laurel, ¿es verdad que estás loca?

—Sí.

La niña dio un respingo de asombro, no de miedo, como se hubiese esperado.

—¿Y cómo es estar loca?

—No lo sé —se lo pensó un instante—. Supongo que es como ser un pájaro y vivir entre las zarigüeyas, o entre las salamandras, o entre los peces...

—¿Entre peces? —Preguntó la chiquilla con ingenuo escepticismo—. ¿Y cómo vivirían los pájaros bajo el agua?

—No lo hacen, esa es la cuestión.

Por un instante, la hija del patrón la estudió con un gesto de inocente desconcierto. Laurel confiaba en que no entendiera lo que había querido explicarle. Era mejor así.

—La señorita Pemberton dice que eres peligrosa. Yo no lo creo, pero... ¿lo eres, Laurel? —quiso saber, no sin cierto temor bailando en sus ojitos azules.

No sabía cómo contestar a esa pregunta, por lo que la ansiedad comenzó a corroerla. ¿Era peligrosa realmente? Había dañado a mucha gente en el pasado, incluso se había lastimado a sí misma, se recordó mientras su mano comenzaba a recorrer el cuello rasgado con cierta vergüenza. Dorothy le había prestado un par de vestidos que, afortunadamente, eran de cuello alto y disimulaban la evidencia de su desafuero.

Quizás la respuesta a aquella pregunta fuera «sí». Quizá ella no fuera buena para aquella familia. Quizá Laurel representara un peligro para todos.

—¡Señorita Marsham! —Las dos dieron un brinco al escuchar el llamado furioso de la institutriz, que observaba la escena entre Pippa y Laurel con los puños aferrados a las caderas—. ¿Pero qué es lo que hace allí? Creí haberle pedido que regresara a la casa. No está bien que se reúna con el servicio a solas. No es la manera en que una señorita debe comportarse, por el amor de Dios.

La niña se levantó y, tras dedicarle una tierna mirada de despedida a Laurel, corrió a reunirse con la señorita Pemberton. Ésta siguió amonestándola en voz baja, aunque Laurel pudo captar algunas palabras sueltas que la definían muy bien: *loca, sirvienta, mala...* Lo mejor era que desechara completamente la idea de construir el comedero para los pájaros. Era una pena.

La institutriz se llevó a la niña de la mano, no sin antes atravesar a Laurel con una mirada insidiosa.

Aquella noche, Colin volteaba su almohada por enésima vez y, exasperado, dejaba caer la cabeza en ella. El sueño le rehuía, sus pensamientos eran



murmullos incesantes que no conseguía acallar. Hacía tiempo había perdido la noción de la hora, pero el silencio de la casa y la rotunda oscuridad de la noche le revelaban que era tan tarde que solo él podía estar despierto.

No lo entendía, se dijo mientras se giraba a la izquierda, apoyándose ahora sobre el brazo recogido. Todo estaba bien en su vida; la plantación había sido un éxito; las ideas para progresar en el negocio le llovían hasta en sueños; las oportunidades comenzaban a aparecer y lo que tanto había buscado parecía estar tan cerca que casi podía tocarlo con la punta de los dedos. En poco tiempo, con algo de suerte, sería un próspero agricultor, un notable y respetado comerciante. Un hombre rico.

Pero, si todo estaba tan bien, ¿por qué entonces no dejaba de sentir que algo le faltaba? ¿Por qué de pronto empezaba a mirarse a sí mismo con cierta inconformidad? ¿Había dado Gardiner en el clavo cuando le sugirió que buscara una esposa? Maldito viejo. Lo había atormentado hasta el punto de privarle del sueño. Le había obligado a sacar sus narices del trigo y a mirar a su alrededor desde una incómoda perspectiva.

Ah, cuánto le costaba pensarse a sí mismo.

Pippa ya no era un bebé. En pocos años la vería convertida en toda una señorita, en una belleza deslumbrante debutando en sociedad. Estaba seguro de que le lloverían invitaciones de todo tipo; asistiría a bailes; su tarjeta estaría llena de nombres de granujas dispuestos a conquistarla. La sola idea le enchinó el pellejo, pero él sabía que ni siquiera un padre podía evitar ciertas cosas. Alguien que no era él debía acompañarla en ese camino tan natural como necesario. Una madre.

Colin pensó en su dulce Ethel y un torrente de tristeza lo invadió. Cuánto la echaba de menos, cuán injusta había sido la muerte al llevársela. Ahora él se enfrentaba al desafío de criar a una niña, pero no podía hacerlo solo. Gardiner tenía razón. Debía hallarle a Pippa una madre, y como Colin no tenía tiempo ni ganas de buscar a una virtuosa fuera de sus dominios, reconoció que la señorita Rose Pemberton era la candidata perfecta para el rol.

Se levantó sediento, pero no tenía ánimos de satisfacer su sed con agua.

Necesitaba un buen trago de alcohol que apagara su mente caótica y le devolviera el sueño.

Recordó que cuando la casa le había sido entregada había visto un par de botellas en la pequeña bodega. Colin tenía la llave en su cajón, pero con el ajetreo de la plantación y el trabajo posterior no había tenido tiempo de echarle un segundo vistazo.

Se puso una camisa sobre el pantalón de pijama, tomó la llave y salió del dormitorio para hacerse con el ansiado licor.

Al cabo de un minuto, se encontraba en la planta baja de la casa. De pronto estaba pensando en la competente y virtuosa institutriz a la que se suponía debía cortejar. Esperaba al menos no haber olvidado cómo hacerlo, se dijo entre sarcástico y atribulado. Las mujeres que había conocido en los últimos años no eran precisamente del tipo que amerita de un cortejo. Sus relaciones habían estado basadas en el plano físico, sin oportunidad de ir más allá. Tan solo charla, cama y adiós.

Con Rose Pemberton todo sería distinto. No podía cometer ninguna equivocación, se dijo empuñando fuertemente la llave de la bodega. Su única opción era comportarse como el caballero que jamás había sido, lograr que ella aceptase su cortejo, aunque le pareciera inapropiado, dado el cargo que venía desempeñando en su casa, y que a la larga accediera a convertirse en su esposa. El mero pensamiento le atormentó, incrementando su sed.

Entró en la cocina con estudiado sigilo. Una de las puertas al final de la estancia era la que conducía a la bodega. Pero entonces, algo que percibió le desvió de su búsqueda: una forma insólita bañada por el reflejo argénteo de la luna, que entraba a raudales por las ventanas abiertas.

Colin se detuvo y pestañeó incrédulo. Se acercó con pasos cautelosos. Fue así como descubrió que alguien yacía dormido junto a la mesa donde la señora Timdale servía los alimentos al personal de la casa. Indignado por tamaña desfachatez, maldijo entre dientes, preguntándose si sus sirvientes se atreverían a hacer lo mismo si el anterior propietario de la casa y las tierras continuara al mando.

Se acercó un poco más para averiguar de quien se trataba, y al hacerlo, se detuvo en seco. Era ella... Laurel.

Estaba tendida sobre el largo banco de madera que los criados ocupaban durante la comida. El mueble la acogía tan perfectamente mientras dormía que parecía haber sido fabricado para ella. Las pequeñas manos descansaban sobre su regazo y el rostro, perlado al contacto de la luz plateada, revelaba el más absoluto estado de placidez.

Vaya que la envidiaba, suspiró sarcástico.

Pero algo le disuadió de despertarla y despacharla, como lo habría hecho un patrón sensato. En lugar de eso, Colin se quedó ante ella, parado como una estatua. Sus ojos sucumbieron al deseo pecaminoso de contemplar a una mujer hermosa en un instante tan íntimo. Se obligó a respirar sin hacer el menor sonido y a quedarse más quieto que un muerto para no despertarla, para saborearla sin vergüenza ni reparos, como en secreto había deseado hacerlo aquella misma mañana.

Porque, loca o no, Colin debía reconocer que la tal Laurel le había explotado la cabeza.

Habiéndose dado licencia, su mirada avariciosa se posó en los labios, con la forma de un corazón; siguió por la pendiente de su esbelto cuello, por donde le habría gustado repartir una explosión de besos. Alcanzó la cima de sus pechos, redondos, expuestos para él bajo la fina tela de la camisola. Ah, cómo le habría gustado contar con el permiso para tocarlos. Bajó por el vientre, deliciosamente plano. Pero antes de continuar más abajo, se lo pensó mejor y desanduvo el camino que habían trazado sus ojos, brillantes de lujuria y curiosidad. No fuera la frustración a comérselo vivo aquella noche.

Se humedeció los labios con la lengua. La sangre le bullía en las venas, el corazón parecía a punto de salirse del pecho y sus manos le exigían entrar en contacto con la piel nívea que se exponía cruelmente ante él, como un banquete al que no había sido invitado.

De inmediato supo lo que realmente le hacía falta para dormir como un

bendito. El deseo de una ardiente cópula con aquella mujer llameó en su interior. Pero no. El no sería capaz de seducir a una criada, se dijo mientras apartaba los ojos de ella con un esfuerzo que le produjo dolor físico... ¿O sí era capaz?

Hacía una semana desde que había compartido la cama con una mujer por última vez: una alegre bailarina que lo había hechizado mientras tomaba una copa con Gardiner en un concurrido vodevil de Dover. Después de dejar a su tío en el alojamiento, había regresado con una excusa. Había buscado a la mujer, había intercambiado un par de palabras con ella y la había llevado a un hotel cercano. Aun recordaba su nombre: Annethe. Y antes de ella había estado la señora Dundy, una dama divorciada de Winslow que le había invitado a su casa apenas llegó al condado.

Pero Annethe y Caroline carecían de la belleza y el encanto de Laurel, y ninguna había hecho tan poco para alborotarlo. No era justo, pensó tragando saliva, colmado de deseo insatisfecho. Pero, ¿acaso había justicia en este mundo?

Entonces, la muchacha abrió los ojos de golpe, dio un respingo y se incorporó con una velocidad que él no vio venir. Colin retrocedió, soltando el aire retenido, sintiéndose como un ladrón atrapado en plena fechoría. Un ladrón en su propia casa.

—Santo cielo. No me diga que duerme aquí —balbució, intentando disimular su bochorno. Era la segunda vez que ella lo pillaba desprevenido.

—No, no. La cocina no es para dormir —espetó con solemnidad—. Mi cama es muy mullida y mi espalda no lo resiste —Colin contuvo las ganas de ofrecerle probar su cama y demostrarle lo bien que podría venirle a su espalda—. Y la buhardilla donde duermo me produce asfixia. No puedo abrir las ventanas —hizo un gesto de niña mimada que le hizo fruncir el ceño—. Es... ¡sofocante!

—¿Sofocante? ¿En serio? —bufó mientras encendía un quinqué que había en la mesa y una luz áurea bañaba la habitación.

Colin se dio cuenta de que, al igual que más temprano, Laurel evitaba el contacto visual con él. Le intrigaba sobremanera este hecho. ¿Le tenía miedo, acaso? ¿Tenía ella algún problema en los ojos? Se distrajo de sus pensamientos cuando fue consciente de que llevaba el cabello suelto. Sus hebras, doradas y de apariencia sedosa, le caían hasta la cintura. Sintió deseos de tomar un mechón para comprobar su tersura.

A Dios gracias, logró refrenarse.

—¿Y el madero del banco es mejor que un colchón? —ladeó la cabeza, burlón, para seguir explorándola, como si no lo hubiera hecho bastante los últimos minutos.

—Para mí sí... Es un asunto de hábito.

Se quedó sin palabras. Imaginó todas las privaciones que había tenido que padecer aquella muchacha, si bien estaba más acostumbrada a dormir sobre un rígido tablón que sobre un colchón decente.

Pero era tan extraño, ahora que lo pensaba. Su hablar era impecable, su acento jactancioso, sus gestos refinados. No podía tratarse de una campesina vulgar, ni una ratita de alcantarilla de Londres.

¿Quién era ella entonces? ¿De dónde había salido aquella rara chica?

—Caramba, lamento no poder ofrecerle un alojamiento en mejores condiciones —jugueteó—. Pero tomaré su consejo y me apertrecharé en otro banco, ya que tampoco yo podía conciliar el sueño en mi cama.

—Como guste —dijo ella, poniéndose de pie—. Puede usar este. Buenas noches...

—¡No! ¡No se vaya! —Lo que pretendía que fuera una petición descuidada sonó como un ruego desesperado. Colin se maldijo en silencio por su estupidez—. No se vaya, por favor —repitió en un tono menos pusilánime—. Hágame compañía un momento.

Laurel no dijo nada, pero volvió a sentarse. Colin le miró con un interés

creciente. Se dispuso a abrir la bodega sin perderla de vista, como si temiera que fuera escapar si le daba la espalda.

—¿Le apetece un trago?

La pregunta la descolocó aún más que la petición de quedarse. Laurel se abstuvo de responder, pero no se movió de su lugar por miedo a ofender al señor de la casa.

Lo único que había deseado aquella noche era descansar su espalda dolorida y por un momento sentir que había vuelto a la cabaña de Gretty y al catre donde había dormido desde que era una niña. Ahora se sentía acorralada por aquel hombre, el señor Marsham, el dueño de Marsham House y de aquella mirada que parecía capaz de traspasarla. Esperaba de todo corazón no haberlo incordiado con su atrevimiento.

Su patrón puso sobre la mesa dos vasos de cristal, destapó una botella que había extraído de la habitación situada junto a la despensa, y llenó ambos con un líquido dorado. Seguidamente le ofreció uno. Ella lo cogió indecisa, con una mano temblorosa, y halló un refugio reconfortante en el color del licor, que a la luz del quinqué, era mágico, vibrante, como una galaxia de tonos que podía contemplar toda la noche.

Pero entonces el hombre habló, sacándola de sus cavilaciones.

—Así que vino nadando desde Cheltenham —le dedicó una sonrisa extraña, que no supo interpretar, antes de sentarse frente a ella y darle un trago a su vaso—. Debió haber sido un incordio.

—Eso es imposible, señor Marsham —apostilló con voz mecánica—. Nadie podría nadar desde Cheltenham a Winslow. Principalmente porque no hay afluentes comunes. Sería más conveniente tomar el tren desde Gloucester...

—Estoy bromeando, Laurel —le interrumpió él con los labios apretados, como si se esmerara más de la cuenta en refrenar una sonrisa.

Maldita sea, ¿qué era tan gracioso? La gente solía hacer aquello que tanto detestaba: gastarle bromas que no alcanzaba a comprender y luego reírse a costa suya.

—Ah. Bien. No siento deseos de reír.

Él la miró con renovada intriga y cierta diversión bailando en sus ojos, solo que Laurel no conseguía captarla. Para ella, interpretar los gestos de las personas era todo un desafío. Más aun cuando se trataba de un desconocido que la ponía nerviosa.

—No fue una buena broma... Solo estaba tratando de conocerla. Probemos de nuevo. Usted fue rescatada del río hace unos días, ¿no es cierto? ¿Cómo llegó allí?

Un frío perturbador trepó por su columna vertebral.

Debió haberlo anticipado. El señor Marsham estaba interesado en su pasado; quería indagarla, escarbar sus secretos, igual que había intentado hacer Dorothy, pero Laurel no estaba segura de que aquel hombre de ojos negros inquisidores fuera a rendirse con la misma facilidad que el ama de llaves.

¿Por qué no la dejaban en paz? O mejor, ¿por qué no aprendía ella a mentir? La gente lo hacía todo el tiempo. ¿Por qué era tan difícil inventar una historia y contársela a todo el mundo en aquella casa?

—Me caí —musitó vencida, rindiendo honor a la verdad. Laurel pensó que si se ceñía a los hechos tal como eran, sin revelar los detalles turbios, Marsham se daría por satisfecho—. Me caí. Eso fue lo que pasó.

—¿Se cayó? ¿Así nada más?

—Sí. Perdí el conocimiento y desperté en una habitación de esta casa.

—¿Y cómo fue que cayó? —Siguió disparando tras volver a probar su bebida—. ¿Había alguien con usted? ¿Ya le avisó a su familia que se encuentra bien y que decidió quedarse a trabajar como sirvienta en Winslow, para

variar?

Conforme iba escuchando las preguntas del señor Marsham, Laurel sentía que su pecho se cerraba. Escondió las manos bajo la mesa para que él no notara que estaba temblando y sudando descontroladamente. Dejó caer la mirada en la base del quinqué. ¿Cuánto más tendría que soportar?

—No has probado tu whiskey, Laurel. Me niego a creer que estés dispuesta a desperdiciar una bebida tan exclusiva. Es mi mejor botella y la quiero compartir contigo.

—Se lo agradezco, pero yo no tomo.

—Lástima —dio otro sorbo a la bebida y luego se inclinó hacia adelante arqueando una malévola ceja—. ¿Por qué no respondes a mis preguntas?

Ella tragó saliva. No tenía modo de seguir esquivándolo.

—Porque no deseo hacerlo —musitó.

—¿Por qué no?

—¡No estoy obligada a contarle nada a usted!

La mirada del hombre la atravesó. Podía sentirla, aunque no se atrevía a encararla.

—¿Eso crees? —gruñó—. Vives bajo mi techo. Deberías saber que mis condiciones son las únicas que valen aquí.

—Señor Marsham —tartamudeó—. Mi vida no es importante. Por favor...

Su negativa trastornó a su patrón, que se puso de pie y rodeó la mesa de dos zancadas para situarse detrás de ella. Laurel jadeó y apretó los párpados sin saber qué esperar: un golpe, un grito que le colapsaría los oídos... No fue así. En lugar de eso, el hombre se acercó a su oído y le susurró:

—¿Sabes que podrías mentirme —Laurel se estremeció violentamente. La cercanía extrema de Colin Marsham la abrumaba y su voz, suave y viril, le



provocaba un incómodo aleteo en el vientre—. No pensaría mal de ti si lo hicieras. Podrías decirme: «Señor Marsham, soy una humilde huérfana. No tengo casa ni familia. No tengo a nadie en el mundo». Vamos... inténtalo.

Laurel bufó.

—¿Para qué iba a decirle algo que de antemano sabe que no es verdad?

—Para hacer que me quede tranquilo.

—¡Eso es absurdo! ¡Su tranquilidad no puede sostenerse sobre una mentira!

—Tampoco sobre un secreto —insistió—. Vamos, Laurel... míenteme.

—¡Yo no miento!

—Claro, pero omítes, eso es menos inmoral, supongo.

—No. Quiero decir... que yo no sé mentir.

Marsham soltó una carcajada y Laurel podía jurar que esta le había acariciado el vientre.

—¿Qué estupidez es esa? Todos sabemos contar mentiras.

—Yo no nací con esa habilidad.

—No es un don, es algo que aprendes.

—Da igual.

—Entonces dime la verdad.

—No...

Él se rio de manera siniestra.

—No creo que no sepas mentir. Creo que solo eres mala mintiendo.

Se puso frente a ella para desafiarla, pero Laurel no le sostuvo la mirada. No podía, como tampoco era capaz de decirle que había huido de su casa y

que quizá todos la creían muerta. Colin Marsham no le creería si le dijera que su marido era un asesino. Pensaría que eran los desvaríos de una loca. Por el contrario, la entregaría complacido a Colvile, y éste la encerraría en un manicomio de por vida. O quizá la mataría.

—Háblame, Laurel...

Tan solo le quedaba una carta. La única que había tenido siempre.

—¿Qué va a hacer si no le digo nada? ¿Despedirme? ¿Echarme a patadas de su casa? Hágalo, entonces, porque no diré una palabra.

Para ser una mujer con el cariz de un ángel, esa Laurel tenía un carácter bastante endemoniado. Colin no dejaba de sorprenderse con cada faceta de aquella muchacha que había rechazado su whiskey y se había negado en redondo a responder sus preguntas... preguntas que no surgían precisamente de su desconfianza, sino de su necesidad de conocer a la mujer que hacía que le burbujeara la sangre.

No, no era ninguna campesina, concluyó. Hablaba como una *lady* con ínfulas de reina, un poco deschavetada y con algunos deliciosos ribetes de inocencia.

Sonrió para sus adentros, porque jamás había sabido de una clase de locura que pudiera resultar tan encantadora, tan brillante. Tenía la sensación de hallarse en la presencia de un ser mitológico: un hada, una bruja, una ninfa de los bosques enviada solo para enloquecerlo. La locura que sus ojos habían visto antes de ella tenía más bien visos de horror, de dolor, de espanto, de la impotencia más descorazonadora que hubiera experimentado.

Su sonrisa interna se desdibujó de sopetón, pero él se sacudió los recuerdos para centrarse en el presente.

¿Qué ocultaba ella? ¿De quién se escondía? ¿De sus padres? ¿De un marido...?

Le frustró la idea de que estuviera comprometida. Detestaba tener que dejarla ir, pero Laurel, con su furiosa declaración, lo había llevado al final del camino, y él estaba listo para dejar de caminar a ciegas... Sin embargo, no le apetecía dejar de jugar con ella.

Colocó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó sobre ella, buscando sus ojos huidizos, colmados de secretos que se esforzaba tenazmente en proteger.

—Si vas a desafiarme al menos ten el valor de mirarme a los ojos.

—No quiero desafiarte.

—Lo estás haciendo al no darme la cara.

Ella se mordió el labio inferior, como si estuviese planteándose acceder o no a su petición. ¡Por favor! ¿Qué tal difícil podía ser? Una mirada era todo lo que estaba pidiéndole. Un patético consuelo para amainar su curiosidad frustrada.

—Mírame, Laurel.

—¿Si lo hago dejaré de hacerme preguntas que no deseo escuchar?

—¡Sí! —«Si lo haces evitarás que me lleve el diablo», pensó.

Colin clavó los ojos en ella, deseoso y expectante, como si la tal Laurel fuera a mostrarle un pergamino con los secretos del universo o fuera a darle de beber del Santo Grial. ¿Desde cuándo la mera mirada de una mujer podía ser moneda aceptable en una negociación? Cuan bajo había caído a merced de su encanto.

—¡No puedo! —Soltó tras un minuto de absurda cavilación, y él estaba tan decepcionado que se sintió estúpido—. Señor, Marsham, necesito dormir. Mañana debo trabajar —se puso de pie, haciendo uso de un insólito garbo de princesa.

«Una mujer como tú no debería trabajar», quería decirle. «Una mujer como tú está hecha para ser complacida».

—Espere... Lo que dije hoy en el desayuno...

No supo qué le impulsó a hacer una confesión de último momento, quizá la necesidad de retenerla un poco más en su compañía, a sabiendas de que la intimidación y los ruegos no le servían de nada.

—¿Qué pasa? —quiso saber, girándose para mirar un punto específico de su rostro, sus cejas o sus sienes, pero nunca sus ojos.

—Usted sabe... lo del perro. Ya ni lo recuerdo.

—Dijo «Una loca en casa, Dorothy. No habría creído que te superarías cuando trajiste a aquel perro callejero...»

Colin parpadeó, atónito.

—Santo Dios, que buena memoria.

—No sabía que tenían un perro.

—Sí... Es decir, no exactamente. No es nuestro perro. Vive en las cuadras mientras se recupera. El caso es que lo siento —dijo solemnemente—. Yo no quería compararla con... Bueno, no importa. Al parecer a usted no le molesta.

—No, no me molesta que me compare con un perro callejero —susurró—. Yo tampoco tengo hogar y dependo de su generosidad. Buenas noches, señor Marsham.

—Buenas noches, Laurel —respondió cuando ella ya se había marchado.

## Capítulo 7

Para ser una institutriz, Rose Pemberton se perfilaba como una dama bastante segura de sí. Una que cuando se le preguntaba, daba su opinión al mundo con notable firmeza.

Siempre que un tema de conversación le entusiasmaba podía sonar muy apasionada, incluso crítica, y aunque le fuera adverso, tendía a elogiar el criterio de su interlocutor sin resultar lisonjera. Era graciosa, elocuente, aguda. Sus comentarios solían venir impregnados de una estudiada cabalidad, como si se esmerara por parecer correcta; un rasgo que debía atribuirse a la sensatez que requería su oficio. También le gustaba hacer preguntas cada vez que lo encontraba prudente o le daban la menor licencia; se mostraba precavida sin dejar de ser inquisitiva, e insistente sin resultar agobiante, pero sobre todo se interesaba de forma genuina en lo que su interlocutor tuviera que compartir.

Era la hija de un sargento lisiado en batalla y una costurera de Somerset; la mayor de seis hermanos, a los que había ayudado a criar mientras su madre cosía vestidos a las damas burguesas de su condado natal. Amaba a los niños, las actividades al aire libre, los recitales de piano, la poesía de Lord Byron y creía religiosamente que la gente debía casarse por amor, siempre y cuando amara uno a la persona correcta.

Eso fue lo que Colin pudo descubrir tras su primer encuentro no profesional con la institutriz de su hija. Antes de aquel día se había dejado llevar por la creencia de que las institutrices eran mujeres rígidas y anticuadas, las heroínas infravaloradas de la literatura para mujeres y una especie de seres obsesivamente morales, consagrados al deber de educar a los críos. Ahora veía lo equivocado que había estado todo este tiempo. La señorita Pemberton había resultado ser el arquetipo de todo aquello, un alma con voz propia y, sorprendentemente, una compañía de lo más refrescante.

Luego del desayuno, la había invitado a dar un paseo a caballo por las

plantaciones, y así aprovechar para supervisar las labores de sus jornaleros, días previos al inicio de la temporada de lluvias. Colin deseaba conocerla y saber si aquella idea del matrimonio podía tener sentido. Los ojos marrones de Rose habían brillado de asombro y placer al escuchar la inusual petición del señor, que había sido pronunciada con un titubeo.

Colin confiaba en que el paseo pudiera, además, mantener su mente ocupada en algo que no fuera cierta rubiecita desconcertante.

A lomos de dos purasangres, y con un entrañable panorama campestre de fondo, Colin y Rose habían mantenido una amena charla sobre la vida en la campiña inglesa y sus ventajas respecto a la ruidosa y contaminada Londres. Hablaron del clima, de las condiciones de la casa Marsham, del futuro de Pippa, a quien Pemberton calificaba como una alumna brillante y aventajada, e incluso él le pidió consejos sobre su rol paterno. La institutriz, que parecía disfrutar cada gesto de reconocimiento de su patrón, le pidió que animara a su hija a hacer amigos.

—Sé que estamos algo retirados del pueblo, pero debe de haber algún buen vecino cerca de aquí con hijas de la edad de Phillipa —se apresuró a añadir Rose ante el gesto de preocupación de Colin.

—Es probable, pero aún no he tenido ocasión de conocer a los vecinos —confesó mientras los caballos remontaban una cresta durante el regreso a casa. Hacía un día estupendo, y el cielo despejado parecía un fino manto azul que alguien hubiera dejado suspendido en lo más alto—. Aunque sé que los peones tienen niños...

—Señor Marsham, ¡los hijos de los peones no son la mejor compañía para Phillipa! —Advirtió la institutriz con cierta alarma—. Me refiero a amigos de su clase. Usted es el señor de esta prometedor finca, su hija debe rodearse de personas con los mismos valores, la misma educación, gente que muestre un comportamiento ejemplar. Estoy segura de que usted quiere lo mejor para ella.

—Es verdad —concedió él de inmediato. A veces olvidaba que el mundo al que aspiraba ascender era muy distinto en sus formas al mundo donde él había crecido—. Tiene toda la razón, Rose. Confieso que hasta el día de hoy no

había pensado en ese asunto. Si apenas puedo creer cuánto ha crecido mi hija —reflexionó con cierta melancolía flotando en su voz—. Había llegado a creer que mi compañía, la suya y la de mi tío bastarían para ella.

Rose sujetó las riendas de su montura y le siguió por un paso cubierto de brezo.

—Me pregunto si tiene usted hermanos o hermanas.

Colin pensó en Tobías, y una vieja herida empezó a latir en su pecho.

—Un hermano —fue su glacial respuesta, al cabo de un momento—. Pero falleció en la adolescencia.

—Oh. Lo siento mucho. ¿Qué le ocurrió? —Su silencio se dilató demasiado. No conseguía las palabras, quizá porque ni él mismo, después de veintidós años, sabía muy bien qué le había sucedido a su hermano—. Oh. Perdome mi atrevimiento, señor Marsham. No debí preguntar semejante cosa.

—No tiene por qué pedir perdón, Rose —la tranquilizó—. Fue un asunto de salud.

La institutriz le estudió reflexiva, presa de un acuciante interés, mientras los caballos se detenían.

—Presiento que le amaba usted mucho y que aun después de tanto tiempo su dolor sigue intacto. Es inusual. Los niños suelen superar las pérdidas con mayor facilidad que los adultos. Eso demuestra su extraordinaria profundidad de alma.

—Era mi único hermano.

—¿Mayor?

—Sí. Pero era yo quien cuidaba de él. Yo era quien evitaba que se metiera en problemas, lo que sucedía bastante a menudo —Rose le brindó una sonrisa cargada de simpatía, e hizo silencio para seguir escuchándolo—. Jamás me sentí más solo en toda mi vida cuando Tobías se fue... Pero supongo que era su destino, Rose.

—Su hermano dejó una huella en usted, Colin —Era la primera vez que le llamaba por su nombre de pila, aunque él le había pedido que lo hiciera hacía un buen rato. Le gustó saber que comenzaba a crearse un velo de confianza entre ellos—. Lo que busco con todo esto es hacerle ver lo afortunados que hemos sido usted y yo al contar con hermanos. Pippa aún no goza de esa dicha, por eso sería muy saludable para ella conocer gente, rodearse de buenas amistades. Hay personas que pueden influir de un modo determinante en la vida de otras, pero desafortunadamente no siempre se trata de parientes... o de institutrices.

—Tomaré su consejo, Rose. Se lo agradezco mucho.

—No, yo le agradezco este hermoso paseo... y que me haya abierto su corazón, Colin. Cuando desee hablar, quiero que sepa que yo estaré gustosa de poder escucharle.

Colin sonrió y el gesto de la institutriz fue un eco del suyo.

El perro que Dorothy había rescatado no tenía un nombre. Aquel hecho le deprimió aún más que la visión del melencólico cuerpecito, echado sobre el pajar, y el pescuezo atado con una gruesa cuerda a un travesaño del establo. Ya pensaría en alguno, se dijo Laurel mientras se acercaba para dejarle el plato de comida.

El animal alzó las orejas y se levantó efusivamente para devorar el contenido del plato. Entonces ella pudo estudiarlo a detalle. Era uno de esos perros lanudos que cuando se les deja crecer demasiado el pelo, los ojos y el hocico desaparecen por completo bajo el espesor de su propio pelambre. Este, además de desaliñado y magullado, estaba mugroso desde las orejas hasta las patas, y Laurel casi podía oír a las garrapatas succionándole la sangre.

Le habían cortado parte del pelo para curarle las heridas que quizá se habría hecho en alguna pelea y le habían puesto un trozo de tela alrededor de una pata. Esa había sido Dorothy, con toda certeza. Laurel vio comer al perrito con ansiedad y comprendió que no necesitaba mirarlo más para comprender



que debajo de toda aquella mugre y el tupido pelambre gris moteado, se escondía un animal dócil y hambriento de afecto.

Se preguntó de dónde había venido y si, al igual que ella, había vivido horrores hasta encontrar refugio con los Marsham.

Era consciente de que debía sentirse aliviada, o quizá agradecida, de que el señor Marsham hubiera desistido de hacerle más preguntas, sin embargo no era alivio lo que había sentido la noche anterior en su presencia. Su actitud la había desconcertado, amén del susto que le produjo saberse acorralada por un hombre tan alto, tan fuerte y con un talante que habría desafiado al mismísimo Akenzua. La había mirado de un modo íntimo, completamente inapropiado, como ningún hombre se había atrevido a hacerlo al saberla la hija del alcalde de Gloucester, o la esposa deschavetada de lord Colvile. Incluso mientras estaba echada sobre el banco de la cocina, con los ojos cerrados, había sentido aquella mirada ávida vagar por su cuerpo. Laurel se había asustado tanto al escuchar pisadas en la cocina que se había quedado inmóvil, deseando poder pasar desapercibida, pero luego había sentido la cercanía de una piel cálida, un aroma desconcertante: almizcle y enebro, trepar por sus fosas nasales, una caricia invisible, y había sido incapaz de seguir fingiendo que nada pasaba.

Lo había disfrutado, debía admitirlo, pero también lo había encontrado perturbador.

El crujido de una pisada sobre las briznas de paja que cubrían el suelo del establo la distrajo de sus pensamientos. Advirtió que los caballos y el perro no eran su única compañía. Con el rabillo del ojo atisbó los fardos de heno colocados junto a las puertas, y detrás, la sombra de alguien que pretendía pasar desapercibido.

Pero unos ojitos azules asomados por un costado de la pila de alimento le dieron la certeza de quién era su espía.

Laurel chasqueó la lengua, entre intrigada y molesta. No lo entendía.

¿Por qué no le rehuía como el resto de los chiquillos? ¿Por qué no le temía?

—¿Otra vez tú, niña? —alzó la voz, sin volverse del todo.

Se escuchó un suspiro de derrota tras los fardos.

—Mi nombre es Pippa, no «niña».

La hija del patrón abandonó el ineficiente escondite. Dando saltitos, corrió hasta Laurel con el ánimo de quien logra salirse con la suya.

—*Pippa*, ¿qué clase de nombre es ese? —quiso saber con un gesto avinagrado.

—Phillipa, ¡pero así me llaman todos!

—Da igual. Tu niñera se va a enfadar si te ve conmigo.

—La señorita Pemberton no está. Fue a dar un paseo con mi papá —su atención se centró rápidamente en el perro, que seguía devorando un hueso gigantesco al que no le habían quitado toda la carne, para su deleite—. Oh, pobrecito.

—No te le acerques.

Pippa obedeció y se acuclilló cerca de Laurel.

—Dorothy lo encontró el otro día en la carretera cuando volvía del pueblo. Estaba muy asustado y lleno de sangre. ¿Qué crees que le pasó, Laurel?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Tal vez se peleó con algún otro perro.

—¿Piensas que se escapó de su casa?

—No todos los perros tienen casa.

—Yo creo que este sí, y se escapó... Dorothy dice que solo come del plato, si le lanzas la comida al suelo no la toca.

—Bueno... quizá ya no lo querían y lo dejaron en la carretera para

deshacerse de él y que muriera —caviló en voz alta, pensando en su propia situación con cierto resquemor. Pippa la observó horrorizada, lo que le obligó a recoger sus palabras—. ¡O quizá sí se perdió!

La niña dejó escapar un suspiro afanoso.

—Ojalá pudiéramos quedárnoslo. Jamás he tenido una mascota. ¿Tú sí, Laurel?

—No, pero en mi vieja casa había gansos y patitos... y pájaros.

—¿En serio? —Exclamó Pippa con voz soñadora. Se acomodó sobre un taburete de madera, junto a ella, y le miró con insólito interés, como si Laurel fuera a contarle un cuento asombroso; uno que nadie hubiera escuchado nunca—. ¿Y cómo eran?

Al cabo de un rato, se descubrió charlando distendidamente con aquella niña lenguaraz y preguntona, pero que de ningún modo la ponía nerviosa, como el resto de los desconocidos. Por increíble que pareciera, Pippa Marsham no le temía, o tal vez era tan inocente que ignoraba por completo la inconveniencia de intimar con una loca.

—Tu casa es asombrosa. Pero, ¿por qué la dejaste?

—Esto... ese ya no era mi lugar —se limitó a ofrecerle una verdad a medias.

El perro había acabado de comer, y ahora les miraba por detrás de su mugroso fleco, jadeando y enseñando una lengua larga y rosada. Pippa le rogó a Laurel que le librara de la cuerda, aunque fuera solo un momento y ésta al final accedió. En un parpadeo estaban correteando al animal por todo el establo, cuidando de que no se les escapara y que no espantara a los caballos, que observaban al desaliñado animal con escaso interés.

Cuando el perro se deslizó hacia el exterior del cobertizo por un agujero, Laurel y Pippa entraron en pánico. La sirvienta se vio persiguiéndolo por toda la hacienda y eventualmente rindiendo cuentas al señor Marsham, pero para su alivio y diversión, el chico solo estaba buscando un lugar despejado donde

poner sus desperdicios.

—Creo que le llamaré Gypsy —decretó Pippa mientras volvían a atarle al travesaño. Felizmente, el ánimo del can había mudado de devastado a juguetón.

—Como Gitano. Me parece muy apropiado. Es un nómada, como ellos.

—¿Qué es un nómada?

—Es alguien que no tiene un lugar fijo donde vivir y por eso va de un lado a otro.

—¿Tú eres una nómada, Laurel?

Ella lo meditó un momento. No le hacía feliz la idea de tener que marcharse de allí, pero eventualmente tendría que hacerlo. Más que una nómada, era una fugitiva.

—Eso creo.

Cuando apenas dejaban el establo, dos caballos surgieron tras la colina que servía de antesala a las exuberantes praderas de la propiedad.

El señor Marsham, vestido con una camisa de lino blanco, pantalones toscos, chaleco color café y botas negras hasta las rodillas, lucía imponente a lomos de un magnífico caballo. Algunos rizos negros escapaban de su sombrero corto y se movían con el viento o al ritmo de su experta cabalgata, mientras el sol le confería a su piel un brillo sudoroso. Incluso tuvo tiempo de notar que llevaba la camisa arremangada, dejando asomar unos antebrazos fuertes, cubiertos de un ligero vello oscuro.

Si el corazón de Laurel golpeteaba fuertemente debido al temor o a la visión gloriosa de aquel hombre era difícil de decir.

El otro caballo, un hermoso poni americano blanco con motas negras, era cabalgado por la señorita Pemberton, que iba enfundada en un traje de amazona gris. No bien percibió a su pupila en compañía de la criada, la institutriz lanzó a Laurel una mirada gélida.

—Señorita Marsham, por todos los cielos. ¿Qué es lo que hace en los establos?

—Esto... Vinimos a darle de comer a Gypsy —Pippa volvió la vista hacia su padre, que observaba la escena con un ceño marcado—. No te enojés, papá.

—¿De quién estás hablando, cariño?

—Del perrito que trajo Dorothy, ¿no es un bonito nombre? Gypsy, como «gitano». Laurel dice que los gitanos son «nómadas».

La niña pronunció esmeradamente la palabra recién aprendida y sonrió zalamera para lograr el favor de su papá, pero éste parecía ser un hueso duro de roer.

—Phillipa, ya hemos hablado de esto —dijo con seriedad—. Ese animal no se quedará con nosotros, y ponerle un nombre o traerle comida solo ayudará a que te encariñes con él. Cuando vengan a buscarle te desilusionarás mucho. Deja que Laurel se encargue.

La niña dejó caer una mirada apenada.

—Señorita Marsham, si se acerca a ese horrible perro solo conseguirá pescar pulgas —intervino la institutriz—. Es que ni siquiera se le puede distinguir debajo de todo ese sucio pelaje. No entiendo qué es lo que ve en animal tan vulgar. Una verdadera dama no...

—De hecho, no es vulgar.

Laurel no resistió el impulso de sacar a la señorita Pemberton de su error. En un segundo, tres miradas curiosas estaban posadas sobre ella.

—¿Disculpe? —Los ojos brotados de la mujer le clavaban una mirada hostil.

—He dicho que no es vulgar, es un *Bouvier des Flandres* —dijo en un impecable francés—. Es un animal muy fino, creado a partir de grifones y los mejores perros de pastoreo de Europa. Es un perro listo, bueno y nada vulgar.

Usted está equivocada y yo la saco de su ignorancia.

La institutriz parpadeó para recuperarse de la impresión e hizo un gesto para intentar cerrar la mandíbula, que se había desencajado ante el temerario comentario de la sirvienta.

—Así que un *bouvier* —terció el señor Marsham con la agilidad de alguien que ve avecinarse una tormenta y se lanza de prisa a asegurar las ventanas—. No había escuchado de ellos. ¿Lo ves, hija? Es el perro de alguien y no puedes ponerle un nombre porque de seguro ya tiene uno. Laurel parece saber del tema.

—¡Laurel sabe un montón de cosas sobre animales, papá! Puede imitar el canto de cualquier pájaro. Y si escucha uno, no importa cuál sea, sabe qué pájaro es.

—Eso es imposible —farfulló él, que miraba retador a la aludida mientras se apeaba de su caballo.

—Por supuesto que es imposible —adhirió Rose Pemberton con deje burlón—. Ni siquiera ha de saber los nombres de todos los pájaros del mundo. Son demasiados.

—Sin contar con los que no aparecen en los libros de ornitología.

Laurel se volvió hacia el padre de la niña, obligándose a centrar su vista en las cejas oscuras y arqueadas, y no en los brazos ligeramente velludos. Aquel esfuerzo, para su total decepción, no menguaba el leve temblor en sus piernas y el burbujeo incómodo que subía por toda su humanidad al escuchar esa voz sugestiva.

—Es perfectamente posible. Se los demostraré cuando deseen.

Pippa sonrió, deleitada con la osadía de su nueva amiga. Marsham se cruzó de brazos y la estudió con siniestra diversión. Se estaba burlando de ella, estaba segura.

—No veo qué utilidad tienen esos conocimientos para su oficio, Laurel —

masculló resentida la señorita Pemberton—. Debería prestar más atención en el mantenimiento de Marsham House, para ello se le empleó. ¿No cree usted, señor Marsham?

—Bien, yo...

Marsham se interrumpió cuando Cuddy, el mozo de cuadras, llegó en carreras, preparado para recibir las monturas. El patrón le entregó su caballo y seguidamente, ayudó a la señorita Pemberton a descender del suyo.

Laurel reparó en que el señor Marsham sujetaba por la cintura a la institutriz, y que luego intercambiaba con ella una discreta sonrisa. Una pequeña pero dolorosa punzada invisible le trinchó el pecho, e inmediatamente le hizo recordar la sensación que la había atenazado al saber que Devlin, el duque de Waldegrave, su primer amor, había contraído nupcias.

—No creo que haya nada malo en la contemplación de pájaros. Es una afición tan sana como cualquier otra, pero yo siendo usted haría caso, Laurel. La limpieza de la casa debería ser su prioridad —dijo el señor Marsham con desinterés—. Cuddy, hazme un favor cuando estés en el pueblo. Pregunta si alguien extravió a un *bouvier* y diles que lo tenemos en Marsham House. Corre la voz si es necesario.

—Sí, señor —respondió el mozo antes de llevarse a los caballos de vuelta a las cuadras.

Pippa exhaló un suspiro de derrota. Tomó la mano que le tendía su padre y regresó a casa junto a él y la señorita Pemberton, que no desaprovechó la oportunidad para mirar fugazmente a Laurel como a un raro y fastidioso insecto al que sería mejor exterminar antes de que se convirtiera en un problema mayor.

Ella apenas fue consciente de aquella mirada. Avanzó por el sendero, detrás de lo que parecía una joven familia feliz: un padre amoroso y preocupado; una madre diligente, aunque un tanto severa, y la pequeña niña, deseosa de una mascota a la que cuidar.

A mitad del camino, Laurel se rezagó, atacada por un repentino vértigo y la

familiar sensación de estar mareada en el borde de una cornisa. El pulso se le aceleró inexplicablemente ante lo que parecía una de sus memorables crisis de nervios, solo que esta vez se esforzó por controlarse. Ni siquiera comprendía la razón para tan inoportuna reacción. Sabía que nada le haría quedar peor ante la familia Marsham que un nuevo numerito que les recordase que habían alojado a una loca sin remedio.

Se quedó de pie a medio camino de la casa, respirando profundamente, apoyando las manos en sus rodillas y deseando con desesperación, por una vez en la vida, comportarse como una persona normal.

Por suerte, el señor Marsham, la señorita Pemberton y Pippa habían desaparecido en el interior de la casa y ninguno había mirado atrás ni un segundo.

Ese día por la tarde, Colin volvió al trabajo para supervisar a sus jornaleros, recibió la visita de un par de proveedores y se reunió varias horas con el tío Ralph en el pequeño despacho que habían acondicionado en la planta baja de la casa. Al final del día se hallaba extenuado, y aun así se propuso cumplir su rigurosa agenda a rajatabla.

Cuando el tío Ralph se despidió para irse a la cama, dedicó unos minutos a revisar sus escasas opciones crediticias. Por desgracia, la ayuda de la banca no parecía estar al alcance de un incipiente agricultor. Maldijo por lo bajo, lanzando un fajo de papeles. Debía encontrar un socio, alguien con recursos que creyera en su producto, pero no conocía a nadie lo bastante rico.

Luego de darle vueltas al tema hasta agotarlo, se dedicó a pensar en la sugerencia que le había hecho Rose, la de comenzar a crear relaciones con sus vecinos y alentar la amistad de su hija con jovencitas de buena cuna de la región. El tío Ralph se había mostrado muy satisfecho de saber que había invitado a la institutriz a un paseo por los campos; de hecho, se la había pasado haciendo bromas toda la tarde y al final había traído de vuelta el tema del matrimonio. Como era de esperarse, Gardiner apoyaba la idea de la señorita Pemberton; le proporcionó nombres y un puñado de información



valiosa sobre algunas de las familias más respetables de la zona.

A diferencia de su socio, Colin había hecho poco para crear lazos con los propietarios de las fincas adyacentes. Ni siquiera estaba seguro de saber los nombres de sus vecinos o qué cultivaban en sus tierras, pero se prometió que comenzaría a hacerlo y a aceptar de buena gana las invitaciones sociales que llegaban semanalmente. Su vida de ermitaño, de hombre consagrado enteramente al trabajo rudo, debía ver fin.

Entonces, quizá, cuando la casa tuviera un mejor aspecto, podría empezar a llenarla de gente, a concertar partidas de croquet, de ajedrez, incluso bailes y tardes de té. Un verdadero dolor de espalda para alguien que otorgaba un elevado valor a la intimidad, incluso a la soledad.

La puerta del despacho se entreabrió con un ligero rechinar. Pippa, vestida con su camisón de dormir de algodón y encajes, entró en la habitación frotándose los ojos.

—Papá, no puedo dormir.

Un padre correcto enviaría a la niña directa a la cama, pero él era incapaz de desoír las inquietudes de su hija. Se dio una palmadita en el muslo y la invitó a subirse a él.

—Parece que el insomnio abunda en esta casa en estos días —musitó mientras Phillipa trepaba hasta su regazo—. ¿Sabe la señorita Pemberton que estás despierta? —Ella negó con la cabeza—. Bien, querida. ¿Qué sucede?

—¿Cómo sabes que sucede algo? —preguntó perpleja.

—Verás, cariño, cuando la gente no consigue dormir, por lo general, es porque algo le preocupa... o porque comió demasiados dulces. ¿Cuál es tu caso?

—No comí demasiados dulces.

—Ah, entonces hay algo en tu cabecita que no te deja descansar. ¿Por qué no me lo cuentas?

Pippa pareció meditar muy bien sus palabras. Al final suspiró.

—Yo nunca tenido una mascota...

—Hija, ya hablamos del perro.

—¡No, papá! ¡Ya sé que no puedo tenerlo! ¡Escúchame! —Colin guardó silencio ante lo que parecía un asunto serio—. Yo nunca he tenido una mascota y quizá nunca la tenga porque tú o la señorita Pemberton o el tío Ralph me dirán que tiene pulgas o piojos y que si la toco voy a enfermar y a morir como mamá. Entonces estaba pensando que si tuviéramos un comedero de pájaros, y los pájaros pudieran venir a casa, yo podría verlos comer desde el jardín y entonces serían como míos. ¿No sería eso estupendo, papá?

Una tristeza insondable le embargó inesperadamente. Percibió un nudo estrujándole la garganta, por lo que apretó a su pequeña contra su pecho para evitar que esta le mirara a los ojos y notara que éstos se habían humedecido con incipientes lágrimas.

—Entonces crees que es por eso... —se vio forzado aclararse la garganta y tragar saliva para dominar la voz—. Hija, yo... Yo te amo tanto... Todo lo que hago, Phillipa... todo lo que hago es para que tú seas feliz. No hay otra razón. Lo siento si no he sido todo lo bueno que debería ser, pero algún día lo entenderás... o eso espero.

—Eres bueno, papá —se apresuró a decir ella, que le había notado tambalearse.

—Gracias, hija. Pero la razón por la que no te dejo acercarte al perro es porque luego, cuando se vaya, no quiero verte devastada. Sé que te gustan mucho los animales y no me opongo a que tengas una mascota, pero si has de tener una, que no sea la de alguien más. ¿Has pensado que puede haber un niño desolado en este momento, preguntándose donde está su perro? ¿Tú se lo arrebatarías? —Pippa negó con la cabeza luego de pensárselo un segundo—. Es lo correcto. Por eso no puedes tener a... Gypsy.

—Lo sé —musitó.

—Phillipa, muchas veces, los que amamos no pueden quedarse para siempre con nosotros —apoyó la mejilla sobre la rubia cabecita de la niña y pensó en Ethel y en su hermano Tobías, soportando una oleada de desconsuelo—. La vida es así, no es culpa de nadie. Si te aferras a algo corres el riesgo de volverlo tuyo de corazón, pero eso no cambiará el hecho de que nadie nos pertenece realmente. Debemos amar a las personas mientras tengamos la dicha de tenerlas y luego aceptar cuando tengan que marcharse.

—¿Como mamá y el tío Tobías? —dijo frunciendo el ceño, y Colin pensó que quizás le había leído la mente.

—Sí, como ellos.

—¿Ellos son nómadas, como dijo Laurel?

—Algo así, cariño —su ocurrencia le hizo sonreír, pero luego se hizo un silencio colmado de resignación. Se esforzó en combatirlo—. Creo que todos lo somos de algún modo... Te dejaré ir a visitar al perro si prometes que cuando llegue el momento se lo entregarás a su legítimo dueño y te despedirás de él sin llorar, ¿entendido?

—¿Y se le puede soltar? La cuerda no le gusta —quiso saber ella con ánimo renovado.

—Solo cuando haya sanado por completo. Y después de que le den un buen baño.

—¡Gracias, a papá! —le abrazó fuertemente.

—Debes hacerme una promesa, Phillipa.

—Devolveré a Gypsy más limpio y bonito que cuando llegó. ¡Te lo prometo!

Colin sonrió.

—Eso está muy bien.

—¿Y qué hay de mi comedero de pájaros? —insistió la muy ladina.

—Mmm... no abuses de mí...

—Pero papá... no te cuesta nada. Los pajaritos necesitan un lugar donde comer.

—Bueno, tendría que pedirle al carpintero...

—¡No! ¡Laurel y yo lo construiremos!

—¿Laurel?

Colin miró a su hija, presa del asombro y el escepticismo. Tal parecía que su hija había entablado una insólita amistad con la sirvienta.

—Bueno, supongo que si a ella no le importa...

—¡No le importará!

—Entonces no hay nada más que decir. Diles a todos los pájaros de Winslow que están invitados a un banquete en Marsham House.

Pippa soltó una risotada. El sonido de aquella risa siempre era refrescante, beatífico. Haría cualquier cosa por seguir escuchando la risa cantarina y jovial de su amada hija. Plantaría el fondo del mar, aceleraría el crecimiento del trigo de sus campos y haría que los mejores bancos de Inglaterra le rogasen para que aceptara sus productos financieros.

Más tarde la llevaba en brazos, escaleras arriba, y la depositaba en su pequeña cama entre besos y bostezos. El sueño había vuelto a encontrarla, y a él también, para su alivio.

—Papá, ¿Laurel está loca? —preguntó de sopetón, cuando Colin se preparaba para apagar el quinqué del dormitorio infantil.

—¿Por qué me preguntas eso?

—La señorita Pemberton lo dice... y Laurel también.

Intrigado, Colin alzó una ceja.

—¿Laurel se cree loca?

—Ajá. Dice que es un pájaro viviendo entre los peces.

Vaya, vaya. La rubia, además de una excéntrica insufrible, le había resultado toda una filósofa. Se preguntó qué habría querido decir con aquello, y de inmediato se condenó por guardar tanta curiosidad respecto a aquella mujer.

Seguía habiendo mil preguntas, y cada vez resultaba más difícil no buscar respuestas.

Debía descifrar a Laurel en algún momento. Aunque quizá no fuera una buena idea.

—Bien, yo pienso que Laurel es distinta al común de la gente, pero no creo que sea mala persona.

—Yo tampoco, papá.

—Bien, mañana podrás pedirle que te ayude con el comedero. ¿De acuerdo?

—Está bien.

Colin puso un beso en la frente de su hija, apagó el quinqué y abandonó la habitación con una indescifrable sonrisa en su rostro.

## Capítulo 8

—Vas a estar bien pero, para estar más seguras, hoy tendrás el día libre.

—¿El día libre? —Tumbada boca abajo en la cama de Dorothy, Laurel giró la cabeza con un brusco movimiento—. ¿Y qué se hace en un día libre?

—Pues... si fuera una situación ordinaria te diría que aprovecharas para visitar a tu familia, pero ya sabemos que eso no va a pasar, así que... mejor descansa.

El ama de llaves devolvió los frasquitos de esencias a la caja de madera mientras Laurel comenzaba a vestirse, aliviada de su dolor de espalda luego de un breve reconocimiento y un relajante masaje de manos de aquella eficiente mujer.

Cómo le habría gustado contar con una Dorothy a su disposición en la niñez, o durante su lastimoso paso por Kempshall Court. De esa manera, sus penas habrían sido más tolerables. En vez de interminables baños de agua fría, medicinas asquerosas y las amenazas de su madre, le habría venido bien una tanda de masajes tranquilizantes. Y mientras los disfrutaba, podía escuchar la voz confortadora de la enfermera, sus conversaciones divagadoras que tenían matices de monólogo y respirar el aroma placentero de los aceites que utilizaba.

Con una terapia como aquella quizás hasta podría curarse de la locura.

Además del glorioso masaje, la enfermera le había recetado compresas calientes cada noche y había disminuido sus horas de trabajo hasta que la molestia remitiera por completo. Era una buena mujer, esa Dorothy.

—Jamás habías encarado algo como el esfuerzo físico —espetó burlona. Laurel negó con la cabeza al tiempo que mantenía la vista en la botonadura de su blusa—. Y menos durante toda una semana. Válgame Dios. Es lógico que estés a punto de romperte como un palillo —la joven abrió los ojos

desmesuradamente, pero de inmediato supo que su sanadora estaba utilizando una de esas expresiones irracionales con las que la gente solía aderezar las conversaciones, no entendía con qué fin—. Suerte que las heridas que trajiste del río ya sanaron. Tu vida antes de Marsham House debió haber sido una tragedia si prefieres estar aquí y hacer el trabajo pesado antes que regresar con los tuyos.

—Sabes que no voy a hablar de eso.

—Desde luego —suspiró Dorothy, mientras se dejaba caer en la pequeña cama donde dormía Viv—. Eso significa que te tendremos aquí por mucho tiempo, entonces; a menos que hagas algo para enfadar a los patrones o a la señorita Pemberton. Ya sabes como son.

—He hecho todo lo posible para no toparme con el señor Gardiner: limpio su habitación cuando no está en casa; evito los pasillos cuando anda cerca —dijo mecánicamente—. Y en cuanto a la señorita Pemberton... ni siquiera respiro en su presencia.

—Me dijo que te vio con Phillipa en el establo...

—¡Fue culpa de esa niña! ¡No sé por qué me sigue a todos lados!

Dorothy rio.

—Vamos, no seas tan dura con ella. La señorita Marsham puede ser caprichosa, pero parece que te aprecia mucho. Es una niña muy solitaria, o eso he podido observar. Perdió a su madre siendo casi un bebé y no tiene amigos —Hizo una pausa, tras la cual inquirió—: ¿Y qué hay del señor Marsham?

El corazón de Laurel dio un vuelco al escuchar el nombre de su patrón.

—¿Qué pasa con él?

—¿También lo evitas? —La preocupación del ama de llaves era genuina—. ¿Te ha hecho sentir incómoda, además de aquel día?

Sus ojos dejaron de ver el pequeño melocotón que era la nariz de Dorothy y comenzaron a deambular nerviosamente por la habitación, como dos moscos

que no hallaban un resquicio por donde evadirse.

Laurel recordó el encuentro fortuito en la oscura cocina, noches atrás; las miradas intensas que podía percibir en su propio cuerpo sin explicación alguna; la forma cómo los susurros de ese hombre se colaban deliciosamente hasta su cuerpo, haciéndolo reaccionar. Su corazón latió con un estrépito.

—¡No! —jadeó—. No. Él... no me molesta.

¿Había conseguido mentir? Si así era, había sido toda una hazaña.

El ama de llaves se la quedó mirando con ruda inquisición y otro poco de alarma; emociones que la muchacha no acertó a leer. Laurel optó por ponerse de pie para salir de la habitación, dando por terminada la consulta de Dorothy. Ella la imitó sin dejar de observarla de un modo inescrutable, como si su mente hubiera comenzado a albergar una idea desconcertante.

—Bien. De cualquier manera, Laurel, lo mejor es que muestres un comportamiento ejemplar. No es que no te lo haya dicho pero —aconsejó seriamente al tiempo que se internaban en los pasillos—, no hagas enojar a nadie. Si es posible, mantén la distancia. Y por el amor de Dios, no les des motivos para que te molesten o te juzguen. Por acá no estamos acostumbrados al temperamento excéntrico de la gente de Cheltenham.

La joven no comprendió la broma de Dorothy. Se limitó a asentir sucintamente.

—¡Laurel, Laurel! ¡Estaba buscándote!

Mientras bajaban por la escalera principal, Pippa Marsham salió de la nada y les hizo dar un brinco con su impaciente griterío. Laurel se estremeció con los alaridos, y apretando fuertemente los dedos dentro de los oídos, esperó que el bullicio torturador cesara.

—¡Pero qué escándalo, señorita Marsham! ¡Su institutriz va a poner el grito en el cielo! —acertó a reñirla Dorothy.

—Lo siento —se disculpó la niña, preocupada por la extraña reacción de



Laurel—. Laurel, ¿estás bien? No quería asustarte.

—Sí, sí —dijo ella tras recobrase—. Es que detesto los gritos. No vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo?

—Está bien. Laurel, mi papá nos dejará construir un comedero para los pájaros —dijo dando saltitos—. ¿Lo hacemos hoy? Por favor... Por favor, Laurel.

La joven intercambió una mirada de desconcierto con Dorothy. Esta se limitó a sonreír y a levantar los hombros.

Más tarde, Laurel y Pippa recorrían la casa de principio a fin en busca de materiales de desecho para la construcción de un comedero para aves. Durante las escasas visitas que Laurel había hecho a las amistades de su familia en Londres, había visto hermosos ejemplares, creados puntillosamente y con un impresionante cuidado en los detalles. En Waldegrave Terrace, la mansión del duque de Waldegrave en Hampstead Heath, por ejemplo, había toda una hilera de quioscos en miniatura con excelente acabado de color, y junto a éste, las ricas fuentes con mosaicos, rodeados por azaleas y rododendros. En Green Park había visto casetas tan altas como farolas de gas, que los empleados del ayuntamiento llenaban con semillas, bayas y nueces. Ella no contaba con el tiempo ni el conocimiento necesario en el arte de la carpintería pero, en cambio, era obsesivamente creativa y como la artista devota que era, abrazaba la exactitud en los detalles.

Tras una incisiva requisa al viejo granero y al ático donde reposaban los objetos de los anteriores señores de Marsham House, y que ella no se había atrevido a desechar, lograron dar con algo que parecía facilitar enormemente el trabajo: una casa de muñecas enorme, que alguna niña que había vivido allí había desechado mucho tiempo atrás. Parecía tener veinte o treinta años, dedujo al remover una capa de polvo y estudiar la roída la madera, las partes descoloridas y las piezas más pequeñas apunto de desprenderse.

Era perfecta, había dicho Laurel, y Pippa había estado de acuerdo, aunque al segundo siguiente había preguntado cómo una casa de muñecas vieja podía usarse para dar de comer a una parvada de pajaritos. Con una sonrisa

cómplice, la sirvienta le había prometido un sorprendente resultado. Estaba feliz de darle un noble uso a aquel pedazo de madera que alguien había considerado inútil, pero además de eso, estaba feliz de poner una sonrisa de ilusión en el rostro de aquella niña, cuya cercanía ya no le parecía tan chocante.

Luego dieron con un descascarillado perchero que Laurel consideró ideal para crear el soporte del comedero.

Una hora más tarde, Laurel y Pippa se hallaban en el mismo recodo del jardín donde habían hablado por primera vez, rodeadas de extraños aparejos que Cuddy les había traído para instalar el comedero.

Por petición de Laurel, Pippa le arrancaba las cáscaras de pintura a la casita de muñecas mientras ella manipulaba los tubos de pintura con gesto soñador. Se dio cuenta de que echaba de menos sus instrumentos de artista; echaba de menos el refugio que solo le proporcionaban sus lienzos y paletas, la facilidad con la que se evadía del mundo cuando sus dedos, armados con un pincel, ejecutaban un sublime baile de colores sobre la tela virgen y recreaba cada uno de los detalles del mundo exterior, pero sin participar en él, como si de alguna manera hubiera conseguido un lugar al margen de la realidad. En aquellos trances, Laurel dejaba de escuchar, de ver y hasta de existir.

Sostuvo la lata de pigmento color café y, usando una paleta, removió el contenido en círculos. La textura cremosa del líquido formaba una espiral hipnótica que se alteraba a medida que le iba dando vueltas. Si lo removía poco a poco, le parecía que entraba en un túnel con destino al fondo de la tierra, y a cada segundo se sumergía más en él. Casi podía sentir el aroma a tierra húmeda y el tejido grumoso del suelo rozando su cuerpo. Y si aceleraba la velocidad con que agitaba la paleta podía retroceder, y el color del líquido se tornaba ligeramente dorado mientras la absorbía de vuelta.

Pippa tuvo que sacudirla por un hombro para extraerla de sus alocadas cavilaciones. No sabía cuánto tiempo había pasado observando aquel bote de pintura e imaginando cosas que no existían.

—¿Dónde lo ponemos, Laurel?

—¿Qué cosa? —le preguntó con aire adormecido.

—¡El comedero para los pájaros!

—Allá —señaló un espacio despejado—. Allá quedará bien.

La niña le sonrió, con lo que le hizo saber que estaba de acuerdo.

Qué curioso. Ella misma había tenido que zarandear a Gretty para que volviese en sí, como Pippa lo acababa de hacer con ella. Fue en ese preciso instante cuando empezó a sospechar que aquella niña iba a ser auténticamente importante para ella.

—Gracias por ayudarme, Laurel —musitó al cabo de un momento, y sin tener que pronunciar ninguna palabra, la muchacha le sonrió.

La tarea que Laurel y Pippa llevaban a cabo con tanto esmero era seguida desde la terraza de Marsham House por tres pares de ojos atentos y curiosos, como los de un grupillo de espectadores ante una encarnizada partida de ajedrez.

Colin había estado tomando el té con el tío Ralph, y más tarde se les había unido la señorita Pemberton, que no ocultó su desagrado ante la inconveniente amistad de su pupila con la extraña Laurel.

—Señor Marsham, con todo respeto, cuando le sugerí que alentara a su hija a hacer nuevos amigos, en última instancia me refería a la criada —refunfuñó Rose tras dejar la taza sobre la mesita de haya.

—Sí, estoy seguro de que recibí su mensaje, señorita Pemberton, pero no veo cómo una compañía gentil y bondadosa le puede hacer daño a mi hija. Solo mírelas —levantó el mentón hacia las dos rubias que, imbuidas en su noble labor de construir un comedero para los pájaros, ignoraban por completo su cercanía. Sonrió complacido—. Se están divirtiendo. Pippa parece feliz. Creo que nunca la había visto tan absorta en un proyecto.

—Con gusto me habría ofrecido a ayudarla —reconoció un tono de resquemor en una declaración que debió haber sonado gentil.

—Ella no habría aceptado su ayuda, ni siquiera la mía era bienvenida. Quería que Laurel lo hiciera.

—Es desconcertante —murmuró Gardiner, incrédulo, sin dejar de contemplar la actividad—. Parece que le ha tomado afecto.

—Si así es, no sé en qué momento pudo haber sucedido, señor Gardiner —dijo Pemberton, ligeramente a la defensiva—. La mayoría del tiempo estoy pendiente de la señorita Marsham...

—No se sienta aludida, Rose. Sabemos que su tutelaje es impecable —Gardiner entrecerró los ojos con intriga y dio un sorbito de su taza—. Quizá sean majaderías de viejo, pero creo entender la naturaleza de esa relación tan dispareja.

Intrigados, Colin y Rose se volvieron para mirarlo.

—¿Qué es lo que crees, tío Ralph?

—Vamos, ¡no me digan que no lo han notado! No tengo ninguna licencia para hablar sobre asuntos de la mente, pero me declaro un apasionado lector del tema. En fin. Estoy casi seguro de que esta chica sufre de algún retraso. Me he dedicado a observarla, aun cuando ella no se da cuenta, y apostaría a que se ha quedado en los ocho o nueve años. Pippa, ha de notar que Laurel es como una niña y ha desarrollado cierta empatía por ella.

Rose le miró con los ojos brotados.

—Santo cielo, ¿es eso posible?

—Me temo que sí. Hay unos cuantos casos cuidadosamente descritos en mis viejos libros. Los problemas de la mente humana son tan insondables como diversos, señorita Pemberton, y la mayoría no tiene cura conocida. Se sorprendería usted.

—Ya lo creo... Pobre —susurró con la mirada clavada en Laurel—. Me

atrevería a suponer que su familia la ha desterrado por vergüenza y que por eso ha pedido trabajo aquí. Ha sido usted muy generoso al ofrecerle un puesto de fregona, señor Marsham. Espero que ella se haga una idea del sacrificio que le ha supuesto recibirla.

Colin había dejado de escuchar a la institutriz. Su mente se había detenido en el posible hecho de que Laurel hubiera sido desterrada, rechazada por su familia, y que no tuviera otro lugar a donde ir.

—¿Y a ello se le puede llamar locura? —inquirió sarcástico.

—Sin duda es un tipo de locura porque, vamos, no negarán ustedes el hecho de que también se comporta como lo haría alguien que ha perdido la razón —apostilló Rose—. No puedo imaginar cuánto ha de sufrir esa pobre chica.

—Rotterdam creía que los locos son potencialmente más felices —apuntó Gardiner para restarle solemnidad a la charla—. Pienso que hay algo de verdad en ello.

—Pero, ¿cómo puede alguien ser feliz estando fuera de sí, desconociendo el mundo que le rodea? —El tío Ralph había fallado estrepitosamente en su propósito, porque Rose estaba a punto de enzarzarse en una apasionada charla—. El uso del pensamiento es lo que nos hace superiores a las bestias, señor Gardiner. Es lo que nos define como humanos... lo que nos dota de un alma. ¿No lo cree usted, señor Marsham?

Colin se tomó un tiempo para ordenar sus ideas.

—La razón y el alma no siempre van de la mano, señorita Pemberton. Un loco no está desprovisto de alma solo por el hecho de no ser capaz de acatar las normas de su entorno. Lo que nos priva del alma es la forma cómo nos comportamos ante quienes viven abatidos por su propia insania.

Rose Pemberton le miró de hito en hito, y tuvo que parpadear para reponerse de la glacial respuesta de su patrón.

—Caramba... sospecho que usted conoce el tema más de lo que admite, señor Marsham. ¿Acaso ha conocido a algún demente, además de nuestra

aññada sirvienta? ¿Ha visitado algún manicomio?

Él tragó saliva dolorosamente; Gardiner contuvo la respiración.

—No creo imprescindible pisar uno para dar por sentadas ciertas cosas.

—Usted es buena persona —zanjó Rose con tono condescendiente, lo que le fastidió todavía más—. Pero debo reconocer que su teoría tiene mucho sentido, señor Gardiner. Desde el primer momento supe que esa joven no estaba bien de la cabeza. Laurel se comporta de un modo solo atribuible a una chiquilla. Cree que es una, sin duda, y eso explicaría muchas cosas.

—¿Se comporta como una chiquilla? —Repitió Colin—. Eso sería como sostener que la inocencia y la bondad solo prevalecen en la niñez. Y aunque eso bien podría ser cierto, no deja de resultar un tanto desalentador para la humanidad.

—Inocencia y bondad —repitió Gardiner escéptico—. Espero que su locura se limite a eso y que luego no se convierta en un problema.

Sintiéndose repentinamente incómodo en su propia casa, Colin se puso de pie.

—Si me disculpan, voy a ver si mi hija necesita ayuda.

Se marchó de allí sin escuchar las réplicas de Rose y de su tío. Si se quedaba, estaba seguro, le sería imposible contener el impulso de decir ciertas cosas que no eran propias de un caballero. Colin Marsham estaba lejos de ser tal cosa, pero quería demostrarse que al menos conseguía comportarse de vez en cuando, domar sus emociones más recónditas y dejar el pasado atrás, junto con todo el dolor que éste envolvía.

Masticó su tristeza de camino al jardín, procuró alejar los recuerdos de un pasado desolador y se concentró en la imagen de su dulce Phillipa, sosteniendo lo que parecía un desusado perchero. Sonrió sin darse cuenta, presa de la curiosidad, con lo que su estado de ánimo se elevó en un santiamén.

—¡Papá, viniste! —Le saludó su hija con un abrazo más fuerte de lo habitual.

—Pero hija, dijiste que ustedes dos se valdrían por sí mismas. Me he mantenido lejos para no molestarlas.

—¡Mira! ¡Mira lo que está haciendo Laurel!

Colin dirigió su atención a la joven, que apenas si se había percatado de su llegada. Se hallaba tan abstraída en su labor que alguna clase de voz le aconsejó guardar silencio y no hacer nada para importunarla. En vez de eso, se la quedó mirando. Laurel estaba pintando una vieja casita de muñecas —que no sabía de dónde había salido— con el afán y la prolijidad de una consagrada artista.

Había pintado la casita de blanco; el techo, de distintos tonos de gris para simular el entramado de la pizarra, y la puerta de un vivo rojo. Los detalles como el pórtico, la verja de la entrada, el aro de la puerta y los marcos de las ventanas habían sido resaltados y bellamente logrados.

—Oh, señor Marsham —exclamó unos minutos más tarde, cuando hubo terminado y se dio cuenta de que Colin estaba allí.

—Vaya, Laurel —dijo admirado—, que hermoso trabajo.

—Sí, ¡está muy bonito! ¡Me encanta, Laurel! —coincidió Pippa.

—¿De verdad? ¿Les... gusta?

—¿Gustarnos? —Sonrió él—. Es increíble. Eres una artista fantástica.

—¿Los pajaritos van a vivir ahí? —preguntó la niña inocentemente.

—No, no. Claro que no. Comerán en las ventanas y en los balconcitos. Los llenaremos de comida y verás cómo se posan aquí todos los días.

—Bien. He venido para ayudarlas —dijo Colin poniéndose de pie—. Ustedes dan las órdenes y yo las acato.

El próximo paso consistía en enclavar en el suelo el viejo perchero que serviría de base para el comedero, así que Colin supo que había llegado en el momento preciso para hacer el trabajo rudo. Se hizo con una azada del granero y comenzó a cavar en el pasto hasta que consiguió la profundidad indicada para situar el improvisado fundamento.

Por suerte, contaba con dos solícitas ayudantes que no ponían reparos en darle indicaciones para situar la pieza en la posición idónea.

La tarde se pasó con una rapidez insólita. Al final del día habían conseguido colocar una base lo bastante resistente y rellenar los espacios vacíos con la ayuda de la azada. Una vez secada la pintura, la casa de muñecas se había situado en la parte superior y asegurado con clavos y pegamento. El resultado fue sublime.

Pippa estaba exultante; incluso el mismo Colin sintió una dicha inusitada al ver acabado un trabajo en el que no había esperado involucrarse. Laurel aplaudió de placer y le dejó ver por primera vez su sonrisa. Jamás la había visto más hermosa que en ese momento, se dijo, mientras la contemplaba, aturdido por una atracción que cada vez le costaba más trabajo ocultar y que hubiera preferido no sentir.

¿Cómo podía alguien creer que no había un alma detrás de una sonrisa como aquella?

El próximo reto era lograr que los pájaros se familiarizaran con la estructura, pero ya era tarde para ponerla a prueba. Lo mejor era ser prudente y dejar que la pintura se secase por unas horas más. A pesar de la insistencia de la niña, Colin acertó a dejar para mañana la inauguración del comedero de aves de Marsham House.

—No puedo más que expresarle mi gratitud por todo lo que ha hecho hoy, Laurel —le dijo más tarde en confidencia, cuando Pippa fue impulsivamente por Dorothy para mostrarle el hermoso comedero—. Mi hija está tan feliz. No recuerdo haberla visto así... jamás, para mi propia consternación.

—Yo también he disfrutado de esto —confesó Laurel con timidez, mirando



un punto vago en su rostro, quizá el arco de sus cejas o su ceño. Nunca los ojos—. Además, su hija insistió tanto que negarme no era una opción.

Le pareció adorable la forma en que sus manos, e incluso su rostro, mostraban salpicaduras de pintura roja. Su delantal estaba arruinado. Finos mechones de cabello rubio, recogidos en un flácido rodete, caían a uno y otro lado de la cara.

—El arte es parte de usted. Un trabajo como el que acaba de lograr en mi jardín no es obra de un principiante.

—Es un pasatiempo, nada más —apartó la mirada—. Me gusta pintar, me ayuda a dejar de pensar en mi presente.

—Un presente intolerable —Ella no respondió. Colin supo que estaba pecando de imprudente, así que se esforzó por descartar el tema—. ¿Qué es lo que pinta?

—Paisajes naturalistas —sin darse cuenta, Colin la siguió en un paseo impensado por el jardín—. A veces, elementos de la naturaleza que captan mi atención; una planta, un animal silvestre, una flor. La belleza está en todas partes y cuando la reconozco la pinto.

—¿Y los animales se quedan a posar para usted? —bromeó.

—No, ¿cómo cree..? —La risa de Laurel, juguetona, manifiestamente musical y plagada de exquisitos rumores, reverberó en lo más profundo de su pecho—. Solo los veo una vez y con eso me basta.

—¿Cómo? ¿En serio?

—Sí, es casi absurdo. Es como si las cosas, con sus detalles más nimios, se quedaran grabadas en mi cabeza. Puedo recordar lo que sea. Es verdad...

—Por supuesto —sonrió él con picardía—. Ya sé que no miente. ¿Pinta retratos?

—No —sacudió la cabeza con vehemencia.

—Hace tiempo que quiero uno para ponerlo sobre la chimenea del recibidor, eso le daría más espíritu a la casa. Debería atreverse. Estoy seguro de que lo haría muy bien.

—Pero señor Marsham, ni siquiera ha visto mi trabajo. Una casa de muñecas no es ninguna prueba de virtuosismo artístico.

Colin sonrió.

—Bueno, puede que tenga razón y esté exagerando, pero igualmente me gustaría ver su trabajo —hizo una pausa durante la cual se preguntó seriamente si debía ir un paso más allá o quedarse en su adusta posición de patrón. La miró de nuevo y supo que no lo resistiría—. Sus pinturas podrían decirme cosas sobre usted; cosas que su boca no desea compartir —Laurel tomó una bocanada de aire para hablar, pero él la detuvo sacudiendo la cabeza—. Lo sé, usted no está dispuesta a hablar de sí misma. Pero no me pida que deje de sentir curiosidad, eso es imposible. Usted me intriga, lo confieso.

—¿Qué le intriga de mí? —susurró ella. Sus ojos posados en los parterres de flores que había más adelante.

—Su refinada forma de hablar, sus modales correctos, sus manos y su piel... que no denotan ningún indicio de que haya trabajado antes... ¿y por qué no decirlo? Su comportamiento tan peculiar. Jamás conocí a alguien como usted.

—Bueno, es que yo... —su voz se fue apagando—. Yo... nací así.

¿Qué era lo que asomaba a sus ojos? ¿Vergüenza?

Colin se sintió ansioso por borrar aquella emoción, por jurarle que, lo que la gente consideraría una extravagancia, él lo encontraba cautivador, único, tan raro y precioso que lo primero que se sentía tentado a hacer era atesorarlo... pero ello era ir demasiado lejos. Se disuadió de inmediato, un tanto asustado por su propia reacción.

—Lo dice como si fuera algo malo.

—Estar loca no es en absoluto esperanzador, señor Marsham.

—¿Loca? —Repitió incrédulo—. Los locos aseguran ver cosas que no existen, Laurel; se creen el Papa o un utensilio de cocina. Los locos se hacen daño y lastiman a la gente. No he visto que usted haga tales cosas y le juro que no le habría confiado a mi hija si creyera que es capaz de actuar como una lunática.

—No es tan simple.

—No me diga. Algún charlatán ha convencido a su familia de que...

—Señor Marsham, esta conversación me pone incómoda —soltó de pronto, con lo que él se dio cuenta de lo lejos que había llegado—. Podríamos dejarla, ¿por favor?

—Perdóneme. No pretendía... —Colin se obligó a callar—. Deberíamos volver.

Ella asintió.

—Creo que correría un riesgo tremendo si le muestro mis pinturas —dijo ella al cabo de un minuto mientras volvían al lugar donde se había situado el comedero de aves—. Podría mostrarle más de lo que debería.

Colin no supo cómo interpretar sus palabras.

«No, no es ninguna niña», se dijo en su fuero interno.

—No sería la única en hacerlo, Laurel —fue lo único que acertó a decir.

Ella apartó el rostro y ninguna otra palabra surgió de su boca hasta que volvieron al final del jardín, donde Dorothy, Viv y Cuddy se maravillaban con la nueva adquisición de Marsham House.

## Capítulo 9

—No me gusta este vestido... y el cuello me da comezón... ¿Vamos a estar mucho tiempo fuera de casa, papá?

Los lamentos de Phillipa se dejaron escuchar por todo el camino desde Marsham House hasta Attwood Park, la suntuosa propiedad del señor y la señora Musgrove, situada a unos pocos minutos al sur de Winslow. Colin vislumbró la ocasión perfecta para empezar a entablar relaciones con sus vecinos y abrir un abanico de amistades para su hija, pero ésta no parecía muy animada al respecto.

Desde que el comedero de pájaros se había inaugurado y el perro —sano y aseado— había dejado el establo para corretear alegremente por todo el jardín, Pippa parecía incapaz de hallar diversión en algo que no fuera sus «mascotas». Cuando terminaban las clases con Rose salía disparada hacia el exterior de la casa con la intención de ver comer a las aves y luego al perro, con quien terminaba jugando hasta el final de la tarde. La mayoría de las veces se hacía acompañar por Laurel.

Cuando Rose le comunicó que esa tarde harían una visita a una distinguida familia local, cuyas hijas tenían casi su misma edad, Pippa no encontró motivos para alegrarse. Se limitó a encoger los hombros y a preguntar si Gypsy podía venir también. La rotunda negativa de la institutriz le arrancó un suspiro cargado de frustración y una retahíla de protestas que se extendieron por el breve camino en coche.

Los Musgrove eran una familia muy conocida y respetada de la región, no solo por sus buenas conexiones con la aristocracia local sino por su hospitalidad para con los recién llegados. Y si esos recién llegados representaban una promesa de progreso para Winslow, éstos eran capaces de mostrar una marcada esplendidez. Trevor Musgrove, el quinto hijo de un barón, había hecho una fortuna con la cría de caballos de tiro irlandeses, que eran vendidos a los mejores establos del condado, e incluso a una buena parte

de la aristocracia del país. Se decía que una de las compradoras más fieles de sus gráciles y briosos animales era la mismísima reina Victoria.

Los Musgrove les recibieron en su hermosa mansión de piedra color miel, situada frente a un lago y rodeada de jardines exuberantes, dispuestos en altas terrazas. A un lado de la propiedad, podía apreciarse una infinita explanada donde los caballos corrían en libertad.

A las puertas de la mansión, Colin saludó a Trevor con un enérgico apretón de manos y a su esposa Maida con una leve inclinación de cabeza. A continuación presentó a Rose Pemberton y a su hija Phillipa, quien les brindó una sonrisa apagada.

Trevor y Maida tenían gemelas, Hazel y Elvira, que rondaban los seis años, y al igual que Pippa, tenían una institutriz de tiempo completo. Mientras los Musgrove y sus invitados tomaban el té en el exquisitamente decorado salón de bienvenida, las niñas se entretuvieron jugando en la habitación infantil bajo el ojo vigilante de la señora Kendell.

Maida era una dedicada anfitriona. Elocuente y cortés, se interesaba por los asuntos de los Marsham, sus cultivos, los progresos en la educación de Phillipa, los trabajos de restauración de la casa y en especial, en cómo los nuevos propietarios de las tierras del norte se las apañaban para vivir en un nuevo condado. Por suerte para Colin, Rose Pemberton hizo gala de un impecable manejo social y una educación digna de una señorita de alta sociedad. Respondió a la curiosidad de Maida con la misma elocuencia y cortesía, al tiempo que alabó su buen gusto para la elección de la vajilla.

Los hombres dejaron que las damas llevaran la conversación en un principio y luego sacaron a colación el tema de sus respectivos negocios.

Más tarde, Trevor llevó a Colin en un recorrido por los establos para echar un vistazo. El propietario de Marsham House quedó impresionado por la cantidad de personas que se involucraban en el proceso de crianza de caballos de tiro irlandeses, por la calidad de los animales y la forma eficiente y humana con que su nuevo conocido llevaba el negocio. No dejó pasar la ocasión de pedirle consejos a Musgrove sobre cómo progresar con el suyo. Éste le instó a

ir al acelerado ritmo que marcaban los nuevos tiempos, a pensar en grande — como de hecho lo estaba haciendo con los molinos que quería instalar— y a diversificarse, como él mismo lo hacía con su incipiente negocio de importación de carne congelada. Colin comenzó a pensar que, de hecho, Musgrove podría ser el socio que tanto le hacía falta para fundar su harinera.

Antes de volver con las damas, Trevor le soltó otra recomendación bajo cuerda, en nombre de la amistad que empezaba a forjarse entre ellos, pero esta nada tenía que ver con el negocio de los caballos o de la harina de trigo:

—No deje pasar mucho tiempo antes de pedir la mano de esa magnífica joven —dijo haciendo una más que evidente alusión a Rose Pemberton—. Otro podría adelantársele, y no queremos eso, ¿verdad, amigo Marsham?

Colin se quedó patitieso, pero se las arregló para responderle.

—No, claro que no, señor Musgrove.

El caballero insistió en que le llamara Trevor. Mientras caminaban de vuelta a la casa le habló de la famosa y concurrida Feria de la leche de Winslow, que estaba próxima a realizarse, como cada año, a lo largo del parque y de toda la calle principal del poblado. Le invitó a participar y a llevar a su familia, lo que Colin agradeció sinceramente.

Una hora más tarde, se estaban despidiendo de los Musgrove. Phillipa bajó escoltada por las gemelas, pero su gesto era de manifiesto aburrimiento. Colin le vio llegar cabizbaja al salón, y cuando le dijo que ya era hora de volver casa, la niña no se contuvo una sonrisa de alivio. De inmediato intercambió una mirada significativa con Rose.

—Ha sido un placer conocer a una familia tan hermosa —musitó Maida con un brillo travieso en los ojos cafés, antes de despedirlos agitando la mano.

En el coche, de vuelta a casa, la institutriz preguntó a Pippa cómo eran Hazel y Elvira. Esta se encogió de hombros y, con gesto ausente, comenzó a jugar con el muñeco de peluche que se había dejado olvidado en el asiento.

—Quizá sea un poco pronto —le advirtió Colin a la institutriz, que había

hecho amago de continuar con el interrogatorio—. Es la primera vez que Pippa se relaciona con otras niñas. No la forcemos a darnos una opinión.

—Puede que tenga razón, Colin.

—De cualquier manera, veremos a los Musgrove muy seguido. Estoy seguro —dijo mientras repasaba su idea de involucrar a Trevor en los negocios.

—¡Qué familia más encantadora! Maida es una dama hermosa y gentil... y el señor Musgrove... parece que usted le cae muy bien.

—Eso creo. Nos han invitado a la Feria de la Leche de Winslow la semana próxima.

—¡Oh, estupendo! He oído en el pueblo que es una festividad muy entretenida. Hay degustaciones, espectáculos, música... Me muero de ganas de ir... Es decir, si usted está de acuerdo en contar con mi compañía —dijo esto último con una nota de timidez.

Colin sonrió abiertamente. Con toda seguridad, la presencia de la señorita Pemberton había incidido en los Musgrove para que los Marsham se ganasen su simpatía. Él no la había llevado con ese objetivo, ni mucho menos, pero ahora veía más claramente lo que la imagen de una familia bien conformada podía lograr.

—Nada me gustaría más, Rose.

La joven le mostró una sonrisa deslumbrante, seguida de un leve sonrojo que ocultó apartando el rostro con solapada coquetería.

Picar las verduras en la cocina resultó ser una actividad mucho menos extenuante para Laurel. Dorothy había conseguido que la señora Timdale la admitiera en sus dominios, con la condición de que obedeciera cada una de sus órdenes y, según sus propias palabras, «dejara sus locuras para después de la comida».

Como sucedía con cada tarea que se determinaba a entender y perfeccionar,

no tardó en dominar la técnica de picar tallos y pelar patatas. Muy pronto estuvo ayudando a la cocinera a desplumar gallinas, a desentrañar pescado y a lavar los trastes, lo que a la anciana, más débil y exhausta que ella, le resultó bastante conveniente.

Allí, en el calor sofocante de los fogones, Laurel empezó a ganarse la confianza de la señora Timdale, que hasta hacía pocos días la había visto como a una rara y perturbada jovencita a la que había que tomarse con cuidado. La mujer comenzó a apreciarla como a una niña a la que había que enseñarle cada cosa, y que por suerte, aprendía con una velocidad un tanto inusual.

Durante la preparación de los alimentos, donde todos echaban una mano de vez en cuando, Viv y Dorothy discutían sobre la nueva distribución de las tareas de la casa. El ama de llaves le endosó a la criada todo el trabajo de Laurel mientras ésta se recuperaba de su dolor de espalda.

—¿Cómo no va a dolerte hasta el cabello, rubeola, si trabajas como mula? —Viv era una pelirroja áspera y deslenguada que Laurel encontraba de lo más chocante. Usaba con ella aquel mote incomprensible y, a veces, mientras hacía los deberes, cantaba con un tono tan desafinado que le ponía los pelos de punta—. Deberías calmarte un poco, así no me haces quedar mal a mí.

—El cabello no duele —aclaró Laurel frunciendo el ceño.

Viv puso los ojos en blanco, acostumbrada a las chifladuras de su compañera y a su completa incapacidad para reconocer una broma, un chiste o un simple comentario sarcástico.

—Como sea, chiquita. Si algún día te mandan a la calle de una patada querrán que yo limpie igual que tú, y no sé si se me antoja fregar hasta que se me rompa la espalda.

—Como si te hiciera falta competencia para quedar mal —masculló Dorothy, que desgranaba un elote con sus manos ágiles y regordetas—. Hace como un mes que te pedí que sacudieras las alfombras y no lo has hecho.

—¿Las alfombras? —Se encogió de hombros mientras engullía un puñado



de uvas—. Pensé que ahora era problema de la rubeola.

—Yo lo haré mañana —masculló Laurel, sin apartar los ojos de su tarea.

—¡No! ¡Es la tarea pendiente de Viv! —La aludida achicó los ojos y soltó un gruñido de fastidio—. Hay que terminar ese asunto esta semana. Si se lo dejo a Laurel no hará más que empeorar de la espalda y la necesito sana para el lunes. De hecho, los necesito sanos a todos ustedes.

Dorothy paseó la mirada sobre los cuatro sirvientes de Marsham House. Cuddy, que masticaba una hogaza de pan, recostado en un rincón, también se vio aludido.

—¿Por qué, Dorothy? ¿Qué hay la semana que viene? —quiso saber la cocinera.

—El lunes tendremos una visita de Londres —dijo orgullosa—, un caballero que vendrá a hacer negocios con el señor Marsham... y su esposa, supongo. Hay que desempolvar la vajilla, pulir los cubiertos y preparar la mejor recámara de huéspedes... y poner las alfombras, claro está —dirigió una mirada ruda a Viv—. Como sea, el señor Marsham me ha pedido que todo esté muy bien presentable para que el caballero se lleve una buena impresión de la familia.

—¿La familia? —Murmuró la señora Timdale alzando una ceja de escepticismo—. ¿Te refieres al tío, al señor de la casa y la niña?

—¡Sí! —Viv estalló en risas—. ¿Va a presentar al palo de escoba como su mujer?

—¡Cierra la boca, Vivian!

—¡Pero si no están en casa! ¡No nos van a oír! —se defendió la pelirroja.

—No sería descabellado —masculló la cocinera, más parca—. Pemberton ha estado aquí por meses haciendo más el papel de madre de la niña que de institutriz. La gente habla, Dorothy.

—¿Y eso qué?

—El patrón necesita una esposa, ¿no cree, Dorothy? —soltó Cuddy.

Laurel había estado distraída hasta ese momento, pero aquel rastro de conversación que llegó hasta sus oídos la picó como una aguja. La sola idea de que el señor Marsham desposara a la institutriz le resultó extraña, perturbadora.

—Claro que sí, muchacho...

—¡Pero esa mujer no!

Para asombro de todos, fue Laurel quien puso la objeción. Los demás sirvientes la miraron con ojos brotados, sin poder creer del todo que la rara y callada muchacha hubiera encontrado algo de qué quejarse.

—¿Ya viste, Dorothy? —Se carcajeó Viv—. A la rubeola tampoco le gusta el palo de escoba... ¡Ay! —Chilló de dolor cuando el ama de llaves le propinó un pisotón bajo la mesa—. ¡Es la verdad! Si todos la hemos oído.

—¿Por qué no te agrada la señorita Pemberton, muchacha? —Le preguntó la señora Timdale a Laurel—. Si es buena persona y se nota que quiere mucho a la niña.

—La señorita Pemberton es una vulgar institutriz sin clase —dijo con amargura—, no está a la altura de un hombre educado y próspero como el señor Marsham.

—Y mira quién lo dice. La próxima en la línea de sucesión —se burló Dorothy.

Laurel no comprendió el sarcasmo, pero percibió la hostilidad.

—Yo estoy de acuerdo con la rubeola —intervino Viv—. Con lo guapo que es el patrón y con todo el dinero que le caerá por su negocio podría escoger como esposa a cualquier señorita de sociedad. Pemberton no llega a tanto. Y si como institutriz ya es una pesada, no quiero saber cómo será si se convierte en la señora Marsham.

—¡Ya basta! Dejen de decir estupideces o tendremos que encontrar otras dos criadas —gruñó Dorothy, que luego dirigió una mirada reprobatoria a Laurel—. Recuerda lo que te he dicho. Si quieres quedarte, lo mejor será que te comportes, y que de paso aprendas a amarrarte esa lengua que no te conocíamos.

Furiosa, la joven dejó los deberes, se puso de pie y abandonó la cocina con paso airado.

De pronto se había sentido exhausta de escuchar chismorreos de cocina, de verse sumida en actividades serviles y de someterse a los dictámenes de un ama de llaves, como si en verdad no fuera más que una patética sirvienta. Ella, la hija del alcalde de Gloucester, se recordó mientras caminaba hacia el jardín con el pecho insuflado de cólera y las manos temblorosas, conviviendo con la chusma, una runfla de gente vulgar, apestosa y falta de criterio.

¿Era esto peor que un manicomio? ¿Acaso era un castigo preferible a la muerte?

Alcanzó el jardín y seguidamente la entrada al bosque. Necesitaba respirar, así que apoyó la frente en el tronco de un árbol, cerró los ojos y tomó una bocanada de aire con todo su estómago, para luego exhalarla con lentitud. Lo hizo una y otra vez, esperando a que aquella acción consiguiera apaciguarla.

¿Cómo es que nadie podía ver que Pemberton no era una buena elección para el señor Marsham? ¿Estaban ciegos acaso? ¿Qué clase de moral retorcida regía a aquella clase trabajadora, donde una institutriz de baja estofa podía convertirse en la señora de la casa de la noche a la mañana?

Laurel estaba horrorizada ante semejante posibilidad, tanto o más que aquel día de invierno, cuando supo que Devlin había contraído matrimonio con la hija o sobrina de un burdo ganadero. Naturalmente, se lo había tomado con mucha menos calma entonces; incluso había ido a Waldegrave Terrace para exigirle explicaciones al duque a voz en grito, solo para que Aldous apareciera y se la llevara de allí a rastras. Aunque luego le había tomado algo de simpatía a Harmony, la esposa de Devlin, muy en el fondo sabía que aquella alianza era un soberano error, un adefesio que iba en contra de todos

los preceptos del mundo en que vivía.

Que una institutriz barata y el señor de aquellas tierras se unieran en matrimonio le provocaba igual inquina. De hecho, la sangre le ardía cuando lo pensaba. Sus manos se cerraban en puños y sus uñas se encajaban en la piel hasta que el dolor brotaba de ella en forma de ira. Cuánto deseaba golpear algo, o a alguien.

Esa horrenda mujer se convertiría en la señora de Marsham House... y en la madre de Pippa, pensaba mientras sus manos comenzaban a arrancar matojos del suelo.

Al cabo de un buen rato de dolorosa meditación, su rabia comenzó a amainar. ¿Qué le importaba a ella lo que Colin Marsham hiciera con su campestre vida en aquel mugroso lugar? Puede que él fuera tan corriente como la señorita Pemberton al fin y al cabo. Quizá estaban hechos el uno para el otro.

Sus cavilaciones cesaron cuando Gypsy comenzó a ladrar cerca de allí. Valiéndose de su fino olfato, el *bouvier* de pelo negro se deslizó por los setos y la encontró en un parpadeo; le saludó efusivamente, poniéndole las patas encima y moviendo la cola. Laurel intentó apartarlo, fastidiada, al tiempo que una voz melosa le llamaba a lo lejos.

A Pippa tampoco le costó demasiado hallarla, lo que la enfadó sobremanera.

—¡Laurel! ¡Te estaba buscando!

—¿Qué haces aquí? —gruñó mientras se ponía de pie.

—Fui a tu recámara pero no estabas, y Dorothy no sabía dónde encontrarte. ¿Te estás escondiendo?

—¡Yo no me escondo! ¡Quería estar sola, pero ya veo que es imposible en esta casa!

La niña le miró, presa de la confusión y una ligera tristeza.

—¿Estás molesta conmigo, Laurel?

La joven acertó a recapacitar. No tenía por qué hablarle de ese modo. Phillipa era una niña dulce y nada corriente que solo le había mostrado simpatía. Ella no tenía que ver en las estúpidas decisiones de su padre.

—No... No, claro que no, Pippa —su tono se suavizó—. Ven, vamos a la casa.

Con ánimos renovados, la niña le sonrió e inesperadamente le tomó de la mano mientras caminaban. El gesto le sorprendió sobremanera. Durante los primeros segundos de tan insólita sujeción, Laurel se sintió invadida por una sensación de temor, luego de rechazo. De niña, nadie había conseguido tomarle de la mano sin que se apartase a la fuerza, ni siquiera Gretty, que conocía su profunda hostilidad ante el contacto físico. Ahora Pippa lo hacía, y ella no se atrevía a desairarla.

Era una sensación de lo más rara sostener una manita tan pequeña, fría y algo pegajosa. Le confería una responsabilidad que no sabía si deseaba, pero también le hacía sentir importante, como un sustento seguro o una especie de defensa.

Se aferró a aquella última sensación.

—¿Tuviste un buen día? —quiso saber.

—No.

—¿Qué pasó?

—No me gusta salir —se encogió de hombros con despreocupación—. Prefiero quedarme en casa contigo, Laurel. Y con Gypsy y mis pájaros.

—No estás hablando en serio.

Pippa le contó de las «pesadas» hijas del señor Musgrove, de sus horribles muñecos de peluche, que en vez de gustarle le daban miedo, y de cuánto había extrañado alimentar a los pájaros y jugar con Gypsy en su corto pero

extenuante paseo. A Laurel le dio tristeza escucharla. Le recordó a ella misma a aquella tierna edad, cuando se negaba a estar en compañía de sus hermanas y huía a la cabaña de Gretty.

Pero Pippa era una niña sana, no necesitaba refugiarse del mundo jugando con animales... y no tenía por qué buscar el afecto de una sirvienta deschavetada.

—Señorita Marsham, ¿qué hace ese animal dentro de la casa?

Con voz glacial y autoritaria, la institutriz se hizo escuchar desde lo alto de la gran escalera. Laurel y Pippa habían estado tan inmersas en su pequeña charla que ni siquiera repararon en que Gypsy se había colado dentro de la casa, contraviniendo lo que el señor Marsham había exigido como condición para dejarlo salir del establo.

—Lo siento, señorita Pemberton —se disculpó la niña.

—Sácalo antes de que comience a ensuciar o a romper cosas —Pippa obedeció a toda prisa. A continuación, Rose observó a Laurel con ese escozor que solía mostrarle—. Y tú, muchacha. ¿Dónde te habías metido? Necesito que traigas una mopa a mi habitación. Se me ha volcado una jarra de chocolate.

Laurel entrecerró los ojos, recordando sus furiosas cavilaciones sobre ella.

—Ese ya no es mi trabajo.

—¿Qué quieres decir con que ya no es tu trabajo? ¡Sube inmediatamente y no me hagas perder el tiempo!

—¡No! —insistió con dientes apretados—. No es mi trabajo. Pídaselo a Viv.

Pemberton estaba indignada ante el manifiesto desafío de la joven.

—¿Cómo te atreves? Te estoy dando una orden.

—Y yo estoy diciéndole que ese no es mi trabajo. Dorothy me cambió a la cocina.

—Pues no me importa. Vas a venir a limpiar en este instante.

—No veo cómo pueda usted obligarme, señorita institutriz —Si aquellas palabras hubieran sido armas, la humanidad de Rose Pemberton habría llegado a su fin, porque Laurel había puesto toda su hostilidad en ellas.

—Ya verás cómo te obligo... —Transida de furia, Pemberton bajó las escaleras sin dejar de refunfuñar—. Estúpida loca. No sé quién crees que eres. El señor Marsham sabrá esto y te juro que esta vez... —Pero su impetuoso paso se desbocó cuando sus pies se enredaron con el borde de la fada. La mujer se fue de bruces y, entre gritos de horror, rodó por los últimos tramos de la escalera.

Al final cayó a los pies de Laurel, gimiendo de dolor, mientras esta la miraba impasible. No sentía ninguna compasión por aquella bruja trepadora. Tenía ganas de decirle: «Espero que se te haya roto la crisma», y tal vez sonreír un poco, pero se contuvo. Pippa andaba cerca y ella no quería hacer nada para asustarla.

Fue la niña quien corrió a ayudar a la llorosa y asustada señorita Pemberton. Más tarde llegaron Viv y el señor Marsham, quien la tomó en brazos y la llevó hasta su recámara mientras llamaba a gritos a Dorothy.

Rose Pemberton se había dislocado el tobillo tras caer por las escaleras. Por suerte, Dorothy había visto muchas lesiones de ese tipo en el frente, la mayoría de soldados ebrios que no sabían dónde pisaban, y había sabido cómo actuar. Le había pedido a Colin que tomase a la joven por los hombros mientras ella le sujetaba el pie y ponía en práctica una sencilla maniobra de enfermera.

Los gritos habían sido más atronadores que los de una parturienta cuyo recién nacido venía con la cabeza dos veces más grande de lo normal. No bien sintió las manos de Dorothy sobre su pie, Rose comenzó a patallar y lloriquear como si hubiera sido confinada al potro de la tortura; le suplicó a Colin que hiciera venir a un médico, a pesar de que él le aseguró que el ama de llaves estaba más que calificada para asistirle, y ante la urgencia del caso,

terminó aceptando la ayuda entre lloriqueos nerviosos.

Dorothy le había reacomodado el tobillo sin esfuerzo y un segundo después la institutriz se había desmayado.

—Estará bien —le dijo Dorothy a Colin tras enviar a Laurel por unas vendas—. Aunque no había escuchado tantos gritos desde que le amputamos la pierna a mi primo por la gangrena.

Llegó el día de la Feria de la Leche de Winslow y Colin se hallaba fuera de la habitación de Phillipa, esperando a que Laurel terminara de ponerle el vestido y peinarla. La señorita Pemberton tenía dos días en cama, y tras su accidente, Laurel se había encargado de supervisar que la niña comiera, se aseara y acostara a sus horas.

Rose se había opuesto rotundamente a aquello, pero Colin intentó tranquilizarla. No veía nada malo en que la joven se hiciera cargo de su hija, al menos en los aspectos más básicos. Phillipa la adoraba, de eso no había dudas, y Laurel le dedicaba cuidados tan esmerados que demostraban que el sentimiento era compartido.

La institutriz había recibido la visita del doctor Hodges el día anterior. El médico había felicitado a Dorothy por tan notable atención temprana, toda vez que le había puesto el tobillo en su lugar y colocado una sencilla férula para inmovilizar el pie. Descartó fracturas, recetó medicamentos a la dolorida lesionada y recomendó cinco semanas de descanso. Para variar también mencionó que debía ser más precavida la próxima vez que tuviera que bajar escaleras, a lo que Rose respondió con un gruñido de dientes apretados. Según ella, todo había sido culpa de Laurel por desobedecerla.

Colin se puso de pie cuando Pippa emergió de la habitación. Llevaba puesto un vestido color salmón y un sombrerito adornado con un lazo del mismo color. El cabello, rubio como el trigo, le caía alegremente por los hombros.

—Adorable —dijo, a lo que Pippa sonrió. Luego se dirigió a la niñera provisional—. No sé cómo pagarle, Laurel. Con la señorita Pemberton en



cama, todo se nos hace más difícil en la casa. Su ayuda es impagable en este momento.

La aludida sacudió la cabeza.

—Pippa no me da ningún trabajo. Es una buena niña.

—Papá, ¿puede Laurel venir también?

Colin pestañeó y notó que la muchacha se había ruborizado ligeramente. Su sonrisa había desaparecido para dar paso a una incómoda perplejidad. Desde su llegada a Marsham House, Laurel jamás había estado en el pueblo. Aunque aquello contraviniera seriamente a su promesa de mantenerse lejos de ella, pensó que sería una buena idea llevarla a Winslow para que cambiara de ambiente y viera otros rostros.

—Solo si ella desea venir —murmuró con dulzura.

—No, no es necesario que me lleve. No quiero molestar.

—Por favor, Laurel —se afanó Phillipa—. Va a ser muy aburrido sin ti. Y necesito que alguien me cuide. Por favor...

No fue necesario que dijera más.

La gente de Winslow la aturdió, igual que sus conversaciones altisonantes y la algarabía del parque, convertido en un gigantesco mercado de leches y quesos a cielo abierto. Adonde veía, divisaba tarantines repletos de compradores, vacas siendo ordeñadas por niños apenas más grandes que Phillipa e incluso un hombre que tocaba la armónica con la esperanza de que alguien dejara caer una moneda dentro de su sombrero. Laurel encontró aquel caótico ambiente de lo más ameno.

El señor Marsham se comportó con ella como todo un caballero, no como un patrón obligado a llevar a la sirvienta para que cuidase de su hija. Después de ayudarla a bajar del carruaje con tanto garbo, le resultaba imposible creer que fuera un hombre vulgar, como había llegado a pensar. Que equivocada

había estado. Él era cortés, impecable y le sonreía de un modo que hacía que su corazón latiera más de prisa, como si hubiera corrido un kilómetro.

Allí, bajo el sol deslumbrante de Winslow, sus rizos azabaches brillaban con un tono azulino y bailaban al ritmo del viento apacible del norte. Laurel notó su barba más acicalada y le pareció que su olor corporal a almizcle y enebro, se había acentuado. Estaba más apuesto, debía reconocer. Tras bajar del carruaje, se lo quedó viendo como una tonta, hasta que él se volvió para encontrar su mirada y ella le rehuyó nerviosamente. Estaba segura que se había puesto del color de la grana.

Marsham las llevó a recorrer los laberintos de comercios, cuyos vendedores ofrecían litros de leche en botellas de vidrio y quesos tiernos y cremosos de sus propias granjas. La Feria de la Leche de Winslow era una tradición ideada para que los comerciantes exhibiesen sus mejores productos lácteos. Había toda una variedad de quesos nacionales: Cheddar, Cheshire, Cottage, Stilton, Dorset y uno que Laurel conocía bien, el Gloucester. La gente lo probaba todo con glotonería y se quedaba a conversar un rato con los sonrientes tenderos que, interesados en vender más mercancía, les ofrecían mantequilla, nata y yogur.

Pippa enloqueció al ver un puestito de confites del otro lado del parque. Mientras su padre saludaba a unos conocidos, la niña arrastró a Laurel hasta el lugar que exhibía galletas de jengibre, leche condensada y succulentos pudines de pan y mantequilla cubiertos de natilla. El tendero, un viejo de anteojos y barba blanca, vestido con una camisa arremangada y un deslucido delantal, les saludó atento.

—¿Qué tenemos aquí? —Una risa ronca y amable brotó de su pecho mientras se acomodaba los cristales para ver mejor—. Me parece que a alguien le apetece un rico pedazo de pudín del viejo Abe —señaló ante la mirada glotona de la niña.

—¡A mí! ¡A mí! —Pippa se aferró al mostrador y se puso de puntillas para mirar al amable anciano.

—¿Cuál es tu nombre, pequeña?

—Phillipa.

—¡Oh! Qué nombre más bonito. Yo soy Abediah Tilton, tu servidor.

—Mucho gusto señor, ¿me da un pedazo de pudín, por favor?

—No comas ansias, Phillipa —el viejo volvió a reír mientras con cortaba el pudín—. Este es nuestro mejor postre. Lo hizo mi esposa, Nancy. Es una pena que haya salido un momento. Estoy seguro de que le habría agradado conocer a una jovencita tan hermosa como tú —Le ofreció un succulento trozo—. Aquí tienes, Phillipa. Cómelo poco a poco, para que disfrutes mejor su sabor.

—Gracias, señor —balbució antes de engullir el postre de un modo que habría hecho que su institutriz se llevara las manos a la cabeza.

A Abe le gustaba reír, y en ese preciso instante lo demostró soltando otra reverenda carcajada. Pippa se había embadurnado los labios y la nariz con natilla y se veía tan graciosa que incluso Laurel se rio mientras le limpiaba la carita con sus dedos.

—Eres una glotona sin remedio. Mira cómo te has puesto.

—Qué bueno que la señorita Pemberton no está aquí —canturreó la muy ladina.

—Y por supuesto, tengo otro delicioso pedazo para tu mamá —espetó Abe.

*¿Mamá?*

¿Había escuchado bien? Laurel intercambió una mirada de asombro con la niña. Pensó que ella se avergonzaría, que le diría a Abe que estaba equivocado y que aquella muchacha no era su madre sino una sirvienta, pero lo único que Pippa hizo fue sonreírle con una picardía que le derritió el corazón. No literalmente, desde luego.

En ese preciso instante Laurel comprendió por qué la gente tendía a emplear símiles tan incoherentes para describir sus emociones más poderosas. La

ternura infinita que le estrujaba el pecho y hacía que su garganta se cerrase ahora mismo no podía expresarse con palabras mundanas. Quizá no existieran palabras lo bastante precisas, y por ello la gente las buscaba inútilmente en expresiones como aquellas. «Corazón derretido».

Ninguna de las dos sacó al tendero de su error.

—Se lo agradezco mucho, Abe —dijo Laurel tras recibir su postre.

Tras devorar el rico pudín, Pippa y Laurel vieron llegar al señor Marsham, dispuesto a exigir su ración. El caballero intercambió unas palabras con el viejo Abe, comió el postre y le tendió una moneda. El hombre agradeció y les deseó un feliz día.

Más tarde vinieron los espectáculos callejeros, la música de los violinistas y hasta una gitana que decía ser capaz de leer el futuro por un penique. El señor Marsham le preguntó si le apetecía entrar a la tienda, solo por diversión, pero Laurel le aseguró con su encantadora altivez que no creía en esas necedades y que no era divertido regalar dinero para oír mentiras.

—¡La quiromancia es un montón de patrañas! Es imposible que alguien pueda ver el porvenir de otro impreso en una mano. El futuro lo hacen las personas, señor Marsham, con sus errores y aciertos. No me diga que usted cree en esas cosas.

—Claro que no —rio él, deleitado—. Solo tenía curiosidad acerca de su idea del futuro y estoy feliz de saber que no me ha decepcionado.

Laurel le sonrió, distrayéndose por un momento del camino. De pronto se vio rodeada por dos muchachos idénticos, risueños y muy morenos, de unos catorce o quince años, que la observaban con una mezcla de embeleso y reconocimiento.

Los chicos se presentaron como Pete y Clancy Huberth y, según dijeron, habían sido sus salvadores. Laurel cayó en la cuenta de que eran los hermanos que la habían sacado del río, los hijos del herrero, así que no desaprovechó la oportunidad de darles las gracias por su bondad y coraje.

Sosteniendo sus gorras en la mano, Pete y Clancy hablaron al mismo tiempo para decirle que había sido un placer. Incluso Clancy le aseguró que, si necesitaba ser rescatada otra vez, podía contar con ellos sin dudar.

Laurel asintió satisfecha. Esperaba no volver a ponerse en peligro pero, ¿cómo sabrían aquellos dos amables adolescentes cuándo venir a rescatarla? Quiso preguntar, pero luego entendió que había sido una broma.

Más tarde, llegaron a un tramo del parque donde los transeúntes se entretenían viendo a un hombre girar tres enormes tazas de colores sobre una mesa. Se trataba del viejo juego de adivinar en cuál de ellas se hallaba la bola. Al parecer, nadie había tenido demasiada suerte esa mañana pues, el codiciado premio, una muñeca gitana, vestida con un adorable vestidito rojo de volantes y pañuelo en la cabeza, seguía exhibida sobre un barril donde un cartel ponía el costo de la apuesta.

Por petición de Pippa, Colin lo intentó, pero no acertó en ninguna ocasión. El prestidigitador movía las tazas con tal agilidad y rapidez que no importaba cuánta atención pusiera, la que contenía la bola se perdía con facilidad y al final no tenía más alternativa que adivinar. Pippa azuzó a Laurel para que lo intentara. Colin, divertido, puso otra moneda en la mano del hombre y le pidió que volviera a girar las tazas.

Los ojos de Laurel se clavaron en el movimiento veloz de las manos del hombre mientras éste recitaba una letanía de palabras incomprensibles ideada, con toda certeza, para distraer a los apostadores. Tras detenerse, unos segundos después, éste le preguntó en cuál taza había quedado la bola. El pequeño público presente se inclinó hacia adelante para oír la respuesta de Laurel, igual que Colin y una esperanzada Pippa.

Laurel apretó los dientes y con un movimiento veloz tomó la mano enjuta y desprevenida del tahúr. La giró con todas sus fuerzas, con lo que se escuchó un resoplo colectivo de indignación. El timador tenía la bola convenientemente escondida entre sus dedos y pretendía mantenerla allí hasta que otro incauto pidiera su turno.

—Aquí está, sinvergüenza, mentiroso... —gruñó, haciéndose oír entre los

abucheos de la gente, que protestaba por la falacia del hombrecillo.

Colin frunció el ceño y Pippa, indignada, se cruzó de brazos. El tahúr solo tuvo tiempo de recoger las tazas antes de echar a correr más rápido que una liebre. Unos cuantos asistentes se dedicaron a perseguirlo a lo largo de la calle.

Laurel cogió la muñeca y se la entregó a Pippa, que mientras le preguntaba incesantemente cómo había averiguado que todo había sido una trampa, le abrazaba tan fuerte que sus pulmones apenas le alcanzaban para hablar.

—Se han divertido mucho ustedes dos —observó Colin al cabo de un momento, después de dedicarle una mirada de manifiesta fascinación.

Se hallaban a la sombra de un sauce del parque. Pippa estaba más alejada, compartiendo con unas niñas del pueblo. Les había dejado jugar un rato con su nueva y rara muñeca, tan rara y preciosa como la persona que se la había obsequiado.

—Sí, ha sido una tarde encantadora —convino la joven que le hablaba a sus cejas, no a sus ojos—. Le agradezco que me haya traído. Jamás había estado en una feria.

—No me diga.

—Así es... esta ha sido increíble. Y Pippa está feliz...

—No he podido evitar notar el vínculo que existe entre usted y mi hija. Es... casi mágico. Puedo contar con los dedos las veces en que la he visto así de contenta. Todas esas ocasiones han ocurrido esta semana, y todas la incluyen a usted.

—Yo también estoy conmovida —dijo, más bien extrañada.

—Ya lo creo. De hecho... usted la mira a los ojos.

Laurel enmudeció por un momento.

—¿Lo hago?

—Sí... —su voz sonó inusualmente cercana e íntima, tanto que le erizó la piel—. Siento un poco de envidia.

¿Envidia de quién?, se preguntó Laurel, pero no se animó a hacerlo en voz alta.

—Ni siquiera había notado que lo hacía. Es muy raro en mí —dijo con el rostro ardiendo y una risita nerviosa que la tomó por sorpresa.

—Eso solo devela una confianza mutua entre ustedes.

—Así es. Phillipa es una niña y no conoce de prejuicios. Creo que me acepta tal como soy, con mis excentricidades, o como sea que llame la gente a mi locura.

—¿Seguirá con eso? —rio él, divertido.

—¡Pero si es la verdad!

—Pues se supone que los locos son un incordio. Su compañía, en cambio, es muy agradable.

—Quizás habría preferido que la señorita Pemberton viniera —Laurel sonó triste, pero ella misma no reconoció el matiz en su voz, ni lo inapropiado de su siguiente comentario—. La gente los ha visto juntos; dicen que será la señora Marsham.

La sonrisa de Colin se había desdibujado. Sin duda, había esperado cualquier cosa, menos aquello. Apartó la mirada, lo que le dio la oportunidad a Laurel de mirar sus ojos, repentinamente afligidos. Fue como si hubiera recordado algo poco placentero.

—Pippa necesita una madre —había cierta vacilación en su tono, pero también una oleada de sinceridad—. Me negué a aceptarlo por un tiempo, pero ahora lo entiendo. Es tan pequeña y yo... no puedo ser las dos cosas a la vez, por más que lo intente.

Las dos miradas volaron adonde la pequeña hacía sus primeras amistades,

dos niñas sencillas de Winslow, que la institutriz no habría aprobado, seguramente.

—¿Y ella es la mejor madre que pudo encontrar?

—Sí... No lo sé... Confieso que yo no quise buscar ninguna. No quise escoger para mí sino para mi hija. Es por ella que hago todo, Laurel. Por ella inicié este negocio, por ella quiero ser un hombre mejor, respetado, con recursos.

No podía creerlo. Estaba dispuesto a casarse con la institutriz solo porque creía que sería una buena madre para Pippa. No habían sentimientos de por medio. ¿O sí?

—Estoy segura de que Pippa le amaría aunque fuera usted un mendigo.

Él le brindó una sonrisa mal lograda.

—Lo sé, pero no estoy hablando de amor. Si me resigno a ser un hombre de campo o un soldado decente no podría darle a mi hija la vida que una señorita merece.

—No sobreestime el valor de unos vestidos caros y un colegio de buena reputación, señor Marsham—Laurel se percató de que estaba hablando en voz muy alta, teñida de desespero, por ello procuró calmarse, pero no por eso aceptó su punto—. Lo siento... no debería haberle gritado. En verdad, lo siento.

—Usted no aprueba a Pemberton—no fue una pregunta.

—No. Pero no es mi aprobación la que cuenta.

—¿Por qué? ¿Por qué no cree que ella sea buena para Pippa... o para mí?  
—Ella no estaba dispuesta a responder. No sabía cómo hacerlo—. Dígame lo que piensa. Si tiene una advertencia que hacerme, soy todo oídos, Laurel.

Ella separó los labios para decir algo mientras él esperaba. La tensión entre los dos era tan poderosa que el parque su alrededor se convirtió en una masa difusa de colores imprecisos. Colin se acercó más, girándose hacia ella en la



banqueta y su respiración cesó por un segundo.

Pero entonces alguien carraspeó cerca de allí, y el escudo de confidencialidad que habían trabado de la nada se rompió como una burbuja de jabón. Era una pareja joven, de buen vestir, y un par de gemelas que debían ser sus hijas.

El señor Marsham les saludó un tanto apabullado, momento que Laurel aprovechó para levantarse e ir en busca de Pippa. De pronto había sentido alguna clase de tensión en el ambiente, por ello prefirió apartarse. La excusa perfecta para huir de una pregunta que no tenía sentido responder.

Pero en cuanto se alejó, camino al área del parque donde Pippa jugaba con las otras niñas, un rostro conocido apareció en su campo visual. Se detuvo, helada, al tiempo que su corazón resonó con un latido que le produjo vértigo. El hombre, fornido y tan sorprendido como ella, situado más allá de las caminerías, también la reconoció y con paso presuroso se aproximó a ella.

—Milady... ¡Dios del cielo! ¡Está usted viva!

Cómo deseaba poder ignorarlo, decirle que estaba confundiéndola con otra persona, hacer algo para escapar, pero sus pies se hallaban clavados a la grava y sus labios, en aquella posición, eran incluso más inútiles para mentir. El temor se apoderó de ella, al punto que sus manos temblaban y un peso gélido le contraía las entrañas.

—No... no me delate, señor North —suplicó al viejo jardinero de Kempshall Court con un susurro colmado de pánico.

—Lady Col...

—¡No! —Chilló, presa del nerviosismo—. No diga mi nombre, se lo suplico.

Notó que su rostro se veía más envejecido y pálido de lo que recordaba. En sus ojos grises llameaba algo que no consiguió identificar, un tormento indecible que parecía extenderse por el resto de su cuerpo, visiblemente extenuado. Ya no parecía aquel gladiador que realizaba el trabajo de

jardinería de la mansión.

—Está huyendo de él... —adivinó el hombre, apesadumbrado—. Claro que lo está haciendo. Por Dios santo, creí que la había matado. Cuando se nos dijo que usted había desaparecido, creí lo peor. Es un miserable asesino... Él mató a Jeremy, ¿no es verdad? Usted lo vio hacerlo, por eso está huyendo.

No conseguía decir palabra. La impresión de encontrar allí al abuelo de Jeremy había nublado su capacidad para razonar. Se llevó las manos a las sienes y procuró calmarse.

—Cuando lo hallaron muerto supe que había sido Colvile —continuó el jardinero y la voz se le rompió ligeramente—. Sé lo que mi nieto era para ese malnacido, pero jamás tuve el valor de hacer nada al respecto. Encaré a su marido y después de eso me echó de la casa. Unos hombres me persiguieron por el camino, pero fui capaz de huir por pura gracia de Dios. A mí también quería asesinarme.

—Oh... —Laurel cerró los ojos con dolorosa convicción. Ahora sabía que Aldous se había convertido en un monstruo sin control, un asesino digno de temer.

—Milady, sé que ha de estar aterrada, pero se lo imploro: ayúdeme a demostrar que él lo hizo. Lo llevarán a la horca y usted no tendrá que temerle más.

—No puedo hacer eso —balbució—, soy una loca. ¡Nadie me creerá!

—Entonces ayúdeme a hallar pruebas.

—¿Es que no lo entiende? Colvile es demasiado poderoso para dejar que lo lleven hasta un tribunal. Lo único que hará es matarnos si nos interponemos en su camino. Mejor huya, como yo he hecho. Es lo único que nos mantendrá con vida...

—No me pida eso, milady. ¡Quiero justicia!

—¡Pero yo no puedo ayudarlo a encontrarla, señor North! ¡Déjeme en paz!

El viejo la estudió impotente, desesperado.

Laurel temió por él y se condenó por su cobardía, pero no tenía recursos para luchar contra lord Colvile; ni siquiera su palabra tenía validez en un mundo que la consideraba un ser inferior, una mente insana. La necesidad de permanecer viva, libre y fuera de la mira de aquel maldito monstruo primó en su decisión.

Lo único que deseaba era olvidar y que se olvidasen de ella, poder quedarse en Winslow para siempre y que la condena de su familia y de Colvile no le alcanzasen allí.

—¡Váyase! No vuelva a pedirme que me enfrente a ese hombre, señor North. No puedo hacerlo. Usted sabe que no...

Un silencio cargado de decepción quedó suspendido entre ellos.

—Me alegra que siga viva.

—Y así quiero permanecer. Usted haga lo mismo. Se lo ruego. Váyase, señor North.

Él no necesitó de más avisos, pero le miró con una fortaleza interior que descollaba por sobre su rostro desvaído.

—Estaré pendiente de usted, lady Colvile.

Fue lo último que escuchó antes de verlo marcharse, tan fugaz como había aparecido.

## Capítulo 10

Ed Keegan llegó a Winslow en una noche húmeda, cuando la temporada de lluvias estaba en puertas. Pese a no ser la persona que Colin y Ralph habían estado esperando, le saludaron y recibieron en la estación de trenes de Buckingham con estudiada cordialidad; después de todo, era un representante del señor Benson, el propietario de la harinera más grande del condado, con la que esperaban hacer negocios eventualmente. Tras efectuar los saludos y presentaciones, emprendieron la marcha en coche hacia a Marsham House.

Keegan era un hombre joven, delgado y de piel muy pálida, lo que ponía en evidencia que no pasaba mucho tiempo en el campo; vestía bien y hacía gala de unos modales impecables y el lenguaje digno de un caballero. Se presentó como el hijastro del socio del señor Benson y un ávido aprendiz del negocio familiar. Esto último desató la indignación de Colin, que ya de por sí había hecho un esfuerzo gigantesco por tolerar que le hubieran enviado a alguien que no era parte del equipo de Benson. Saber que aquel mocoso era además un petimetre que no sabía lo que estaba haciendo fue un golpe a su orgullo y una dura prueba a su paciencia.

No bien llegaron a casa, Cuddy se hizo cargo del equipaje y le mostró al invitado la habitación de huéspedes. Una hora más tarde, se hallaban a la mesa, degustando una deliciosa cena que la señora Timdale acababa de preparar: sopa de almendras y pan recién horneado; pastel de puerros, cordero en su salsa, verduras asadas y, de postre, tarta de cerezas. Todo acompañado de un buen borgoña.

El tío Ralph no paraba de hablar de los proyectos de la flamante Marsham & Gardiner, de la primera cosecha y de la nueva trilladora que habían adquirido en Dover. Colin en cambio, se mantuvo al margen. Por supuesto, le había afectado sobremanera que Benson hubiera delegado a un incipiente burócrata para inspeccionar sus cosechas, pero si deseaba ser sincero consigo mismo, debía aceptar que ese no era el único asunto que minaba sus pensamientos.

Aquel paseo en el parque le había dejado colmado de sensaciones desconcertantes y preguntas sin respuestas. La joven que ahora cuidaba devotamente de su hija, mientras la señorita Pemberton se recuperaba, seguía hechizándolo con cada nuevo encuentro, con cada conversación, con cada centímetro que le dejaba avanzar hacia ella... y él no hacía nada para impedir que ello sucediera. Eso estaba muy mal.

La atracción física era un asunto pero, esa inquietud, esa constante necesidad de verla y el hecho de pensar en ella en cada momento, era otro muy diferente. Laurel le había cautivado con su ternura, con su ingenio, con la sagacidad con la que había descubierto al tahúr, una mezcla de intuición e inocencia. La forma cómo cuidaba de Pippa y el amor que se profesaban la una a la otra era místico y al mismo tiempo ostensible. Por alguna razón, cuando ellas estaban juntas él se sentía sobrando.

Ya no sabía qué pensar acerca de su fascinación por Laurel, aunada a la ferviente curiosidad que le despertaban su origen y su pasado. ¿Por qué había él accedido tan fácilmente a dejar de hacerle preguntas?

Y tenía que haber llegado a su vida en ese preciso momento, cuando ya había escogido a Rose Pemberton como futura esposa, una candidata perfectamente idónea, incluso ante los ojos de la pareja Musgrove.

El desafortunado encuentro en el parque con Trevor y Maida, cuando estaba tan cerca de Laurel, latía en su memoria; sus miradas habían sido levemente reprobatorias. ¿Y cómo no iban a serlo? Les había dejado ver que Rose ocupaba un peldaño importante en su vida, y a la vez se había exhibido en público junto a una hermosa sirvienta, a la que no dejaba de mirar. Si Musgrove estaba pensando en tomarlo en cuenta como aliado comercial en el futuro, seguro ya había cambiado de opinión.

Antes de ser interrumpidos por los Musgrove, Laurel le había manifestado su desacuerdo con la potencial unión entre él y Rose. ¿Por qué lo había hecho?

—Caballeros —habló Keegan con su fino acento londinense—, les ruego

me disculpen pero creí haber entendido al señor Benson que su cosecha estaba fijada para esta primavera. De ninguna manera fui informado de que apenas se ha sembrado aquí. Creí que vendría para dar el visto bueno a sus productos, pero me temo que lo que veremos mañana no será más que un terreno.

—Me disculpo por el malentendido, señor Keegan —dijo Gardiner—. Nuestra intención ha sido simplemente tener una cortesía con la empresa a la que usted representa y mostrar el estado óptimo de nuestros campos.

—El señor Benson conoce muy bien estas tierras —añadió Colin, tragándose su descontento—. Tengo entendido que por muchos años hizo negocios con lord Saint Albans, el antiguo propietario de la finca. Queremos que sepa que las tierras siguen más productivas que nunca, a pesar del abandono que sufrieron durante la crisis.

—Entiendo —sonrió, pero a Colin le pareció más bien que intentaba maquillar un gesto de forzada aceptación—. Bien, entonces mañana conoceremos sus famosas tierras. Mientras tanto me gustará disfrutar de la hospitalidad de esta agradable familia.

—Le atenderemos con el mayor gusto, señor Keegan —dijo Rose, que había asumido el papel de anfitriona—. Pensé que vendría con su esposa.

—Oh, no. No soy casado. Me temo que el trabajo consume la mayor parte de mi tiempo por el momento.

—Parece un mal de estos tiempos —acertó a decir la institutriz—. Los hombres parecen estar tan ocupados que difícilmente miran a su alrededor.

Colin frunció el ceño al tiempo que Gardiner le devolvía una mirada burlona desde el otro lado de la mesa.

En ese preciso instante, Laurel hizo entrada al comedor, y él se envaró como por acto reflejo. Iba vestida con el mismo uniforme simplón que se le había exigido a Dorothy y a Viv para la ocasión: un vestido de lino negro con delantal blanco, que la casa había heredado de sus antiguos propietarios. Su belleza angélica y serena, sin embargo, habría rutilado aún tras los andrajos de una mendiga. Su cabello dorado, que refulgía a la luz de los candelabros de la

estancia, se elevaba en un sencillo rodete, dándole prestancia a su rostro precioso, fresco, y a la firmeza y lisura de sus mejillas.

Su pulso latió con fuerza.

En silencio, Laurel retiró los platos de sopa mientras él la observaba. Necesitaba volver a hablar con ella. Necesitaba averiguar qué le sucedía con ella.

—De hecho, de vez en cuando miro alrededor, señorita Pemberton —soltó Keegan con un sonsonete siniestro que solo Colin logró captar—, pero solo cuando algo merece la pena.

Su atención voló hasta el invitado, justo cuando éste le dirigía a Laurel una solapada mirada de interés.

La sangre de Colin hirvió; un choque de trenes se produjo en su interior. Era inaudito, lo sabía, pero se sentía insultado en su propia casa, como si aquel caballero de ciudad hubiera osado tocar algo que a él le pertenecía. Algo precioso que no estaba dispuesto a compartir. Rose y Ralph, concentrados en la charla, parecían inconscientes del descaro de Keegan, y de la furia contenida que asomaba a los ojos de Colin.

—Señor Keegan, concretamente, ¿qué es lo que hace en Benson Industries? —rugió.

—Estoy en las finanzas —Un rastro de orgullo minó sus facciones—. Apenas terminé los estudios fui designado como ayudante del viejo McCourt, el administrador. Está en los últimos años de servicio, el pobre, así que cuando se retire yo tomaré su lugar.

—Impresionante —soltó el dueño de la casa, que ya había validado su teoría. Keegan era un tonto burócrata sin criterio, pero más le valía mantenerlo contento, por el bien de su negocio—. Eso sería un ascenso colosal para usted.

—Parece que el señor Benson le tiene mucha confianza —dijo Gardiner.

—De hecho, sí —sonrió abiertamente—. Soy como un hijo para él.

Laurel regresó con los platos de pastel de puerro, y los ojos de águila ratonera de Keegan volvieron a posarse en ella. Cuando la joven le sirvió la comida, se giró para mirarla, buscando sin éxito sus ojos, y susurró un agradecimiento que se coló hasta los oídos de Colin. Éste apretó los puños sobre la mesa y procuró seguir con la conversación.

La cena continuó entre charlas y vino, hasta que la señorita Pemberton disimuló un bostezo y dijo estar lista para regresar a su recámara. Colin se dispuso a subirla en brazos hasta el primer piso, en tanto que la férula le impedía caminar por su propia cuenta. En la habitación le esperaba Dorothy, que cada noche desde su accidente le ayudaba a cambiarse y le atendía hasta que se iba a dormir.

Colin aprovechó para echar un ojo en la habitación de Phillipa. Tras la puerta, escuchó a Laurel y a su hija reír a coro, y tuvo la sensación de que su presencia solo sería un estorbo.

Se alejó para volver al comedor y participar en la sobremesa. Gardiner y Keegan fumaban puros y discutían asuntos en los que Colin había perdido interés. Su mente siguió vagando aun después de dejarse caer en la silla, y lo único que pudo a bien hacer fue fingir que prestaba atención a la fanfarrona charla de su invitado mientras su mente se devanaba en un único asunto.

Terminada la cena, Laurel acompañó a Phillipa hasta su habitación y se aseguró de que se aseara y pusiera el pijama. Seguidamente, se dedicó a desenredarle el cabello, tan lacio y rubio como el suyo, con la esperanza de que pronto cayera rendida en sueño.

—¿Estás triste, Laurel? —quiso saber Pippa mientras su nueva niñera le pasaba el cepillo por la sedosa cabellera.

—¿Yo? —Sus ojos se abrieron con desmesura—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Estás rara desde que volvimos de la feria —musitó—. ¿Qué te pasa? ¿La



señorita Pemberton volvió a gritarte? A veces se pone de mal humor, pero no es mala.

—No. La señorita Pemberton no me ha hecho nada, querida.

—Entonces, ¿qué tienes?

Tragó saliva fuertemente.

—No estoy triste. Preocupada, quizás.

—¿Por qué?

Laurel no tenía intenciones de contestar. Era cierto. El encuentro fortuito con el señor North en el parque le había tenido en zozobra los últimos días.

¡Él sabía la verdad, por todos los cielos! Sabía que Colvile había matado al pobre Jeremy; incluso estaba al tanto de las razones que habían llevado al vizconde a cegar la vida del muchacho. Entonces, Colvile había intentado matarlo también para evitar que revelase su crimen. ¡Pero el viejo había escapado!

Laurel se estremeció, tullida por el temor que había hecho mella en sus entrañas. Ahora sabía que Colvile era capaz de acabar con cualquiera que le desafiara.

—Son cosas de gente grande —acertó a decir sin mirarla a los ojos—. Aunque te lo explicara no lo entenderías. Y es mejor así.

La niña se tumbó en la cama, junto a su nueva muñeca gitana, a la que había llamado Daisy. Laurel cubrió amorosamente a ambas con la manta.

—¿Si te abrazo te sentirías mejor?

Se quedó estática. La duda y la extrañeza tomaron posesión de su rostro.

—No lo sé.

—Siempre que me siento mal, papá me abraza. Me hace sentir bien.

—Pero eso no tiene sentido —masculló—. Los problemas no se solucionan con estrujones.

—¡Vamos a ver...!

Pippa rio, se levantó de la cama como impulsada por un resorte y le echó los brazos al cuello. La presión de sus bracitos, pequeños pero fuertes, resultó un tanto brusca para Laurel, que se quedó tensa e inmóvil. Pensó en las demostraciones de afecto de su hermana Becky y siguió preguntándose de qué iba todo.

Habiendo percibido su rigidez, la niña se separó y la miró incrédula.

—Oh, Laurel, ¿qué es lo que te pasa?

—Es que no soy de las que dan abrazos —se disculpó.

—¿No sabes cómo hacerlo? —De nuevo su expresión era de total escepticismo, como si no concibiese que alguien fuera incapaz de dar un abrazo verdadero, o de sentir algo cuando le obsequiaban uno.

—No.

—¡Pero es muy fácil! ¡Yo te puedo enseñar!

Laurel no pudo evitar reír de pura ternura. Pippa era tan dulce, tan inocente, y ella la amaba tanto. Solo había conocido el amor incondicional de una persona en el mundo. Ahora estaba aquella pequeña, que le ofrecía el suyo como un tesoro.

—Desde luego. Pero después. Ahora debes dormir.

Phillipa obedeció sin deshacer la sonrisa. La sola idea de poder enseñarle a su niñera algo que sabía de sobra le producía un placer indecible.

Cuando la niña se hubo dormido, Laurel regresó a la cocina para ayudar a Viv con la limpieza. Más tarde se retiró para descansar. Había sido un día muy ocupado y le había costado trabajo concentrarse.

Mientras ascendía por las escaleras, sosteniendo un candelabro con una vela encendida, pensaba en cuánto valoraba la seguridad de aquel lugar, de aquellos muros que antes había hallado corrientes y mediocres. Agradecía infinitamente haber conseguido quedarse en Marsham House, porque era un lugar donde Colvile jamás la encontraría; donde sus amenazas jamás la alcanzarían. Se sentía a salvo allí.

Una vez se halló en la buhardilla que le servía de dormitorio, dejó el candelabro sobre el barril que hacía las veces de mesa. La luz se derramó sobre el húmedo y frío habitáculo, donde no existía más mobiliario que un catre, unas cajas de vino donde guardaba su ropa de trabajo y otros enseres.

Respiró pausadamente y se detuvo.

Allí reinaba una atmósfera diferente, reconoció con el ceño fruncido, pero no movió un solo músculo. Sus sentidos nunca le mentían, y dudaba que empezaran a hacerlo ahora. Aguzó aún más el oído.

El sonido de una pisada sobre la madera desgastada e irregular del suelo la alertó. Se volvió con lentitud, hasta que el rostro de un hombre emergió de las sombras y un susurro electrizante le erizó todo el cuerpo.

—No pretendía asustarte.

—No estoy asustada —respondió con alivio y serenidad.

Colin Marsham, en toda su gloria, estaba allí, en la pequeña habitación. Sus facciones, severamente hermosas, eran contorneadas por el fulgor de la luz y el juego que se creaba a partir de las sombras, confiriéndole la apariencia de un inflexible dios griego.

—Eso me tranquiliza —musitó mientras ella mantenía la atención en el cabello negro y en la forma cómo se fundía con la oscuridad de la recámara.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó justo cuando se dio cuenta de que no quería que se fuera.

Colin aprovechó el silencio confuso que se había instalado para echar un

vistazo alrededor del aciago dormitorio, como si lo viera por primera vez. Su expresión fue inescrutable mientras se movía lentamente y sometía cada detalle a un juicio que no vocalizaba. La habitación se minimizaba ante la presencia de alguien tan alto y fornido. Su aura lo dominaba todo, igual que su aroma y el almizcle que desprendía su cuerpo. Laurel era plenamente consciente de eso.

—Ah. Veo que las ventanas están abiertas —reconoció observando los ventanales de la parte oblicua del techo—. ¿Significa que ya no baja para tomar siestas en la cocina?

Ella sacudió la cabeza en negativa.

—Ya no hace falta. Dorothy me ayudó a abrirlas.

Él se volvió con una expresión lastimera.

—Debí haberlo hecho yo. Lo siento... —susurró—. Esta miserable buhardilla no es para ti. Deberías estar en un dormitorio grande, lleno de luz, con estupendas vistas.

—No diga eso. Ya estoy habituada aquí —Era cierto. Ya ni siquiera le molestaba el colchón, demasiado mullido. Estaba impresionada de cuán rápido se había adaptado a una vida tan distinta a la que había vivido en otros lugares—. Aunque, Dorothy dijo que pronto habrá que cerrarlas de nuevo, porque ya vienen las lluvias.

Había dicho aquello último con tanta desesperanza que él la miró con curiosidad.

—Parece que no te agrada la lluvia.

—No —sacudió la cabeza con vehemencia—. ¿A usted le gusta?

—Soy agricultor y estoy obligado a esperarla con devoción. ¿Por qué la odias tú?

Laurel se sentó en la orilla del camastro.

—Me recuerda a mi niñez.

Él la estudió con atención.

—Tal parece que fue una época poco afortunada.

—Me hacían tomar baños de agua helada, a veces en una bañera cubierta de hielo, por recomendación del médico. Lo odiaba con todas mis fuerzas —sus manos cobraron vida y se cerraron en puños; el recuerdo era perturbador—. Cada vez que sucedía creía morir y gritaba con todas mis fuerzas. El doctor decía que eso me ayudaba.

—Santo Dios, ¿te ayudaba a qué? —susurró él horrorizado.

—A hablar —la mirada confusa de Colin la invitó a continuar—. Yo no lo hice... hasta que cumplí ocho años. Luego siguieron haciéndolo, más y más seguido, porque decían que quizá también me ayudaría a curarme.

Colin alzó la ceja, sarcástico, apesadumbrado y un tanto asqueado.

—¿De la locura?

Laurel asintió con un firme movimiento.

—No resultó para eso.

—¿Quiénes te hicieron eso? ¿Tus padres?

—Era la única forma de domarme.

—¿Como si fueras un monstruo!

—Quizá lo fui... o lo soy.

—¡Santo cielo, mujer! —Reaccionó él con exasperación—. Tú no estás loca. Eres un ser raro, impredecible, sinigual... Eres la persona más... insólita que he conocido nunca. Pero eso no te hace un monstruo. Eres... eres totalmente lo opuesto a un monstruo.

—¿Qué significa eso? —se puso de pie.

Él la miró de un modo indescifrable.

—No tengo una maldita idea, pero te juro que intento averiguarlo —musitó con un deje de desesperación en la voz. Laurel no entendía una palabra de lo que aquel hombre decía, y el hecho de estar tan cerca de él, en la misma habitación, bajo el influjo de aquella mirada acerada, no contribuía con su escasa capacidad para razonar—. Laurel, no sé qué hago aquí. Tal vez tú puedas ayudarme a entenderlo.

Ella parpadeó, ofuscada. Miró sus cejas negras, fundidas con las sombras que circuían su rostro. Nunca sus ojos.

—¿Cómo podría yo saber a qué ha venido...? Intente recordar.

Una risa suave y gutural brotó de sus labios.

—¡No! Quiero decir que... —se hizo un silencio cargado de intimidad—. Laurel, ¿por qué no apruebas a la señorita Pemberton? ¿Por qué no crees que sea buena para mí? Necesito una respuesta y no me iré hasta que la obtenga, ¿entiendes? No dormiré nunca más hasta que me lo hayas dicho.

Las rodillas se le aflojaron.

No, no quería responder a aquello, pero tampoco podía mentir.

—Yo...

—No puedes mentirme —fue como si le hubiera leído la mente.

Dicho esto, Colin dio un paso hacia ella y, armado de dulzura, le tomó el mentón con una mano. La reacción de Laurel, que rehuía al contacto físico en todas sus formas, fue de horror y de rudo asombro. Colvile la había sostenido así en un par de ocasiones para disciplinarla, para castigarla, incluso antes de sumergirla en la bañera para intentar ahogarla.

Colin se dio cuenta de que ella había malinterpretado el gesto y apartó la mano *ipso facto*. Su expresión había mudado de tierna a consternada en un parpadeo. Levantó ambas manos en señal de rendición, porque lo último que

deseaba era asustarla.

—Por el amor de Dios, ¡no voy a agredirte, si eso es lo que crees!

Laurel respiraba agitada, agazapada en su propio cuerpo, en una postura de defensa que le partió el corazón, porque ello solo significaba que estaba más habituada a los golpes que a las caricias.

Y así, el recuerdo de su pobre y loco hermano le asaltó.

—Laurel, ¿qué te han hecho, preciosa? —susurró con la garganta constreñida. Le tendió la mano, aunque la decisión más acertada parecía disculparse y dejarla sola. No iba a dejarla. No quería hacerlo—. Jamás te haría daño. Te lo juro por mi hija.

Después de un segundo de dubitación, ella pareció creerle. Su respiración se apaciguó y sus ojos se detuvieron un segundo en la mano que Colin le había ofrecido. La estudió un rato hasta que se decidió tomarla.

El calor de aquella mano grande y áspera la envolvió como un guante de cabritilla en una noche de invierno. Tardó un poco en habituarse a su textura y a la sensación del más mínimo roce, brusco pero fiable. Los dedos de Colin eran fuertes, pero no estaban hechos para hacer daño sino para algo tan noble como el trabajo de campo. Se dio cuenta de que sus antebrazos, un poco velludos, estaban expuestos.

Los segundos pasaron mientras su piel adoptaba la temperatura corporal de Colin, lo que le pareció extrañamente fascinante. Laurel no reparó en que, mientras su temor inicial comenzaba a esfumarse, él la observaba sin perder un solo detalle de sus gestos, de la manera cómo recibía maravillada el contacto con otro ser humano.

Los sentidos de Laurel, ya de por sí embotados con la fragancia masculina, se abrieron a él como delicadas primulas al sol. Una ola de deseo primario comenzó a anidarse en su vientre cuando él se llevó su mano al rostro y puso un suave beso en sus nudillos. Su cuerpo entero se había vuelto tan sensible que la más leve caricia del viento que se colaba por las ventanas le hacía estremecer.

—Nadie debería haberte tratado con algo menos que adoración —insistió Colin con voz aterciopelada mientras derramaba un alud de besos sobre su mano que parecían traspasar su piel—. Quienquiera que te haya hecho daño, ya no puede. Mientras estés bajo mi protección nadie se atreverá a lastimarte. Te lo juro.

Nadie le había dicho semejantes palabras, así que escucharlas le producía un placer confuso, un desafío a su confianza. Colin Marsham buscó su mirada, pero Laurel seguía protegiéndola a toda costa. Era lo único de ella que no había sucumbido, lo único que la mantenía anclada a un puerto seguro ante la inevitable sensación de estar naufragando.

Había empezado a pensar que mirarle sería como entregarle algo que luego no podría recuperar. Sería como admitir que, la única razón por la que desaprobaba a la señorita Pemberton era que deseaba que Colin Marsham fuera suyo.

—¿Estás bien? —le susurró él al cabo de un minuto.

—Sí —asintió con la cabeza fuertemente y apartó la mano—. Ya estoy bien.

Él había tomado aquello como una forma de rechazo a sus pretensiones. Se condenó en silencio por su estupidez. No debió haber llegado hasta su dormitorio en plena noche, cuando todos dormían, como si fuera un violador.

Cuando rompió el contacto con él, Laurel se sintió desguarnecida, justo como cuando se sabía a un segundo de ser arrojada al agua helada.

Y entonces supo que prefería el hielo de mil tormentas antes que dejar que Colin Marsham se casara con otra mujer.

—No fue un buen momento el que escogí para hablar contigo. Lamento haberte causado este mal rato. Te dejaré descansar.

—¡Colin! —Le llamó ella sin aliento, cuando estuvo a punto de cruzar la puerta. Él se volvió con un brillo de esperanza en los ojos. Nunca lo había llamado por su nombre—. ¡No sé qué hacer con... esto! —barbulló. Señaló el



espacio vacío que había quedado entre los dos, haciendo alusión a una fuerza intangible, pero que les arrojaba a ambos con la misma fuerza—. No sé qué hacer, no sé qué decir. Yo jamás... Jamás he sentido algo como... Por favor, no te vayas.

Él se acercó con más brío, logrando acortar el vacío que ella había aludido de un par de zancadas.

—Te parecerá absurdo, pero yo tampoco —Se atrevió a tomarle el rostro con ambas manos, ahora henchido de ternura y de certeza. Esta vez ella no opuso resistencia. Se limitó a cerrar los ojos mientras los pulgares de Colin delineaban la delicada seda de sus mejillas, más suaves de lo que él había anticipado—. Escogiste aparecer en el momento más complicado, pero lo hiciste, y ¡Dios, como te lo agradezco!

—Yo no escogí venir —jadeó—. El río me trajo.

Él rio. Fue una risa profunda y maravillosa para sus oídos.

—Oh, Laurel, no tienes idea de lo que me haces —suspiró y después puso un beso en su frente. El contacto de sus labios con aquella piel le hizo temblar con una sensación tan rara como placentera. El cuerpo de Laurel reaccionó del modo más insospechado, elevando las manos para posarlas en los rígidos costados de Colin—. Vine aquí para saber si tú sientes lo mismo.

—Si no quieres que este momento acabe nunca, entonces yo también siento lo mismo —dijo ella con los ojos cerrados.

—No quiero asustarte —sonrió—, pero creo que no te librarás de mí.

—Pero, ¿y la señorita Pemberton?

—No existe ninguna relación entre la señorita Pemberton y yo —su aliento le acariciaba la frente al hablar—. Creía... pensaba que ella podría ser... pero no. No puedo hacerlo. Después de conocerte mi vida nunca volverá a ser la misma.

Colin estaba terriblemente tentado a besarla. Moría por hacerlo, pero tenía

miedo de asustarla, de dejarse llevar. Laurel era una criatura sublime, con la que debía medir cada paso, un cervatillo al que no deseaba espantar con su torpeza. Cerró los ojos y la tomó por los hombros para alejarla con suavidad, pero ella había empezado a sentirse cómoda en su presencia. Se las arregló para volver a acercarse, y esta vez apoyó sus manos, maravillada, en los antebrazos de Colin.

—¿Qué sucede?

—Tus brazos... son velludos.

Él río.

—Sí, me temo que así es.

Pero ella no parecía incomodada sino más bien fascinada con este hecho.

Sus manos viajaron luego al pecho de Colin, que subía y bajaba con fuerza, sin que hubiera sido consciente. Entonces, Laurel elevó el rostro con dubitación, o con estudiada lentitud. Pareció costarle abandonar su postura, un escudo que la mantenía a salvo del mundo, que le impedía poner en riesgo su alma. Pero cuando finalmente lo hizo, cuando le miró a los ojos, el mundo le pareció un lugar oscuro, que de pronto se hubiera iluminado con el fortuito asomo de una figura angelical.

Colin se paralizó. Contuvo el aire en sus pulmones, porque llegó a creer que si se movía un milímetro, ella se desvanecería y luego se daría cuenta de que todo había sido una fantasía. El sueño más raro que había tenido, pero también el más excelso.

La mirada de Laurel era extraordinariamente poderosa, y quizá por ello Dios le había atribuido el temor de usarla. Imperios, ejércitos y monarcas serían presa fácil ante el influjo de aquellos ojos azules, hechiceros, capaces de jugar con la voluntad y el alma de un hombre.

Y desde luego, ningún hombre con pulso podría resistirse a semejante seducción.

Colin depuso sus armas y la besó.

Laurel tardó unos seis o siete segundos en procesar lo que estaba sucediendo. Colin Marsham tenía la boca enteramente posada sobre sus labios. Su saliva, su carne, su barba deliciosamente rasposa y su cercanía extrema la habían sometido en un abrumante beso que parecía traer consigo la fuerza de un ciclón.

Mientras una explosión de sensaciones comenzaba a correr por sus venas, se aferró con fuerza al cuello masculino, dispuesta a abrazarlas todas y cada una. Sintió su dúctil y poderosa lengua, moviéndose diestramente dentro de ella, la fricción de sus labios lisos, la pasión de su cuerpo concentrada en la boca... y sintió que su aversión al contacto físico y a los gérmenes de otras personas se había esfumado de sopetón. Ella no era la misma Laurel temerosa y caprichosa que había sido antes; ahora, milagrosamente, se sentía una mujer capaz de fundirse a otro ser humano.

A Colin Marsham.

El cuerpo de ese hombre al que apenas conocía, y al que hasta hacía poco casi temía, se había abalanzado sobre ella... y aun así no era suficiente.

Aunque su agarre seguía siendo firme, la boca de él comenzó a moverse sobre la de Laurel con delicada cadencia, hurgando cada rincón, conquistando territorios que jamás habían sido explorados, hasta que su cuerpo comenzó a recibir un poco de aquella estimulación. ¿Qué era ese cosquilleo en la parte baja de su abdomen? ¿Qué era ese súbito abandono que empezaba a debilitarla y a retorcerle los dedos de los pies?

Las manos de Colin iniciaron una danza provocadora sobre ella. Viajaron de la cintura a los costados, a sus brazos y hombros, ligeramente temblorosos, a su cuello... Y de pronto se detuvieron. La llevó de la oscuridad hasta la luz del quinqué, y puso su cuello bajo aquel derrame de claridad. Ella empezó a temblar, porque sabía lo que había sentido, y lo que ahora estaba viendo ahora con ojos incrédulos.

No fue fácil volver a darle la cara. La vergüenza la había engullido, y el

miedo a que él la rechazara y se alejara de ella se le clavó en la piel como un objeto filoso, incluso más filoso que aquel que había tratado de usar para acabar con su vida.

—¿Esto es... lo que creo? —preguntó con voz tensa.

Ella asintió con la cabeza, abatida. Él no se merecía su cobarde silencio.

—Sí. Fue un error, un arranque de estupidez del que me arrepiento cada día.

—¿Por qué? —Quiso saber con tristeza—. ¿Por qué lo hiciste?

—Por un hombre —dijo al fin—. Un hombre que me decepcionó.

El silencio colmó la habitación.

—Ese sentimiento que te llevó a hacerlo... ¿aún existe?

—Jamás existió —La verdad brotó de ella como una cascada incontenible. Le miró, como decían los poetas, con el corazón en sus manos—. Ahora sé que jamás existió.

No supo a primeras si él le había creído, porque estaba demasiado revuelta como para tratar de leer las emociones en su rostro. Pero al cabo de un momento él la besó de nuevo, y ella no necesitó más evidencias. Sus besos se derramaron sobre su cuello, sobre aquella maldita zanja que le recordaba sus errores del pasado, y ella lo agradeció.

Colin le recorrió los hombros, y luego los pechos con especial mimo. Laurel se estremeció con aquel tacto; fue como si toda su vida lo hubiera necesitado, y apenas ahora lo hubiera descubierto. Sus pezones se endurecieron con inusitada violencia, lo que le hizo gemir, deseando más. Colin comprendió el mensaje, y se lo dio.

Los masajeó con más esmero, sobre la tela de la blusa que empezaba a estorbarle, mientras sus besos comenzaban a atormentar su oreja derecha. Lo hizo hasta que Laurel le mordió los labios y jadeó de excitación.

Entonces comenzó a susurrarle hermosos cumplidos, palabras tiernas que la

estremecían y la tranquilizaban al mismo tiempo, a asegurarle nadie nunca la lastimaría.

Seguidamente, esas grandes y expertas manos le rodearon las caderas, las recorrieron con temeridad, revolviendo las sensaciones de Laurel, que se entretuvo abrazando esa ancha espalda, esa columna de músculos que la maravillaba. Por un segundo las manos presionaron contra sus caderas, haciendo que se encontraran con las de él, y una increíble dureza la sorprendió.

Ahora era Colin quien gemía con un sonido agonizante.

—Laurel, no está bien continuar —se separó de pronto de ella. Su pecho bajando y subiendo con fuerza—. Esto es más poderoso de lo que anticipé...

Ella, aun presa del influjo de sus besos, estuvo de acuerdo en parar. Lidiaba con un extraño embeleso que le había sensibilizado toda la piel de un modo inédito, y un suave burbujeo que se le concentraba en el vientre y en el pecho. Miró a Colin una vez más, y aunque deseaba que siguiera besándola, reconoció que albergaba un ligero temor en continuar. No alcanzaba a imaginar qué le depararía tanta pasión, tanta necesidad. Las emociones novedosas seguían siendo un reto para ella, y en esos días había tenido demasiadas. No sabía qué hacer con una más.

La habitación se había saturado con una espesa nube de tensión, y tan solo se oía un par de resuellos descontrolados.

—No tenía idea de que uno pudiera sentir esto —susurró Laurel con los labios adormecidos por los prolongados y deliciosos besos.

Él se revolvió el cabello, haciendo un esfuerzo para regular su respiración, y su propio cuerpo, ahora conmocionado de deseo por la mujer que tenía delante. Por ningún motivo deseaba agobiarla, se recordó. Se había prometido ir con cuidado con ella; tratarla con el mayor cuidado, como a una rosa que no se debe arrancar de su rosal. Y después de ver aquella cicatriz en su cuello, supo que tenía mucho qué pensar.

—Yo tampoco, Laurel —le miró con un brillo de franqueza y anhelo—. Yo

tampoco...

## Capítulo 11

Laurel tendía una hilera de sábanas blancas que el viento bamboleaba con un afán irritante. Tras oír un trueno estremecedor levantó los ojos al cielo color peltre y supo que la lluvia arruinaría la colada. Había sido imprudente lavar la ropa de cama cuando una tormenta se aproximaba, ¡pero era miércoles! y los miércoles era día de la colada en Marsham House.

Phillipa y Gypsy merodeaban no muy lejos de allí. La niña estaba decidida a enseñarle al perro su primer truco. Lanzaba una rama con todas sus fuerzas y esperaba con ilusión a que Gypsy fuera a buscarla. Su estrategia hasta ahora no había conocido el éxito, pero aun así no dejaba de intentarlo.

Laurel la observó con ternura tras colgar la última sábana.

Esa misma mañana, Cuddy había llegado con una noticia que revolucionó toda la casa. Después de buscar incansablemente al dueño del *bouvier*, había logrado dar con un muchacho que deshornillaba chimeneas en las afueras de Winslow. El muchacho le contó que sabía de alguien que tenía un perro con las mismas características de Gypsy, un anciano solitario que había enfermado gravemente varios meses atrás.

Colin y Cuddy llevaron a Gypsy a la vivienda del anciano para intentar corroborar la historia. Una vez allí se encontraron con una estructura desolada, de puertas tapiadas, ubicada a veinte minutos de la aldea más cercana. Lastimosamente, en la puerta colgaba un cartel que ponía «Esta casa está de luto» junto al nombre del difunto, el mismo que el chico había mencionado.

Como era de esperarse, el perro dio señales de reconocer el lugar. Comenzó a ladrar y a arañar la puerta esperanzadamente. Pero el viejo había muerto, y según explicaron los vecinos, la familia se había marchado para siempre. Gypsy estaba solo.

Cuddy contó que Gypsy se echó frente a la puerta de la casa y no se movió a

pesar de los llamados de Colin para regresar a Marsham House. Cuando comenzaba a anochecer, se rindieron por completo y, tristes por tener que dejar al perro a su suerte, montaron los caballos rumbo a la casa grande. Entonces, cuando llevaban un tercio del camino recorrido, unos ladridos les obligaron a detenerse y a mirar atrás. El *bouvier* corría a toda velocidad para alcanzarlos, con su rosada y larga lengua colgando de un lado.

Cuddy creía que Gypsy solo necesitaba tiempo para despedirse de su antiguo amo.

Cuando Colin llegó más tarde con el perro revoloteando a su alrededor, Phillipa estaba pletórica de dicha, porque algo le decía que Gypsy se quedaría allí para siempre.

—¡Phillipa!

La mirada Laurel de voló hasta la ventana de la señorita Pemberton, que había sacado medio cuerpo para llamar a su pupila.

—¿Acaso no ve que lloverá en cualquier momento? Regrese a la casa en este instante.

—Sí, señorita Pemberton —dijo la niña obedientemente.

—Y deja a ese animal afuera. Que Laurel se encargue de él.

Pippa corrió hasta la puerta, mientras que la aludida sujetaba a Gypsy para llevarlo al establo. No fue consciente de la mirada encolerizada que la institutriz le lanzó.

—¡Vaya momento para hacer la colada, Laurel! —Observó con dureza—. ¿Es usted idiota, acaso? ¿Es que no sabe que lloverá en cualquier momento?

—¡No soy idiota!

—¡Lo pongo en duda! —Espetó la otra, burlona—. ¡Ahora la ropa se mojará y tendrá que lavarla otra vez mañana!

—¡Pero mañana es jueves!



—¿Y eso qué?

—¡Los jueves son para ir al mercado, los miércoles para hacer la colada!

—Pero no tiene que ser... —Pemberton soltó un gruñido exasperado—. ¡Es imposible discutir con una loca!

Laurel pensó en su hermana Clementine y le horrorizó darse cuenta de lo mucho que le recordaba Rose Pemberton a ella.

Después de dejar a Gypsy en el establo, se dispuso a recoger las sábanas, ahogando la sensación de que estaba haciendo algo indebido pues, naturalmente los miércoles eran los días de lavar. Dejó la cesta en el suelo del pequeño cuarto de lavandería y depositó su contenido en un cuenco lleno de agua. ¡Cómo odiaba la lluvia!

Entonces, cuando hubo dejado a regañadientes el trabajo listo para el día siguiente, se dispuso a volver a la casa. Una presencia alta e inesperada, sin embargo, le bloqueó el camino.

Ed Keegan, el huésped de los Marsham, era un hombre de buen porte y voz gentil, pero había algo en él que la incomodaba. Las dos noches pasadas, mientras servía la cena, había sentido el peso de una mirada indagadora, una cercanía oscura que le recordaba a los hombres se habían atrevido a cortejarla, pese a su condición mental.

—Buenos días —le sonrió mostrando una amplia y prístina dentadura—. Me dirigía al campo de croquet del que el señor Gardiner presume tan impetuosamente, pero no he encontrado el camino correcto, o eso creo. ¿Podría usted orientarme?

Laurel asintió, manteniendo su mirada en el vacío.

—Está usted en el lugar equivocado —señaló con su peculiar suficiencia, lo cual divirtió y extrañó a Keegan a partes iguales—. El campo de croquet está del otro lado de la casa, pero ya debería saber eso porque la ventana de su habitación tiene vistas.

El caballero rio.

—Creo que estoy un poco desorientado. He pasado una mañana de lo más agotadora y aburrida en compañía de Marsham y Gardiner. Sus campos tienen una apariencia decente, pero no creo que soporten la lluvia, y además no hay productos qué ver. Me temo que esta visita no es más que una fatal pérdida de tiempo.

—Entonces váyase —la sugerencia de Laurel estaba desprovista de antipatía, y quizá por ello Keegan no la tomó como una ofensa.

—No. No aun —sonrió—. ¿Le importaría acompañarme al lugar que busco?

La joven sintió el impulso de negarse rotundamente, pero entendía que como criada de Marsham House debía ser cortés y servicial. Sin decir una palabra se dirigió al lugar adonde el invitado quería ir y éste la siguió de cerca.

—Es una casa bonita, pero está muy descuidada.

—Hacemos lo que podemos, señor Keegan —respondió herida en su orgullo.

Ella misma había trabajado muy duro para poner en orden la casa, al punto que los dolores de espalda no habían desaparecido del todo. Incluso había podado el rosal trepador hasta darle un aspecto de inusitada perfección.

—Usted sabe mi nombre pero yo no el suyo. Ya es hora de remediar eso, ¿no cree?

—Laurel —masculló mientras acortaban el camino hacia el terreno de croquet bajo un cielo que se tornaba cada vez más plomizo.

—Un verdadero gusto, Laurel —Ella no contestó—. Me pregunto si tiene usted mucho tiempo trabajando para el señor Marsham y su tío.

—No mucho.

—Por lo que he podido notar los sirvientes son escasos y el trabajo parece

duro. El quehacer de la servidumbre lo es, ¿no es así? Créame, no soy insensible ante las penurias que sufre la gente de su clase. Mi familia tiene un número decente de criados y todos gozan de pagas competitivas. Somos solidarios con los menos afortunados.

La joven no sabía qué responder, por lo que dijo lo primero que vino a su mente:

—Lloverá. Si se queda a jugar croquet su ropa se arruinará.

—Ya lo creo, pero no he venido a jugar sino a echar un vistazo. Es todo lo que he hecho desde que llegué. Solo mirar, pero nada de acción.

Keegan paseó la vista a lo largo del terreno; a juzgar por su expresión adusta no lo había impresionado demasiado. Luego miró a Laurel.

—Dígame, ¿es Marsham un buen patrón?

—¿Por qué quiere saber eso?

—Siento curiosidad.

—Lo es. Es bueno.

—No tiene que mentirme.

Sus ojos azules eran incisivos y retadores. Laurel podía apreciarlos, aun cuando su mirada estaba clavada en la nada.

—Yo no miento.

—Seguramente su bondad le aconseja hacerlo. ¿Cómo podría una joven llena de salud y vitalidad estar satisfecha limpiando la mugre de un agricultor de baja estofa y su familia? Apuesto a que su salario es tan precario que solo le alcanza para pagar un billete de tren al año para visitar a su familia en una aldea miserable.

—Se equivoca, señor —tartamudeó.

Keegan sacudió la cabeza con escepticismo.

—Muchacha, ¿es que no sabes que puedes tener un futuro brillante lejos de toda esta miseria? Por el amor de Dios, seguro alguien ya te ha dicho lo hermosa que eres. Las actrices en Londres pactarían con el diablo para tener tu rostro —Desconcertada por semejantes palabras, Laurel arrugó el ceño—. Y con un poco de suerte hasta podrías convertirte en la querida de un hombre rico.

La mandíbula de la muchacha colgaba de su rostro, contrito y sonrojado. Jamás la habían ofendido tanto, ni siquiera cuando la llamaban loca, y ese desconocido lo había hecho del modo más deliberado.

—No me malinterpretes, Laurel —continuó Keegan—. Pienso que tienes el potencial para ser algo más que una vulgar sirvienta, una dama cuyos caprichos puedan ser satisfechos sin ningún reparo... pero tal parece que no conoces el mundo más allá de esta mugrosa casa.

—No es una casa mugrosa —gruñó— y usted no es un caballero por hablarme de ese modo repugnante...

—¿Repugnante? —Keegan la miró incrédulo—. Estoy diciéndote que puedes tener más que esto, una vida mejor si así lo deseas, ¿y tú lo consideras repugnante?

Ella estaba tullida del coraje, tanto que no contestó a su pregunta.

—En poco tiempo, cuando el socio de mi padrastro me nombre administrador de sus empresas, seré rico —dijo orgulloso—. Podría ofrecerte una casa decente, dinero, joyas y ropa cara. Dejarías de ser una fregona y vendrías a vivir conmigo a Londres. ¿No te anima eso, preciosa? ¿No querías ser la mujer de un próspero administrador?

—¡No! —Gruñó encolerizada—. ¡Y deje de molestarme o le contaré al señor Marsham!

—¿Y qué hará él? ¿Echarme de su propiedad? —se burló el otro—. No lo hará si sabe lo que le conviene. Si yo pongo una queja en su contra, el señor

Benson se negará a comprarle un solo grano.

—Usted es un mal hombre.

—Sé que lo pensarás mejor, Laurel —dijo reflexivo—. Pasado mañana partiré a Londres. Si cambias de opinión aun puedo reservar otro boleto de tren. No seas tonta. Quizá nunca más vuelvas a tener una oportunidad similar.

Por fortuna, la lluvia estalló cuando Laurel se hallaba en la seguridad casa. El rumor del viento helado y la humedad, sin embargo, le erizaron la piel. Una tormenta abundante caía sobre los campos plantados, que desde las ventanas parecían haber sido tragados por la bruma.

Por petición de Dorothy, Laurel subió hasta el dormitorio del señor Marsham para cambiar su ropa de cama y hacer la limpieza mientras éste se reunía en el despacho con el señor Gardiner y su horrible invitado.

Había estado en aquella recámara en varias ocasiones, pero esa vez fue diferente de las demás; la contempló con mucha más atención. Notó la gran cama de nogal con doseles, donde colgaban cortinajes de color verde oscuro, a juego con las cortinas de las ventanas. Observó con atención la estantería de libros, abarrotada de volúmenes viejos y echó un vistazo al armario donde descansaba su ropa. Imaginó a Colin leyendo en su sillón con apoyapiés, afeitándose frente al espejo... tumbado en aquella cama. Su inspección no fue la de una criada sino la de una mujer enamorada.

Los recuerdos del encuentro en la buhardilla, hacía dos noches, acudieron a ella como una plácida ráfaga de viento. Casi podía sentir de nuevo aquellos tibios besos, aquel roce perturbadoramente divino, su lengua profundizando en su boca, y la respiración agitada de ambos, deseando ir más allá. Sacudió la cabeza, incapaz aun de aceptar la naturaleza de aquellos sentimientos tan abrumadores.

Resuelta, procedió a quitar el polvo de las superficies. Tras retirar las sábanas sucias, se vio envuelta en un delicioso velo de fragancia masculina: almizcle y enebro. Puso ropa de cama limpia, con olor a romero, y recogió la

ropa desperdigada por el suelo: una camisa y un pantalón de pijama de algodón.

No le pasó inadvertido el hecho de que estaba haciendo el trabajo de una esposa. Suspiró tras sentarse en el suelo de madera, y se dio la licencia de soñar que Colin era su marido y Phillipa su hija. Qué distinta sería la vida si aquello fuera verdad. Su nube de fantasía se rompió, sin embargo, apenas recordar el hecho de que ella ya tenía un marido y que debía huir de él si quería seguir con vida.

Se levantó sintiéndose agotada, pero cuando pensaba que su trabajo estaba hecho, notó que el baúl de viaje que reposaba cerca del armario estaba medio abierto.

Laurel jamás había mirado en el interior de aquel objeto de cuero gastado, pero antes de cerrarlo completamente sintió un acceso de curiosidad, el mismo que le había impulsado a abrir el ataúd de su padre. Levantó la tapa cuidando de no hacer ruido.

En el interior del baúl había algunos objetos muy raros, cuya utilidad era difícil de adivinar para alguien como ella. Lo único que pudo reconocer sin demasiadas pistas fue un revólver del color del plomo que brillaba a la luz tenue de la habitación.

Con un gesto temerario que le sorprendió a sí misma, Laurel lo tomó para apreciarlo mejor. El metal le heló los dedos. Recorrió poco a poco la dureza del material y percibió un olor ligeramente ácido. Seguidamente, lo manipuló para averiguar su mecanismo mientras algo en su interior, una rabia impotente, crecía de forma desmesurada.

Imaginó al miserable de Colvile, de pie delante de ella, y extendió la mano al frente, empuñando el arma como si estuviera a punto de dispararle entre los ojos. Cuánto deseaba tenerlo frente a ella, agujerearle el rostro y hacerle sufrir, como él había hecho con el pobre de Jeremy; como había hecho con ella misma al sumergirla dentro de la bañera para ahogarla. Si tan solo pudiesen dejarla a solas con él, ella le haría pagar por todas sus bajezas. Lo mataría... Sí. Acabaría con aquel ruin bastardo.

La mano le temblaba incontrolablemente mientras el arma apuntaba a la puerta, justo cuando unos pasos se acercaban por el piso de madera. Alarmada, Laurel acertó a reaccionar y apartar el cañón de la puerta. Tuvo tiempo de guardar el arma y ponerse otra vez de pie, antes de que Colin hiciera entrada en el dormitorio.

La sorpresa de verla allí fue tan grata que ni siquiera sospechó que Laurel había cometido una terrible imprudencia, y que él mismo había estado en peligro.

Le sonrió seductoramente y caminó hacia ella con paso despreocupado.

—Dios, estás aquí —susurró antes de echarle los brazos alrededor de la cintura y repartirle una riada de besos por el rostro—. Te he echado tanto de menos.

—Pero si no he ido a ningún lado —dijo ella con los ojos cerrados, ofreciendo su cuello para recibir aquellos besos que había anhelado más de lo que era consciente.

—No, pero no te he visto desde ayer —jadeó dulcemente en su oído derecho, logrando que su piel se calentara y enchinara con violencia—. Estaba volviéndome loco hoy en el trabajo, preguntándome que estarías haciendo, y si pensabas en mí como yo en ti. Ni siquiera me molesté en escuchar el parloteo de Keegan. No soporto a ese engreído bastardo, en serio. Ni siquiera sabe perder en el ajedrez, el muy zoquete. Quiero que se marche hoy mismo.

La mención de Keegan le molestó sobremanera, pero Laurel había caído en un estado de dulce languidez en los brazos de Colin que le impedía distraerse. Procuró olvidarse de aquel imbécil que le había ofendido con sus vulgares ofrecimientos.

—No pienses en él —exigió mientras le miraba con intensidad, sin calibrar el poder que sus ojos ejercían sobre aquel hombre.

Colin obedeció y continuó besándola, cada vez más fuerte, más profundo. Su boca se encajó con ahínco en la de Laurel, maravillado ante semejante

suavidad. Pronto fueron sus manos las que comenzaban a recorrer el arco de su columna, la curva deliciosamente cincelada de su cintura y los delicados y firmes costados.

¡Ah, maldita sea! ¡Cuánto la deseaba!, pensó mientras su cuerpo se arqueaba más a ella y sus caderas hacían exigencias que Colin no estaba en posición de cumplir.

Dos días habían pasado desde aquel encuentro en la buhardilla y desde entonces solo ella ocupaba su mente. No había lugar para razones, ni para preocupaciones. No se había dado la tarea de pensar qué pasaría después, porque la respuesta no llegaría tan fácilmente. Y seguramente esta no le gustaría.

Después de escuchar su dolorosa confesión, de saber que intentó acabar con su vida, su interior había convulsionado, pero se aferraba a sus palabras, teñidas de sinceridad. Ella había sido una víctima de su pasado, cualquiera que fuera, y se él había determinado a protegerla de este.

La cercanía de la cama no ayudaba a su autocontrol. Se sintió morir al comprender lo fácil que sería desabrochar la botonadura de su vestido, deshacerse de su ropa interior —y la de él— y tumbarla en su cama. No deseaba nada más...

Pero al abrir los ojos de nuevo, un detalle detrás de ella le distrajo.

Se separó de ella, acuclillándose para comprobar que su baúl de viaje, el mismo donde guardaba sus armas y municiones, se había movido ligeramente de lugar. En su interior, la Colt que había adquirido al dejar el ejército reposaba en una posición distinta de donde la había dejado, así que solo tuvo que mirar a Laurel y percatarse de su nerviosismo para saber que ella había estado manipulándola.

—Lo siento, Colin... —jadeó— solo quería verlo.

—Laurel, ¿es un revólver!

—No está cargado, ¿o sí?



—¿Por supuesto que no! ¿Crees que dejaría un arma cargada en una casa donde viven una niña y una Laurel?

Sus propias palabras le golpearon el rostro con una fuerza apabullante. No podía haber hallado un recordatorio más certero sobre quién era aquella dulce y extrañamente caprichosa mujer que había estado a punto de devorar. Las palabras de su tío brotaron de sus recuerdos: «Apostaría a que se ha quedado en los ocho o nueve años».

Si bien Colin dudaba de que Laurel estuviera loca, como ella tanto lo repetía, reconocía en su forma de ser rasgos extravagantes, más propios de una niña que de una mujer. Él adoraba aquellos rasgos, pero no había reflexionado acerca de cuán peligrosos podían ser para su familia, incluso para ella misma.

¿Estaba él dispuesto a dejar el cuidado de su hija en manos de una mujer que quizá necesitaba de cuidados para sí misma? ¿Realmente podía confiar en Laurel?

Le dolió pensar en ello y una oleada de inquietud afloró en su pecho.

Tras recolocar el revólver y cerrar la tapa cuidadosamente, se levantó. Tomó el rostro de la joven, mirándole con intensidad.

—Cariño, prométeme que jamás volverás a tocar este baúl.

Ella se lo pensó un momento.

—¿Y si tengo que limpiarlo?

—Ya no tendrás que hacerlo. Prométemelo.

—Está bien, Colin —asintió con la cabeza—. Te lo prometo.

Él la abrazó, notando su cuerpo algo rígido pero receptivo. Poco a poco notó cómo se relajaba y lo abrazaba también, mientras la lluvia a la que tanto temía resonaba con fuerza más allá de su ventana.

Laurel volvió a toparse con Ed Keegan esa noche, al terminar la cena. El hombre se había convertido en una auténtica molestia; su mirada se había vuelto más codiciosa, más penetrante, y ella esperaba que los días transcurrieran más pronto para que el horrendo huésped de Colin se fuera de Marsham House para siempre.

La mañana siguiente partió a Winslow junto a Viv para hacer las compras en el mercado local. Mientras aprendía a elegir las mejores frutas y legumbres, un persistente cosquilleo en la nuca le advertía que alguien le miraba. Para su sorpresa, el señor North volvía a aparecer entre los puestos de frutas. Sus ojos seguían siendo desafiantes y su postura rígida le revelaba que no cejaría en su intento de convertirla en una aliada. Luego de tamaña impresión, las naranjas que estaba sosteniendo se le resbalaron de las manos. Entonces recordó que el abuelo de Jeremy le había prometido mantenerse cerca.

En mala hora se había cruzado con él otra vez.

Por fortuna, logró irse de allí antes de permitirle acercarse. Viv, que ya estaba habituada al comportamiento alocado de su compañera, ignoró su repentina aprensión.

Como si no hubiera sufrido suficiente tensión aquella mañana, el señor Gardiner le soltó una regañina por haber tirado por accidente la caja donde guardaba el tabaco de su pipa. Estaba desempolvando el escritorio cuando tropezó con la cajita de madreselva, cuyo contenido se desparramó por todo el suelo. Laurel, que ignoraba la utilidad de aquel montón de hojas hediondas y trituradas, las barrió sin contemplación.

Cuando el señor Gardiner vio su precioso tabaco de Virginia mezclado con el polvo y otras suciedades contenidas en el cesto de la basura, se llevó las manos a la cabeza con creciente alarma. Laurel tuvo que soportar una retahíla de gritos que le obligaron a taparse los oídos con ambas manos. Un colérico Gardiner le exigía que le mirase mientras la amonestaba, pero ella no podía ni escucharlo, así que salió del despacho para refugiarse en su buhardilla.

Fue un día extraño, cargado de emociones que vencieron su resistencia,

reflexionó mientras se dejaba caer en el catre. Se sentía tan indefensa, tan confundida, que deseó con todas sus fuerzas que Gretty estuviera allí para consolarla. Seguro ella habría dicho algo que la reconfortara, aunque fuera un par de groserías, con su rápida y afilada lengua, dirigidas a todos aquellos espantosos hombres.

Al cabo de unos minutos, Dorothy cruzó la puerta de la buhardilla. Le dedicó una mirada comprensiva y se sentó cerca de ella.

—Ay, criatura. Quiero pensar que no sabías lo que hacías.

—¿Y cómo rayos iba a saber que las pipas están rellenas de hojas secas que cuestan más que mi salario de todo un año? —Dorothy rio con gusto, al tiempo que Laurel cruzaba los brazos con refunfuño. Su rareza a veces podía ser un soplo de aire fresco—. ¿De qué te ríes? ¿De mi ignorancia?

—No. Es que lo has puesto todo bajo una luz muy poco favorecedora. Me río para no llorar.

Laurel tampoco acertó a comprender aquello y terminó soltando un suspiro de derrota.

—Dorothy, no sabes lo difícil que es entender a las personas... siendo como soy. Es como vivir en un mundo de mariposas y ser solo un gusano.

—Para ser un gusano vuelas mucho más alto que todos nosotros.

—¿Lo dices porque estoy loca?

—No. Lo digo porque has conservado la ingenuidad a una edad donde la mayoría de la gente está contaminada por su pasado. Deberías ser cínica, insensible y sarcástica, pero no es así. ¡Ello tiene que valer de algo!

Laurel analizó aquellas palabras con cuidado. En el pasado, ella había sido arrogante, grosera y cruel, pero era consciente de que la muerte de su padre había suavizado su carácter; la muerte de Jeremy había sensibilizado su corazón, y aquel viaje la había terminado de transformar. Ahora que podía poner todo en perspectiva, pensó que quizá ella ya no era la mujer

espantosamente egoísta que había hecho la vida de su familia un auténtico infierno.

—Gardiner te perdonará muy pronto —continuó el ama de llaves.

—Ojalá no me eche, Dorothy. No tengo adonde ir —Y además no quería separarse de Colin y de Pippa.

—No creo que lo haga. Eres muy necesaria en esta casa —se puso de pie—. Anda, muchacha. Hay mucho que hacer, y todavía tenemos que preparar la cena.

A la salida de su habitación, Laurel fue estrujada por Pippa, quien ya estaba enterada, —no sabía cómo— de que había sido fuertemente amonestada por Gardiner. La niña la consoló con cariño y le pidió que perdonara a su tío por no saber entenderla.

—Es que nadie te conoce como yo, Laurel.

Fue lo que la pequeña le dijo, y la joven reconoció la gigantesca verdad en aquella declaración.

La hora de la sobremesa en Marsham House estuvo sumida en un denso velo de tensión. Sin ninguna clase de filtro, Keegan había soltado sus poco halagüeñas opiniones finales sobre los cultivos de la finca Marsham, por lo que Colin había mostrado un pronunciado ceño y hecho un esfuerzo titánico para no enviarlo a la estación de trenes de una soberana patada.

El hijastro del socio del señor Benson, y supuesto próximo administrador de la harinera criticó los rudimentarios procesos empleados por los «poco profesionales» jornaleros de Marsham & Gardiner. Valiéndose de un limitado criterio, vaticinó una «pobre cosecha», consecuencia de una «mala preparación para las lluvias». Concluyó que no creía que el señor Benson pudiera estar interesado en contratar como proveedora a una empresa que ofrecía tan poca calidad y seguridad.

—¿Cómo se atreve? —Colin se levantó colérico de su silla—. ¿Cree que puede venir a mi casa y decir semejantes disparates...?

—Colin, ¡cálmate! —Terció Gardiner—. Estoy seguro de que el señor Keegan no nos está diciendo todo esto de mala fe. De seguro tiene un par de recomendaciones muy útiles para el negocio, ¿no es así, señor Keegan?

—A decir verdad, sí —soltó este desapasionadamente—. Pueden empezar a pensar en otro rubro. Algo no tan exigente como el trigo.

Colin sintió su sangre arder, y se fue directo sobre Keegan, pero Gardiner lo atajó.

—Caballeros, por favor. No hay razón para comportarse incivilizadamente —Rose dejó su taza de té, pero no hizo intento de levantarse dado que su tobillo no estaba recuperado de la lesión—. Señor Keegan, me niego a creer que su crítica está influenciada por la derrota de esta mañana en el ajedrez.

Más temprano, y sin nada más que hacer debido a la lluvia torrencial que caía sobre toda la propiedad, Gardiner organizó una partida de ajedrez. Keegan y Colin se enfrentaron en varias ocasiones, siendo Colin el vencedor en todas ellas. El chico no parecía nada contento al respecto, por lo que pasó de ser una ácida compañía a una verdadera molestia. Sus protestas sonaron abiertamente infantiles, al punto que Gardiner creyó que bromeaba y dejó pasar sus pataletas.

Colin, sin embargo, sospechaba que había algo más. Keegan no estaba contento con algo, lo que era difícil de creer pues, en Marsham House se le había servido como a un monarca. Mucho más de lo que merecía.

Cómo deseaba que aquel cretino se marchara de su casa, pero muy a pesar de su tosquedad, no estaba dispuesto a echarlo pues, lo último que deseaba era que Keegan tuviera la oportunidad de contar su versión amañada de los hechos a su patrón. De seguro Benson terminaría creyéndole a él y no a un par de desconocidos que querían ganar su favor para progresar en su negocio.

—Por favor, señorita Pemberton —rio Keegan con amargura—. No me ridiculice de ese modo. Soy un excelente ajedrecista y no tengo necesidad de

ello.

—¡Entonces sea un poco sensato, por el amor de Dios! —La institutriz sacó a relucir su carácter abiertamente incisivo—. Usted no sabe cuánto han trabajado el señor Marsham y el señor Gardiner para echar a andar este negocio. Admítalo. La única posibilidad ante tanto esfuerzo es el éxito. Esta cosecha será grandiosa porque nadie jamás ha trabajado tanto y si no me cree lo veremos en verano, cuando recojamos todo ese espléndido trigo que el señor Benson estará feliz de comprar y usted tendrá que tragarse sus palabras.

Se hizo un largo silencio mientras el eco de las palabras de Rose seguían apaleando al pusilánime de Ed Keegan, que se asemejaba más a un adolescente censurado por su madre que al representante de una connotada empresa.

Gardiner estaba orgulloso de la joven, mientras que Colin parecía impresionado. Era nada menos que lo que una esposa diría para defender a su esposo.

—Usted estará de acuerdo conmigo en que nuestra relación no ha sido del todo fluida estos días. Me pregunto por qué —Los ojos de Colin eran dos rendijas oscuras mientras se dirigía a su invitado—. ¿Acaso no hemos sido buenos anfitriones?

Keegan le estudió con soberbia, poniéndose de pie para estar a su altura.

—Lo han sido, claro que sí —zanjó él—. Pero no por ello voy a pasar por alto que sus cultivos son pobres y que no voy a mentir a mi jefe —Seguidamente miró a Rose—. Señorita Pemberton, es usted una gran defensora de esta familia.

—Así es —dijo ella elevando el mentón.

—Espero que se lo agradezcan. Con su permiso. Iré a empacar mis cosas. Mi tren sale mañana a las nueve de la mañana. Estaré muy feliz de volver a casa.

Se marchó con paso ceremonioso, no sin antes dirigir una mirada divertida

a un colérico Colin. Él seguía sin poder comprender el porqué de tanta animosidad.

—¿Qué diablos quiso decir? —gruñó.

—No lo sé, pero apuesto a que el señor Benson jamás tomaría en serio la opinión de un cabezota como ese —Rose se masajeó las sienes con un movimiento acelerado—. Ya tendría que conocerlo. ¡Ni siquiera sé cómo pudo haberlo enviado!

—Es una pena —Gardiner se sentó, visiblemente preocupado—. Espero que este incidente no arruine nuestras posibilidades de hacer negocios con la harinera.

—Y si así es no nos lamentaremos demasiado. Saldremos adelante con o sin el contrato —murmuró Colin.

—¿Estás de broma? ¿Dónde conseguiremos a estas alturas a otro prospecto? Ya íbamos bastante avanzados con Benson; si no encontramos a quien venderle la cosecha tendremos que llevarla a todos los mercados del condado.

—Tío Ralph, ¿no pondremos nuestras esperanzas en manos de Keegan!

—Mañana hablaré con él. Arreglaremos esto. Me disculparé si es necesario.

—¡No! —Insistió Colin—. Yo mismo hablaré con Benson, conseguiré que envíe a alguien más profesional. No tenemos nada que buscar con ese niño caprichoso de Keegan. Estoy tentado a enviarlo a la estación de trenes ahora mismo, pero prefiero que las cosas se queden así. Saldremos adelante, tío Ralph. Confía en mí.

Gardiner aceptó su resolución a regañadientes, observándolo con una pizca de reprobación, pero no dijo nada más. Seguidamente se despidió y se marchó a su habitación. El humor de Colin se había oscurecido, por lo que Rose intentó distraerlo con una charla superflua que no dio resultados.

Más tarde, Cuddy le había contado que Keegan había pedido un caballo

para ir al pueblo y éste, que no estaba al tanto de la escena que se había suscitado a la hora de la cena, se lo había proporcionado. A Colin no le agradó aquello, pero no le reprochó nada al mozo. Se dijo que esperaría atento al regreso de Keegan y que después le haría saber que ya no era bienvenido en Marsham House, aunque su tío se negara a volver a hablarle. Aunque quizá el bastardo se lo hubiera pensado mejor y había decidido pasar su última noche en Winslow hospedado en un hotel.

Espero que así sea —se dijo en voz alta mientras ascendía por las escaleras, dispuesto a desearle buenas noches a su pequeña... y después, a buscar un beso de Laurel.

Para su decepción, sus dos adoraciones ya dormían profundamente a esa hora.

Una poderosa lluvia se había soltado aquella noche. Laurel la escuchaba, aun en sus sueños, mientras Gretty preparaba chocolate caliente y se quejaba de la gente de Cheltenham, que no ponía monedas en su mano aunque le vieran agonizar de tos.

—¡Ojalá tuviera una enfermedad que contagiarle a esos tacaños! — rezongaba la loca.

—Gretty, en mi bolsa hay monedas que robé a mi padre. ¡Deja ya de pedir! —la riñó, aunque en el fondo sabía que la manía de pedir de Gretty iba más allá de la necesidad. A veces pensaba que aquello era un acto reflejo de su mente para resistirse a la modorra de la locura—. Hay suficiente para la comida del mes.

—No seas tonta, Laurel. Guardaremos eso para el invierno.

La joven se apertrechó más en su pequeño camastro. Era una noche helada y húmeda, y hacía mucho frío. Gretty se dio cuenta de que Laurel se retorció y le sonrió con ternura. Le lanzó un viejo gorro que alguien había tirado a la basura y que ella había rescatado orgullosamente. Laurel lo atrapó y con él se cubrió la cabeza hasta debajo de las orejas.



—Le quieres mucho, ¿verdad?

La Gretty que ahora le hablaba ya no era la niñera sino la vieja compañera que de vez en cuando desvariaba cuando recordaba a sus hijos muertos.

—Sí —, admitió Laurel después de un rato, y la simple afirmación le provocó dolor en todo su ser—. ¿Crees que él pueda verme como una persona normal, Gretty?

—Oh, espero que no sea tan tonto como para cometer ese error, mi pequeña.

Ella no supo cómo recibir aquellas palabras, pero se contentó cuando la mujer se sentó a su lado y le mesó el cabello con devoción. Había extrañado aquel simple y beatífico contacto, la placidez de su voz, que empezaba a tararear una canción, y el calor de la vieja choza. Se sentía en casa.

Pero de pronto comprendió que aquello no era más que un sueño; Laurel seguía en su buhardilla de Marsham House, y Gretty debía seguir en su vieja cabaña en el medio del bosque. Lo que estaba viviendo no era más que una fantasía que se desvanecería en cualquier momento. Ojalá pudiera retenerla por más tiempo.

—Gretty, ¿por qué estás en mi sueño?

La mano de la niñera no cesó en su delicado movimiento, pero su canto se apagó.

—Porque ya no volverás a verme —soltó con voz lejana.

La mente de Laurel se zambulló en una agitada marea de temor y confusión.

—¿Por qué dices eso...?

—Escúchame, Laurel —susurró—. No tengo mucho tiempo. Sé que estarás bien. Él cuidará de ti. Deja que lo haga; deja que te proteja de Colvile... y de ti misma.

—Pero Gretty... —balbució.

—No calles la verdad. Deja que él sepa quién eres y lo que Colvile hizo.

—Gretty, nadie me creerá. ¡Soy una loca!

—Tú no sabes mentir.

—¡Me entregarán a él!

—Colin no te haría eso.

—Gretty, volveremos a vernos muy pronto —dijo desesperadamente—. Iré a tu cabaña y comeremos pollo frito. Te lo prometo.

—Ya no, cariño...

El rostro pálido y cubierto de surcos comenzó a desdibujarse en la oscuridad mientras Laurel se aferraba a él miserablemente.

No podía ser verdad eso que había dicho. Era una pesadilla, quiso creer al tiempo que rogaba para despertarse y escapar de aquel dolor. Quería gritar, quería traer a Gretty de vuelta, pero algo más poderoso que ella se lo impedía.

«Gretty, no me dejes».

Su garganta estaba siendo aprisionada y el oxígeno que sus pulmones tanto necesitaban la eludía. El dolor físico, que no era decididamente parte de su sueño, apareció para prolongar su agonía. Una mano grande y poderosa cubría su boca, y un rostro inmerso en las sombras se cernía sobre ella con talante amenazador.

Laurel se percató de que su pesadilla había terminado, y que aquella presencia en su habitación era real. Luchó con sus manos y pies, pero él la tenía sujeta y ni siquiera podía gritar para pedir auxilio.

—Hola, Laurel —le saludó al oído una voz tenebrosa.

## Capítulo 12

Laurel se estremeció de horror al comprender cuán lejos estaba dispuesto a llegar Keegan para cumplir su objetivo.

Movida por la desesperación, volvió a sacudir piernas y brazos, pero todo su ser sufría un terrible escozor, el mismo que había intentado evitar toda su vida poniendo distancia entre ella y el resto del mundo, solo que esta vez la sensación que odiaba a muerte se había maximizado a un extremo demencial.

Intentó gritar, pero la mano de Keegan seguía frenando sus reclamos. Un pestilente vaho de alcohol le llegó a las fosas nasales, junto con su olor a sudor, a caballo y a humedad, provocándole una arcada.

—¿Sabes una cosa? En el pueblo dicen que estás loca —la risa nauseabunda de Keegan colisionó más insoportablemente contra su rostro—. Y eso explica muchas cosas, como que prefieres ser una sirvienta antes que sacarle partido a este cuerpecito tuyo en la ciudad —Ella intentó hablarle, sin lograrlo—. Si me divierto contigo esta noche, ¿crees que Marsham y Gardiner se enfaden conmigo? ¿Te creerían si me acusan?

El terror más lacerante se apoderó de ella cuando su atacante usó una mano para separarle las piernas. El roce asqueroso de su mano en aquel lugar le hizo sollozar. A juzgar por su gruñido, Keegan pareció encontrar placer con aquel tacto que ella repelía.

—Yo creo que no —continuó hablando con voz pastosa mientras unas gruesas lágrimas brotaban de los ojos de Laurel—. Nadie creería a una loquita infeliz como tú... Después de todo yo soy el invitado de tu patrón y si no quiere fracasar en su negocio se pondrá de mi lado. Así que mejor relájate y disfruta lo que va a pasar aquí, pequeña.

Sabía lo que ese maldito quería hacerle... y no tuvo más remedio que aceptarlo.

Recordó a Aldous y la crueldad que había derramado sobre ella durante su noche de bodas. Le había obligado entonces a beber tintura de opio mientras él mismo se ponía como una cuba a base de whisky. Había sido brusco y feroz, pero al menos rápido.

Esperaba que Keegan también lo fuera, al tiempo que el dolor y la resignación la vencían.

Colin se despertó crispado y con el corazón galopante, como si hubiera sido sacudido por alguna presencia invisible.

Conocía aquella insólita sensación, que parecía advertirle de un peligro inminente; la había experimentado en incontables oportunidades cuando su hermano vivía y debía cuidar de él, a la luz del desdén de sus padres.

Tobías solía levantarse en medio de la madrugada, azuzado por alguno de sus amigos imaginarios, y bajaba hasta la granja para hacer de las suyas. La mayoría de las veces solo quería divertirse, pero Colin temía que se hiciera daño, vagando solo por la oscuridad, o cayera al río, así que una parte de su cerebro se resistía al sueño y montaba una guardia permanente. Por ello tenía el sueño liviano, lo que había sido muy conveniente en el frente. Aquel don le había servido para anticiparse ante un ataque enemigo o para auxiliar a su hija cuando sufría algún malestar físico.

Su primera reacción fue levantarse e ir a comprobar que todo estuviera bien con Pippa. Se vistió rápidamente y voló hasta su habitación por los umbríos pasillos de la casa, que de vez en cuando se iluminaban con los relámpagos que se colaban por las ventanas.

La niña dormía tan tranquila como la había dejado, abrazada a la muñeca que Laurel le había obsequiado tras desenmascarar a un timador. Sonrió ante el recuerdo, apoyando la espalda perezosamente contra el muro.

Afuera, la lluvia no daba tregua. El estrépito de los truenos traspasaba los muros y estremecía los cimientos de la casa como un feroz y vengador gigante.

¿Habría vuelto Keegan de la ciudad? Al ver el diluvio lo dudaba.

Un pensamiento perturbador le golpeó las sienes.

«Laurel...»

Abandonó la habitación de Phillipa con toda la rapidez que sus piernas le permitieron. Rogaba para que no fuera más que una ocurrencia de su mente paranoica, una idea sin ningún asidero, pero de repente temió por ella.

Cuando alcanzó la buhardilla de Laurel, las manos le temblaban y su respiración se había transformado en un violento resuello. La puerta estaba abierta. Su sangre bulló, no bien se percató de lo que estaba sucediendo en el interior. Ed Keegan sometía a Laurel contra la cama mientras forcejeaba para deshacerse de su ropa.

La ira oscureció su propia consciencia. La misma adrenalina que poseía su cuerpo en el campo de batalla, y que le permitía matar a veinte enemigos sin el menor asomo de piedad, le asaltó allí mismo. Como un toro enfurecido se lanzó sobre Keegan. Lo tomó por el cuello de la camisa empapada, separándolo de Laurel de un solo movimiento.

Seguidamente le estampó un puñetazo en la nariz. Un crujido seco de huesos y el quejido del bastardo le permitieron saber que se la había roto.

—¡Hijo de puta! —Gruñó mientras su rostro despreciable se teñía de sangre—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Tienes idea de a quién has pegado?

Colin estaba lejos de sentirse satisfecho, por lo que su próxima acción fue patear consecutivamente a Keegan, que yacía en el suelo, herido y quejumbroso, con los pantalones caídos hasta las caderas. La visión de su parcial desnudez recrudeció su ira y la fuerza de sus crueles patadas.

Tal fue el escándalo que se produjo, que muy pronto Dorothy y el señor Gardiner llegaron a la buhardilla para ver con ojos brotados cómo Colin le propinaba una paliza descomunal a Ed Keegan.

Gardiner, que no conseguía figurarse el porqué de semejante arremetida,

intentó detener a Colin, pero aquello fue una tarea poco menos que imposible. Su sobrino estaba poseído, y soltaba golpe tras golpe contra el cuerpo abatido del huésped. Si no lo separaba pronto de Keegan, con toda seguridad el muchacho terminaría muerto y su nieto en la horca.

—¡Colin! ¡Detente! ¿Qué es lo que te sucede?

Dorothy consiguió despertar a Cuddy, que salió como caballo desbocado para detener a su enajenado patrón. Ayudado de Gardiner logró neutralizarlo.

—¡Suéltense! ¡Suéltense! ¡Tengo que romperle todos los huesos a este malnacido!

—¿Qué te pasa, Marsham? —masculló Keegan que, aun herido, conservaba un rastro de arrogancia. Arrastraba las palabras por la borrachera, y quizá por el efecto de algún diente roto—. ¿Tanto te ofende que tu sirvienta me haya invitado a su cama?

—Pedazo de...

—No seas egoísta. ¿O es que la quieres para ti primero?

Dorothy echó una mirada aterrada hacia Laurel, que se agazapaba sobre su revuelto colchón. Los ojos, inyectados en sangre, lloraban desapaciblemente. La chica era la imagen del horror. Rápidamente pudo figurarse qué había detonado el pleito y sintió ganas de terminar el trabajo que el señor Marsham había dejado a medias. Aquel hijo de puta, ruin y pretencioso, merecía que lo reventaran.

Colin logró soltarse de la fuerte sujeción y calló los balbuceos de Keegan con otra feroz patada. Tomó al sucio bastardo por el cuello y lo arrastró por la casa mientras Gardiner y los empleados los seguían, presas de la conmoción.

Descalzas y vistiendo camisones, Viv y la señora Timdale aparecieron por el pasillo; las mujeres soltaron sendos gritos al ver cómo su señor, convertido en el más fiero de los verdugos, llevaba a Keegan a rastras escaleras abajo mientras este gritaba como poseso.

—¡Suéltame, maldito campesino! —Se quejaba—. ¡No he hecho nada malo! Tu sirvienta se me insinuó desde el mismo día en que pisé esta casa. ¡Me dijo que quería irse conmigo a Londres!

La señorita Pemberton, aun lesionada, también asomó una cabeza por su puerta, y conmocionada, se llevó una mano a la boca al presenciar el lamentable espectáculo.

Una vez fuera de la casa, Colin cerró la puerta y la trabó con el primer objeto que encontró —una escoba que alguien había apoyado contra el muro— para evitar que alguien saliera a evitar que Keegan recibiera su castigo.

Lanzó al degenerado a un charco de lodo mientras la lluvia seguía azotando aquel pedazo de tierra. El agua helada los empapó a ambos, pero no logró enfriar el carácter del rudo oficial, que ahora mismo miraba a su presa con fiereza.

—Marsham... lo estaba haciendo con su consentimiento. ¡Lo juro! —chilló el otro cuando se vio bajo el poder de aquella mirada acerada.

—¡Cállate! —Colin apretó los puños hasta que sus dedos crujieron.

—No te atreverías a matarme. ¡Te colgarían! Tu hija...

—¡No hables de mi hija, maldito degenerado!

Habiendo oído el escándalo, el perro vino corriendo desde el establo, soltando fieros ladridos contra el intruso. Keegan se encogió ante la doble amenaza.

—Está bien... —la lluvia le había lavado toda la sangre del rostro, pero las heridas eran evidentes. Keegan miró a su oponente con espanto, como si apenas ahora pudiera comprender lo que estaba sucediendo... lo que había hecho—. Está bien... lo siento. No sabía que era tu mujer... pero vamos. Es una sirvienta, y está tocada de la cabeza. Olvidemos esto, por el bien de tu negocio. Le diré al señor Benson que la visita fue un éxito y me encargaré de que te contrate. Te comprará toda la cosecha si yo inter...

Colin no había escuchado una palabra de la desesperada perorata. Se fue sobre Keegan, y descargó contra él toda una tromba de puños. Se sentó a horcajadas sobre el agresor de Laurel y por un tiempo impreciso no supo más sobre sí mismo.

La lluvia y el odio más efervescente habían disipado todo vestigio del mundo a su alrededor, todo raciocinio, toda súplica brotada de su víctima, todo grito desesperado a sus espaldas, rogándole que parase.

Él, que había sido un fiero y rudo soldado, había abandonado aquella vena de violencia para convertirse en un padre amoroso, un hombre ejemplar, pero ahora le habían provocado de tal manera que había vuelto a las andadas. Colin se había transformado en una máquina incontrolable de golpes; en un instrumento de venganza.

Hasta que fue tirado hacia atrás por unos cuantos pares de brazos, no se dio cuenta de que estaba demasiado exhausto para continuar.

Su cuerpo pesado cayó sobre el pasto encharcado; sus ojos, enrojecidos y abiertos, divisaron el manto plúmbeo que saturaba el cielo. La lluvia caía sobre él mientras ciertas voces cercanas, teñidas de preocupación, hablaban al mismo tiempo.

La asquerosa humanidad de Keegan yacía inerte sobre el suelo.

Ningún habitante de Marsham House volvió a la cama esa madrugada. Los sucesos que habían tenido lugar la noche anterior habían ahuyentado el sueño, la paz, e incluso la lluvia, que por primera vez en muchas horas daba una tregua.

Desde la ventana de su buhardilla, Laurel fue testigo de la llegada de un gris amanecer. Su cuerpo se retorció ante el recuerdo de la invasión de Keegan, pero su mente, más tendiente a la sobrevivencia, había elegido la calma.

Tan solo pensaba en Colin. Lo había visto golpear brutalmente a su agresor hasta dejarlo inconsciente. Ella le había llamado desde la ventana; había



intentado pedirle que parara, pero quizá no había gritado lo bastante fuerte.

—¿Crees que lo haya matado? —preguntó al ama de llaves.

Tras atenderla, como la solícita sanadora que era, Dorothy se había quedado a su lado, observándola largamente. Para ser una mujer tan locuaz y resuelta, estaba muy callada; y no es que no hubiera curado a decenas de muchachas en la misma situación. Lo que a Laurel le había sucedido le había afectado particularmente, como si se tratara de alguien de su propia sangre.

—Si el mundo es justo, ese bastardo ya debe estar ardiendo en las brasas de Belcebú —gruñó la enfermera.

—Pero no quiero que lo cuelguen —gimió—. Eso es lo que pasa cuando un hombre mata a otro, ¿verdad?

Afligida, Dorothy guardó silencio. No podía negarlo.

Hacia un par de horas, los hombres de la plantación se habían llevado el cuerpo de Keegan, nadie sabía adonde, y Cuddy, Gardiner y Colin les habían acompañado. Desde entonces, el silencio y la incertidumbre habían tomado el control de la casa.

Viv se había dado a la tarea de entretener y cuidar de Pippa, que había despertado nerviosa y confundida. La señorita Pemberton había urdido una blanca mentira para protegerla: un ladrón había intentado entrar a la casa, pero los hombres lo habían atrapado y llevado a la policía. La niña solo había preguntado por qué Laurel no había venido a despertarla, como cada mañana, y la institutriz le había dicho que la muchacha estaba resfriada y que Dorothy la había mandado a descansar.

Fue entonces cuando la ventana le avisó de la llegada de los hombres que, montados a caballo, volvían del pueblo. El corazón de Laurel dio un vuelco. Intentó abandonar la habitación y correr escaleras abajo para recibir a Colin, pero Dorothy se lo impidió.

—¡Pippa no puede verte como estás ahora! ¡Piensa en ella! —le espetó, con lo que Laurel se enfurruñó, pero terminó obedeciendo—. Descansa, muchacha

—añadió en tono menos severo—. Lo que has vivido hoy no ha sido poca cosa.

—No es la primera vez que me sucede, Dorothy —soltó rebelde, con un acceso de sinceridad—. Sé lo cruel que puede ser un hombre, ¡sé lo se siente ser usada y no poder hacer nada al respecto y sentir que tu vida no te pertenece en absoluto!

No sabía por qué estaba hablando de sí misma, finalmente. La protección de sus más oscuros secretos había sido imprescindible en aquella casa, pero Laurel estaba cansada de callar. Ahora mismo sentía que podía decirle a Dorothy cualquier cosa; que ella la escucharía, pero que sobre todo la creería.

—Dios del cielo... —susurró el ama de llaves tras dejarse caer en un taburete. Un silencio meditabundo se esparció por la habitación por unos cuantos segundos—. Cuando te examiné esa noche en casa de Lucinda supe que tu vida no había sido color de rosa. Vi tus heridas... y esa zanja en el cuello —Laurel se llevó la mano allí para palpar la vergonzosa cicatriz de su intento de suicidio—. Y al conocerte lo comprendí, Laurel. Lo siento tanto querida... Por eso estás aquí —se atrevió adivinar—. Porque estás huyendo de esa persona que te ha hecho tanto daño.

Laurel tenía los ojos clavados en la ventana. Abajo, Colin conversaba con sus hombres al tiempo que Gardiner regresaba cabizbajo a la casa. Su preocupación era palmaria, igual que la zozobra de Laurel. Su silencio reveló a Dorothy que no había presumido mal.

—El señor Marsham siente algo por ti. Negarlo sería una tontería —continuó—. La forma como golpeaba a ese hombre... solo alguien que ama de verdad podría perder la cabeza de esa manera. Quería vengarte y que ese hijo de puta sufriera.

Laurel dejó escapar una lágrima.

—Colin es el único hombre que ha sido bueno conmigo. Los que he conocido me han echado a un lado; me han querido llevar al manicomio... han querido hacer cosas peores conmigo.

El ama de llaves alzó las cejas.

—¿Quién, querida? —Se atrevió a adivinar—. Acaso... ¿tu marido...?

Presa de un temblor en todo el cuerpo, Laurel finalmente lo admitió.

—Sí. Mi maldito marido.

—¿A dónde vas?

Colin detuvo su ascenso por la escalera que conducía a la parte más alta de la casa. El dejo reprobatorio de Gardiner se sintió como un latigazo en sus hombros extenuados.

—¿Tengo la obligación de decírtelo?

—¿Es que no te basta con lo que sucedió? —Rezongó el tío Ralph, avanzando hacia él con la potestad de un padre—. Deja ya de buscarla. No te conviene seguir alimentando este problema. Es un verdadero milagro que no estés encerrado después de haber pulverizado a Ed Keegan. No abuses de tu suerte, Colin.

—Quiero saber cómo está. Eso es todo.

—Dorothy debe estar con ella. No te necesita.

—Tío Ralph, te agradezco que no te metas en mi vida —gruñó encolerizado.

—Esa mujer es tu perdición —respondió el otro con un rastro de odio—. Has estado a punto de perderlo todo por su culpa: tu libertad, tus sueños, a tu hija... Por el amor de Dios, ¿has pensado en Phillipa? ¿Qué sería de ella sin ti? —Colin experimentó un dolor inquietante en el pecho; Ralph había sabido dónde golpearlo—. Y ni siquiera estamos realmente seguros de que Keegan lo haya hecho a la fuerza.

—No te atrevas...

El asomo de una amenaza brotó de sus labios con la misma fiereza con la que había machacado el cuerpo de Keegan. Gardiner se horrorizó al recibir su mirada salvaje y al comprender cuánto había influido aquella muchacha en su sobrino. Pero él no cejaría en su intento de hacerlo entrar en razón.

—Te amo como a un hijo, Colin, y me duele pensar que por un capricho echarás por la borda años de esfuerzo. Tu vida está en juego, ¿es que no lo entiendes? Estás cegado por ella, pero Dios me ayudará a abrirte los ojos.

—Sigue rezando —fue todo lo que dijo antes de continuar su ascenso por la escalera.

—¡Ella no es Tobías! —gritó Gardiner, lo que le obligó a detenerse y a mirar a su tío presa del más rudo asombro.

—¿Qué estás diciendo?

—Crees que salvando a esa muchacha salvarás a tu hermano, pero solo conseguirás despertar toda esa frustración que te consumió por años. ¡Tobías está muerto! Dios quiso que se marchara, quizá para acabar con su dolor y con el nuestro, y ya no hay nada que puedas hacer por él.

—Estás equivocado, tío Ralph. Laurel no está loca como lo estaba mi hermano, y no siento lástima por ella. Yo... la quiero.

Gardiner frunció el ceño ante aquella revelación.

—No me digas. ¿Y qué es lo que te ha conquistado de ella? ¿Su belleza? — Su tono destilaba amargura—. Una cara bonita no te ayudará a criar a tu hija, no estará a tu lado en las dificultades, no será tu soporte cuando lo necesites.

—Encontraré la manera...

—¿Sabes algo de su pasado? ¿De dónde viene? ¿Quién demonios es? Podrías llevarte una sorpresa muy desagradable.

—¡Será mi problema y de nadie más!

—Colin, por el amor de Dios. Ni siquiera puede cuidar de sí misma, es como si fuera ajena al mundo que la rodea. Seguirá siendo una niña, aun cuando Phillipa sea mayor. ¿Cómo puedes pasar esto por alto?

—¿Quieres ver como lo hago? —fue su última respuesta, colmada de rebeldía, antes de seguir avanzando hacia su único objetivo.

Cuando encontró a Laurel en su buhardilla, ella le devolvió una mirada de ansiedad. Colin no había anticipado que los recuerdos de la noche anterior le asaltarían implacablemente, como de hecho lo hicieron. La sola visión de ella debajo de aquel asqueroso animal, en esa misma habitación, hizo que su sangre volviera a hervir como lava. Sus puños se cerraron como en un acto reflejo y su alma herida experimentó un ramalazo debilitador.

¿Por qué no había llegado antes? ¿Por qué no había podido evitar que...? Le había prometido protegerla, y había fallado, maldita sea.

Laurel caminó hasta él con lentitud, pero no se atrevió a tocarlo. La dureza de su talante la confundió, le rompió el corazón. Ninguno de los dos notó el momento en el que Dorothy se escabullía de la habitación y cerraba la puerta para darles privacidad.

Sus miradas se entrelazaron colmadas de significado.

—Lamento no haber llegado antes —susurró él dolorosamente.

Laurel sostuvo el rostro cansado de Colin, lo palpó con ternura, sintiendo la aspereza de su barba oscura y la tensión de su mandíbula. Notó que sus nudillos estaban cubiertos por vendas de hospital, y sabía que debían de estar destrozados luego de macerar la carne de su agresor a punta de golpes.

Adivinó, a pesar de su escasa capacidad para leer las emociones, el sufrimiento en sus ojos, del color de la brea, y vio derramarse un par de lágrimas de ellos.

No. No quería verlo llorar. La gente que lloraba la ponía nerviosa, pero él

más aún, porque podía sentir su dolor como si fuera parte de ella. Otra emoción curiosa y compleja que él y Pippa le habían mostrado.

—No ha sido tu culpa.

Él la abrazó por fin. Lo hizo con una fuerza descomunal, que ni él mismo consiguió domar. El cuerpo de Laurel no protestó ante la cercanía de Colin, ni ante su brusquedad; en lugar de eso se permitió sentirse guarnecido. Una riada de agradecimientos para él surgió de sus labios sin que fuera consciente de ello.

—Colin, dime qué sucedió con ese hombre... —se separó de él para mirarlo a los ojos.

—Eso no importa. Lo único que importa ahora eres tú.

—Pero yo estoy bien.

—No es necesario hacerte la fuerte, Laurel.

—¿Te mentiría acaso? —La resolución que mostraron sus ojos azules le calló. No había olvidado, por fortuna, que ella era incapaz de mentir—. Estoy bien... ¡No!... estoy aterrorizada. Si mataste a ese hombre la policía vendrá por ti.

—No está muerto. Está el hospital con varios huesos rotos, pero vivo —Colin sonó amargado y decepcionado—. Yo mismo fui a la policía a decirles lo que había sucedido. El alguacil me dijo que lo conocía; anoche hizo estragos en una taberna del pueblo. Le puso el ojo morado a una bailarina. Lo dejaron ir después de que revelara su conexión con el señor Benson y con la condición de que no regresara nunca más a Winslow. Cuando lo llevamos esta madrugada, a la policía no le costó mucho trabajo creer que ese hijo de puta había atacado a una mujer indefensa.

—¿Entonces lo encarcelarán?

—Si su familia no hace algo para impedirlo la policía se encargará de él apenas salga del hospital... De hecho, parecían muy contentos de poner tras

las rejas a ese bastardo.

—Eso es bueno... ¿Y qué hay de ti? —le miró preocupada.

—Si me dejaron ir es porque al parecer mi tío y yo somos miembros muy valiosos de la comunidad, y el alguacil, después de conocer a Keegan, no se atreverían a poner duda nuestra palabra. Les dije que estaba dispuesto a cooperar en la investigación.

Laurel suspiró de alivio.

—No soportaría verte en prisión por culpa de ese hombre.

—Laurel, ¿en verdad estás... bien? —La estudió de nuevo con desesperada inquisición—. Lo que ese hombre te hizo... Maldita sea. Ni siquiera puedo nombrarlo.

—Entró en mi cuerpo y eso es todo. No se ha llevado nada de mí, así que puedo vivir con eso.

Colin enmudeció ante la fuerza de sus palabras. Quizá ella no fuera tan frágil como él pensaba. Quizá sus desdichadas experiencias —no deseaba imaginar de qué tipo— le habían dotado de cierta fortaleza.

Las palabras de Gardiner acudieron a su mente y la atravesaron con la delicadeza de un rayo. Era cierto que no sabía nada de ella, de dónde veía y si había algo en su pasado que pudiera hacer que él dejara de quererla. Aquel pensamiento le infundió temor y angustia. Había decidido dejar aquella cuestión a un lado, pero era tiempo de establecer nuevos acuerdos.

—Laurel, cariño —la tomó de los hombros—. Necesito que confíes en mí. No sabré cómo hacerlo si no sé nada sobre ti. Es hora de que empecemos a contarnos cosas sobre los dos.

—¿Sobre los dos? —Tragó saliva.

—Sí. Yo también tengo secretos; secretos que me gustaría compartir contigo, pero solo si tú también estás dispuesta a contarme los tuyos.

Ella desvió la mirada. No se sentía tan valiente como hasta hacía un momento, cuando en un arranque de sinceridad había hablado a Dorothy sobre Colvile.

Ahora le parecía un asunto mucho más complicado.

¿Qué diría Colin si supiera que antes de llegar a Marsham House estaba siendo trasladada a un manicomio de Londres? ¿La alejaría de Pippa?

¿Cuál sería su reacción si supiera que tenía un marido? ¿Se decepcionaría de ella? ¿La juzgaría porque no se lo había contado antes? ¿La enviaría con él?

La sola idea le resultó espantosa.

—No te pido que sea ahora —continuó—. Lo haremos a tu ritmo, pero necesito que confiemos el uno en el otro y que nos digamos toda la verdad. ¿De acuerdo?

Laurel asintió, pero en el fondo seguía albergando serias dudas. Aun así, no estaba dispuesta a decepcionar a Colin cuando él había hecho tanto por ella.

Ya encontraría el modo de ser sincera con él.

O eso esperaba con todo su corazón.



## Capítulo 13

Desde el espantoso suceso de aquella noche, todos en Marsham House habían adivinado la naturaleza de la relación entre el señor de la casa y la peculiar sirvienta. No era una verdad que gritasen a los cuatro vientos, pero después de que el señor se descargara a Keegan como un animal salvaje hasta dejarlo medio muerto, nadie ponía en duda de que aquella reacción era la venganza de un dolido enamorado.

También estaba el hecho de que él empezó a pasar más tiempo con ella. Escoltados por Gypsy, dedicaban tardes enteras —si hacía buen tiempo— a pasear juntos por los campos o por el bosque después del trabajo. Al atardecer volvían a casa sonrientes y se miraban a los ojos con un brillo cargado de significado. Un brillo que no pasaba desapercibido por nadie.

Por si fuera poco, el señor Marsham le había prohibido a Laurel hacer más tareas domésticas, así que la joven tan solo había quedado encargada del cuidado de Phillipa fuera del horario de estudio. Una muchacha del pueblo había sido contratada para tomar su lugar como sirvienta.

Kathy era resuelta y eficiente, y siempre estaba dispuesta a ayudar a Viv y a la señora Timdale, quienes habían quedado confundidas y un poco indignadas ante el repentino ascenso de Laurel. Dorothy, en cambio, prefería mantenerse al margen y censurar todos los comentarios maliciosos que se generaban en la cocina, aunque muy dentro de sí estaba satisfecha de que las cosas hubieran tomado aquel rumbo. Aunque al principio temió que el señor Marsham pudiera aprovecharse de la joven, más bonita de lo que le convenía, con el tiempo comprendió que él tenía buenas intenciones con ella.

Aunque al principio se había mostrado solidaria con la joven víctima de Ed Keegan, Rose Pemberton también acabó condenando el hecho de que Laurel se hubiera convertido en una suerte de protegida para Colin Marsham. La institutriz criticó aquella «inapropiada» relación y, blindada por la autoridad moral que decía ostentar, le habló con sinceridad a su patrón. Su reacción, a

todas luces, estaba movida por los celos.

Cuando Colin le pidió perdón por haberle creado esperanzas que en el tiempo no vieron ningún asidero, Rose enrojeció de pies a cabeza. Parecía a punto de arañarle el rostro, de gritarle como una novia iracunda a la que han dejado plantada en el altar, pero en honor a su posición, decidió guardar la compostura.

La única razón por la que no ponía su inmediata renuncia, le había dicho la institutriz a su patrón con la mandíbula tensa, era porque se negaba a abandonar a Pippa a su suerte. Ella seguiría asumiendo la responsabilidad de su educación hasta el último día de su contrato, por el bien de la pequeña. Colin no se atrevió a contestar.

Por su parte, el señor Gardiner había adoptado un talante sombrío frente a la nueva realidad de la casa Marsham. La relación con su sobrino se había visto lesionada tras la discusión en las escaleras y ahora solo había limitado su contacto a los asuntos del trabajo. Ni siquiera accedía a sentarse a la mesa cuando Laurel estaba presente. La muchacha se había convertido en el objeto de su saña, en un pájaro de mal agüero que amenazaba con acabar con la familia.

Entretanto, Colin no alcanzaba a comprender el porqué de tanto revuelo. No es que la hubiera mudado a su alcoba y convertido en su amante. Simplemente estaba cuidando de ella. Deseaba protegerla por sobre todas las cosas. Siempre supo que Laurel no estaba hecha para el trabajo extenuante, ni para dormir en una fría y apartada buhardilla donde había sido presa fácil de un abusador. Sentía que le debía aquellas atenciones, y para ser franco, también quería demostrarle que aquel podía ser su hogar permanente.

Tenía un sinfín de planes con ella; planes que solo verían luz si lograba tender un puente de comunicación.

Pippa mostró una reacción mucho más entusiasta al enterarse de que su querida niñera ya no pasaría horas encerando los pisos, limpiando las ventanas o durmiendo en la húmeda buhardilla. Su ilusión era poder pasar más tiempo con ella después de las horas de estudio, que juntas pudieran poner

semillas en el comedero y quedarse a mirar a los pajaritos devorándolas. Quería que le enseñase a dibujar, a pintar y a reconocer un pájaro tan solo por su canto.

Cierta tarde se hallaban disfrutando de una merienda sobre la hierba mientras observaban a los pájaros, posados sobre el comedero, atacando las semillas. El cielo lucía un azul luminoso luego de varios días de agresivas lluvias. Pippa le preguntó:

—Laurel, ¿no tienes miedo de que vuelva el ladrón?

Ella tenía los ojos fijos en Gypsy, el muy bribón, que había decidido tomar una siesta sobre sus faldas extendidas. El corazón le latió un poco más fuerte de lo habitual al escuchar a la niña preguntar por el hombre que la había atacado.

—No. No, querida. Ese hombre está encarcelado.

—Pero, ¿y si le dejan salir? —Susurró, dejando entrever su tierna preocupación—. Tengo miedo. A veces no puedo dormir pensando que va a volver.

—No, Pippa —Laurel la obsequió con una caricia tranquilizadora—. No van a dejarlo. Tu padre no permitirá que suceda nada malo. Él cuidará de nosotras. Te lo prometo.

—¿Tú cuidarás de mí, Laurel?

—Por supuesto que sí, ¿no es eso lo que hago? —Sonrió, agradecida por haber dejado atrás aquel tema escabroso—. Cuando era una pequeña como tú tenía una niñera. Ella me cuidaba todo el tiempo, aunque estaba loca.

—¿Cómo tú?

—Supongo que un poco más loca —dijo entre risas—. Pero jamás dejó que nada malo me sucediera porque me amaba como yo te amo a ti. Una vez hasta luchó contra un jabalí que estaba a punto de mordirme.

—¿En serio? —quiso saber Pippa con los ojos brotados de asombro.

—Sí. Tomó un hacha y lo descuartizó —la niña se horrorizó visiblemente, así que Laurel comprendió que no era un tema muy apropiado—. Esto... el caso es que Gretty cuidaba muy bien de mí, así que no hay que estar cuerda para hacerse cargo de un niño. ¿Comprendes lo que digo, Pippa?

—Sí, Laurel —sonrió satisfecha.

Más tarde, volvían a la casa seguidas por el *bouvier*. La señorita Pemberton tomaba el té en la terraza y leía una revista que le había llegado con el correo de la mañana. Detrás de ella, Viv echaba un ojo solapadamente al contenido, que de seguro versaba sobre chismes de sociedad o diseños de última moda.

Cuando le vieron pasar, las mujeres le atravesaron con miradas insidiosas; una mezcla de lástima y resentimiento. Laurel había aprendido a sortear las miradas maliciosas desde los tiempos en que su hermana Clementine y sus amigas se reunían, al parecer, solo con el objetivo de burlarse de ella.

Tras atender a la pequeña y alistarla para su siesta, Laurel se dirigió a su nueva habitación, situada en el primer piso, a solo dos puertas de la recámara de Colin.

Desde la mudanza, el lugar había estado ocupado por un montón de muebles viejos cubiertos con telas. Colin había ordenado que se desalojara y limpiara para que fuera el dormitorio de Laurel. Seguidamente, se había pintado de blanco y amoblado con una cama nueva, con un colchón satisfactoriamente rígido, y un mobiliario sencillo pero de buen gusto.

Laurel estaba encantada con el lugar, que aunque no gozaba de la esplendidez y amplitud de su dormitorio de Kempshall Court, le brindaba paz y un poderoso sentido de pertenencia. Las vistas, además, eran las mejores que podían pedirse en toda la casa, al menos a su juicio. Desde su ventana podía admirar la arboleda que tanto le recordaba al bosque de Gretty y el comedero de los pájaros que la despertaban por la mañana con sus cantos.

Se internó en aquel cálido espacio, al que no le había costado habituarse, y cerró la puerta tras ella. Sobre la mesita de noche había un pequeño jarrón con unas cuantas rosas amarillas recién cortadas, una jarra con agua y dos vasos.

Kathy era muy competente, debía reconocerlo. Ahora que sabía lo agotador que podía ser semejante oficio, podía otorgar valor al trabajo de la nueva criada que, a petición de Colin, le atendía especialmente a ella.

Sobre su nueva cama, tendida con suaves edredones blancos, notó que reposaba una caja envuelta en papel de seda rojo, coronada por un coqueto moño blanco. Laurel la tomó, un tanto confundida, porque no recordaba la última vez que recibió un regalo.

Pero si estaba en su cama no podía ser para nadie más, ¿verdad?

Tras convencerse de que el paquete era suyo, deshizo el envoltorio con la ansiedad de una niña pequeña; el crepitar del papel le produjo excitación y una sonrisa ansiosa se apoderó de ella. Al fin dio con el contenido.

Se quedó perpleja.

¿Cómo lo había adivinado?, se preguntó, llevándose la mano al rostro con emotivo asombro. Echaba de menos pintar, ansiaba a libertad que solo le proveían un pincel, las pinturas y un buen lienzo, porque a veces ni siquiera le hacía falta un paisaje al que mirar. Su memoria le proporcionaba todos los detalles de aquello que se le antojaba immortalizar con su curioso don.

Y ahora Colin le había obsequiado una caja con latas de pintura al óleo de la mejor calidad, un juego de pinceles de finísimas cerdas y todos los útiles de artista que le hacían falta para poner en práctica su más adorado pasatiempo.

Acarició aquellos materiales con extrema devoción, como una niña miserable lo haría con una preciosa muñeca. Lo que sintió a continuación la abrumó; fue como si nunca antes hubiera recibido implementos como aquellos.

¿Por qué?

Laurel había poseído muchos pinceles, lápices, tubos de pintura que no bien se terminaban se desechaban para luego ser sustituidos por otros nuevos.

Entonces pensó que quizá aquellos eran los primeros que les habían entregado con amor, y los primeros que ella recibía embargada por el mismo

sentimiento.

Laurel percibió el justo momento en que su pecho se henchía con un sentimiento de profunda gratitud, de apego incondicional, de absoluta pertenencia. Caminó hasta la ventana, porque necesitaba un poco de aire. Cada vez que descubría una nueva emoción, todo su ser se estremecía ante la novedad, y ella precisaba de un momento para recuperar el aliento.

La puerta se abrió con un sigilo que no escapó a sus afilados sentidos, pero los pasos que escuchó a continuación le resultaron calurosamente familiares, así que no hubo necesidad de volverse, o de temer.

Desde atrás, Colin le rodeó la cintura con los brazos. El pecho masculino presionando ligeramente contra la espalda femenina. Y luego su respiración, que le cayó sobre el cuello como una agradable ventisca de verano. Le estremeció tanto como su cercanía, como la peligrosa y sublime verdad que ahora dominaba todo su ser.

Cerró los ojos, abandonándose a ella, y al beso que él ponía en su cuello.

—Tenía dudas sobre qué pinturas comprar —dijo Colin como si le urgiera hablar de cualquier tema en el mundo—. El dependiente me convenció de escoger estas. Parece que el color es más vívido y duradero, o eso dijo él. No queremos que tus pinturas luzcan desvaídas con el tiempo.

—No se equivocó —susurró, aun con los ojos cerrados—. Gracias, Colin.

—Y ahora, ¿qué es lo que tienes en mente? ¿Un paisaje...? ¿Un retrato, quizás?

—¿Un retrato? —Se rio—. Te dije que no pinto retratos.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No... Es muy complicado.

—Para una artista prodigiosa como tú no debe suponer ningún reto.

Laurel sonrió.

—Me tienes demasiada fe.

—¿Y cómo no hacerlo? Eres el hada madrina de Pippa —la apretó más contra sí—. Después de construir el comedero de pájaros y ganar la muñeca en la feria del pueblo te cree capaz de las hazañas más increíbles.

Ella soltó una risita inmodesta y le echó un vistazo por encima del hombro.

—¡Que exagerado!

—Discútelo con ella si lo deseas. Me lo ha dicho, y creo que no se equivoca.

—No lo sé —suspiró—. Los rostros no me dicen nada sobre las personas. Me saca de quicio cuando los pintores hablan de «ojos inteligentes» o «sonrisa de ángel». ¡Es absurdo! ¿Acaso alguien ha visto a un ángel sonreír?

Ahora era Colin quien reía.

—Quizá se refieren a ángeles terrenales —Con un movimiento gentil la giró hasta ponerla frente a él. Su mirada a una distancia que casi le hacía bizquear—. Y sobre los ojos inteligentes... pienso que esos artistas podrían estar influenciados por la fe que tienen en las personas. Como yo la tengo en ti, Laurel —ella le observó atenta, bebiendo de su belleza. No se creía capaz de plasmar semejante perfección, aunque se pasara el resto de la vida estudiando con Renoir y Delacroix—. Eres maravillosa, loca o no. Y estoy convencido de que puedes pintar un rostro y lo puedes hacer mejor que ningún artista que yo haya visto jamás. Todo lo que haces es perfecto, Laurel.

—Ya veremos —le dijo tras poner un beso en sus labios—. Por ahora, me siento más cómoda con los manantiales, los jardines y los paisajes campestres, así que la finca Marsham parece el lugar correcto.

—¿Quieres que te acompañe a buscar un buen lugar?

—Por favor...

Horas más tarde estaban al aire libre, en un punto favorable entre las

caballerizas y la casa, que Laurel había encontrado idóneo para estrenar sus útiles. Desde allí se podía apreciar la estructura de Marsham House, cubierta de rosales trepadores y flanqueada por árboles, dominando el terreno en una potencial escena primaveral.

Comenzó a mezclar las pinturas con asombrosa eficiencia, creando nuevos colores a partir de impensables combinaciones y comprobando su consistencia con la yema de los dedos, como la más prolija de las artistas. Mientras tanto, Colin instalaba el caballete con el lienzo —que no había podido envolver— y un par de sillas a una distancia prudente la una de la otra. Luego se relajó mientras la miraba trabajar, dejando crecer un atractivo ceño fruncido.

Era curiosa su meticulosidad, su prolija atención a la perfección de los detalles. Colin se maravilló al comprender que estaba asistiendo a la transformación de una mujer esquiva y excéntrica en una diosa capaz de crear su propio universo a partir del movimiento del pincel sobre un terreno virgen. Era como contemplar un acto de magia donde se sabe de antemano que no hay trucos.

De pronto, Colin comenzó a hablar sobre la primera vez que había visitado la finca, cuando el nuevo lord Saint Albans tomó posesión; sobre lo desconfiados que eran los jornaleros en un principio, y sobre el potencial que había visto en aquel pedazo de tierra olvidado y desaprovechado desde hacía años. Entonces, había deseado salvarlo de las manos de un petimetre que jamás se había ensuciado las manos con tierra.

Sin embargo, se daba cuenta de que a Laurel le costaba captar su atención mientras llevaba a cabo su baile de colores sobre el trozo de tela. Recordó su abstracción mientras pintaba el comedero de pájaros, y supo que la chica se tomaba en serio su trabajo. Entonces se quedó callado por un largo momento, tan solo mirándola.

Solo Dios sabía cuánto agradecía su capacidad de reponerse a las circunstancias que le había tocado vivir. Después de lo sucedido con Keegan, Cualquier otra chica en su lugar estaría destrozada. Pero Laurel había decidido olvidar. No habían vuelto a hablar del asunto, ni de la suerte de su agresor.



Según le había hecho saber el alguacil, Keegan había despertado terriblemente aquejado hacía escasos días. Su padrastro, Bo Carlisle se había negado a hablar con él después de conocer la razón por lo que se hallaba en el hospital. Al parecer, no era la primera vez que el sucio bastardo cometía actos contra la ley, pero esta vez, el socio del señor Benson, que había intentado desesperadamente ponerlo en el carril correcto recomendándolo como empleado de la harinera, se negó a solapar sus desafueros. Lo dejó en manos de la policía, para horror de su esposa.

La tarde anterior, Colin había recibido una carta del señor Carlisle donde lamentaba el suceso y se avergonzaba profundamente por el acto cometido por su hijastro, a quien juraba haber puesto a la orden de la ley. Colin no estaba del todo satisfecho, pero se conformaba con que Keegan viviría para pagar por su delito.

Lo único que a veces no le dejaba dormir por las noches era la razón de que Laurel tuviese tanta resistencia al dolor. ¿Acaso la habían abusado tantas veces que ya le resultaba un hecho de lo más común? ¿Cuántas veces lo habían hecho? ¿Quién?

Tenía tanto miedo de preguntar que su necesidad de saber pareció apaciguarse, pero solo por fuera, porque por dentro su mente clamaba por la verdad.

Ninguno de los dos fue consciente de la cercanía del ocaso, hasta que la oscuridad comenzó a tinter el cielo, y la sesión de pintura acabó. Entonces Laurel pareció despertar de su sueño.

—Lo siento. ¿Dijiste algo? —Le preguntó frunciendo el ceño.

Él dejó escapar una sonrisa cansina, pero no desprovista de humor.

—Ni una sola palabra.

Juntos recogieron los instrumentos. Le tomó de la mano y se la llevó de vuelta a casa.

Algunas noches más tarde volvió a llover implacablemente. Después de la cena, Pippa trajo uno de sus libros de cuentos y leyó en voz alta mientras Laurel y Colin le escuchaban fascinados desde el sofá. Las clases con la señorita Pemberton mostraban sus frutos, y ahora la pequeña se había convertido en toda una aficionada a las historias.

La chimenea encendida les dotaba de un apacible calor. Sobre ella, el cuadro de Marsham House que Laurel había pintado colgaba orgullosamente, haciéndose de vez en cuando con admirada contemplación de los presentes.

Esa noche solo estaban los tres, en vista de que el señor Gardiner había tomado últimamente la costumbre de cenar en su habitación, y la institutriz se sentía algo indispuesta, según había anunciado Viv más temprano.

Colin comprendía que aquellos desaires eran modos de protesta contra Laurel, pero él no estaba dispuesto a darles más importancia de la que tenían. La joven, en cambio, parecía felizmente inmune al desdén de los demás habitantes de la casa. Ahora mismo parecía embebida en la historia que Pippa leía, la de un niño huérfano que vivía en las calles de Londres y lustraba los zapatos de los lores del parlamento.

El niño, al que llamaban Willy Bucket, vivía una vida solitaria y miserable bajo uno de los puentes de la gran ciudad, pero compensaba su soledad con la compañía de numerosos amigos imaginarios, una riada de seres extraños que le acompañaban adondequiera que iba, metiéndole en problemas de vez en cuando.

Colin se puso tenso ante aquel incongruente argumento.

Tras hacer una pausa reflexiva en la lectura, Pippa exclamó:

—¡Ya quisiera yo tener amigos así! ¿No sería maravilloso, papá?

—Créeme, Phillipa, los amigos reales no tienen comparación —masculó él.

—Pero, ¿no lo has oído? ¡Willy Bucket no tenía amigos verdaderos, ni familia! —Insistió ella—. Tenía que inventarlos para no estar solo.

—A diferencia de tú que tienes todo eso y más.

Pippa, que parecía absurdamente entusiasmada con el libro, ignoró el comentario de su padre y siguió deleitándose con las cualidades del personaje.

—¿Tenías amigos como estos cuando eras una niña, Laurel?

—Me temo que no tenía tanta imaginación en ese entonces, querida —la aludida se encogió de hombros—. Para mí estaban bien los animales de granja y alguna que otra muñeca.

—Que mal... los amigos imaginarios deben ser más interesantes.

—Te recuerdo que es no es más que fantasía, hija —insistió él con dureza.

—Sí, pero...

—¡Basta ya, Phillipa!

Colin, que siempre había sido paciente y tolerante con su hija, perdió los papeles del modo más inesperado, al punto que Laurel dio un brinco. Y ni hablar de su hija, que ahora mismo le miraba como si aquel señor fuera alguna suerte de intruso y no su amoroso padre. Un doloroso asombro, religado con tristeza, asomaba a sus ojos.

—Este libro no es bueno para ti —le dijo él, haciéndose con el tomo—. Le diré a la institutriz que debe seleccionar mejor el material de estudio. Mira que amigos imaginarios... que estupidez.

—Pippa, es algo tarde —acertó a decir Laurel, algo asustada, mientras se ponía de pie—. Deberías ir a descansar si quieres estar fresca para la lección de mañana con la señorita Pemberton. Si sigues por ese camino pronto estarás leyendo libros más pesados.

Pippa, aun con los ojos brotados, se despidió esbozando un leve «buenas noches» y se marchó de la mano de su niñera.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué le gritaste? —Susurró desconcertada cuando regresó, una media hora más tarde.

Encontró a Colin manipulando el libro en cuestión, revisando su contenido con un ceño de disgusto.

—Le pediré disculpas mañana —dijo mientras pasaba cada página con un latigazo de reprobación—. Esto es lo más absurdo que se ha escrito. No le pago a Pemberton para que le dé a mi hija lecturas tan superfluas.

—Colin... ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué no te gusta el cuento?

Él dejó el libro en el suelo con un sonido estremecedor. Se lo quedó viendo mientras intentaba ordenar sus ideas, mientras se daba cuenta de que su reacción había sido torpe y desconsiderada, movida por un sentimiento de pánico que brotó de la nada.

Al final hizo un ademán de rendición y se llevó los dedos al puente de la nariz. Laurel, armada de paciencia, se arrodillo frente a él y le tomó de la mano.

Al cabo de un momento dijo:

—Siempre he temido que la enfermedad de mi hermano trascienda nuestra generación.

—¿De qué estás hablando? —Laurel se sentó a su lado en el sofá.

—De Tobías. Ese era el nombre de mi hermano mayor. Estaba loco — sacudió la cabeza con dolorosa vehemencia—. ¡Loco de atar!

Laurel le miró perpleja.

—¿Tu hermano era como yo?

—No —susurró él con un rastro de humor—. No, de ninguna manera. Tú, mi hermosa y excéntrica, eres la cordura encarnada comparada con él. Tobías no tenía consciencia sobre sí mismo y necesitaba ayuda hasta para alimentarse.

Jamás dijo nada coherente en toda su vida. Pero lo más curioso acerca de él era que hablaba con seres que solo existían en su imaginación... igual que ese odioso niño del cuento.

—¿Amigos imaginarios? Pero... suena tan inofensivo.

—Quizá en un niño pequeño, pero Tobías tenía dieciséis años y seguía viéndolos y actuando como si fueran reales. Cada vez eran más y más, con nombres extraños, descripciones que podían horrorizarte y solo ellos existían para él. Con los años, lo que se pensaba era un juego de niños se fue convirtiendo en algo perturbador.

—¿Por qué? ¿Qué hacía Tobías? —preguntó ella con una curiosidad casi infantil.

Colin tragó saliva fuertemente.

—Decía que sus amigos le obligaban a hacer cosas, cosas terribles, como ahogar a nuestro gato en la lavaplatos o golpear a una niña en la calle. Nuestra familia siempre estaba en problemas por esa causa; en el pueblo donde vivíamos nos miraban mal. Por ello no le podíamos dejar solo... Y luego estaban esos ataques cuando mi padre le golpeaba para castigarle por alguna fechoría.

—Pero no era su culpa. Está claro que sufría algún tipo de... enfermedad.

—Lo supe mucho después pero, mis padres, que eran profundamente cristianos, pensaban que un demonio había tomado posesión de su cuerpo. Cada año hacían venir a un exorcista a casa, hacían sus sesiones y mi pobre hermano terminaba golpeado y débil, pero no menos loco. No fue fácil crecer viendo aquello, Laurel.

—Apuesto a que no —susurró ella, un poco avergonzada porque en su niñez tampoco mostró una conducta ejemplar, y de seguro su hermana Becky había sufrido, al igual que Colin—. ¿Tu hermano te hizo daño alguna vez?

—Muchas veces —suspiró tristemente—. Un día, cuando yo tenía nueve años y él trece, me lanzó desde una ventana y perdí el conocimiento por varias

horas. Gracias a Dios no estuve consciente para ver cómo padre le golpeaba hasta la saciedad.

La joven apretó los párpados, sintiendo una pena infinita por Tobías.

—Tal parece que la vida de tu hermano fue más difícil que la mía — reflexionó. Él le acarició un mechón de cabello—. Lo amabas mucho, ¿verdad, Colin? No te importaba que estuviera loco.

—Llegué a pensar que yo era la única persona que le amaba en el mundo — se detuvo a mirar la lluvia caer más allá de la ventana. Laurel podía sentir su tristeza, aunque por lo general los problemas de la gente le parecían extraños y lejanos—. Le seguía la corriente, le decía que yo también veía a sus amigos, pero jamás logré crear un vínculo fraternal entre nosotros. Era como si viviésemos en dos mundos distintos y solo yo fuera capaz de verlo a él... me moría porque me viera también, pero nunca fue así. Creo que jamás existí para Tobías. Pero sí, le amé mucho.

Dios santo. Laurel jamás imaginó que Colin hubiera conocido aquel dolor.

—¿Tus padres lo llevaron con un doctor?

Ella temía la respuesta, porque sabía que los doctores no tenían una maldita idea de cómo sanar a una persona enferma de la cabeza.

—Ellos ya no podían con él. Habían perdido la fe para cuando cumplió diecisiete. Era una carga demasiado pesada. Ya sabes, una cosa es cuidar a un niño para que no cometa travesuras, y otra muy distinta evitar que un adulto alto y fuerte se meta en problemas.

»Al principio, padre y madre se negaban en redondo a recibir la ayuda médica; creían que era una pérdida de dinero. Decían que los médicos no podían intervenir en algo que solo Dios podía arreglar, pero al final accedieron, yo pienso que para descansar de mi hermano de una vez por todas. Habían pensado en hacer una pequeña habitación en el patio y encerrarlo allí, pero mi tío Ralph, gracias a Dios, los disuadió de hacer tal bajeza.

»Un médico muy amable y elegante vino al pueblo un día y les ofreció un

lugar de descanso para Tobías, donde le curarían con los tratamientos más avanzados. Ellos lo entregaron no bien supieron que todo el servicio no costaría ni un chelín. Ese médico les dijo que los especialistas tenían una cura y que necesitaban probarla en personas enfermas para validar su efectividad, pero para ello debían llevarse a Tobías a Londres. Lo hicieron. Mis padres lo entregaron y ellos se lo llevaron allá.

—¿Qué sucedió allí? ¿Lo... ayudaron?

Colin negó con la cabeza; su mandíbula fuertemente apretada.

—Un día me escapé de la escuela, quería visitarlo. Mis padres nunca lo habían hecho y a mí me lo habían prohibido. Me subí al tren sin billete —sonrió melancólico—. Llegué a la ciudad por primera vez, sin conocer a nadie y sin saber adónde ir. Pregunté a la gente por un lugar llamado Bedlam —Laurel cerró los ojos, porque había oído hablar de ese sitio infernal. Su miedo más terrible siempre fue acabar allí—. Hasta que logré dar con él. Era horrible, pestilente, insalubre. Las enfermeras eran malas con los locos, los golpeaban, les gritaban obscenidades, les privaban de la comida cuando desobedecían.

»Comprendí que nos habían engañado. No era una casa de descanso, como nos habían dicho. Era un maldito manicomio repleto de locos peligrosos y doctores aún más peligrosos. Pregunté por mi hermano, pero no me dejaron verlo. Eso me enfureció, así que grité; exigí que me pusieran en contacto con el médico que se lo llevó. Cuando me encontré cara a cara con él, quiso mantener su mentira. Me dijo que debía esperar unos meses para que Tobías se curara. Le insulté. Le amenacé con llamar a la policía. Le dije que quería ver a mi hermano y llevármelo a casa lejos de todos esos buitres... Entonces me dijo que yo no era más que un chiquillo estúpido y que Tobías ya no era mi hermano. Me exigió que me olvidase de él y volviera a casa —Una delgada lágrima corrió por su mejilla—«Ahora es nuestro». Fue lo último que escuché de ese bastardo.

—¿Qué significa eso?

Laurel no se había percatado de que ella también lloraba, y que apretaba los

bordes del cojín con tanta fuerza que los dedos le dolían.

—Mis padres lo vendieron —sollozó finamente.

—No, Colin. Ellos... seguramente no sabían...

—Sí que lo sabían —la interrumpió con amargura—. Al volver a casa les conté todo lo que había sucedido en Bedlam, todo lo que había visto. Creí que estarían tan horrorizados como yo, pero parecían estarlo más por el hecho de que yo hubiese escapado a Londres.

»Durante un tiempo intentaron convencerme de que lo mejor para Tobías era estar en un manicomio. Allá al menos tendría vigilancia, gente que se ocupase de él todos los días, médicos y enfermeras que usaran los métodos adecuados para una persona desquiciada, como él. Ellos eran los únicos que podían frenar sus ataques. ¡Me negué a aceptarlo! ¡Jamás creí que pudieran ser tan crueles! Después de eso me prohibieron volver pronunciar el nombre de mi hermano y me pidieron que lo olvidara... justo como lo había hecho el maldito doctor.

—¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Cómo pudieron, Colin? ¡Sus padres...!

—No lo sé —suspiró largamente. Se deshizo de un par de lágrimas con el dorso de la mano, intentando con desespero ahuyentar la vulnerabilidad que lo había embargado—. Con el tiempo averigüé un par de cosas. Esos médicos solían buscar a gente como mi hermano para realizar pruebas médicas. Nunca supe de qué tipo. «Nadie puede ayudar a Tobías, así que lo mejor es que Tobías ayude al mundo», había dicho mi madre una vez, pero en ese entonces no lo había captado.

»Yo estaba decidido a sacarlo de allí, pero un día —hizo una pausa para recomponer su voz—, un hombre de manicomio vino a casa en un coche fúnebre para entregarnos su cuerpo. Nos dijeron que no había reaccionado bien a un tratamiento, y que había muerto en paz —hizo otra pausa en la que Laurel le tomó de la mano—. Eso fue todo. Mi madre jamás dejó que se abriera e ataúd, así que ni siquiera pude despedirme de él.

Las palabras de Colin se fueron apagando hasta caer en un silencio



impotente, interrumpido por el crepitar de la leña en el hogar. La lluvia se había detenido, y los quinqués parpadeaban, amenazando con extinguirse de lleno en cualquier instante.

—Colin... cielo santo —susurró ella, abatida—. Lo siento mucho.

—No voy a mentirte. Todos nos sentimos aliviados. La muerte, en circunstancias tan penosas, era el mejor destino para él, pero aun así...

Dejó la frase colgando, y Laurel se quedó esperando en vano. Colin se aclaró la garganta, en un esfuerzo para recomponer su humor.

—¿Después de eso te peleaste con tus padres?

—No he vuelto a verlos desde que volví de la guerra, y ellos hace tiempo dejaron de intentar contactarme —Laurel le tomó de la mano más fuertemente—. En fin. Me excedí con Phillipa; no debí haberle arrebatado así el libro. Mañana hablaré con ella y me disculparé.

—Phillipa no es como Tobías.

—Lo sé. Y Dios sabe cuánto le agradezco por eso.

Las manos de Laurel estrujaron las de Colin, cálidas y ligeramente sudadas. Lo estudió de una forma distinta; ahora que conocía su parte más vulnerable. Laurel jamás creyó ser capaz de mirar dentro de una persona; jamás había saboreado el hecho de compartir con otro ser un humano un mismo sentimiento. Pero con él y con su adorada Pippa era tan sencillo...

—Colin, sabía que había una razón para que fueras tan noble con las personas como nosotros —susurró—. Es decir, como Tobías y yo. Y ahora lo veo. Tú amaste a tu hermano y le viste sufrir. Tu corazón se ha abierto para aquellos que son rechazados.

Él la obsequió con una sonrisa triste. Tomó su rostro entre las manos.

—Dios del cielo, ¿cuántas veces debo decirte que no estás loca, muchacha tonta? —Sus ojos brillaron, repentinamente serios—. Pero me horrorizo de pensar en lo que has pasado, en lo que te han hecho solo porque tienes la

insólita costumbre de no actuar como se espera y de decir la verdad en todo momento, aunque sea inapropiada.

—Esa es la descripción de una persona que está loca —Se encogió de hombros. Era lo que le habían dicho desde niña—. No la he inventado yo...

—Debería haber otra palabra para describir lo que tú eres, Laurel; otra que no fuera «loca»; una palabra complicada y sublime como tú. Y para que lo entiendas de una vez, mi hermano no tiene que ver en esto. Te amaría aunque Tobías hubiera...

Colin se frenó al escucharse a sí mismo, y comprender la gravedad de lo que acababa de confesar. Santo cielo. Había sido una declaración en toda la regla.

¿Se asustaría ella? ¿La confundiría con sus torpes pero sinceras palabras? ¿Qué debía hacer a continuación?

Laurel había abierto los ojos hasta más no poder.

—¿Dijiste... que me amas?

—Sí. Sí, eso dije.

Ella rio y jadeó al mismo tiempo.

—Yo también. Yo también te amo, Colin.

La respuesta de Laurel, clara y afanosa, desvaneció todo viso de preocupación. Él la observó enternecido, exultante al punto de enmudecer. No encontró algo más apropiado que hacer en aquel momento que tomar su rostro y acercarla a él con resolución.

La besó denodadamente, sin calibrar su propia fuerza, pero ella no protestó porque estaba acostumbrada a su deliciosa rudeza, a su efervescencia que era reflejo de la suya. Dejó que, más que explorar su boca, la consumiera, y la devorara a placer.

Sin apartar la boca de ella, Colin la arrastró hasta su regazo, y Laurel

quedó posada sobre los fuertes muslos. La cercanía la sorprendió y excitó igualmente. Su corazón estaba enloquecido, y su cuerpo entero clamaba por más.

—No quiero perderte —jadeaba él entre besos cortos y sonoros. Su rostro atractivo recortado por las luces parpadeantes de los quinqués—. No quiero que alguien venga a reclamarte y te aparte de mí. Quiero que esta sea tu casa. Que te quedes conmigo.

La reacción de Laurel fue una risa cantarina de puro placer. No había nada en el todo mundo que quisiera escuchar más. Ella también deseaba quedarse.

Para siempre.

—No iré a ninguna parte —susurró cuando Colin comenzó a hurgar en la botonadura de su blusa y a besar casa rastro de piel que quedaba expuesto ante él.

En encuentros pasados, no habían llegado más lejos de unas caricias profundas y unos besos que los dejaban deseosos y jadeantes. Colin se dedicaba a acariciarla, a estimularla para luego alejarse dolorosamente de ella, convencido de que era muy pronto para ir más allá, después de lo que le había sucedido.

Pero cómo sufrían ambos. Cuánto deseaban avanzar.

Esta vez, sin embargo, ninguno de los dos estaba seguro de poder frenar sus propios impulsos. El deseo galopaba abiertamente tras confesar sus palabras de amor. Colin, olvidando donde se hallaban, había abierto parcialmente la blusa de Laurel, dejando al descubierto la cima de unos espléndidos pechos que solo había acariciado sobre la ropa. Se repantigó en el sofá para verlos mejor, y se los quedó mirando mientras salivaba abundantemente y sus dedos recorrían la espléndida llenura.

Laurel quiso barrer cualquier viso de vacilación. Le tomó las manos y las puso sobre sus pechos, hambrientos, que se movían al ritmo de una respiración desaforada. Sus ojos suplicaban que la tocara, que la amara y que borrara cualquier rastro de otro hombre.

—Colin, hazme el amor.

Le giró una orden fiera, anhelante, que él no se atrevía a desoír. Sus ojos eran dos llamas azules que podían enviarlo a un precipicio o elevarlo al cielo más excelso si así lo deseaban. Colin supo que debía cuidarse de ella, porque entendió que Laurel podía hacer con él lo que quisiera, y él estaría encantado con semejante rendición.

La miró con ojos vidriosos. Dos azabaches de deseo refulgiendo en la noche. Se levantó del sofá y le tomó de la mano.

Caminaron escaleras arriba sin decir una palabra, sin hacer ningún ruido, sin soltarse de las manos. Dos manos que temblaban de anticipación, igual que los dos cuerpos.

Llegados a la habitación de Colin, él cerró la puerta y, sin darle tiempo de sentirse tímida, la estampó con su cuerpo contra la madera. Los besos que le dio esta vez no se parecieron a ninguno que hubiesen compartido en el pasado. Eran mucho más íntimos. Increíblemente más profundos, al punto que sintió la lengua masculina internarse en su garganta y saquearla por completo. Una sensación de deliciosa entrega caldeó cada fibra de su ser, cada recodo de su alma. Estaba urgida de darse a él en todos los sentidos.

Laurel recibió sus besos, acarició sus antebrazos, fortísimos, cubiertos de un suave vello y recorrió su pecho musculoso, forjado con el más rudo trabajo de campo. Su silueta lucía más grande, más poderosa y alta a contraluz. Un quinqué encendido cerca de allí le confería el cariz de un feroz guerrero. La rigidez de su mandíbula y la fuerza de su talante eran novedosas para ella, por lo que asumió que así lucía cuando estaba poseído por el deseo.

Un ligero estremecimiento le avisó que Colin la había despojado de la blusa. La giró con cierta rudeza, para pelearse con las cintas del corsé, que fue cediendo poco a poco mientras ella esperaba jadeante, con las manos apoyadas en la puerta, a que terminara de desatarlo y librarla de la sujeción de la prenda. Cuando el corsé cayó al suelo, la camisola le fue arrebatada seguidamente. Luego fueron las manos de Colin las que la rodearon.

El contacto piel con piel era embriagador. Laurel dejó caer la cabeza hacia atrás y gozó del tacto de Colin, de sus palmas ásperas, que cuando la recorrían dejaban una estela de placer. Arqueó la espalda con un estremecimiento, y ésta se pegó al duro pecho de él. Un par de dedos atrapó un pezón endurecido y lo estimuló hasta enloquecerla. La otra hizo lo mismo con el otro pezón, hasta que Laurel gimió, volviendo a curvar la espalda, atacada por una necesidad de ser tocada que le pareció casi ridícula.

Colin besó su cuello, y especialmente su vergonzosa zanja, como una muestra de que aceptaba aquel hecho de su pasado. La mordisqueó con suavidad, le susurró a su oído derecho palabras de amor, le pidió paciencia, y a continuación bajó por su cuerpo, afanado en retirarle la ropa de la cintura para abajo.

Ella tenía intención de hacerle caso y mantener la calma, pero era tan difícil lidiar con aquello que la envolvía. Su bajo vientre se estremecía con un ligero cosquilleo, su cuerpo se retorcía con las ganas de ser abrazada, y una creciente humedad en su parte más íntima comenzaba a desconcertarla.

De pronto, las manos de Colin volvieron a tirar de sus ropas. Ella hizo lo mismo, ahora que él estaba acuclillado. Le sacó la camisa por la cabeza y acarició su cabello rizado, negro como la noche, mientras él se dedicaba a despojarla de los botines.

Al cabo de un momento Laurel se vio completamente desnuda, delante de él, y le gustó saber que no experimentó ningún pudor. Colin se la quedó mirando hacia arriba, con los labios entreabiertos y la respiración pesada, como un fiel observa a una diosa pagana que recién se le ha aparecido.

Ella le sonrió, con lo que le animaba a continuar.

Entonces, su amante tiró de ella con un movimiento súbito que la confinó a sus brazos, y quedaron cara a cara. Volvieron a besarse con virulencia, mientras sus cuerpos se entrelazaban en el suelo; una amalgama de miembros pálidos y morenos. Él la acarició con paciencia, la besó en cada recodo de su cuerpo, se deleitó con sus reacciones, suaves e inocentes, y dejó caer

lujuriosos cumplidos que la hicieron sonrojar.

Laurel descubrió, asombrada y deleitada a partes iguales, que Colin tenía el pecho cubierto de un delicioso vello oscuro. Jamás había visto algo tan hermoso, ni tan varonil en toda su vida. Atacada por una necesidad inexplicable, acarició aquel pecho, lo mordisqueó ligeramente, como si se le fuera la vida en ello, mientras él, tumbado en el suelo y encantado con su osadía, jadeaba su nombre.

De pronto, Colin la atrajo de nuevo hasta él, y en un segundo era Laurel quien tenía la espalda pegada al suelo de madera. Tumbado sobre ella, le prodigó más besos, que ahora bajaban por su garganta, caldeando la piel a su paso.

Su lengua acarició los pezones erguidos y sensibles, sumiéndola en un trance de lujuria. Después fue su boca la que se posó hambrienta sobre la carne de sus pechos, y succionó audiblemente, enviando ondas de precioso calor a todo su cuerpo. Laurel se sujetó a los hombros, redondos y macizos, mientras disfrutaba, retorciéndose, de aquel regalo de su boca, húmeda y caliente.

Las manos de Colin se deslizaron entonces por sus blancos muslos, buscando nuevos territorios para explorar. Impaciente, Laurel separó las piernas, dispuesta a recibir sus atenciones sin el menor reparo. Los dedos masculinos encontraron, acariciaron y mimaron ese delicado punto de su anatomía que parecía arder de impaciencia. Su cadera se elevó para encontrar más profundamente los dedos, diestros y ásperos, y luego la mano que la torturaba y la complacía con un roce certero.

Ella le vio ponerse de pie y sacarse los pantalones con una urgencia vertiginosa. Entonces vio su espléndida desnudez; era una columna de puro músculo, cubierta de una tersa piel morena que brillaba a la luz del quinqué. Tanta magnanimidad, pensó, era comparable a la de las estatuas que había estudiado en sus libros de arte. En ese entonces, había creído que el artista había idealizado ridículamente a los seres humanos, que nadie podía ostentar tanta perfección, pero cuán equivocada estaba. Colin superaba a aquellas creaciones de yeso sin alma que, si fueran capaces de albergar emociones,

estaba segura, sentirían vergüenza a su lado.

Laurel suspiró y le llamó para que la tomara, antes de que su locura y su necesidad se volvieran contra ella. Él lo hizo. Se acostó sobre su cuerpo, sosteniendo su peso parcialmente sobre los codos y las rodillas para no aplastarla. Le miró con un amor reverencial y un deseo que parecía a punto de desbordarse.

Laurel lo abrazó, abrumada por ese mismo amor.

Armado de resolución, Colin Marsham guio la punta de su miembro erguido hacia la delicada abertura del cuerpo femenino. Dadas sus espantosas experiencias pasadas, la joven esperaba una explosión de dolor; un dolor que ahora estaba dispuesta a aceptar, pero la invasión de Colin fue tan gentil y placentera, que fue como si realizara aquel acto por primera vez. Antes, tan solo había sido usada, sometida y humillada, y ahora era reverenciada, amada a cotas que parecían superar toda lógica.

Suspiró de plenitud y lujuria cuando le tuvo en su interior, cada vez más profundo. Sintió la respuesta de él, muy parecida a la suya, ante el primer abrazo de su cuerpo. Sus miradas se entrelazaron, colmadas de una dicha que se adivinaba en los ojos del otro.

—Estás hecha para ser amada, Laurel —la acarició con aquellas palabras, dichas con una voz plena de gozo.

—Solo quiero ser amada por ti.

Colin se movió lentamente, con lo que los dos cuerpos empezaron a conocerse. Con el paso de los minutos, fue un poco más rápido, más intensamente dentro de ella, redoblando el placer de ambos. La fuerza de sus estocadas la enloquecía, le hacía desear más. Entonces comprendió por qué él no había querido llegar a la cama. Un movimiento frenético como aquel haría rechinar toda la estructura y toda la casa despertaría ante semejante escándalo. Se rio con su ocurrencia, al tiempo que sujetaba el trasero de Colin y seguía el movimiento de su cadera con las palmas de las manos.

Empezaron a sudar y a jadear con intensidad, intercambiando besos y

palabras. Laurel se vio acercándose a una altísima cresta mientras los besos de Colin la abrasaban y su cadera se contorneaba contra ella a un ritmo simplemente perfecto.

—Colin, no te detengas, por favor... —suplicó, porque sintió que si lo hacía moriría, aunque pareciera absurdo. ¡Moriría allí mismo!

Él le hizo caso y continuó saqueándola con ferocidad, con una pasión embriagadora, y entonces el vientre de Laurel estalló en una oleada de placer... el placer más devastador que hubiera sentido alguna vez.

Tenía ganas de gritar, como la loca desaforada que era, pero milagrosamente recordó donde estaba y logró contenerse. Colin, consciente de su tormento, la besó y entonces su boca absorbió los alaridos de su potente orgasmo.

Minutos más tarde, fue él quien necesitó morderse los labios, porque el placer atronador que lo atravesó de lleno parecía ser más poderoso que su razón. Sin embargo, se hizo cargo de sus emociones, y se retiró antes de culminar.

Una lluvia cálida de virilidad se derramó sobre el vientre de Laurel, salpicó sus pechos y la colmó de una sensación inexplicable de pertenencia, mientras su amante jadeaba y repetía su nombre.

Se dejó caer junto a ella. Su respiración era un resuello poderoso de primaria satisfacción. Laurel le abrazó por un costado, y le confesó una vez más su amor.

Pasó casi una hora antes de que se sintieran capaces de levantarse y llegar hasta la cama. Allí durmieron abrazados, colmados de dicha, hasta que el amanecer los encontró.





## Capítulo 14

Laurel y Pippa se internaron en el bosquecillo en busca de un poco de inspiración. La primera llevaba bajo el brazo un lienzo en blanco, y la otra, la caja con los útiles que se usarían para su primera lección de pintura.

El clima era favorable para estar al aire libre. Después de unas cuantas semanas, la lluvia se había marchado luego de cumplir con su cometido: regar los campos de trigo —de los que ahora brotaban prometedoras espigas— y alimentar la vida del bosque. Así, los pájaros volvían a dejar los nidos para ejecutar sus complejos rituales de apareamiento y las mariposas comenzaban a zigzaguear por la hierba nueva.

Luego de buscar cuidadosamente, dieron con un recodo de lo más llamativo: un roble gigantesco se posaba sobre un pequeño claro cubierto de una alfombra de zarzas y jazmines. Tras él, un grupo de abetos se alineaban como un adusto ejército, luciendo verdes y resplandecientes vestiduras. Los ojos de Laurel absorbieron cada detalle, cada trazo de luz y sombra; sonrieron ante la magnanimidad del sol, que asomaba entre los tallos y la bóveda de hojas, y la superposición de las ramas, que se mecían con el viento, ejecutando una sutil danza.

—Mira, Phillipa, ¿cuántos verdes ves ahí?

—No lo sé, Laurel... muchos.

—Yo veo miles —suspiró—. Creo que nos faltará pintura.

Gypsy, que no les dejaba ni a sol ni a sombra, rasgó la corteza del árbol con sus pezuñas y soltó un par de ladridos de aprobación.

Ya instaladas sobre la hierba, Laurel instruyó a su pequeña pupila en el uso del carboncillo. Pippa dijo sentirse más cómoda dibujando a Gypsy que al complicado y altísimo árbol, Laurel estuvo de acuerdo y le ayudó a esbozar la figura de un perro a partir de formas geométricas.

Sobre su bloc, Pippa realizó algunos tímidos trazos, siguiendo las instrucciones de su paciente profesora, hasta que fue dando vida a los rasgos de un perrito que posaba echado despreocupadamente sobre la hierba.

—Lo haces muy bien —reconoció con una sonrisa ante el dibujo acabado.

—¿De verdad, Laurel? —Los ojos de la niña se iluminaron.

—Sabes que aunque quisiera mentir no podría hacerlo —volvió a mirar el dibujo que, aunque sencillo, era especialmente prolijo para pertenecer a una niña de cinco años, y estaba logrado con un bello e inocente pulso—. Tienes mucho potencial, cariño. Parece que con una alumna tan aventajada como tú no voy a tener que esforzarme demasiado.

—¿Tú también tuviste una profesora?

—No. Aprendí sola, supongo.

—Oh. ¡Eres muy lista!

—Bueno, siempre hay algo que todos hacemos mejor que nada. Creo que pintar es lo mío. Tú también descubrirás algún día lo que quieres hacer, o lo que te gustaría ser.

—La señorita Pemberton dice que pronto iré a la escuela y que después tendré que buscar un esposo con una buena «posesión», pero para eso debo ser buena —Laurel frunció el ceño—. Si no me comporto como una dama nadie me querrá.

Laurel le miró enternecida y enojada a la vez con la cuadriculada de Pemberton.

—Querida, eres muy pequeña para pensar en eso pero... aun así, creo que no tienes que esforzarte demasiado para ser buena, porque ya lo eres —la niña le observó con aquellos ojos azules, tan parecidos a los suyos, que hicieron que algo hermoso brotara en su pecho—. Pippa, no dejes que nadie te diga lo que debes ser...

Aquellas palabras...

Plena de asombro, Laurel reconoció la sabiduría de Gretty hablando a través de sus labios. Un aluvión de melancolía barrió todos sus sentidos.

Cómo extrañaba a su vieja y loca niñera; tanto que su recuerdo se había colado de la manera más insólita. Su memoria trajo de vuelta aquella última conversación, bajo la sombra de un bosque como ese, y su pecho se contrajo violentamente, amenazando con un sollozo. Gretty le había pedido que encontrara su lugar lejos de Kempshall Court y que no dejase que su madre y otras personas le marcaran con el estigma de su locura.

Era como si su presencia, o el eco de su voz carrasposa, hubiera sido traído con la brisa. Laurel deseaba poder decirle que había encontrado ese lugar en Winslow.

—Nadie puede decirte que no eres lo bastante buena —soltó embargada de amor por aquella pequeña—. Lo eres. Eres perfecta, Phillipa, y algún día decidirás por ti misma si quieres tener un esposo, hijos o... ¡o convertirte en la próxima señorita Austen!

—Está bien, Laurel —asintió con la cabeza y la abrazó fuertemente.

Esta vez no hubo resistencia, ni tensión; tan solo un sentimiento que había echado raíces profundas, y con él todas las vallas de su corazón se habían desplomado.

—Ya aprendiste a abrazar —reconoció la pequeña—. Te dije que era un pan comido.

La otra rio secándose un asomo de lágrima para que la otra no la viera.

—Laurel, ¿quieres mucho a mi papá?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Claro que sí, cielo. Y a ti también.

—¿Te vas a casar con él?

La mandíbula le tembló, al tiempo se desencajaba poco a poco.

—Pippa... No. No lo sé.

—Si lo hicieras serías mi mamá —dijo con una voz de inocente anhelo que la estremeció.

—¿A ti te gustaría? —quiso saber Laurel, estremecida de amor.

—Sí.

—Igual a mí...

Se miraron un largo instante, sosteniendo un par de sonrisas que eran eco una de la otra. No hacía falta palabras.

—¡Ahora tú!

La niña le tendió un pincel.

—¿Quieres que yo pinte?

—¡Sí! ¡Quiero ver cómo lo haces! Por favor.

Laurel aceptó el instrumento con una sonrisa. No quería negarle nada.

Quizá fuera una buena idea. Para ser honesta, seguía fascinada por el destello de verdes y dorados de aquel recodo del bosque y quería regalarle a Colin un hermoso cuadro que diera vida a su espartano despacho.

Durante un segundo, fijó su vista en el árbol y acto seguido comenzó a mezclar los colores con un poco de aceite de trementina, hasta lograr el primero de los verdes, uno suave y luminoso que serviría de base.

Diligente y curiosa, Pippa fungió como su ayudante, pasándole cada instrumento a la vez que aprendía su utilidad. Al cabo de un momento, conocía la función de cada pincel, cada botecito y el nombre y material con que estaba hecho cada uno.

Laurel humedeció el pincel más grande de la colección en la pintura resultante para luego llevarlo hasta la superficie llana y vacía del lienzo. Amaba el momento en que la espesura de la mezcla entraba en contacto con el tejido, hasta que lo absorbía en sus delicados filamentos y pringarlos lentamente con el color, porque era el preciso instante en que la magia comenzaba a ocurrir.

Armada con el pincel, su mano inquieta comenzó a deslizarse y a golpear el lienzo con calibrada suavidad, formando gruesos destellos de un verde con ribetes dorados. Seguidamente, usando los tonos más oscuros de su paleta, dio forma a las hojas sumidas en sombras. Con prodigioso cuidado esculpió las formas imprecisas de las ramas, los espacios cargados de luminosidad, donde los detalles eran más vívidos y la urdimbre de los tallos era más complicada.

Aunque fuese técnicamente imposible, estaba decidida a capturar el bamboleo de las hojas, ese suave *crescendo* que la brisa ejecutaba con tanta destreza, como la más suprema directora de orquesta de la naturaleza. Para ello necesitaba hacer prácticamente una proeza con los colores y con su técnica.

Frunció el ceño, poco dispuesta a amilanarse ante la complejidad del asunto. En el pasado, ella había pintado el laberíntico entramado de las alas de una mariposa búho y el resultado había sido satisfactorio, aun para un ojo tan exigente como el suyo. Aquello no podía ser tan difícil, pensó mientras escudriñaba su propia creación, a medio terminar, en busca de alguna idea ingeniosa.

Entonces recurrió a sus pinceles más delgados con la intención de crear arriesgados detalles de locomoción. Le tomaría muchísimo más tiempo acabar, pero valdría la pena el esfuerzo si podía hacer que las malditas ramas pudieran moverse en su cuadro. Batió los nuevos colores contra la paleta, haciendo un movimiento compulsivo, fruto de su inquietud.

Verde cobalto, azul cerúleo, amarillo limón...

Si no lo conseguía, se haría con un poco de yesca y quemaría el lienzo allí mismo.

Echó un vistazo cargado de frustración hacia las copas del roble, lo que supuso una verdadera humillación para alguien que se jactaba de mirar una sola vez un paisaje antes de reproducirlo con pasmosa perfección. El cénit de hojas sobre su cabeza se iluminaba y oscurecía conforme el viento los movía, mostrándole retazos de un cielo azul oscuro. Maldita sea... también necesitaría azules que...

Entonces, una mano pesada y tosca la arrancó de su embebecimiento artístico. Laurel se giró sobresaltada para ver el rostro sombrío de Colin, que se volcaba sobre ella, presa de un revoltijo de emociones.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gruñó.

Le miró confundida.

No entendía su rudeza, ni la razón para aquella mirada amenazadora. Sus bellas facciones se habían transformado en una máscara de cólera, y para ser honesta, la asustaba.

—Colin, ¿qué...?

—¿Dónde está Phillipa?! —Aquel grito taladró la parte más sensible de su cerebro, provocándole un soberano brinco—. ¡¿Dónde?!

Los alaridos le nublaron la razón. Por acto reflejo, soltó el pincel y se llevó las manos a los oídos para huir de aquella tortura, pero Colin, implacable, continuó azuzándola.

—¿Contéstame! —La tomó por los hombros y la sacudió con desespero—. ¿Dónde está mi hija? ¡Te la confié esta mañana y la has dejado sola, maldita sea!

Y la realidad cayó sobre ella como una despiadada lámina de hormigón. Sacudió la cabeza. Recordó que Pippa había estado a su lado hacía un momento... ¿Un momento?

A su alrededor, una noche negra como la tinta había teñido el bosque. Su árbol no era más que una columna que se fundía con el umbrío fondo. Los

pájaros se habían callado, salvo un búho que ululaba y una familia de grillos que chillaba tenazmente.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

—Yo... Pippa —gimió a tiempo que miraba a su alrededor con desespero. Una angustia creciente comenzaba a socavarla—. Estaba aquí...

—¡No puedo creer esto! —Berreó Colin, que se parecía un furioso tigre enjaulado; un tigre que amenazaba con devorarla—. ¿Cómo es que dejé a mi hija a cargo de una...?

—Señor Marsham, ¡por aquí!

Siguiendo la voz de uno de los peones, el padre de la niña corrió a través del bosque. Al menos una decena de hombres, armados con lámparas de gas, se movió en la oscuridad en lo que parecía una procesión de agitadas luciérnagas.

Pippa... ¿Dónde estaba su pequeña? ¿Adónde había ido? ¿En qué momento...?

Dejó de hacerse preguntas y corrió detrás de Colin y los hombres, sin hacer caso de sus útiles, o de la pintura inacabada.

Con cada paso que daba, su zozobra, su dolor y su temor crecían inconteniblemente. Era como si de pronto le hubieran robado todo el aire de los pulmones y éstos hubieran comenzado a arder hasta alcanzar su corazón. El bosque a su alrededor se le antojó un laberinto oscuro y fantasmal que pasaba a sus costados como la peor de las pesadillas.

La sola idea de que a Pippa le hubiera ocurrido algo malo le hizo sentir enferma. Le hacía enloquecer todavía más, si es que ello era posible.

Y ella lo había permitido, se recordó mientras daba tumbos entre la hierba y los árboles que se atravesaban en su camino.

Los hombres gritaban y el bosque les devolvía un chillido de pájaros nocturnos.



Convertida en un despojo de horror, llegó hasta el grupo de jornaleros que se habían dado a la tarea de buscar a Phillipa. Escuchó los lamentos de algunos de ellos, así como los ladridos desesperados de Gypsy. Pero lo que la trastornó fueron los gritos desesperados de Colin, de pie en el borde de un desfiladero.

Laurel acertó a asomarse, y gracias a la luz que proyectaba una de las lámparas, vio a Pippa yaciendo al fondo.

La casa Marsham era un hervidero de actividad a aquella hora de la noche.

Después de rescatar a la niña del fondo de la barranca, los hombres habían montado guardia en el patio, atentos a cualquier diligencia que pudiera ser encomendada por el señor. Un peón había salido a toda velocidad para buscar al doctor Hodges mientras Dorothy practicaba a Pippa los primeros auxilios.

La preocupación corría por cada pasillo y se concentraba en cada habitación como un tufo asfixiante. El accidente sufrido por la niña en el bosque había conmocionado a todos. Los gemidos de la señorita Pemberton se escuchaban en el recibidor, y desde la cocina, Viv, Kathy y la señora Timdale se pusieron a rezar entre sollozos.

Poco después del atardecer, el perro había regresado solo del bosque. Gypsy ladraba como un poseso y hacía maromas que desconcertaron a los sirvientes. El señor Marsham, que apenas regresaba de una exitosa jornada de trabajo con sus jornaleros, reconoció el comportamiento inusual del animal e intuyó que algo no andaba bien. Luego de enterarse que Laurel y la niña no habían vuelto del bosque, tomó la determinación de seguir al perro. Prestos, los trabajadores de la plantación se armaron con lámparas y le siguieron.

Cuddy les contó a las sirvientas y a la institutriz que, después de peinar el bosque por tres cuartos de hora, vieron a Laurel sentada en la oscuridad. La muchacha estaba sola, como un ánima en pena, y parecía no ser consciente de la ausencia de Pippa. La muchacha, haciendo honor a su locura, estaba pintado un cuadro en la oscuridad, lo que desató la ira e indignación del señor.

Justo entonces, la nariz de Gypsy encontró el rastro de la pequeña y guio a los buscadores al fondo de un desfiladero. Allí estaba ella; frágil, golpeada, inconsciente.

Según dedujo Dorothy, había recibido un golpe muy fuerte en la cabeza, razón por la cual había perdido el conocimiento. Los intentos de la enfermera por hacerle reaccionar habían sido infructuosos hasta el momento. Y ella sabía que mientras más tiempo permaneciera inconsciente mayor era el peligro que corría.

No tardaron en llegar los señalamientos y las reparticiones de culpa susurradas desde distintos lugares de la casa. «¿Cómo ha dejado el señor Marsham el cuidado de la niña a una loca desquiciada?», «A mí nunca me pareció acertado que Pippa estuviera con esa mujer», «Si le sucede algo a la señorita Marsham, esa mujer tendrá que pagarlo», «Mira que ponerse a pintar en la oscuridad mientras la niña está en el fondo de un precipicio; ¡eso solo puede ser obra de una mente atrofiada!».

Un momento después había llegado el doctor Hodges. El señor Gardiner le había relatado la situación y le había acompañado al dormitorio de la niña, donde Colin ardía de desesperación. Pippa aún no abría los ojos y el tiempo corría.

Aprovechando la llegada del médico, Laurel intentó entrar en la habitación. Colin escuchó sus sollozos y súplicas detrás de la puerta, y seguidamente la respuesta ruda y acusatoria del tío Ralph.

Colin había pasado las últimas dos horas en una nube de terror absoluto. Todas las plegarias que no había rezado en toda su vida las había repetido incesantemente en aquel espantoso lapso de tiempo. La visión de su hija, inerte en el suelo —sabía Dios desde hacía cuánto tiempo— había golpeado su alma; había puesto a prueba su cordura. Con cada movimiento de las agujas del reloj, la desesperanza recrudecía.

Aferrado a la niña, le había hablado a su esposa Ethel, rogándole que no se la llevara. Pidiéndole que intercediera ante Dios para que Pippa viviera y que

sus lesiones no fuesen de gravedad. El terror más sanguinario, que no había sentido ni siquiera en el fragor de la guerra, lo había tomado por el cuello y doblgado del modo más inhumano.

Aun temblando de angustia, hizo caso a la sugerencia del médico de acallar a la joven y salió al pasillo, donde Gardiner no desaprovechaba la oportunidad para soltarle una retahíla de insultos. Su socio le lanzó una mirada significativa antes de volver al recibidor para dejarle a solas con la muchacha. Colin había entendido el mensaje.

No bien Gardiner se alejó, ella intentó tomarle de la mano. Por acto reflejo, él se apartó.

—¿Cómo está ella? —quiso saber a medio camino del llanto, pero no parecía haber captado el gesto de rechazo.

—No ha despertado —masculló él y se dio cuenta de que su propia voz había adquirido un matiz luctuoso—. Se golpeó la cabeza al caer... y si pasa un minuto más sin que recobre la conciencia creo que me volveré más loco que tú.

La muchacha se frotó las sienes con vehemencia. Sus ojos, rojos y cansados, revelaban un llanto prolongado, pero Colin no estaba de humor para conmoverse. Sus emociones estaban volcadas por completo a la situación de su hija.

—No morirá, ¿verdad?

—¡Ni siquiera lo digas! —El gruñido escapó de su mandíbula, atenazada con furia, y ella le miró como si no comprendiera lo que estaba sucediendo. Ello le enfureció todavía más—. ¡No te atrevas a mencionar esa palabra en mi presencia después de todo lo que ha sucedido hoy, Laurel! Dorothy y Hodges están haciendo su mejor esfuerzo para salvar a mi hija del peligro donde tú la pusiste.

—Colin... sé lo que hice —lloriqueó—. Sé que fue un error encauzar toda mi atención a esa maldita pintura, pero es que... yo no lo controlo...

—¡No quiero escucharte ahora! —escupió—. Mi hija corre peligro, es lo único en lo que puedo pensar. Ruega a Dios, Laurel, si realmente eres creyente, para que despierte.

Él intentó volver a la habitación, pero ella le retuvo con todas sus fuerzas.

—¡No intento justificarme! —insistió—. Pippa me importa demasiado. La amo y no puedo siquiera describir cuán destrozada estoy, cuan culpable me siento por todo lo que dejé de hacer para protegerla. Jamás he sentido dolor similar, Colin, ni siquiera cuando murió mi padre...

—¡Magnífico! ¡Ahora hablas de tu pasado! —Reaccionó apretando los puños—. ¡Qué buen momento escoges para ser comunicativa! —Ella le miró aturdida, quizá porque no comprendía aquel despliegue de sarcasmo—. Me has fallado, ¿entiendes eso? El hecho es que el perro puede cuidar de mi hija mejor que tú, y ello no es algo que pueda tolerar. Te confié lo más importante —y allí su voz amenazó con quebrarse—; lo único que me importa en esta puta vida, y tú la dejaste caer por una barranca.

Sin poder rebatir aquello, Laurel bajó la mirada y guardó silencio.

—Pero entiendo que alguien como tú no puede con semejante responsabilidad —continuó—. Jamás debí pedirte que te hicieras cargo de una niña. ¡No estás preparada! Ni siquiera eres capaz de cuidar de ti misma.

Ella levantó los ojos, y con ellos le envió un dardo desesperado.

—¿Lo dices por Keegan?

—Lo digo porque tu vida parece ser un accidente tras otro, y quizá por ello no has querido ser totalmente sincera conmigo —la acusación la golpeó con fuerza. Todo era verdad—. No me pidas que te acepte de ese modo, Laurel. No me pidas que arrastre a mi familia contigo.

—No tienes que hacerlo —sollozó, con lo que el llanto comenzó a manar.

Colin la estudió, aun bullendo de furia. Furia porque ahora comprendía, del modo más doloroso posible, que ella no encajaba en su vida, y él había

intentado tozudamente que así fuera, aun en contra de la razón. Allí tenía las consecuencias... y furia porque aunque deseaba con fervor que su tono fuera más brutal, más determinado, lo cierto es que odiaba lastimarla. Sus lágrimas habían empezado a aniquilar sus barreras.

Pero no podía permitirlo. Debía ser firme.

—Tienes razón después de todo —susurró mirándola dolorosamente—. Sí estás loca y yo me he negado a reconocerlo. Lo que hacías mientras mi hija yacía al fondo de un desfiladero... fue un terrible desvarío.

—Perdóname.

Él se negó a ceder.

—¡Si mi hija no despierta, ni siquiera te perdonaré la vida, Laurel!

Fueron sus angustiosas últimas palabras. Colin se alejó de ella con pasos iracundos y dio un portazo antes de introducirse en el dormitorio de la niña.

Entonces supo que todo había terminado.

La madrugada transcurrió como una larga y dolorosa cadena de horas, minutos y segundos.

Cuando la claridad del nuevo día comenzó a decolorar el cielo cerrado sobre la finca Marsham, Laurel fue al establo y entregó el desayuno a Gypsy. Estaba tan agradecida de que hubiera estado allí para salvar a Pippa que lloró con él, le habló, aunque sabía que no podía entenderle, y se quedó con él mientras comía.

Recordó las palabras de Colin y supo que tenía razón. La niña jamás debió haber sido encomendada a una loca. Ella no era tan diestra como Gretty, que nunca permitió, pese a su locura, que a Laurel le sucediera algo malo.

Al cabo de un momento, la puerta del establo se abrió, y de ella surgió una figura delgada y orgullosa. Laurel se puso de pie y la miró expectante, porque

algo le decía que había venido a decirle algo importante.

—Señorita Pemberton... —susurró con voz carrasposa.

—Phillipa ya despertó —dijo la mujer con frialdad.

Entonces, ella creyó haber respirado por primera vez después de muchísimas horas. ¡Pippa había despertado! ¡Eso solo podía ser obra de Dios!

—Oh. Son excelentes noticias. Le agradezco mucho...

—No malinterpretes las cosas, muchacha. He venido a avisarte que la niña está fuera de peligro, pero también a comunicarte que el señor Marsham ha decidido echarte de la casa. Espero que comprendas que tienes sus razones.

—¿Echarme? —Sus ojos se abrieron como dos faros enormes, como enorme era su sorpresa... y su dolor—. ¿Colin quiere que me vaya...?

—Es lo que acabo de decir —se burló—. El señor Marsham ha sido extremadamente generoso contigo. Cualquiera otro en su lugar te habría enviado a prisión, pero yo no voy a cuestionar sus decisiones. Me ha pedido que venga aquí y te entregue esto.

La institutriz dejó caer delante de ella un saco de piel.

—¿Qué es? —Laurel lo observó con la mente en blanco. Su entendimiento aún estaba nublado por el anuncio de que debía irse de Marsham House.

—Parte de tu ropa, comida y algo de dinero para que tomes el tren a cualquier parte del país. Así que podrás regresar a casa. Te sugiero que lo hagas en este instante porque, como comprenderás, nadie quiere verte a la cara después de lo que hiciste.

Le tomó un momento asimilar aquello, mientras seguía mirando la bolsa de piel en el suelo. Colin la quería lejos. Sus palabras de amor, repetidas tantas veces, ahora lucían pálidas y lejanas en el recuerdo, y un torrente de lágrimas anegó sus ojos.

—No me iré sin ver a Pippa —soltó mientras se secaba un par de lágrimas.

Pemberton entrecerró los ojos.

—Pero si ella es la primera que no desea volver a estar cerca de ti.

—¿Qué? —Le miró henchida de asombro, pero sobre todo de dolor.

—¿Qué es lo que esperabas? ¡Casi muere por tu causa! La pobre está muy dolorida. Le estampó los huesos a las piedras. Es un verdadero milagro que ninguno de ellos esté roto. Piensa que si Gypsy no hubiera acudido a buscar al señor Marsham, ahora mismo estaríamos en un funeral.

La palabra *funeral* le erizó la piel. Le recordaba lo que había vivido en el funeral de su padre, y la piel se le erizó.

Una vez más agradeció que Pippa hubiera tenido a su lado a un ángel guardián capaz de salvarle. Alguien que no había sido ella, por desgracia.

—¿Y Dorothy...?

—Está ocupada atendiendo a la niña con el doctor Hodges, y tampoco está muy contenta con lo que sucedió —viéndose completamente desamparada, Laurel sollozó. Se llevó las palmas de las manos a los oídos, como si la realidad fuese un grito atronador—. Mira, muchacha —comenzó a decir Pemberton en deje más amigable—. Si en verdad amas a Phillipa, vete de aquí en este instante. Deja que yo cuide de ella. Como puedes ver, ya estoy recuperada de mi lesión. Tú sabes que no cuentas con las facultades mentales para cuidar de una niña... y en cuanto al señor Marsham... sé que por ningún motivo entregaría sus afectos a alguien que no puede proteger a su amada hija. ¿Y quién podría culparlo? Con el tiempo, algo como esto volverá a suceder, y quizá el desenlace no sea tan afortunado. Tu estado solo pone en peligro la vida de un ser tan inocente como Pippa. ¿Quieres volver a poner en peligro su vida? ¿Te atreverías a hacerle daño? —Laurel sacudió la cabeza—. Ahí lo tienes. Lo mejor es que te vayas.

No había salida. La señorita Pemberton tenía razón. Debía marcharse para siempre.

Volvió a mirar el bolso de piel, y luego a Gypsy, cuyos ojos brillantes le miraban, sin llegar a comprender lo que acababa de suceder.

Levantó el bolso y se lo echó al hombro con la torpeza de una niña pequeña. Su lentitud y falta de agilidad exasperó a la institutriz, que suspiró fuertemente.

—Por favor, dígame que lo siento y que espero que algún día me perdone por no haberla cuidado bien —le dijo a Pemberton con voz monótona.

—Te lo prometo.

Rose sonrió para sus adentros.

Había sido tan sencillo.

¿Por qué no lo pensó antes?

Miró a Laurel mientras cruzaba la puerta del establo y se asomó para asegurarse de que no volviera a entrar a la casa. La muchacha siguió el camino que llevaba al pueblo mientras avanzaba con una lentitud desesperante, casi arrastrando los pies a causa de su pena.

El día comenzaba a derramar sus tintes sobre el cielo, y un futuro más prometedor parecía dibujarse en el panorama.

«Ya está hecho», se dijo la institutriz satisfecha. «Es lo mejor».

La niña lucía débil y aturdida, pero al menos no manifestó dolor en la cabeza, y reconoció fácilmente a todos los que le rodearon. Con esto, los mayores temores del médico y de Dorothy se desvanecieron.

Jadeando de alivio, Colin elevó una plegaria silenciosa y tomó lugar al lado de su pequeña. La abrazó amorosamente, cuidando de no atosigarla con su ansiedad, pero había sido una tarea complicada. Las horas habían agujereado su cordura y puesto un peso enorme sobre su cabeza. El dolor, la desesperación y el miedo le habían manejado como a un títere, lanzándolo al vacío y atrapándolo en una espiral de terror.



Ahora que la veía despierta, supo que Ethel había escuchado sus ruegos.

Después de unas horas, las emociones habían tomado un curso más estable. Tras tomar una compota que la señora Timdale le había preparado, Pippa preguntó:

—Papá, ¿Gypsy está bien?

—Claro que está bien, cariño —le miró con ternura—. ¿Sabes una cosa? Fue él quien te salvó. Fue a buscarme cuando caíste. Debiste haberlo visto. No dejaba de ladrar y de mirarme como diciendo «Sígueme, tú, idiota. Nuestra pequeña nos necesita» —la ocurrencia le arrancó a Pippa una pequeña carcajada. Él no podía creer lo cerca que estuvo de no volver a escuchar aquel maravilloso sonido. Elevó una nueva plegaria para sus adentros—. Y cuando le entendí, me llevó hasta ti. Logramos salvarte.

—Es un buen perro, ¿verdad? —la última cucharada de compota le había impregnado los labios. Su padre la limpió con una servilleta.

—No podría pedir uno mejor.

—Laurel tenía razón: es listo. Gracias a Dios nos lo quedamos.

La sonrisa de Colin se tensó.

—Sí, mi amor —le retiró el plato, colocándolo sobre la mesita de noche—. ¿Qué sucedió allá en el bosque? ¿Por qué no me lo cuentas?

—Gypsy perseguía una ardilla. Yo no quería que se perdiera, y me fui tras él. Después no me acuerdo de nada.

—Está bien. No vale la pena recordarlo.

—¿Laurel terminó el cuadro?

De nuevo, Colin se puso rígido.

—Esto... No lo creo, hija.

—¿Dónde está ella?

—No lo sé... ¿Te apetece algo más de comer?

—¡No! Quiero ver a Laurel. Dile que venga.

Él apartó la mirada, vacilante, y luego volvió a centrarla en su hija, que le observaba con firme resolución. No iba a darse por vencida.

—Pippa, estamos muy molestos con Laurel. Por su culpa caíste por ese desfiladero y te golpeaste la cabeza. Estaba tan distraída pintando que se olvidó por completo de ti. Amor, casi muero del susto pensando que...

—¡Ella no hizo nada! —La mirada de la niña era de alarma y reproche.

—Es eso lo que está mal. Debió haberte cuidado mejor...

—Papá, ¡Laurel no tuvo la culpa! Ella no se da cuenta de las cosas cuando pinta.

—Esa no es una buena señal.

—Por favor, ¡no la castigues! ¿Es que no la quieres?

Algo vibró en su corazón. El reflejo de un sentimiento que habría preferido no poseer en ese momento; que había puesto a un lado mientras la angustia le corroía.

—Sí, la... la quiero mucho —reconoció a regañadientes.

—Entonces, entiéndela. Ella no está loca, pero no es como los demás adultos.

—Claro que no. Ella no es como ninguna persona que hayamos conocido antes... y es eso lo que me preocupa.

—Deberíamos cuidarla, para que nada malo le suceda. Ella no puede hacerlo sola. Su padre está muerto y su mamá no la quiere. No vamos a abandonarla nosotros también.

Colin frunció el ceño. ¿Cuántas confianzas se habían hecho?

—¿Ella te lo contó? —susurró y Pippa asintió—. ¿Qué más te dijo?

—Que te quiere mucho, y a mí —Él tragó saliva con fuerza—. Papá, dile que venga. Quiero pedirle perdón por haberla dejado sola en el bosque. No debí haber ido detrás de Gypsy; él conoce el bosque mejor que nosotras y jamás se perdería. Yo cometí un error.

Colin sentía un indisoluble nudo en la garganta. Su hija le había tocado el corazón con aquellas palabras, inocentes y cargadas de un amor incondicional. Ella, que acababa de darle el susto de su vida tras caer por una barranca y pasar largas horas inconsciente, estaba preocupada por Laurel, y se culpaba por haberla abandonado.

Se dio cuenta de que Pippa no solo era generosa, sino que comprendía la naturaleza de Laurel más allá de lo evidente, más que nadie en aquella casa. Quizá más que nadie en el mundo.

Por Dios, que parecían las mejores amigas... o más que eso: eran almas gemelas.

Una el reflejo de la otra.

Si él fuera un agorero diría que en otra vida habían sido madre e hija.

Ethel no vivió lo suficiente para establecer una relación con su hija, pero Dios había querido que un hermoso y despistado ángel guardián estuviera a su lado. Y aun con sus flaquezas, él debía reconocer que Laurel amaba inmensamente a su hija, y Pippa la amaba tanto que apartándola de ella rompería unos cuantos corazones.

—Papá, perdónala —insistió—. Castígame a mí. Yo le desobedecí. Me dijo que me quedara cerca y me fui detrás de Gypsy. Fui una niña mala.

Él rio suavemente.

—Bien, cariño —suspiró—. Ya que lo pones de ese modo, no «castigaré» a

Laurel, pero tú no estás en condiciones de recibir ningún castigo por ella.

Ella sonrió.

—Dile que venga, papá. La compota no sabe igual si me la trae otra persona.

Bromeó un rato más con su hija, porque él mismo le había entregado aquella compota, y puso un beso sobre su frente.

Se puso de pie y salió al pasillo, tratando de hilvanar el discurso que soltaría a Laurel cuando le viera después de aquella última conversación. Era cierto que seguía cabreado, de hecho, sabía que le tomaría un poco más olvidar lo que había sucedido, pero una parte de él se sentía a gusto con la idea de que todo volviera a ser como antes.

Impondría algunas normas, claro que sí. Tomaría algunas decisiones polémicas, aunque luego le considerasen un ogro, pero jamás volvería a poner en peligro la vida de su hija. Y cuidaría mucho más a Laurel.

Llegó al dormitorio de la joven. No tenía ganas de tocar y que le hiciera esperar antes de dejarle entrar, ello le daría tiempo para pensar, y en ese preciso instante no quería hacer eso. Deseaba entrar y sorprenderla de pie junto a la ventana.

Probablemente volvería a caer rendido ante aquella mirada azul, hipnótica. Nada le apetecería más. Así podría besarla y recordar las noches que habían compartido. Luego la miraría con seriedad y por último la llevaría de la mano al dormitorio de Pippa.

Así que giró el pomo e ingresó en la habitación.

Pero estaba vacía.

Después de escudriñar cada rincón y no hallar más que su ausencia, salió al pasillo, preguntándose si estaría en la cocina, o si había vuelto al bosque para poner distancia. Viv pasó canturreando, cargando una cesta de toallas.

—¿Has visto a Laurel? —su voz sonó más ansiosa de lo que hubiera

anticipado.

—Esto... No, señor —la joven sacudió la cabeza—. Creí que estaba con la niña recién despertada, con eso de que son inseparables...

Dejó a la criada hablando sola para bajar las escaleras a de dos en dos, rumbo a la cocina. Se cruzó con Kathy, que recorría el salón sosteniendo un plumero en las manos. Tampoco ella la había visto.

Sucedió lo mismo en la cocina. Nadie sabía de ella.

Frunció el ceño, irritado e impaciente, pero después supuso que estaba con Gypsy en los establos o en el jardín, así que se lanzó afuera.

Entonces vio a la señorita Pemberton, que charlaba animadamente con Gardiner en el comedor del jardín. El ánimo se había elevado, dada la mejoría de Pippa.

—Señor Marsham, ¿cómo se recupera la...?

—¿Han visto a Laurel? —Colin le interrumpió del modo más atroz, con lo que la sonrisa de la institutriz se desvaneció.

—Pero, ¿qué te sucede, Colin? —Intervino el tío Ralph—. ¿Es Pippa? ¿Le ha sucedido algo? Si no hace ni una hora que Hodges se fue...

—No encuentro a Laurel por ninguna parte, y nadie sabe dónde está —el nerviosismo crecía dentro de él—. ¿La han visto ustedes?

—Ha de estar terminando ese maldito cuadro —se burló Gardiner, pero su deje era de amargura—. Ve y búscala en el bosque, donde confluyen todas las criaturas salvajes.

Él ignoró el comentario, convencido de que no valía la pena discutir sobre lo mismo.

—De hecho yo la he visto temprano desde mi ventana —Rose se demoró sorbiendo de su taza de té antes de continuar, con lo que él sintió ganas de patear su silla—. Iba en dirección al pueblo, y si no me equivoco llevaba un

bolso. No me extrañaría que la culpa la hubiera vencido y haya decidido ahorrarnos su presencia.

Colin perdió el color.

—¿Qué...?

—Como lo oye. Se fue, y ojalá sea para siempre.

—Una decisión sensata al fin —terció Gardiner—. Debemos darle crédito por eso.

—Le recomiendo revisar si se ha llevado algo de valor. No sabemos de qué...

Las palabras de Pemberton quedaron atrás, como los quejidos de una bandada de urracas, cuando Colin partió como una bala rumbo hacia las caballerizas.

## Capítulo 15

Aquella estación de trenes era tan caótica como otras que había pisado en su vida, solo que ahora Laurel la miraba bajo un cristal novedoso y deslucido; uno en el que, en lugar de una distinguida dama, rodeada de solícitos criados y un asiento de primera clase, era una sencilla sirvienta que debía juntar unas monedas para pagar el boleto.

El dinero que Pemberton le había entregado no alcanzaba para más que un tiquete de tercera. Le entregó lo que tenía al huraño hombre detrás de la taquilla, quien además de una mirada desprovista de emoción, le arrojó un pedazo de papel. Ella lo observó con calma, pero de inmediato fue espoleada por la efusiva y ruidosa muchedumbre que se formaba a sus espaldas para que se apartara de la línea.

¡Qué gente más grotesca!

Giró la cabeza para observar la larga fila que la esperaba, y un escozor, más propio de su algodónada vida anterior, le recorrió la columna vertebral. La gente vestía harapos, y olía a sudor o a alguna clase de ungüento rancio que no alcanzaba a identificar. Los niños llevaban la cara sucia y los hombres, botas salpicadas de lodo. Una mujer gritó cerca de allí, al parecer había sido víctima de un carterista. Un policía acudió al lugar caminando más despreocupado que si paseara un domingo por Hyde Park.

Laurel no sintió curiosidad por la escena. Siguió caminando por el andén, rumbo a la pavorosa fila. Por suerte, el tren estaba a punto de partir. Ya no tendría mucho tiempo para arrepentirse. Pensó en Pippa y su paso flaqueó. Estaba claro que nunca más la volvería a ver, pero si su presencia significaba una amenaza a su seguridad, lo mejor era que ella se marchara, como se lo había dicho Rose Pemberton.

Entonces, cuando retomaba el paso, reconoció una figura fornida de pie frente a ella. La primera reacción de la joven fue dar un paso atrás, pero luego

comprendió que el hombre que tenía adelante no era una amenaza. De hecho, nunca lo había sido.

—Señor North, ¿está siguiéndome? —quiso saber, más bien irritada.

—No, no —el abuelo de Jeremy sacudió la cabeza con vehemencia. Ese rostro marchito, que antes había sido tan firme y acerado, seguía consumiéndose por el dolor de la pérdida—. De ninguna manera, milady. Parece ser que la fortuna se empeña en cruzarnos. Y sigo creyendo que debe de haber una buena razón.

—Señor North, se lo ruego —susurró—. No insista. Yo no puedo hacer nada para demostrar que Colvile mató a Jeremy. Antes de llegar a una corte me pasaría lo mismo que a él, y si no fuera así, ¿quién me creería? ¡Soy una loca! Y sigo siendo su esposa. Para la ley, Aldous tiene total control sobre mi vida, para mi desgracia.

—Lady Colvile, he estado tratando de convencerme de que mi búsqueda de justicia es en vano. No lo he conseguido, desafortunadamente. Pero tiene usted razón en lo que dice. Naturalmente, Colvile jamás le dejará vivir si vuelve a verla... —de repente, North se percató de que Laurel llevaba una bolsa consigo—. ¿Adónde va? ¿No me diga que a Kempshall Court? —preguntó abriendo los ojos como platos.

—Desde luego que no. Voy a un lugar seguro, donde él nunca podría encontrarme —pensó en Gretty y en su choza, que estaba en lo más profundo del bosque, donde ella y su nana habían pasado tan buenos momentos—. Usted también debería aprovechar este refugio y quedarse aquí. Su vida también peligra.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se va de Winslow?

Ella dejó caer una mirada abatida.

—Cometí un error en la casa donde trabajaba como sirvienta... y me echaron.

—Vaya... Lo siento mucho —dijo sinceramente, pero luego le miró



arrugando el entrecejo con alarma, como si acabara de comprender un hecho que antes le había pasado por alto—. ¿A qué lugar seguro se refiere?

—No puedo decirle.

—Tenga cuidado, milady —dijo con solemnidad—. Usted no debería viajar sola, en el mismo vagón que todos esos rateros y marrulleros. Ni siquiera puedo imaginar cómo es que trabajaba de sirvienta una dama de noble cuna.

—Hace tiempo que me las vengo apañando sola.

—Quizá yo pueda ayudarla a encontrar otro trabajo. Así no tendría usted que irse.

—No me interesa continuar con esto, pero se lo agradezco —masculló—. Adiós, señor North. Espero que el tiempo le dé el consuelo que necesita.

El jardinero asintió.

—Adiós, lady Colvile.

Laurel se formó en la línea, que poco a poco se acortaba a medida que los pasajeros se introducían en el vagón. Finalmente, logró ingresar, asediada por el temor.

La última visión que tuvo de la estación de trenes fue la del señor North, de pie en el andén, observándole. Más tarde, pasó junto a ella aquel pueblo donde había encontrado la paz que tanto había atesorado, hasta que su insensatez y la locura con la que había venido al mundo lo destruyeron todo, al punto de poner en peligro a quien más amaba.

Jebediah North vio el tren pasar frente a él, y con éste, las esperanzas de hacer justicia para Jeremy. La vizcondesa estaba en lo cierto al decir que nadie la creería; después de todo, a los ojos del mundo, la mujer estaba loca. Y por esa misma razón temió un poco por ella cuando le vio abordar aquel vagón.

Siempre había creído que lady Colvile era una criatura extraña y caprichosa, pero jamás un ser cruel, como su marido. Ahora sabía que ella también era una víctima.

Realmente había tenido fe en que podría convencerla de que le ayudase a llevar a Colvile a la cárcel, pero con su partida, se encontraba otra vez en un punto muerto. La rabia volvía a correr a través de su cuerpo y a minar sus pensamientos. Ahora mismo, un sentimiento de venganza cobraba fuerza en su mente. Si la justicia no estaba dispuesta a imponer castigo, pensó apretando los puños con fuerza, entonces él se encargaría de administrarla a su modo.

Cuando el tren dejaba la estación, se escuchó un llamado desesperado y unos pasos veloces resonando a lo largo del andén. Arrancado de su embebecimiento, Jeb giró la cabeza y atisbó a un hombre que corría inútilmente para alcanzar el tren. Éste ya había dejado la estación.

Le llamó la atención aquel rostro. Sabía que lo había visto en alguna parte, pero ello no era extraño un pueblo pequeño como Winslow. Cuando el hombre gritó desesperado el nombre de «Laurel», Jeb supo de inmediato dónde lo había visto.

Era el mismo hombre con quien estaba lady Colvile aquel día, en la Feria de la Leche. Y si las apariencias no lo engañaban, había venido para impedir que se marchara.

Luego de volver a ver a la vizcondesa en el pueblo, tras creerla muerta, Jeb había preguntado a los borrachines de la acera quién era ella y dónde vivía. No le habían dado mayores señas; de él, en cambio, sí le habían hablado. Se llamaba Colin Marsham, y era el nuevo propietario de la vieja finca de lord Saint Albans, a la que ahora llamaban la finca Marsham. El hombre era un ex soldado viudo que se había mudado a Winslow con su hija y su tío. Las tierras adquiridas por Marsham se habían plantado al inicio de la primavera, y se hablaba de una cosecha prometedor para el verano.

Jeb miró al muchacho, que se había dejado caer en una banqueta tras perder el tren. La cabeza sostenida miserablemente por un par de manos impotentes y la vista clavada en el suelo. Por supuesto, era la facha de un amante

desconsolado.

Una tromba de ideas comenzaron a bullir en la cabeza de Jeb mientras le estudiaba. Se acercó muy lentamente, hasta que estuvo frente a él.

—Tranquilo, hijo —dejó caer en tono socarrón—. Me parece que el otro tren sale al mediodía.

El muchacho levantó apenas la vista para lanzarle una mirada glacial, pero no contestó. Parecía inmerso en alguna clase de condena personal.

—Quizá ella vuelva —dijo esta vez con seriedad y un deje de simpatía—. ¿Acaso no dicen los poetas que uno solo pertenece al lugar en donde fue feliz?

Marsham abandonó su postura y con un suspiro pegó la espalda al banco.

—No sé si ese sea el caso —susurró al cabo de un momento. Jeb tenía la impresión de que no hablaba a él, sino a su propia consciencia—. Ni siquiera sé adónde buscarla.

Era un hombre abatido, sin duda.

—La vida es curiosa —dejó escapar un quejido de cansancio mientras se sentaba junto a él—. Cuando menos lo espere podría sorprenderle con una oportunidad.

Él le miró con curiosidad, y luego sacudió la cabeza, intrigado.

—¿Le he visto en alguna parte?

—Es poco probable. Me he mudado a Winslow hace muy poco. Antes de eso tenía una buena vida trabajando para una familia de la aristocracia en Gloucestershire. Era una casa preciosa, y estaba en una colina, con vistas magníficas y una entrada al bosque. Hacía de jardinero; mi nieto Jeremy y yo cuidábamos las flores del señor. Hasta que Jeremy murió —la voz de Jeb se fue ensombreciendo al compás de sus recuerdos—. Después vine a Buckinghamshire, y la vida me trajo hasta Winslow, donde nació mi madre. Aquí encontré empleo de vigía del parque. No es nada pomposo, pero al menos tengo comida en la mesa y una cama cómoda. Por allá estoy, si alguna

vez se le ofrece algo.

—Siento mucho lo de su nieto. Espero que haya encontrado consuelo aquí.

—Lamento no poder asentir a eso, pero me conformaré con la justicia.

—Que así sea... Me tengo que ir —dijo poniéndose de pie, más lentamente que un anciano—. Que tenga un buen día, señor...

—North. Jebediah North, pero puede llamarme Jeb.

—Jeb —repitió—. Soy Colin Marsham.

Jeb asintió sin dejar de mirarle.

—Nos vemos pronto, Colin.

El joven se marchó de la estación, casi arrastrando los pies.

Mientras le veía partir, Jeb tuvo una idea que revivió sus propósitos, casi aniquilados aquella misma mañana. No se rendiría en su objetivo de vengar la muerte de Jeremy, y si para ello debía desafiar al mismísimo Dios, entonces lo haría.

Después de pasar interminables horas en aquel inmundo habitáculo, plagado de olores nauseabundos, sonidos irritantes y gente que la miraba como si fuera ella un bocado, Laurel llegó a su destino.

Las estaciones de tren y los viajes en general la ponían nerviosa, pero aquel había resultado especialmente torturador, porque había pensado en Colin y en Pippa durante todo el trayecto. Saber que no volvería a verlos le rompía el corazón, aunque eso sonara absurdo e improbable, y ella sabía que su vida no volvería a ser la misma sin ellos.

De seguro él se casaría con la señorita Pemberton, y ésta pasaría a ser la madre de la niña. No podía decir que Rose fuera una mala mujer después de todo. Al menos ella sí había cuidado bien de Phillipa, lo que Laurel no había

hecho.

En Cheltenham, se vio caminando nerviosamente entre la gente. La institutriz había a bien empacado un pañuelo verde que Colin le había regalado, junto con otras piezas de ropa. El pañuelo le había servido para cubrirse la cabeza entre la gente, así no habría peligro de que alguien la reconociera, aunque ahora mismo lucía tan morena y desaliñada que dudaba que alguien pudiese notar que era lady Colvile.

Laurel recordó las veces en las que ella y Gretty se paseaban por esas mismas calles, sin preocuparse por los asuntos mundanos. Desde luego, Laurel se envolvía en una capa manchada de pintura que le cubría las facciones. Nadie adivinó jamás que la chiflada compañera de la loca de Cheltenham era nada menos que la vizcondesa de Colvile. Se rio, porque aquello sonaba como una travesura de la que nadie podía culparla.

Escudriñó las calles en busca de su antigua niñera; paseó la vista por las esquinas, por los comercios alrededor de la plaza y el mercado, pero Gretty no estaba en ninguno de esos sitios. Quizá estuviera por las aldeas, o en Winchcombe...

Se decidió a buscarla en su choza, para darle la sorpresa de su regreso.

Tras una larga caminata, el bosque la recibió con sus mejores galas. Alfombras de pasto, reverdecidas por las lluvias, se tendían sobre un suelo tan mullido que al caminar sobre él le parecía estar flotando. Los árboles derramaron sobre ella diminutas gotas de lluvia. El canto alegre de los pájaros revivió su espíritu, le trajo un mínimo consuelo.

Sobre las copas de los árboles, el cielo comenzaba a recibir una confluencia de colores. El atardecer estaba cerca, así que probablemente Gretty ya había vuelto de la calle. Era una pena que no le hubiera traído nada más que la mitad de un pastel de puerro, que la señorita Pemberton le había puesto en la bolsa. La otra mitad, Laurel la había devorado en el camino, atacada de hambre.

Cuando estuvo cerca de la choza, Laurel aceleró el paso. Su corazón

comenzó a golpear con más fuerza su pecho, anticipando el ansiado encuentro.

Gretty no iba a creer todas las cosas que le habían sucedido en aquellos pocos meses. Se moría por hablarle de Pippa y de Gypsy. Moría por contarle de la vez en la que habían construido el comedero para pájaros usando un perchero viejo y una casa de muñecas; y cuando estuvo en la Feria de la Leche, donde había puesto al descubierto a un timador y ganado una muñeca para la niña. Estaba segura de que Gretty se desternillaría de la risa. Casi podía escucharla despotricar contra aquel bribón.

También le hablaría de Colin, y de lo bien que había cuidado de ella este tiempo. Aunque estaba segura de que luego terminaría llorando en sus brazos.

El sendero hasta la vivienda, situada en el corazón del bosque, llegaba a su fin cuando Laurel comenzó a percibir un poderoso tufo, mezcla de lodo, humo y algo más que no consiguió identificar. Se detuvo de golpe, extrañada por aquella novedad que había alterado sobremanera sus fosas nasales.

Su mecánica reacción fue seguir la avanzada, ahora lenta y temerosa, pues en todos esos años jamás había percibido algo igual. A medida que la distancia hasta la choza de Gretty se reducía, el hedor se volvía más penetrante, pero llegó un punto en que éste se volvió insignificante, casi ni podía percibirlo, en tanto sus sentidos se habían centrado en algo más.

Sus pasos precarios y temerosos la llevaron hasta el final del camino. Allí, en lugar de la choza de su antigua niñera, se hallaba una negra montaña de escombros, de donde aún brotaba una casi imperceptible humareda. La visión de aquel monstruoso escenario le heló la sangre. Los muros, el techo y el escaso mobiliario estaban hechos pedazos y desperdigados por el suelo en forma de brasas.

No, debía de ser otro lugar, se dijo enajenada, al tiempo que sacudía la cabeza. Tenía que haberse equivocado de camino. Aquel escenario trágico y ruinoso no era el mismo donde había vivido sus únicos episodios de felicidad durante la niñez.

Soltó la bolsa de piel sin darse cuenta, y recorrió lo que quedaba del lugar

con ojos brotados de horror. La choza de Gretty había ardido por entero. El hogar de su niñera, no sabía cómo, había quedado reducido a un montón de escombros pestilentes.

¿Y ella dónde estaba?

—¡Gretty! —Chilló desesperada. Su voz rota espantó a una bandada de cuervos que despegaron de las ramas con sus ruidosos aleteos—. ¡Gretty!

No hubo respuesta.

La llamó un par de veces más, pero un silencio tormentoso era la única respuesta que el bosque le devolvía.

Laurel pensó que quizá su adorada Gretty estaba sepulta bajo aquel montón de maderos chamuscados por las llamas. Y entonces sintió que el mundo empezaba a girar con más velocidad de la que era capaz de tolerar. Un temor punzante le espoleó desde adentro y le obligó a hacer lo que fuera para sacar a su niñera de aquella trampa.

Se lanzó como poseída sobre los escombros. Escarbó en ellos con sus propias manos, apartando pedazos de madera que se desmoronaban al contacto con sus manos, y que luego arrojaba a sus espaldas.

Gritó el nombre de su niñera hasta herirse la garganta, al tiempo que la desesperación mordía su consciencia. La urgencia por encontrar a Gretty bajo las ruinas de su casa sacó el estado más precario de la locura de Laurel, que rogaba para que todo aquello fuera un sueño, una pesadilla que había comenzado antes de pintar aquel maldito cuadro en el bosque y dejar que Pippa cayera por un desfiladero.

Y en medio de aquel mar de madera carbonizada la halló.

El cuerpo de una mujer enclenque, manchado de cenizas y sangre seca, yacía en medio de los escombros. Laurel soltó un alarido bestial que alertó a cada criatura del bosque, pero que no atenuó el ramalazo de dolor que le recorrió el alma.

Era Gretty, su querida Gretty.

Se llevó las manos a la cabeza con desespero, y por unos angustiosos segundos no supo qué hacer además de acariciar su rostro y llorar a viva voz.

Sacó fuerzas de algún recóndito lugar de su interior, y logró extraer el cuerpo de entre la zafra. Lo arrastró hasta la tierra y lo palpó con manos temblorosas, a sabiendas de que ya nada podía hacer por ella.

Gretty tenía los ojos cerrados, la piel helada, ennegrecida, y los cabellos chamuscados. Se veía tan pequeña, tan inofensiva, que casi le pareció otra mujer más vieja, menos fuerte que la mujer que ella conocía. La observó un instante, mientras un suplicio abrasador la dejaba sin respiración. Sus lágrimas le lavaron el rostro, y sus manos le sostenían la cabeza gentilmente. Había sido una buena madre para Laurel, y ahora tenía que despedirse de ella. Debía dejarla ir.

Pero ¡no! No quería decirle adiós a Gretty. No ahora, no de esta manera.

—¡Gretty, abre los ojos! —Exigió con rudeza—. ¡Ábrelos, maldita sea! ¡Levántate! ¡Mírame! ¡Deja de hacerme esto, condenada loca! Yo te amo, Gretty —sollozó—. No te vayas con Ruby y tus otros estúpidos hijos. Quédate conmigo. Me has conocido más a mí que a ellos. No me dejes, Gretty...

Pero ni sus súplicas ni sus exigencias podían hacer que volviera a la vida, así que Laurel, rendida, la abrazó y se permitió llorarla sin ningún reparo.

Sus alaridos resonaron a través del bosque, volaron sobre las alas de los pájaros, viajaron a través del cauce del río y del viento. Su dolor ahora era parte de aquellos árboles y aquella tierra donde había encontrado un refugio, donde había sido amada por alguien igual que ella.

Había oscurecido, y Laurel había logrado acallar su llanto, pero el sufrimiento seguía fresco en su pecho.

Apenas podía creer todo lo que había ocurrido en las últimas horas; el



accidente de Pippa, su salida de Marsham House, el regreso a Cheltenham y la muerte de Gretty. Su cabeza se movía dentro de una espiral de letargo, incapaz de procesar toda aquella avalancha de sucesos funestos. De por sí, Laurel detestaba los cambios, y su vida se había convertido en un complicado caleidoscopio, donde cada segundo el panorama mutaba ineludiblemente, pero nunca para mejor.

El cuerpo inerte de Gretty ahora yacía bajo un montículo de piedras, coronado por una pequeña cruz que Laurel había armado con dos ramas y un trozo de liana. Gretty siempre fue una creyente, así que supuso que le habría gustado que aquel símbolo estuviera en lo más alto de su tumba. Laurel se lamentó por no haber encontrado flores en el paso, o el modo de brindarle una sepultura más digna.

Tras despedirse de ella, se envolvió con el pañuelo e inició un nuevo camino a través de la aciaga noche. Su andar era ahora mucho más lento e inestable a causa del dolor que estrangulaba su alma y que le había privado hasta del equilibrio. Sus pies la llevaron mecánicamente a través del bosque. Era como un fantasma, volando sobre la hierba, los rododendros y las raíces que brotaban del suelo, sin hacer caso al graznido de los pájaros nocturnos y a los insectos que le susurraban a pasar.

Pasadas unas horas, Laurel observaba inexpresivamente la ostentosa mansión situada al final de la alameda. Las luces del jardín perfilaban la espléndida fachada de piedra, por cuyos muros crecían sinuosas ramas de madreSelva, y otorgaban un aire de emoción a las estatuas que posaban junto a la fuente. Siempre había creído que Groston Park era un lugar hermoso, pero jamás se había sentido del todo cómoda allí.

Ahora estaba a punto de recurrir a sus viejas artes de prestidigitación, las mismas que habían vuelto loca a su madre y a sus hermanas.

Una vez dentro de la casa, se coló por un jardín brotado con exuberantes flores que no se detuvo a mirar. Cruzó sigilosa por una fila de setos y se escondió tras un muro de bojés mientras, cerca de allí, dos sirvientes se

besaban apasionadamente, sin la menor idea de que estaban siendo vistos.

Esperó hasta que la pareja se alejó por un oscuro sendero. Entonces siguió avanzando hasta alcanzar el interior de la mansión. Conocía bien aquella escalera, aquellos pasillos tapizados, cubiertos de retratos, y recordaba cuáles de esos espacios permanecían a oscuras durante la noche. Ascendió con pasos veloces e imperceptibles.

Llegada a la habitación que era su objetivo, cerró la puerta con cuidado. Se dejó caer sobre la alfombra, frente a la chimenea. Se quedó allí, inmóvil. Los ojos contemplando el techo abovedado, donde había sido pintado un bonito fresco. En él, Laurel distinguió una curiosa reunión de ángeles adustos alrededor de una mujer desolada y tumbada en el suelo, cuya mirada estaba fija en el vacío.

¿Quién era esa mujer? ¿Y por qué los ángeles la rodeaban? ¿Venían a llevársela? ¿Estarían a punto de castigarla por algún pecado cometido?

La puerta de la habitación se abrió, pero Laurel no abandonó sus cavilaciones. Seguía embebida en la visión de la dama, ausente entre los indolentes ángeles. Se negó a creer que ellos estuvieran ahí para castigarla, o que le tuviesen lástima; prefirió creer que pretendían cuidarla, porque ella misma parecía necesitar desesperadamente de la mano de alguien.

Un chillido resonó en la habitación. El rostro de Becky se contrajo al descubrir a su hermana, acostada sobre la alfombra, como si acabara de ser rescatada de un voraz incendio. Una riada de emociones la recorrió. Primero fue la incredulidad, después el horror, y finalmente un agri dulce alivio.

Con un gemido cayó de rodillas frente a Laurel. Tomó su rostro, tiznado de algo que parecía ceniza. Sus ropas estaban mugrosas y hechas jirones.

—Por todos los cielos... ¿dónde has estado? —Lloriqueó mientras miraba aquellos ojos ausentes—. ¿Por qué nos sigues haciendo esto, Laurel?

La muchacha miraba el fresco del techo con obstinación y levantaba el dedo índice para tratar de tocar a algunos de los personajes allí representados. Becky reparó en que su hermana pequeña había caído en un delirio, y se llevó

la palma de la mano al rostro para retomar su llanto.

Santo cielo, ¿qué le había sucedido? ¿Dónde había estado? ¿Por qué su sencillo vestido y su rostro estaban cubiertos de hollín?

—Oh, hermanita. ¿Qué es lo que has hecho?

Llamó a su doncella, Roberta, que se horrorizó al ver a la loca hermana de lady Burghill, vivita y coleando, cuando todo el mundo le daba por muerta.

En el pueblo se decía que la vizcondesa había saltado de un tren en movimiento y que su cuerpo había terminado estampado contra las rocas, al final de un viaducto. Otros decían que se había lanzado a un río y que sus restos se precipitaron al mar. Pero los más insidiosos comentaban que la demente lady Colville había vuelto a rebanarse el cuello, y que esta vez no había fallado. Las cotillas de todo el condado sostenían que la familia había guardado silencio al respecto para evitar más escándalos.

Becky y su doncella le desvistieron y metieron en una bañera con agua tibia. Le enjabonaron, lavaron el cabello y frotaron una esponja por todo el cuerpo para remover los restos de ceniza y lodo. Becky notó con extrañeza que las manos de Laurel estaban ásperas en áreas donde antes habían sido extremadamente suaves, como las de una verdadera dama. También se percató de que su piel lucía más oscura, y que unas pequeñísimas pecas color café le habían brotado en las mejillas y en la nariz.

Sin embargo, lucía saludable y de buen peso, así que pudo presumir que había estado comiendo bien durante los últimos meses.

—¿Dónde has estado, Laurel? —Le preguntó mientras le desenredaba el cabello con un peine de marfil—. ¿Cómo fue que te perdiste? ¿Quién te dio esa ropa?

La joven, sin embargo, permaneció callada, con la vista puesta en su propio pie, posado al borde de la bañera de cobre. Intentando velar su espanto, Roberta le fregaba los pies. Estaba claro que la doncella esperaba a que Laurel se levantara en cualquier momento y atacara a cuanto cristiano se le cruzara por enfrente.

Tras el baño, se la vistió con un camisón limpio. La llevaron a la cama de la recámara personal de la vizcondesa y la cubrieron con una manta. Becky se quedó a su lado al tiempo que Roberta buscaba algo de comer.

—Laurel... —volvió a llamarla con ternura—. Laurel, háblame.

—Gretty —dijo ella, con lo que su hermana se conmocionó.

Al principio no alcanzó a adivinar a quién estaba llamado, pero después acudió a su mente el rostro de la vieja niñera de Laurel, aquella que había enloquecido tras perder a sus hijos en un incendio. Sabía que su hermana le tenía un gran afecto, incluso después de que la mujer hubiera acabado convertida en mendiga.

¿Gretty? ¿Por qué la llamaba a ella?

—Querida, no... Soy yo, tu hermana... Rebecca.

—Becky...

—Sí, corazón —le acarició la frente—. Soy yo. Estás en Groston Park.

—Becky... Gretty está muerta.

La otra pestañeó, pero luego chasqueó la lengua.

—Claro que no. Esa loca ha de estar en la calle pidiendo limosnas.

—No. Colvile la mató... —musitó— como mató a Jeremy.

Rebecca abrió los ojos desmesuradamente.

—Laurel, ¿qué estás diciendo, corazón?

—Los mató a los dos —gimió—. A mí también me matará si me encuentra. ¡Tienes que esconderme, Becky! ¡No quiero morir!

—¡Tú no vas a morir! —gruñó en respuesta y luego se llevó la palma de la mano a la boca para frenar un sollozo.

Ella jamás había sido fuerte cuando se trataba de Laurel; sus emociones la vencían, justo como ahora. Apenas podía creer que su hermana pequeña estuviera allí, cuando hacía tiempo la habían dado por muerta. No ella, por supuesto, pero sí su madre y su marido.

—Corazón, aquí estás segura... Yo te cuidaré. Te lo prometo.

Laurel se giró para mirarla al rostro.

—Tú eres todo lo que tengo —susurró—. Ya no puedo volver con Colin y Pippa.

Becky frenó un respingo de asombro. ¿Hablaba de las personas que la habían acogido todo este tiempo?

—¿De quién estás hablando, por el amor de Dios?

—Colin —insistió—. Yo lo amo, pero no puedo volver.

Y justo allí, la muchacha entrecerró los ojos, vencida por el sueño. Becky se enterneció al ver a su hermana demasiado agotada como para esperar una cena.

Su amada y chiflada hermana.

Le acarició el cabello, todavía húmedo, hasta que le vio dormirse profundamente.

Y después, Becky rompió a llorar.

Cuando Laurel despertó, ya se había convencido de que todo había sido un sueño. Un sueño espantoso, pero un sueño al fin.

Y los sueños, aunque fuesen muy reales, solo eran eso: *sueños*.

Se revolvió perezosamente sobre el colchón, cálido y confortable. Kathy llegaría en cualquier momento con una taza de chocolate. Después, Laurel

bajaría al establo con Pippa para dar de comer a Gypsy y poner semillas en el comedero de aves. Y esperaría a que Colin llegara de trabajar, así podría irse a pasear con él por los campos, y luego al bosque, lejos de los ojos de todo el mundo, y entonces él la volvería a besar.

Se permitió sonreír, aun con los ojos cerrados, porque su vida ahora era muy distinta. Había encontrado a personas maravillosas a quien amar, y éstas le amaban a ella. Lejos habían quedado las amenazas de Aldous, el implacable juicio de su madre y el odio injustificado de su hermana Clementine. Ahora Colin y Pippa eran su familia, y solo le faltaba conseguir que Gretty se mudara con ellos a Winslow...

Fue cuando una mano brusca la arrancó de su hermosa ensoñación.

Con un grito despavorido, Laurel abrió los ojos para descubrir a dos rostros que jamás había visto. Eran dos hombres jóvenes, vestidos con batas color crema. Uno de ellos le susurraba que se calmase mientras le tomaba fuertemente de las muñecas, y el otro le miraba impasible, al tiempo que sostenía en sus manos una tela blanca y rígida de la que colgaban correas de cuero y metal.

La visión de aquel instrumento, que solo había mirado en las páginas de los peores libros que se habían escrito, le arrancó un alarido estremecedor. «No, maldita sea. Esto no podía estar pasando. Colin no lo permitiría jamás. *Colin...*»

El primer hombre la sujetó más fuerte mientras el otro se acercaba, sosteniendo aquel maldito objeto. Negada a aceptar la inminente tortura, Laurel luchó con todas sus fuerzas; gritó, agitó la cabeza y usó las piernas para repartir golpes, pero ello no impidió que la atenazaran y encerraran en la camisa de fuerzas.

Los dos hombres la sujetaron por brazos y pies, y la introdujeron en las holgadas mangas para luego cerrar sin piedad las correas a la espalda. El abrazo de aquella terrorífica pieza la enloqueció aún más, si ello era posible. Sus manos inmovilizadas se rebelaron, generando presión contra la fortísima tela, pero nada disminuyó aquella sensación de ahogo, aquel estado de total

indefensión. Aquella humillación.

Seguidamente la sujetaron de los costados y la sacaron de la habitación. Ella comenzó a entender que no estaba en Marsham House, y que Colin no estaba allí, porque él la había echado. Tampoco estaba Pippa o Gretty... Gretty había muerto, recordó dejando escapar un sollozo.

Ahora recordaba que los seres que tanto amaba se habían ido. Para siempre.

Los gritos de Laurel cesaron cuando los enfermeros la arrastraron hasta el piso inferior de Groston Park, la mansión de su hermana Becky y su marido. Ella les vio de pie junto a las grandes puertas dobles, abiertas de par en par. Becky estaba llorando, y Ernst, el vizconde de Burghill, la consolaba.

Sí. La noche anterior había llegado a la mansión para buscar refugio con su hermana. Becky le había abrazado, y le había prometido protegerla.

Notó que alguien más estaba allí, de pie junto a los vizcondes. Laurel observó, con los ojos salidos de sus cuencas, la figura impecable e impertérrita de su marido, lord Colvile, y el horror más despiadado la azotó como un látigo en la espalda.

Con su mano enjovada, Aldous sostenía el bastón a un lado, mirándole de un modo funesto que le hizo encogerse. El vizconde se acercó sigiloso, componiendo un estudiado gesto de pesadumbre, y con una mano intentó acariciarle el cabello revuelto. Laurel le rechazó, recordando que aquellas manos había matado a Jeremy... y quizás también a Gretty. Aquellas manos habían intentado ahogarla en la bañera...

—Querida mía, ¿dónde has estado? —musitó.

—Muy lejos de ti, ¡maldito cabrón! —Colvile achicó los ojos al escuchar sus insultos. Ella sabía que luego habría de pagar por sus ofensas—. Becky, ¡no dejes que me lleve!

Recurrió suplicante a su hermana, que continuaba arrojando flemas a un pañuelo y sollozando como cuando padre había muerto.

—Becky, por favor...—rogó—. Becky, ayúdame. No me entregues.

Pero Rebecca no hacía nada. Ni siquiera le miraba. De hecho, tenía que haber sido ella quien le avisó a Aldous que Laurel había vuelto, aun cuando le había pedido que le escondiera. Aun cuando ella le había prometido protegerla. Becky... Su hermana la había traicionado. La había vendido, como los padres de Colin habían hecho con Tobías. Aquello le dolió más que la certeza de que sus días acabarían en un manicomio.

Aun sujeta por las toscas manos de los enfermeros, Laurel lloró y gritó tan fuerte que sintió como si su garganta hubiese sido abierta por el filo de una espada.

Creía que un corazón solo podía romperse una vez, pero ahora entendía que uno podía ser herido de mil formas, que un enemigo podía azotarte sin piedad, pero nadie podía herir más cruelmente que las personas a las que amas.

Lo último que habría de recordar ese día, antes de ser introducida en un extraño coche, fue la sonrisa siniestra, casi imperceptible, de Aldous Tame, su marido.



## Capítulo 16

Los extensos campos de la finca Marsham ahora lucían un vivo verde con el brote de las primeras plantas de trigo. Las lluvias, aunque más copiosas y recias de lo que se había anticipado, habían nutrido la tierra generosamente, y gracias a ella habían florecido cañas de prometedor calidad.

Colin estaba satisfecho, al igual que los jornaleros, que habían atendido con diligencia cada uno de los pasos del proceso. Ahora solo restaba esperar el crecimiento óptimo y a que el verano secase la planta para la ansiada siega.

El trabajo había resultado ser un paliativo muy eficiente para su dolor. Cuando estaba al aire libre, no pensaba en Laurel y en el hecho de que se había marchado sin decir adiós; pero en las noches, cuando se tumbaba en la cama, exhausto, para tratar de conciliar el sueño, su mente volvía a traer recuerdos y preguntas desoídas.

Siempre terminaba culpándose, porque era consciente de que había hecho un esfuerzo extenuante con tal de herirla. Le había soltado un torrente de acusaciones, apuntadas directo adonde más le dolía, y lo había hecho porque estaba destrozado de miedo, porque no podía hacer nada más que comportarse como un imbécil colérico e impotente ante el peligro mortal que corría su hija. Los ojos le escocían con tan solo recordar las sandeces que habían brotado de su boca aquel día.

Si no hubiera perdido el control, Laurel ahora estaría allí, compartiendo su orgullo, pensó con los ojos posados en sus campos preñados. Todo lo que una vez deseó. Jamás creyó que aquella visión de progreso, que solo había atisbado en sus sueños más esperanzados, pudiera resultarle tan insuficiente.

Pippa era quien más sufría con todo aquello. En su inocencia, creía que Laurel se había marchado porque ya no la amaba, y él había tratado de convencerla de que no era verdad. La última vez que tocaron el tema, la niña había llorado desconsolada y Colin había perdido la paciencia y la calma. En su fuero interno había maldecido el momento en que le hizo creer a Laurel que

ya no era bienvenida en sus vidas.

—Una vez te dije que los que amamos no pueden quedarse para siempre con nosotros y que nadie nos pertenece. Es igual ahora, Phillipa —le había dicho a su hija anegada en lágrimas. Él había retenido con esfuerzo las suyas—. Laurel no es nuestra. Y si ella decidió marcharse debemos respetar su decisión.

—¿Entonces no va a volver? —el desconsuelo reflejado en esos ojitos azules le hizo un nudo en la garganta.

—No lo sé, hija...

¿Adónde había ido? ¿Quién cuidaría de ella? ¿Estaría perdida en algún lugar? ¿Y si alguien volvía a intentar aprovecharse de ella? La sola idea de que alguien pudiera volver a lastimarla le provocaba un acceso de ira, religada con miedo.

Sabía que Laurel había abordado el tren matutino tras interrogar a Pete y a Clancy, los hijos del herrero, con quienes se había topado de camino a Winslow. Los muchachos le habían visto vagar por el sendero que conducía al pueblo y se habían ofrecido a llevarla en su carreta. En el trayecto, Laurel les había hecho todas las preguntas posibles acerca de cómo comprar un billete, como si jamás lo hubiera hecho. Por desgracia, no les había mencionado a sus jóvenes amigos en qué estación pensaba bajarse.

—Estimo que es el momento de empezar a pensar en otra harinera a la que vender el grano —dejó caer el tío Ralph esa noche, durante la sobremesa—. Las solicitudes me han llovido esta semana. Parece que los proveedores de unas cuantas empresas interesantes del condado están teniendo problemas con los chinches. Se ha perdido prácticamente toda la cosecha en tres o cuatro fincas. Esto no puede ser sino un milagro.

—La desgracia de unos es el milagro de otros —masculló Colin al tiempo que miraba el fondo de su vaso de brandy.

—Búrlate si quieres, pero esto podría salvarnos el cuello.

—Tío Ralph —suspiró—. Lo que nos salvará el cuello será nuestra propia iniciativa.

—¿Nuestra propia iniciativa? ¿Y cómo es eso?

—Ya te lo dije. Una harinera...

—¿Insistes en poner en práctica semejante idea? —Chasqueó la lengua—. Es muy arriesgado, Colin. No es el momento de tomar riesgos.

—Para ti nunca es el momento de tomar riesgos —dijo con calma, aun observando su bebida—. Eliges la comodidad sobre la posibilidad de llegar más lejos. No me pidas que adopte esa creencia. No quiero depender toda la vida de las grandes empresas...

—Siempre se depende de alguien Colin —sostuvo Gardiner inclinándose hacia adelante—. Si no es de las harineras, será de los compradores, ¡o de los chinches!

—No me asustan los chinches —se burló él, con lo que logró provocar a su socio.

—Desde el trágico suceso con Benson nuestras oportunidades han sido nulas —dijo el otro, empleando un tono siniestro—. Tenemos que actuar ya y vender esa mercancía antes de que nos veamos obligados a rematarla como vulgares hijos de granjero en el mercado de Winslow.

Él le miró duramente, tras procesar en su cabeza cada palabra.

—¿Qué fue lo trágico para ti, tío Ralph? ¿La pérdida de toda posibilidad de hacer negocios con Benson y su flamante proyecto de administrador? —Quiso saber, usando un tono rudo y sarcástico—. ¿Estás seguro de que eso fue lo peor que sucedió aquella noche en esta casa?

Gardiner alzó una ceja.

—Señor Marsham, no está hablando en serio —intervino la institutriz, que se había tomado demasiado en serio el papel de conciliadora—. Todos lamentamos lo que sucedió aquí. ¿No es así, señor Gardiner?

—Por supuesto —musitó el aludido—. Lo que sucede es que cierta persona aún no ha superado la partida de cierta jovencita perturbada y problemática.

Colin le miró desafiante.

—No merece la pena mencionarla siquiera, después de todo lo que causó —continuó Rose Pemberton—. Por suerte, nuestra Phillipa está a salvo ahora. Al final lo que sucedió fue lo mejor, señor Marsham. Créame... No había querido decirlo pero... —se llevó la mano al cuello— mi collar favorito no aparece. Supongo que la loquilla lo habrá tomado y empeñado para comprar un pasaje de tren.

Colin entrecerró los ojos y la taladró con su mirada.

—¿Y por qué piensa que tomó el tren?

—Es una suposición, nada más —masculló la institutriz, y luego se llevó la taza de té a los labios—. Todos los días rezo para que esa *ella* no vuelva nunca.

¿Cuándo se había vuelto tan odiosa aquella mujer? ¿En qué momento se había creído con el derecho de intervenir en sus asuntos? ¿Y cuándo él se lo había permitido?

No le pasó por alto el instante en que Dorothy, que recogía los platos, apretaba los dientes y fruncía el ceño como reacción al comentario insidioso de la institutriz.

Él se le quedó mirando al ama de llaves por un fugaz instante. Un pensamiento comenzaba a tomar forma en su perturbada cabeza.

Tras despedirse de la cada vez más insoportable institutriz y su acomodaticio socio, Colin se dio una pasada por la cocina. Allí encontró a Dorothy, secando los platos de la cena. Dorothy era la primera en levantarse en toda la casa, y la última en acostarse.

—¿No es ese el trabajo de Viv? —señaló, como si tal cosa.

La mujer se giró de un brinco, extrañada por la presencia del patrón, que raras veces había entrado en aquel lugar para otra cosa que no fuera buscar a Laurel. El señor Marsham apoyó la espalda perezosamente sobre el muro, como si pensara quedarse un buen rato, y miró inquisitivo al ama de llaves.

—A veces no me queda otra opción que ser flexible, señor —musitó Dorothy con la mirada puesta en su labor—. Vivian sacudió las alfombras ayer y se clavó una astilla del tamaño de una estaca en la mano. La muy tonta dejó que se le infectara. La atendí más temprano. Estará bien. Kathy tiene voluntad, pero todavía le falta mucho por aprender —suspiró—. Cuando Laurel me ayudaba... —se cayó de golpe, al caer en la cuenta de que hacía días que no oía aquel nombre—. Esto... No importa.

—No pasa nada con que la menciones —musitó Colin tristemente—. No estoy molesto con ella. Todo lo contrario, me hubiera gustado poder despedirme, pero ni siquiera me dio la oportunidad de hacerlo.

Dorothy dejó un plato y tomó otro.

—Laurel puede llegar a ser impredecible, señor Marsham. Incluso impulsiva. Algo tuvo que haberla motivado fuertemente para dejarnos así.

—La conoces bien...

—No demasiado.

—Entonces ¿por qué me parece que tú sabes algo que yo no?

La mujer abrió los ojos como platos.

—¿Yo, señor?

—¿Sabes adónde pudo haber ido?

—Pero si Laurel se fue mientras estábamos atendiendo a la niña, ¿qué podría saber yo sobre su ida? Nunca me hubiera imaginado que tomaría esa decisión tan repentina. Marcharse así de la casa, sabe Dios adonde.

—Ella te tenía confianza. Tiene que haberte hablado de su pasado, de su

familia.

—No, señor Marsham —balbució nerviosa, desviando la mirada, como una mentirosa sin ningún talento—. Se equivoca.

—Tú tampoco sabes mentir —le acusó él aludiendo claramente a Laurel.

—¿Qué quiere que le diga?

—No lo sé... Dorothy, ¡lo que sea! En este momento el detalle más mínimo cuenta.

—Pero yo no...

—Dorothy, estoy desesperado. Laurel podría estar durmiendo en la banqueta de un parque ahora mismo, o peor aún, a merced de otro Keegan —la mujer cerró los ojos, dolida—. Ya la conoces. A Pippa le dijo que el padre murió y que la madre no la quería. No pudo haber acudido a ellos, ¿verdad? ¿Con quién pudo haber buscado protección, entonces? ¿Acaso tenía hermanos...? ¿Amigos?

—No lo sé, señor. No creo que hubiera tenido a alguien de quien fiarse... de lo contrario no se habría quedado en Winslow en primer lugar.

—Dorothy, te lo ruego. Dime lo que sabes —susurró. El ama de llaves peleaba una guerra interna contra su consciencia. Dejó la tarea de los platos y se abrazó a sí misma, víctima de su propio nerviosismo—. Dorothy... Dios mío. Te lo imploro...

—¡Ella me hizo prometerle que no diría nada!

Colin apretó la mandíbula.

—¡Esto es grave! ¡No es el momento para mantener promesas!

—Es que... —soltó un gruñido impotente— ¡Ella tenía miedo!

—¿De quién? ¿De mí? —Sacudió la cabeza en negativa. Colin agonizaba de angustia. Si Dorothy no hablaba pronto se volvería loco—. ¡Habla ya, mujer!

—¡De su marido!

Sintió como si alguien le hubiera abofeteado. Se quedó helado, aturdido y por un segundo dudó de que estuvieran hablando de la misma persona.

—Tiene un marido —repitió sin darse cuenta, al cabo de un minuto.

—Huía de él el día que Pete y Clancy la encontraron en el río...

Dorothy hablaba, pero Colin aún estaba noqueado por aquella revelación y difícilmente le escuchaba. Laurel tenía un marido.

Se paseó por la cocina, mesándose el cabello. Su mente revuelta ante la idea de que ella se debía a otro hombre, de que todo aquel tiempo se había hecho esperanzas en vano. Ella tenía un marido, pensó apretando los dientes.

No era un asunto que pudiera procesar fácilmente.

—Señor Marsham, ¿me está escuchando?

—¿Hijos?

—No lo sé.

—¿Por qué huía de él?

—Laurel dijo que era un hombre malo. Al parecer quería llevarla a un manicomio, o no sé... y la golpeaba también —Dorothy tragó saliva con fuerza—. Incluso me confesó que había abusado de ella. Me atrevería a decir que estaba acostumbrada, y quizá por eso lo del señor Keegan no... esto... usted me entiende.

Colin se llevó los dedos al puente de la nariz y cerró los ojos. Aquello le produjo un ramalazo en el centro del pecho, pero lejos de quebrarse, sintió que su voluntad se endurecía. Si era cierto que ella había sufrido a manos de su jodido esposo, entonces él la separaría de él a la fuerza, si era necesario.

—Si tienes alguna pista sobre dónde encontrarla... —dijo entre dientes.

—¡No la tengo, señor! Le juro que no me dijo nada más —se quedó pensativa un instante—. Aunque...

—¿Aunque qué? —exigió con un gruñido.

—El día que la atendí en casa del herrero vestía ropas muy finas, ropas que solo una dama de clase privilegiada usaría. Supongo que su marido es un hombre rico.

—¿Y de qué me sirve saber eso?

—Señor, no lo sé, pero podría buscarla en su pueblo. Creo que era Cheltenham.

Cheltenham. Recordó que Laurel lo había mencionado alguna vez. Por supuesto. Eso estaba en Gloucestershire, si mal no recordaba.

—Ni siquiera sé su apellido. Nunca se lo pregunté, maldita sea.

—Quizá estoy equivocada y Laurel sí que tenía a alguien más; alguien en quien ella confiaba y que nunca mencionó. Debió recurrir a esa persona.

Colin comenzó a caminar de largo a largo por la cocina. Su furia comenzaba a burbujear, hasta que un pensamiento hostil se coló en su mente.

—¿Y si lo buscó a él? ¿Y si buscó a su marido?

—¡Me niego a creer eso! Podrá ser atolondrada e ingenua, pero Laurel no es tonta. Ella le temía, señor Marsham. Ese hombre no era bueno para ella. Debió ver su rostro cuando hablaba de él.

—Dorothy, ¿Laurel te contó cómo fue que terminó en ese río?

—Claro que no, señor. Se negó en redondo a hablar del tema, aunque... —su rostro se desencajó de horror—. Tal vez él la empujó...

Colin volvió a gruñir de impotencia y zozobra.

—¿Por qué jamás dijo nada? ¿Acaso pensó que yo no lo creería?



—La pobre dice que está loca. ¿Acaso la palabra de un loco tiene valor?

—Ella no está loca. Yo le habría creído; la habría protegido desde un principio.

Dorothy tomó aire antes de volver a hablar.

—Quizá... y estoy metiéndome en terrenos pantanosos cuando digo esto pero... A lo mejor Laurel pensó que usted se decepcionaría sentimentalmente si le decía la verdad.

—Dorothy, yo jamás... —Se lo pensó mejor— O quizá sí me habría alterado un poco. Pero la habría protegido igual —Su mente siguió revuelta hasta que llegó a una resolución—. Ahora debo encontrarla, Dorothy. Debo ir a buscarla a Cheltenham o donde sea que esté. No voy a volver sin ella...

El ama de llaves soltó un suspiro.

—Todo este ocultamiento debió suponer un incordio espantoso para alguien que no sabe mentir.

Colin apenas durmió aquella madrugada. El paso lánguido de las horas terminó por convencerle de que debía buscar a Laurel en Gloucestershire, o donde fuera. Tenía muy pocas pistas, pero ¿qué opción había? No podría dormir tranquilo hasta asegurarse de que ella estuviera bien, aunque fuera lejos de Winslow y de su vida.

Pero se negaba a creer que ella pudiera estar mejor en cualquier otro lugar. Su casa era Marsham House y él y Pippa, su familia.

Las revelaciones de Dorothy habían dejado un agujero en su pecho; con solo imaginarla a merced de un marido déspota y abusivo, que seguramente la había arrojado al río para acabar con su vida, le hervía la sangre. Seguía temiendo por ella.

Pero, ¿y si no estaba en Cheltenham? ¿Y si había ido a otro lugar? ¿Y si

tenía a alguien a quien recurrir?

De cualquier manera ya había tomado una decisión. Viajaría a Gloucestershire después de dar instrucciones a sus trabajadores, y que Dios le ayudara. Había elegido comunicárselo a todos hasta el último momento.

Estaba conversando con dos de sus más experimentados jornaleros cuando uno de los muchachos le llamó. Al parecer alguien había venido a verle.

Colin se giró, extrañado, para descubrir a un inusual visitante.

—Señor Marsham, ¡buenos días! —le saludó aquel viejo que había conocido en la estación, el mismo día que Laurel se fue de Winslow.

Era un hombre de cabello cano y desaliñado, pero con una fuerte estructura, como buen trabajador de la tierra, pero su rostro parecía ensombrecido por una pena profunda. La muerte de su nieto, por supuesto. Llevaba un sombrero de cuero, ropas de trabajo y botas.

—Buenos días... Jeb, ¿cierto? —se estrecharon las manos.

—Recuerda mi nombre. Se lo agradezco mucho —dijo gentilmente y luego echó un vistazo alrededor. El viento mecía las plantas de trigo y dibujaba suaves olas en su verde superficie—. Veo que sus campos no pueden estar mejor. Será una gran cosecha.

—Sí, mis empleados y yo nos hemos partido el lomo, y a pesar de la lluvia creo que nos ha ido bien. Esperamos una buena siega en verano.

Los dos hombres iniciaron una caminata pausada por los fértiles campos de trigo, buscando la sombra de un árbol cercano.

—Me alegro mucho, señor Marsham.

—Y ¿qué le trae por aquí, Jeb? No me diga que viene a pedir trabajo en la finca.

—No, claro que no, señor. El trabajo del parque es más adecuado para un viejo como yo. Si usted me contratara en su finca, no duraría medio día.

—Es una lástima. Usted parece un buen hombre, y seguro que sus conocimientos de la tierra son impagables.

—Algo se ha aprendido en cincuenta años —asintió, un tanto melancólico. A Colin le pareció escuchar un suspiro cargado de tristeza—. Pero es otra razón la que me trae a su finca, señor Marsham.

—Le escucho.

Jeb hizo una estudiada pausa, y a Colin le pareció que se trataba de un asunto serio.

—Vengo a hablarle de su amiga, lady Colvile.

—¿Lady Colvile? —Repitió él, al tiempo que buscaba aquel nombre aristocrático entre sus recuerdos—. Perdóneme, Jeb, pero no conozco a nadie con ese nombre.

Él chasqueó la lengua.

—Claro. No se lo dijo... Me refiero a Laurel.

Colin se detuvo, reducido por la violenta conmoción. Miró al hombre como si le viera por primera vez y cuando se dio cuenta, le tenía sujeto por la camisa.

—¿Qué sabe usted de ella? —exigió con un gruñido.

—Tranquilo. Tranquilo... Le diré todo si se calma, señor Marsham —murmuró el viejo, pacífico, hasta que Colin le soltó de buena gana. Tras recomponerse, el viejo continuó—. Recordará también que le hablé de una mansión en Gloucestershire, la mansión donde trabajé con mi nieto, Jeremy. Pues, se trata de Kempshall Court, la residencia de lord y lady Colvile. Pasé muchos años allí y tuve la oportunidad de conocer a esa joven, un poco excéntrica y caprichosa, pero nunca una mala persona.

—¿Entonces usted la vio en la estación ese día! ¡Sabía que yo había ido por ella!

—Sí. Le escuché gritar su nombre y até cabos —se detuvieron bajo la sombra de un castaño; la mirada de Colin se había vuelto incisiva y la postura de su cuerpo, rígida. Ello pareció llamar la atención de Ralph Gardiner, que caminaba hacia el granero—. Hace unos meses la vi en el parque, en la Feria de la Leche. Fue una extraña casualidad.

—¿A dónde fue? ¿Se lo dijo?

—No. Y créame cuando le digo que se lo pregunté. Pero una joven con tan poca malicia no podría ir muy lejos. Quizá fue en busca de su madre, o alguna de sus hermanas, pero ellas no tardarán en entregarla a Colvile.

—¡Entonces, es verdad que ella huía de su marido! ¡Ese hombre la maltrataba!

—Así es. ¿Sabe usted las razones, señor Marsham?

—No, nunca me dijo nada —se lamentó—. Dígame usted lo que sabe, Jeb.

El viejo se retiró el sombrero con parsimonia, justo lo que Colin más detestaba en ese momento, y se secó la frente con un pañuelo que extrajo del bolsillo del pantalón.

—Mi nieto, Jeremy, era... ¿cómo decirlo? Resulta tremendamente duro para mí tener que admitirlo pero... era un ser perturbado. Un desviado —Colin asintió, habiendo entendido el inusual término—. Lord Colvile lo sedujo, y él lo permitió.

Sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿El marido de Laurel es homosexual?

—Nadie lo creería, es un hombre muy reservado, misterioso, pero se dice que frecuenta antros de la peor calaña en Londres y el continente, y que sus pasatiempos horrorizarían al hombre más templado... Jeremy se convirtió en su juguete —Jeb tomó una profunda bocanada de aire antes de proseguir—. Lo cierto es que un día Jeremy quiso parar... Y Colvile lo asesinó antes de permitirlo.

Colin seguía alucinando con cada nueva cosa que Jeb le revelaba, pero esta vez sintió un miedo verdadero. Laurel... casada con un asesino...

—Maldita sea... —siseó—. ¿Por eso huyó? ¿Porque no deseaba seguir al lado de un criminal?

—Hay algo más, señor Marsham —siguió disparando Jeb, pero antes volvió a secarse la frente sudorosa—. Milady fue testigo del asesinato de Jeremy. Supongo que por accidente... Y, bueno, un asesino jamás dejaría un secreto como ese en manos de...

—De alguien que no sabe mentir —completó Colin, anonadado.

—Por esos días, la vizcondesa sufrió ataques muy violentos. El cuerpo de mi nieto aún no había sido descubierto. Incluso, milady estuvo días enteros totalmente ausente, sin un ápice de consciencia, dependiendo de las doncellas hasta para alimentarse. Entonces el señor anunció que la locura de su esposa había llegado a un punto peligroso, y que lo mejor sería llevarla a un manicomio en Londres. Durante el viaje en tren se perdió. No sé cuáles hayan sido sus circunstancias entonces, pero trascendió que milady había aprovechado el descuido de Akenzua, el esbirro de Colvile, y se había bajado en una estación cualquiera. No se supo más de ella.

—Se negaba a pisar un manicomio —dijo él con voz monótona, cargada de dolor.

—Al poco tiempo encontraron a mi muchacho en el río, con la garganta abierta. Yo sabía que había sido el vizconde, y entonces entendí la reacción de milady. Cuando fui a reclamarle me humilló, me echó de su casa, y luego Akenzua me persiguió para matarme también, pero escapé. Estoy vivo de milagro.

En medio de su revuelo, Colin se quitó el sombrero, y tras lanzarlo al suelo se frotó la cabeza con una temblorosa mano. Apoyó los puños en el árbol y se inclinó, asaltado por un torrente de emociones devastadoras.

*Laurel...* Su vida había sido más aterradora de lo que imaginó. Rechazada

por su familia, que la tildaba de loca, casada con un asesino... y víctima de sus abusos. Si lo que este hombre decía era cierto, entonces ella era el próximo blanco.

Ella estaba en peligro.

—¿Por qué piensa que Laurel pudo haber caído en manos de ese bastardo? Quizá no fue a Cheltenham, quizá está a salvo, escondida con algún ser querido...

—Esa joven apenas conoce el mundo que le rodea, señor Marsham, y toda su familia está en Cheltenham. Si llegan a verla, los Kirkeby, su familia, la entregarán, pero de no ser así, Colvile hallará la manera de atraparla. Es un hombre poderoso. Tiene ojos por doquier, y en cuanto milady ponga un pie en el condado, la localizará. Y ya sabe, al vizconde no le conviene que ande suelta.

Colin echó una dura mirada al hombre, porque de pronto había adivinado lo que quería. Aun así, debía preguntárselo.

—¿Qué es lo que quiere de mí, Jeb?

—No voy a mentirle, señor Marsham. Mis intereses están a la vista. He perdido las esperanzas de ver a lord Colvile colgado por lo que le hizo a mi nieto, pero no dejaré que ese malnacido siga respirando un día más. Mírelo de esta manera: si ya mató a Jeremy no le costará nada hacer lo mismo con su esposa —Un escalofrío le recorrió la columna vertebral—. La pobre chica está en sus manos. Él tiene derechos sobre ella y podría hacer cualquier cosa para dañarla —Jeb hizo una pausa para tomar aliento—. Colin, ayúdeme a cumplir mi venganza. Evite que su Laurel corra con la misma suerte que Jeremy, porque mientras ella viva él no la dejará en paz.

—¿Habla de... matar a Colvile? —susurró.

—Yo soy un viejo jardinero, pero usted es un militar. Cuando vi a lady Colvile por primera vez en Winslow, usted estaba a su lado. Pregunté a la gente si sabía quién era ella, pero nadie me dijo nada, sin embargo, me hablaron de usted. Por eso sé a qué se dedicaba antes de comprar esta finca.

Usted peleó en la guerra, contra el ejército afgano.

—¡Usted me está hablando de matar a una persona!

—Créame, el mundo no se perdería de nada bueno si manda usted a ese asqueroso rufián al otro mundo —bajó la voz al decibel de un susurro—. Yo le ayudaré a buscar a milady, si usted a cambio acaba con la vida de lord Colvile. De todos modos, si usted se la lleva, él le perseguirá hasta el fin del mundo.

—Buenos días...

Ralph Gardiner apareció como un espectro, y su mirada de águila reflejaba un ávido interés en la conversación. Los dos hombres, enfrascados en su charla, no le habían visto acercarse.

Jeb respondió al saludo con una inclinación de cabeza.

—Colin, me preguntaba si ya leíste el contrato que te entregué ayer. Lo necesito.

—Sí, está sobre el escritorio. Llévate —dijo ofuscado.

—¿Sucede algo? —Echó una mirada a Jeb y después a su sobrino, que parecía abrumado.

—Sí —Colin se recompuso y mostró toda la resolución que fue capaz—. Me voy de viaje unos días. Iré por unas cosas. Te encargo la finca, tío Ralph.

Su socio elevó las cejas, estupefacto.

—Pero... ¿qué...?

Él no se quedó para escuchar su pregunta. Con paso acelerado se dirigió a la casa, ante la vista atolondrada de Gardiner y de los jornaleros.

No había tiempo que perder, ni más qué decir. Laurel le necesitaba.

Entró a la casa y voló hasta su habitación. Abrió el baúl y tomó dos de sus

armas. Las metió en el bolso militar de viaje junto con unas cuantas balas. Después se guardó un par de objetos de uso personal, algo de dinero, y salió de allí como una exhalación.

Tenía poco tiempo, así que entró en la pequeña biblioteca, donde Pippa tomaba clases con la señorita Pemberton, y le comunicó sucintamente que iría por Laurel. La niña mostró una reacción de absoluta felicidad religada con lágrimas, y le abrazó con fuerza antes de pedirle que «buscara bien» y que no fuera a cometer la tontería de mencionar lo ocurrido en el bosque y hacerla sentir culpable.

La institutriz, en cambio, se dejó caer pálida en la silla.

De regreso en el recibidor, Ralph Gardiner le esperaba con un rudo gesto de disgusto. Colin no cometería de nuevo el error de escucharle y dejar que le mangoneara. Se despidió sin atender a ninguna pregunta y salió para encontrarse con Jeb.

El único deseo, la única razón que lo movía era el traer a Laurel a casa, aunque para ello tuviera que irrumpir en una mansión y robársela a su marido.



## Capítulo 17

No fue sino hasta bien entrada la tarde, a bordo del tren de la mañana, cuando Colin comprendió lo que estaba haciendo. Estaba viajando a un lugar donde jamás había estado; a su lado, un hombre al que apenas conocía le hablaba de matar a un vizconde al que nunca había visto, y él había dejado atrás a su familia, su casa, sus tierras. Parecía una estupidez desde todo punto de vista, pero si esa estupidez podía poner a salvo a Laurel, entonces aquel sacrificio valdría la pena.

Estaba perfectamente consciente de que Jeb North lo estaba utilizando, y aun así Colin no dudó en hacer ese viaje. No tenía pensado herir a nadie, a menos que las circunstancias y la seguridad de Laurel dependieran de ello, pero si aquel hombre acertaba en sus presunciones, entonces tendría que hacerlo.

Tendría que matar a lord Colvile, el marido de Laurel.

Maldita sea, esperaba no tener que hacerlo.

Pero de momento, lo más importante era encontrarla y arrancarla del lado de aquel miserable, si es que realmente él había logrado dar con ella, y llevársela adonde nunca pudiera hallarla.

La llegada de la noche y la necesidad de pernoctar en una posada fue una tortura. No consiguió dormir; sus pensamientos y un temor corroyente lo mantenían alerta.

Pensó en Phillipa, cuyo cuidado había dejado en manos de la señorita Pemberton, y por un momento su resolución flaqueó. Si por cosas del destino él terminaba muerto o en la cárcel, ¿qué sería de ella? Se esforzó por apartar aquellos pensamientos.

Al día siguiente, salieron de la posada con el primer destello del amanecer. Su destino era el mercado de víveres de Cheltenham, un caótico antro de compra y venta, como cualquiera de la campiña inglesa, donde confluían

vendedores de pescado, hortalizas y otros enseres.

Jeb buscó incesantemente entre la gente hasta dar con una muchacha pelirroja y bajita, de unos diecinueve años, con la tez curtida de pecas rojizas, que hacía las compras en un concurrido puesto. No bien la localizó, Jeb le dijo a Colin que se llamaba Josephine y que había sido la doncella personal de Laurel.

El jardinero se le acercó por detrás, poniéndole su mano gigantesca y pesada sobre el hombro. Ella se volvió con un jadeo de sorpresa.

—¡Oh, Señor North! —Chilló, llevándose la mano al pecho—. ¡Por poco me mata del susto, viejo grandulón!

—También es bueno verte, muchacha.

—Vaya, no sabía que había vuelto —echó un vistazo un tanto nervioso a los lados—. ¿Qué es lo que vino a hacer a Cheltenham? Le advierto que el patrón le está buscando y no está nada contento. Dice que le robó dinero y un anillo de sello de su despacho.

—¡Pero qué estupidez! —Escupió Jeb—. ¡Jamás he robado un miserable penique de tu señor! En veinte años trabajando para ese infeliz lo único que he hecho es desgarrarme las manos con sus malditas plantas.

—¿Y eso qué? Ellos siempre tienen la razón —masculló ella, resentida—. La palabra de un vizconde vale más la de un jardinero o la de una doncella. Si milord dice que usted le robó, ¿a quién piensa que creará la policía?

—Y si yo les digo que él es un asesino probablemente me encierren a mí y no a él.

La muchacha abrió los ojos como platos. Echó una mirada nerviosa alrededor.

—Señor North, qué cosas dice... si llega a escucharle...

—¿Quién? ¡No me digas que Colvile está aquí!

—Él no. ¡Akenzua!

—¿Qué? —Se burló Jeb, incrédulo—. ¿El inseparable gorila de Colvile en el mercado?

—Desde lo que pasó con milady, lord Colvile lo castigó dándole cualquier mandado. Hoy me trajo a hacer las compras.

—¿Y qué me dices de Colvile? ¿Está en Kempshall?

—¡Por supuesto!

—¿Y ella? ¿Está Laurel aquí? —Colin intervino con rudeza, con lo que la joven le miró de arriba abajo, arrugando la nariz con desconfianza.

—No lo conozco, caballero —soltó—. ¿Por qué me pregunta por mi señora?

—El señor Marsham protegió a la vizcondesa mientras estuvo escondida —susurró Jeb. Josephine frunció el ceño y le estudió con la cabeza ladeada, una mezcla de curiosidad y desconfianza—. Si tú sabes dónde está tienes que decírnoslo.

—¿Por qué habría yo de...?

—Josephine, por favor —insistió Colin—. Si sientes algo de compasión por tu señora tienes que decirme dónde está.

—¿Por qué? ¿A usted qué le importa? ¡Y no me hable así, ¿quiere?!

—Muchacha, no tenemos mucho tiempo, pero debes creer lo que voy a contarte...

—Jeb, no... —Colin le interrumpió, porque aún no podía decir que aquella mocosa fuera de fiar.

—Sí, confíe en mí, Colin —le tranquilizó el viejo y volvió a mirar a la criada—. Fue Colvile quien mató a mi Jeremy y milady lo vio todo —Josephine separó los labios formando una «o»—. Es la verdad. Por eso se

puso así esos días. Por eso Colvile quería llevársela al manicomio en Londres, para callarla. Ya sabes que milady habla sin filtro.

—¿Ella le dijo eso? ¡Pero si está loca la pobre! ¿Cómo puede creerle?

—Ella no me lo dijo, Josephine —gruñó Jeb—. Yo lo sé. Le reclamé a ese bastardo apenas regresó del viaje donde milady se perdió, cuando encontraron el cuerpo de Jeremy, ¿recuerdas? —Justo en ese instante, el rostro de la doncella comenzó a contraerse, como si un recuerdo significativo hubiera acudido de pronto a su mente—... Por eso me echó, por eso me acusa de ladrón, para que no vuelva a Kempshall Court y lo acuse de asesino. ¿Qué es lo que te pasa, muchacha? Pareciera que te duelen las tripas.

Josephine tomó un poco de aire para ordenar sus ideas.

—Lady Colvile me dijo en el tren que milord había matado a Jeremy... incluso antes de que lo encontraran —Jeb y Colin la miraron con ojos desmesuradamente abiertos—. Yo creí que estaba alucinando, y después lo olvidé... ¿Qué podía hacer?

—Ya, ya, está bien. Ahora entiendes el problema.

La joven asintió con la cabeza, y miró a Jeb como una niña sermoneada.

—¿Dónde está Laurel? —insistió Colin, atenazado por tanta ansiedad.

—Contéstale, Josephine.

La muchacha volvió a mirar alrededor, asustada y dudosa.

—Hace unos días, el mensajero de lady Burghill, la hermana de milady, llegó con un mensaje urgente para el vizconde. Estaba muy impresionado después de leerlo, pidió el carruaje y salió como un demonio. Sé que tenía que ver con ella porque el ama de llaves me pidió que empacara ropa suya. Se la entregué y no supe nada más.

—Se lo dije, la hermana la entregó —farfulló el jardinero.

Colin maldijo por lo bajo.

—¿Adónde se la llevaron? —exigió.

—No estoy segura, pero el otro día escuché cuando le decía al cochero que lo llevara a...

Entonces, los ojos de la joven se brotaron tras ver algo a las espaldas de Colin, y el blanco de su rostro consiguió eclipsar el reguero de pecas. La cesta con las compras se le resbaló ligeramente entre las manos, producto de su nerviosismo.

—Dios mío, es Akenzua. ¡Escóndanse! —balbució aterrada.

Pero Jeb ya se había escabullido, no obstante, ya era demasiado tarde para Colin. Apenas reaccionó cuando vio acercarse a un hombre de rasgos africanos, de unos dos metros de altura y la mirada más fiera que había visto desde que estuviera cara a cara con un soldado afgano en medio de una lucha encarnizada.

No era el hecho de que tuviera el rostro deformado con cicatrices lo que le había desconcertado, sino aquel halo de ferocidad, el brillo perverso en los ojos, oscuros como la brea. Había visto rostros como aquel en el campo de batalla centenares de veces y muchos de ellos antes de acometer los actos más brutales contra el enemigo.

Aquel hombre sabía matar, concluyó.

Le sostuvo la mirada y elevó el mentón. El tal Akenzua reconoció la traza de alguien que no le temía, así que frunció el ceño más profundamente. Al verlo más de cerca, notó que vestía un traje de sastre en terciopelo verde, lo que le resultó curioso.

El africano desvió su torva mirada hacia Josephine.

—¿Por qué te demoras tanto, mujer? —Balbució en un inglés pobre—. Ya es hora de regresar a la mansión.

—Sí, ya voy Akenzua.

—¿Estás buscando enamorado en el mercado? —chapuceó haciendo un gesto de repulsa tras estudiarlos a los dos.

La muchacha se puso tensa, y su pequeño rostro enrojeció.

—Le estaba preguntando a la joven dónde puedo hallar un puesto de flores en este mercado —dijo Colin sin amilanarse—. Pero no cualquier puesto de flores, uno donde tengan violetas, son las favoritas de mi chica.

Josephine asintió sin abrir la boca y el africano achicó los ojos con desconfianza.

—¿Usted conoce alguno, por casualidad? —Continuó con fingida gentileza.

La pregunta lo descolocó, como si le hubiera preguntado donde hallar un camello rosa. Soltó una risotada burlona, mostrando una hilera de dientes enormes. Estaba claro que obsequiar flores a una mujer no era parte de su repertorio. Akenzua chasqueó la lengua y se alejó con paso arrogante.

Entonces escuchó que Josephine soltaba una bocanada de aire retenido.

—Usted está loco.

—Dime dónde está Laurel —la instigó él, consciente de que el tiempo se terminaba.

—Lo que estaba diciéndole —susurró la muchacha— es que el otro día escuché a milord pedirle al cochero que le llevara a Worsfold. Si ella está en Cheltenham, no se me ocurre otro lugar donde buscarla, señor. Es donde el doctor Davinier trata a sus locos, y es todo lo que sé.

Josephine se alejó con pasitos presurosos, dejando a Colin con otras cientos de preguntas atascadas en la garganta.

*Worsfold.* ¿Qué diablos era eso? ¿Una clínica? ¿Un manicomio?

Ahora no tenía dudas de que Laurel estaba allí.

Cuando llevaba unos cuantos pasos, la doncella se volvió para decirle algo

más, justo en el momento en que Jeb surgía de detrás de un tarantín.

—Por favor, díganle que lo siento —masculló.

Y luego se marchó.

Después de agonizar en la más absoluta penumbra, había anhelado con todas sus fuerzas un destello de luz, pero cuando ésta finalmente le fue concedida, le golpeó las pupilas con tanta fuerza que Laurel creyó haber perdido la visión.

En lugar de las luces del día, le habían derramado sobre el rostro un resplandor incendiario. Sus ojos fueron abiertos a la fuerza para someterlos al calor eneguedor de una bombilla eléctrica. A contraluz de aquella irritante explosión había visto un rostro frío e indagador que la examinaba con un despiadado cuidado. Había conocido a aquel sujeto en el funeral de su padre. Era un médico, recordó, y se llamaba Davinier, pero nunca le interesó preguntar qué clase de médico.

Desorientada, hambrienta e iracunda, como un toro recién arrojado a la plaza, había sido extraída del habitáculo donde fuera confinada por los enfermeros. Los mismos hombres, ataviados en batas color crema, la sujetaban de cada brazo sin lograr dominarla del todo. Usando los pies y su propia cabeza como arma, Laurel les embistió entre gritos agónicos. Sus brazos, todavía presos dentro de la camisa de fuerzas, su más temible compañía en la tortuosa clausura.

Los enfermeros la despojaron raudos de su horrible prisión, pero su alivio se desvaneció en un santiamén.

—¡Acuéstenla! ¡De prisa! —había ordenado la voz destemplada del médico.

La habían tumbado sobre una camilla rígida y helada. Las manos, antes atenazadas por la ruda tela, ahora estaban inmovilizadas por un mecanismo de correas, igual que las piernas y el torso. La sensación de hallarse anclada a aquel mueble, sin la posibilidad de moverse, fue todavía más desesperante.

Volvió a gritar y, aunque sabía lo inútil que resultaría, trató de zafarse del agarre implacable del cuero. Maldijo a aquel miserable médico y a sus colaboradores, y también a Aldous, que la había llevado hasta allí.

Pero entonces la amordazaron, lo que recrudeció su ira fuertemente.

—La paciente está segura —dijo el médico tras apagar la cegadora luz—. Ya puede pasar, milord.

Fue como si hubieran llamado al demonio, porque Laurel se encrespó con violencia. Colvile estaba allí, por supuesto. Había venido para ser espectador de su sufrimiento. Para ver con sus propios ojos que estuviera encerrada y sometida.

Los enfermeros y el médico se alejaron para dar paso a su verdugo. Laurel escuchó una puerta cerrándose y luego un repiqueteo de zapatos de charol sobre el piso de madera. Su marido, vestido con su traje de tweed de paño color aceituna y una expresión indescifrable, se apoderó de su campo visual.

Aquel rostro odiado se acercó para estudiarla a profundidad. Pese al miedo que le contraía el estómago, ella lo encaró.

—¿Me creerías si te digo que sé exactamente cómo te sientes? —Dijo usando aquel detestable tono condescendiente. Laurel apretó los dientes por toda respuesta—. El bueno de mi padre me recluyó en un lugar como este hace muchos años. Creía que los médicos podían curarme de mi vergonzosa afición a los muchachos —sonrió, pero aquella sonrisa contravino la mirada sórdida de sus ojos verdes—. Sí, sé lo que estás pensando. No resultó. Pero, al contrario de lo que se pueda creer, fue una experiencia de lo más aleccionadora. Aprendí a sobrevivir; aprendí muchas cosas sobre mí mismo... y sobre mis propios límites —le apartó el cabello de la cara para mirarla mejor—. El antiguo lord Colvile no lo encontró igual de retador cuando envejeció y lo dejé allí para que sufriera lo mismo que yo había sufrido. Fue una lástima que muriera tan pronto —se rio maliciosamente—. ¿Al final quién de los dos crees que resultó ser más hombre?

Laurel gruñó y volvió a luchar inútilmente contra las correas.



—Me asombra darme cuenta de que te las apañaste para sobrevivir todo este tiempo. Creí que te habías lanzado al río para terminar con tu vida, pero cuando tu hermana me contó que apareciste en su casa mugrienta y fuera de sí... casi no lo creí —la estudió con la cabeza ladeada—. Dime, Laurel ¿abrazaste a la vida o fallaste otro intento de suicidio? ¿Por qué no me lo cuentas? Por favor... —le retiró la mordaza.

—¡Hijo de puta! ¡Asesino! ¡Mataste a Gretty! —Colvile apenas reaccionó ante su airada acusación—. ¿Qué fue lo que ella te hizo? ¿Por qué le hiciste eso?

Las muñecas y los tobillos le ardían ante el roce del cuero, pero ella apenas lo sintió. Continuó agitándose y maldiciéndolo, en su arrebatado de furia.

—Vaya, te diste cuenta de eso. Y eso que tu madre dice que eres estúpida —se lamentó con un gesto de decepción—. Esa loca del demonio me ha estado molestando. Fue a buscarte a Kempshall Court hace unos días. Me exigió que te liberara... me escupió a la cara. No esperarás a que tolere que una mendiga chiflada me falte al respeto de esa manera, ¿verdad? Akenzua la siguió al bosque y se encargó de ella —Laurel fue vencida finalmente por una ola de llanto—. Le prendió fuego a su casa para hacerlo parecer un accidente. Ahora veo el porqué de tu ropa tiznada. Fuiste a buscarla. No debiste, Laurel. No debiste haber vuelto, en primer lugar.

El llanto se prolongó por unos minutos, hasta que la furia reapareció.

—¡Maldito maricón infeliz! ¡Más te vale que acabes conmigo, Colvile! —Su voz ahora sonaba lejana y estrangulada—. ¡Si me dejas viva hallaré la manera de salir aquí y te mataré con mis propias manos!

—No seas ridícula —gruñó él—. No saldrás de aquí nunca. Tu familia no moverá un dedo para sacarte, y aunque tuvieran la intención... no podrían. Me perteneces. ¿Recuerdas que soy tu esposo? Si me place te dejaré aquí para siempre.

—Eres un maldito...

—Espero que todo esto te enseñe a no desobedecerme. Llegaste muy lejos, Laurel, y llamarme asesino frente a tu hermana y quién sabe cuánta gente más... va a costarte —le mostró una sonrisa diabólica—. Una vez te dije que no creía que estuvieras loca. Lo sigo pensando, por eso, el mejor castigo para ti es hacer que enloquezcas de verdad.

La muchacha arrugó el ceño sin comprender.

—¿Qué...? ¿Qué estás diciendo?

—La muerte sería tan fácil que le restaría belleza a tu escarmiento —acercó los labios a su oído y le susurró—. Jugaré con tu mente hasta que ya no quede una sola traza de cordura en ti, hasta que desaparezca esa mocosa arrogante y maniática que eres y no quede más que un despojo humano sin habla, sin sensibilidad, defecándose encima. Así ya no podrás repetir mis pecados.

—¡Te odio! ¡Te odio! —se retorció en la camilla.

—¿Ah, sí? ¡Yo te odio más! ¡No sabes cuánto te odio, perra! —Le cerró las manos alrededor del cuello, ejerciendo una presión brutal, al tiempo que la taladraba con su mirada iracunda, de ojos desorbitados y demenciales—. Odio ese rostro, odio ese cuerpo y esa maldita cosa que tienes entre las piernas...

El dolor la torturaba, y la falta de aire no tardaría en privarla del sentido. Aldous la mataría allí mismo, estaba segura, pero entonces se apartó con la misma rapidez con la que se le había echado encima.

Laurel jadeó, tosió y tardó unos segundos en recuperarse.

—Milord, le advertí que no se acercara. La paciente es terriblemente agresiva —dijo el médico, que había entrado de nuevo a la habitación.

—Sí, lo sé —masculló Colvile amargamente, alisándose el traje con las manos—. La provoqué sin querer... Lo siento—. Comencemos con el procedimiento, se lo ruego.

—Doctor Davinier. ¡Ayúdeme! —Gimió Laurel, apelando a su último recurso: la súplica. El aludido se volvió para observarla con extrañeza y una

pizca de interés—. No estoy loca. Mi marido quiere evitar que le diga a todo el mundo que es un asesino... Se lo suplico, llame a mi hermana.

—No hace más que repetir eso. No entiendo de dónde lo ha sacado.

—Está bien. La calmaremos. Despreocúpese, lord Colvile —dijo Davinier y luego miró a sus enfermeros—. Caballeros, preparémonos.

Uno de ellos comenzó a manipular un artilugio situado junto a la cama, mientras el otro tomaba a Laurel por la cabeza. Cuando se resistió, la sostuvo más fuertemente, haciendo caso omiso de sus gritos y súplicas. A continuación, pasó sobre su frente una rígida tira de cuero que aseguró del otro lado. Otra tira pasó sobre su mentón y luego una más por encima de su cuello. De pronto se halló totalmente inmovilizada, y ni siquiera podía girar la cabeza a los lados.

La sensación resultada espantosa, por lo que volvió a deshacerse en gritos y a mover sus extremidades comprimidas por las correas de cuero todo lo que podía.

El hecho de no saber qué iban a hacer con ella recrudecía su agonía.

El otro enfermero seguía manipulando el extraño aparato, que producía un sonido crepitante, como el zumbido de una colmena de abejas. Las luces de la habitación, que funcionaban con energía eléctrica, parpadearon repentinamente, y todos elevaron sus cabezas hacia el techo. Uno de los hombres comenzó a girar lo que parecía un timón conectado a una palanca, y a medida que la rueda daba vueltas, la luz parecía potenciarse y la misteriosa máquina cobraba fuerza.

El primer enfermero le introdujo en la boca una lámina de madera que ella escupió *ipso facto*. Éste la sujetó del mentón y volvió a ponérsela.

—La va a necesitar —habló por primera vez.

No supo por qué, pero ella terminó aceptándola.

Alguien, ya no sabía quién, le abrazó las sienes con algo que no supo

describir. Solo sentía que su cabeza estaba siendo comprimida con un artefacto pesado, y un escalofrío de expectación la recorrió desde la punta de los pies hasta la garganta.

Los gritos habían sido sustituidos por jadeos descontrolados. Laurel estaba tullida de miedo, y ni siquiera era consciente del temblor acuciante en todas sus extremidades.

—Ahora —ordenó el médico.

El enfermero bajó una palanca empotrada en la extraña máquina. Entonces, un golpazo rápido y brutal recorrió sus terminaciones nerviosas, empezando en las sienes y extendiéndose al resto de su cuerpo en menos de un segundo. Laurel mordió el trozo de madera con tanta fuerza que creyó haberse roto la mandíbula y se estremeció con el espasmo, siendo apenas consciente de que aquello había sido un impulso de corriente eléctrica. El dolor fue tolerable, pero su corazón se aceleró y su respiración se agitó.

—¿Cómo se llama, señora? —preguntó alguien.

Ella tomó aire y respondió con voz grumosa y monótona.

—Laurel Kirkeby.

El médico dirigió una mirada al enfermero, que hizo un movimiento imperceptible para Laurel. Una nueva descarga, más poderosa y prolongada, la elevó de la camilla, hasta que la presión de las correas volvió a confinarla. Esta vez sintió calor en las sienes y su corazón latió incluso más de prisa, al tiempo que sus dientes se encajaban en el trozo de madera.

El dolor que padeció no fue fruto de la corriente eléctrica en sí, sino del tirón en los músculos, que se encogieron ante la fuerza de la descarga.

—¿Cómo se siente?

—Paren. Por favor... —suplicó.

Davinier ordenó al enfermero que le retirara los aparatos, pero Colvile se opuso. El muchacho miró a su jefe con reserva, y éste le hizo un gesto a

regañadientes para que continuara. El enfermero titubeó, pero volvió a bajar el interruptor.

Ausente de todo aquel intercambio, Laurel recibió una nueva oleada de dolor que le arrancó un grito ahogado. Se sentía como una hoja en un huracán, aunque estaba segura de que las hojas difícilmente podían experimentar dolor. Percibió un ardor indecible en la lengua y un desgarré brutal, como si sus músculos estuvieran siendo arrancados a jirones. La mandíbula, cerrada alrededor del pedazo de madera, crujió.

Colville tenía la atención puesta en su expresión ausente, de auténtica sumisión, y sus labios refrenaron una sonrisa de complacencia.

—¿Cómo se llama? ¿Puede oírme? —preguntó el doctor, visiblemente preocupado.

Pero ella estaba demasiado aturdida para contestar... o para escucharle. Aunque los ojos permanecían abiertos, su cariz era de total desorientación.

En su interior, un revuelo de imágenes se proyectó con velocidad, pese a lo cual pudo examinar cada una con cuidadoso detalle. En una de ellas estaba su adorada Pippa, metiendo un pie en un riachuelo que habían encontrado a mitad del bosque, y a Gypsy, tomando agua de él con glotonería. Pippa le pedía a Laurel que no temiera, que el agua fría no era gran cosa. Ella, al final, le había hecho caso y había metido los pies con reserva. La sensación había sido placentera, para variar.

Y luego estaba otra, donde Colin la besaba contra un árbol. Estaba lloviendo un poco, pero el agua helada ya no surtía ningún efecto atemorizante. Cuando estaba con él, había pocas cosas que le asustaran... quizá solo la idea de perderlo. La pasión que Colin había puesto en aquel beso, y la forma como sus manos la recorrían la habían elevado como pájaro. Su amor había puesto final a una vida repleta de carencias, y de pronto ya ni siquiera recordaba a la gente que en lugar de amarla, la había rechazado y se había avergonzado de ella.

Tenía la sensación de que su memoria no le hacía justicia a semejantes

emociones.

Se aferró a cada uno de esos hermosos recuerdos, porque de pronto sintió que algo o alguien se los arrancaba del modo más inhumano.

—¡Una vez más! —pidió Colvile rezumando alguna clase de siniestra excitación.

Davinier frunció el ceño. Los enfermeros se miraron horrorizados.

—Milord, ¡no lo recomiendo! Ya es suficiente por hoy.

—Le digo que lo haga una vez más —insistió el vizconde, que le dedicó una mirada intimidante—. Estoy seguro de que aún tiene la cabeza llena de locuras.

—Pero podría ocasionarle daño cerebral... o la muerte —balbució el otro—. ¿No lo comprende? Los electrochoques deben aplicarse dosificadamente...

—Hágalo, ¡maldita sea, o le juro que haré cerrar este lugar! ¡No me contradiga, Davinier! Mi esposa es una loca peligrosa y necesita serenarse.

El médico bajó la mirada antes de hacer un gesto a sus apocados colaboradores. El enfermero volvió a dudar antes de accionar la palanca que estaba torturando la humanidad de Laurel.

Y entonces el dolor se redobló hasta transformarse en lo peor que había sentido nunca. Fue como una explosión, un incendio interior que chamuscaba sus músculos hasta alcanzar los huesos y abrasarlos, desbaratarlos, pulverizarlos. El tiempo, perdió su significado y su mente se tornó negra, como la brea.

Las luces de la habitación parpadearon; el zumbido del generador volvió a llenar todo el espacio hasta que el sonido cesó de pronto, y todo quedó sumido en la más prominente oscuridad.

Davinier maldijo por lo bajo mientras con urgencia le retiraba a Laurel los artilugios de electrochoque y las correas.

—¡Enciende una lámpara! ¡Rápido!

Uno de los enfermeros apenas salió de su estupor para cumplir la orden, mientras que el otro aprovechó la conmoción para escabullirse, habiendo leído a la perfección lo que allí había ocurrido. Cuando la débil luz de una lámpara de gas bañó el rostro de la muchacha, el médico dejó escapar un resoplido de preocupación.

Había perdido la conciencia. Tanteó sus brazos, rígidos y contraídos. Evidenció que sus puños se habían cerrado firmemente y que el espacio de piel de sus sienes estaba marcada con un color ceniza oscuro.

Temeroso, llevó los dedos a un lado del cuello para comprobar su pulso.

Colvile abrió más los ojos y taladró al médico con una mirada de expectación.

—¿Está muerta? —quiso saber.

Davinier abrió la boca para responder, pero entonces unos gritos provenientes del piso superior desviaron su atención y la de Colvile.

Creyó escuchar a Rosabel, su recepcionista, gimiendo y suplicando a una voz ronca, y unos pasos pesados corriendo sobre ellos.

—¿Qué demonios es eso?

—No lo sé, milord —murmuró Davinier, abatido.

El vizconde chasqueó la lengua y se dirigió hasta la puerta de entrada, acompañado del eco de sus propios pasos. No le convenía que alguien estuviera allí, pero desconfiaba del inútil de Davinier y de sus blandos asistentes, así que estaba decidido a despachar a quien fuera.

El edificio estaba sumido en las sombras, así que tuvo cuidado de evadir los aparadores, repletos de botellas de medicamentos y las estanterías de libros raros que Davinier guardaba en su pequeño laboratorio.

De pronto, los pasos que había escuchado en el piso de arriba comenzaron a bajar con estrépito por las escaleras. Aldous frunció el ceño; se detuvo al percibir un peligro real. Aquello no sonaba como una emergencia médica, ni como la irrupción de un ladrón.

Entonces, la puerta delante de él se abrió.

El enfermero que había estado allí, apenas unos minutos antes, surgió bajo el dintel sosteniendo una lámpara que iluminó buena parte de la habitación. El chico, cuyo rostro estaba contraído de espanto, levantó una mano y dio dos pasos inseguros hacia adelante, como si alguien le hubiera espoleado.

Entonces comprendió que alguien estaba detrás de él, sosteniendo una pistola.



## Capítulo 18

Todo fue muy rápido; muy confuso.

Se suponía que entrarían en silencio por la puerta de atrás, que buscarían a Laurel y que se la llevarían de allí sin que nadie les viera, pero no contaron con que el carruaje de Colvile estuviese detenido fuera de aquella casona destartada que llamaban Worsfold. Jeb se empeñó en encarar al asesino de su nieto, a sabiendas de que Akenzua, su rudo guardaespaldas no le protegía en ese momento.

Colin tampoco había anticipado que, al llegar allí, una insólita ola de sentimientos desesperantes, a los que no sabía ponerle nombre, le invadirían. Era un sentido de urgencia que lo apremiaba y le advertía que si no actuaba pronto, la perdería.

Así que acordaron hacer las cosas por las malas.

Se adentraron en la casona por un recibidor cubierto de paneles de madera donde colgaba una hilera de retratos de médicos muertos. Era un sitio extrañamente silencioso y sombrío, donde un aroma a alcanfor flotaba ligeramente en el aire.

Colin corrió hasta un escritorio de nogal e intimidó a una recepcionista vestida con atuendo de enfermera, de unos setenta años de edad. Los ojos de la mujer se brotaron ante la visión del arma. La obligó a que le dijera donde estaban el vizconde y su esposa, y ella había llorado y suplicado como una posesa. Al final, le dijo lo que quería saber.

Fue entonces cuando las luces de la recepción se volvieron intermitentes, hasta que se apagaron con un susurro. Jeb captó el momento en que un joven enfermero salía por la puerta que les había indicado la recepcionista y le apuntó con la pistola que Colin le había entregado en el tren.

Apuntándole directamente, Colin le ordenó que le llevase adonde se

encontraba Laurel. Éste accedió, sorprendentemente colaborador y llevó consigo una lámpara.

Y tras bajar por una escalera llegaron allí, a ese sótano que evocaba la cueva de una bestia.

Sosteniendo el arma contra el cuello del enfermero, Colin vio un rostro arrogante más adelante, alumbrado por el fulgor de la lámpara. Era un hombre de unos cincuenta años, pelirrojo y con una barba ligeramente cana, vestido como un maldito dandi.

Lord Colvile, por supuesto.

—No imagino qué ladrón puede ser tan estúpido como para robar una clínica de reposo mental —farfulló—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Drogas?

—Yo no imagino a un hombre tan estúpido como para insultar a alguien que le puede volar la cabeza con un solo movimiento —escupió, ahora dirigiendo el cañón de la pistola hacia el hombre que le hablaba—. Dígame dónde está Laurel.

La postura altiva del vizconde se deshizo violentamente. La incredulidad lo poseyó.

—¿Quién es usted? —inquirió entre dientes.

—Soy quien le matará si no me dice dónde está ella.

—¿Cómo se atreve? ¿Con qué derecho cree que puede introducirse en propiedad privada y preguntar por mi esposa? ¡Le exijo que me diga...!

—¡Cállese, Colvile...!

En ese instante, un hombre de anteojos, bajito y regordete, vestido con bata médica, apareció llevando una lámpara consigo. El doctor Davinier, supuso. Cuando vio el arma que apuntaba al vizconde se frenó.

—Usted debe ser el médico —le miró con desprecio, porque no podía sentir otra cosa por esos verdugos—. ¡Traiga a Laurel y entréguemela!

—Santo cielo... —abrió los ojos como platos—. ¿Quiere secuestrar a lady Colvile?

—Quiero ponerla a salvo de ustedes. ¡Tráigamela!

El doctor, cuyo rostro era una máscara de horror, hizo un gesto en el que le pedía calma y regresó trastabillando por donde había venido.

—¿Qué fue lo que ella le hizo? —Miró al vizconde—. ¿Por qué la trajo aquí?

—¿Acaso no lo sabe? Mi esposa está chalada. Lo único que deseo es que recupere el juicio.

—Lo único que un asesino como usted puede esperar es que ella calle el crimen que cometió.

—Válgame Dios —se burló—. Veo que usted cree en sus mentiras. Le repito que Laurel está loca. Nació con una extraña enfermedad mental. El doctor Davinier se lo puede corroborar. Todo lo que dice no son más que invenciones de su mentecilla atolondrada. Y usted cayó en su juego.

—No me hable como si la conociera mejor que yo —la rabia transformó la voz de Colin—. Ella no está loca, y jamás me ha dicho nada sobre usted. Ha sido otra persona la que me ha hablado sobre sus pecados, Colvile.

El vizconde le dedicó una mirada de intriga. Armado de una inusitada confianza, dio un paso hacia adelante.

—Déjeme adivinar. Usted la acogió mientras se encontraba en la clandestinidad y se enamoró de ella... No lo culpo. Mi esposa es una belleza muy apetecible, pero está vacía, como un hermoso y codiciado jarrón chino. Su cabeza está llena de musarañas. No es una mujer profunda, ni sensible, ni siquiera es inteligente o sensata. Me casé con ella por lástima, porque su familia me suplicó que lo hiciera, así no tendrían que cargar con su molesta existencia y con la vergüenza de su mal. Me la entregaron, como un perro al que nadie quiere. Si usted se la lleva de aquí hoy, difícilmente ella se lo

agradecerá, porque tampoco le es familiar la gratitud, o cualquier emoción humana elemental.

Estaba asqueado con aquel caballerete y su discurso.

—No. Definitivamente no la conoce. Y no quiera engañarme, lord Colvile. Está claro que si se casó con ella fue para solapar el hecho de que usted prefiere a otros hombres y cuando se cansa de ellos los manda a asesinar y a arrojar al río.

El vizconde apretó la mandíbula, transido de cólera.

Entonces Davinier y otro enfermero, en cuyos brazos yacía Laurel, aparecieron.

Colin apretó el arma con más fuerza cuando un dolor punzante, provocado por la visión de su amada, inconsciente, le asestó el pecho.

Bajo la luz de la lámpara, Laurel lucía pálida y exánime. Ese rostro sonrosado de niña había desaparecido tras el semblante de un cadáver. Sus brazos estaban contraídos y sus puños, apretados y pegados al pecho en una posición inconcebible.

—Malditos... —jadeó ya sin aire—. ¿Qué le hicieron? —Se volvió hacia el médico con viso asesino, pero éste estaba paralizado—. ¡¿Qué le hicieron?!

—Un... tratamiento de electrochoque —balbució Davinier tras dar un brinco—. Es para tratar su tendencia agresiva y alucinaciones... le ayuda a regular su carácter...

—¡No trate de convencerme de que esos malditos métodos son lo mejor para ella! —gritó apuntándole directamente—. Laurel no está loca, y usted es un carnicero, hijo de puta. Usted es cómplice de este bastardo —movió el cañón hacia Colvile.

—¿Qué va a hacer? —el vizconde lo encaró, arrogante—. Con ella no llegará muy lejos y lo atraparán en un abrir y cerrar de ojos. Alguien hará llamar a la policía en cuanto ponga usted un pie fuera de este recinto.

—Muy bien, lord Colvile, ¡llámela! —Dijo Colin en el mismo tono—. Le diremos que usted mató a Jeremy North, el nieto del jardinero y que sometió a su esposa a sufrir un tratamiento inhumano.

El miserable entrecerró los ojos, midiéndolo cuidadosamente. Ahora sabía que no se estaba enfrentando a un simple enamorado de Laurel, o a un sirviente, sino a un hombre determinado que podía resultar peligroso para sus planes.

—¡Caballeros, por favor! —Protestó Davinier con nerviosismo—. ¡Les ruego que no involucremos a la policía en este asunto! No hace falta, se los aseguro.

Colin miró al enfermero que llevaba a Laurel cargada y le ordenó que le acompañara arriba. El que había visto primero estaba agazapado en un rincón, quizá esperando la primera oportunidad para salir huyendo. Tenía la sensación de que aquellos muchachos no eran más que un par de inofensivos borregos que cumplían órdenes del médico, y éste a su vez de Colvile, así que no vio problema, ahora que había tomado el control, en utilizarlos para sacar a Laurel de aquel nido de ratas.

Pero debía hacer algo con Colvile.

Recordó el compromiso que había asumido delante de Jeb y se sintió acorralado. No podía acabar con la vida de aquel hombre, aunque estuviera terriblemente tentado después de saber lo que había hecho a Laurel.

—Si pretende acusarme de algo nadie le creerá —insistió el vizconde—. Y aunque Laurel sea una loca infeliz sigue siendo mi esposa, y de acuerdo a la ley debe actuar según mis reglas. Lo que usted pretende cometer es secuestro...

Colin lo calló propinándole un cachazo en la cabeza que lo envió directo al suelo. Eso al menos le demostraría que no estaba jugando. Palpando el lugar del golpe, el vizconde maldijo y amenazó con llevarlo a la cárcel. El médico, intimidado, dio un par de pasos atrás y le suplicó que no le hiciera daño. Cobarde.

Aprovechó la conmoción para dejar el sótano, no sin antes asegurar la puerta por fuera. No había tiempo para buscar una traba, y no estaba dispuesto a hacer algo más que retrasara la posibilidad de poner a Laurel a salvo. Subió las escaleras a toda prisa, con la mente puesta en Laurel, y en cómo haría para sacarla de allí.

El enfermero que llevaba a la joven cargada le habló por primera vez.

—Señor, sigue viva pero necesita atención, o no resistirá mucho.

—¿Qué fue lo que le hicieron? —lo taladró con la mirada.

—Lord Colvile nos obligó a someterla a cuatro convulsiones con electricidad. Le juro que nos opusimos, porque normalmente son dos, pero nos amenazó. Debe hacer algo pronto o morirá.

—¿Sabes qué hacer?

—S...sí. Eso creo.

Miró a Laurel y su aspecto enfermizo le golpeó directamente en el pecho. Santo Dios, se veía tan mal. Y sus miembros seguían retorcidos.

Tal fue el desbarajuste de la huida y la urgencia por poner a Laurel a salvo que Colin no reparó en el escándalo que se desarrollaba en el recibidor de la clínica.

Al llegar al piso principal vio a Jeb, que había bajado su arma ante la presencia de una dama agitada, que hablaba a gritos. Se asomó y captó el momento exacto en el que su compañero le enviaba una mirada agónica en la que decretaba el fracaso total del plan.

Colin no lo entendía. ¿Qué pasaba allí? ¿Por qué Jeb se había rendido? ¿Quién era esa mujer y qué poder tenía para evitar que salvaran a Laurel?

La actitud derrotista del jardinero le produjo un estremecimiento de pavor, sin embargo, tomó aire y continuó dando la que ahora consideraba la batalla de su vida.

Y entonces, tras un leve movimiento, logró verle el rostro a la mujer. El extraordinario parecido físico le sorprendió, al igual que la rica gestualidad. Aquella rubia, de porte aristocrático y mirada altiva era sin duda alguna lady Burghill, la hermana de Laurel. La misma que la había entregado a ese hijo de puta de Colvile.

Dudoso, miró a Laurel una vez más. Su cuerpo había empezado a sacudirse con leves espasmos y su rostro era ahora comparable a una hoja de papel.

Fue así como comprendió que debía elegir. La vida de Laurel tenía más valía que las consecuencias de su irreflexión, y si no actuaba pronto ella moriría. Se negó a pensar en su propio futuro, aferrándose a la idea de que debía salvarla.

Y entonces tomó una decisión súbita y arriesgada. Le arrancó a Laurel de los brazos al enfermero y caminó directo hasta la vizcondesa.

Apenas le vio cargando a su desfallecida hermana, lady Burghill se llevó las manos al rostro con temeroso asombro. Corrió hasta él, gritando el nombre de Laurel.

—¿Quién es usted y qué es lo que le ha hecho a mi hermana?

—Esto se lo ha hecho lord Colvile y su médico, señora —gruñó agónico—. Y usted también se lo ha hecho entregándola a ellos.

La dama le miró con ojos saltones y llorosos, esos ojos que eran tan parecidos a los de ella, pero sin la consabida magia que lo había hechizado. Los de esa mujer que tenía adelante rezumaban escepticismo y un rastro de culpa del que él se aferró.

—Esos malditos le han pasado corriente hasta dejarla así, ¡la han torturado! —Continuó, ignorando la nota de dolor en su propia voz—. Quizá tenga huesos rotos, y si no hacemos algo la perderemos.

Lady Burghill sollozó. Le tocó el rostro a su decaída hermana, palpó con horror sus miembros retorcidos y rígidos.

—Laurel...

—Si de verdad ama usted a su hermana busque en este instante ayuda de un médico verdadero —rugió entre dientes—, de lo contrario quítese de mi camino y yo lo haré.

—¿Pero quién demonios se ha creído para hablarme de ese modo?

—Soy Colin Marsham, soy quien la protegió de usted y de Colvile todo este tiempo.

La mandíbula de lady Colvile se despegó con un movimiento lento, de pleno asombro.

—¿Colin...?

Volvió a mirarlo, bajo una nueva luz que transformó sus facciones.

—Por supuesto que amo a mi hermana y la he defendido de todos, incluso de nuestra propia madre, pero no puedo cambiar el hecho de que Laurel está...

—Ni siquiera lo diga. Demuestre que ella le importa y busque a un médico de verdad o le juro que me la llevaré y no volverá a verla nunca más.

—¿Hay algún médico decente aquí, maldita sea? —gritó la dama.

Fue entonces cuando un par de pasos resonaron a toda velocidad sobre el suelo de madera. Colin maldijo por lo bajo y miró a Jeb, que ya había apuntado a Colvile con la pistola. El vizconde se detuvo cuando reparó en este hecho e intercambió una mirada fiera con el jardinero. Después vio a lady Colvile con sorpresa, como si ella fuera la última persona que hubiera esperado ver allí.

—Rebecca...

—¿Qué es lo que le has hecho a mi hermana, hijo de perra? —Gruñó la vizcondesa, que repentinamente había dejado de ser una dama llorosa y frágil para convertirse en una tigresa—. ¿Esta es la razón por la que no querías que



viniera a verla? Dijiste que estaría segura, que iba a descansar hasta que pudiera serenarse...

Colvile tragó saliva y echó un vistazo al aterrorizado doctor Davinier, de pie a un lado.

—No sé qué te hayan dicho, Rebecca, pero estos hombres pretenden secuestrar a Laurel y pedirme dinero a cambio. Debemos hacer algo antes de que...

—¡No! —gritó ella—. Vas a decirme por qué mi hermana está así.

—Vamos, Rebecca... Estaba recibiendo un tratamiento médico de vanguardia; solo unas leves descargas eléctricas en su cerebro. Es normal que esté un poco desorientada, ¿no es así, Davinier? —El aludido se arrimó a la pared, negado a participar en la conversación, por lo que los dientes de Colvile rechinaron—. Se recuperará en unas horas. Sabes que Laurel está mal. Necesita controlar su agresividad.

—¡Maldito embustero! —Gritó Colin—. El enfermero me ha dicho que le han practicado electrochoques hasta las convulsiones. Han querido dejarla totalmente reducida, sin consciencia, así no podrá acusar a su marido de haber matado a Jeremy, el nieto del señor North y sabrá Dios a cuánta gente más.

Rebecca miró anonadada a Colvile, y luego al jardinero, que seguía apuntando al vizconde con el arma, y una mirada que parecía tan peligrosa como las balas.

—Así es, milady. Este hombre ha acabado con la vida de mi muchacho... y seguro estaba pensando a hacer lo mismo con su hermana, ya que ella lo vio todo.

—Entonces es cierto —reflexionó la vizcondesa, colmada de asombro, rabia y un sinfín de sentimientos que contrajeron sus bellas facciones—. Ella me advirtió sobre ti y yo no le creí. Mataste a Gretty y a Jeremy... Y ella te descubrió. Dios del cielo, ¿cómo he podido confiarte a mi hermana, bestia inmunda?

—¡Esto es absurdo! —se defendió—. Puedo tolerar que este par de imbéciles crean las fantasías de Laurel, pero tú que creciste con ella... Tú que has sufrido sus ataques y alucinaciones. La conoces mejor que esta gente. No me digas que lo que están diciendo tiene una brizna de sentido. Tu hermana está loca y jamás recuperará la razón. Jamás dejará de hacer cosas como escapar de casa por semanas enteras e intentar matarse por un desengaño. ¡Así que tú menos que nadie debería creer en sus mentiras!

Lady Burghill estaba transida de ira.

—¡Mi hermana no miente! —le gritó, hecha una fiera.

—¡Basta! —Intervino Colin, desesperado—. Me niego a seguir discutiendo mientras Laurel se encuentre así. Hay que atenderla, de inmediato.

—Usted, Davinier —ordenó Rebecca, apuntando al médico con el dedo—, sane a mi hermana o le juro que yo misma lo destriparé con mis manos.

—Sí, sí, milady. Cuanto antes la atenderé.

Colin observó a Laurel, que seguía rígida, temblorosa y pálida, ausente de toda aquella discusión. Se la entregó al enfermero, debatiéndose entre sentirse aliviado o temeroso. Con ella en brazos, el muchacho siguió al médico y a la vizcondesa a una sala situada al final del pasillo.

Después miró al vizconde, que seguía apuntado por el arma de Jeb. En su semblante reverberaban la impotencia y la rabia pues, estaba consciente que después de aquel día su reputación, su vida entera, se arruinarían. La palabra de su esposa, tildada de loca, o la de un simple jardinero no tenían valor en un mundo donde hombres como él detentaban el poder, pero la palabra de una vizcondesa, de un médico que podría terminar actuando de cara a la ley para evitar ser castigado, sí podían poner un peso importante en su cuello. Entonces, quedaría a la luz su homosexualidad, sus crímenes y quizá otras verdades que significaban la ruina para un hombre como él. El rostro le había enrojecido de cólera y a Colin le pareció ver una vena latiendo en su frente.

—Ahora sí está acabado —le dijo mirándolo más serenamente—. Espero con ansias asistir a su ejecución. Creo que disfrutaré viendo cómo sus ojos se

brotan cuando la soga lo constriña... milord.

Con el talante de una bestia enfurecida, Colvile dio un paso adelante, como si hubiera olvidado la amenaza del arma, pero Jeb hizo bien en recordársela.

—No se atreva, porque estoy terriblemente tentado a usar esta pistola. Nada me haría más feliz que apretar esta cosilla y mandarlo directo al infierno.

El vizconde achicó los ojos, que se convirtieron en dos rendijas oscuras de pura malevolencia.

—Jeb, no hace falta —advirtió Colin—. Ya toco acabó. Estoy seguro de que lady Burghill hará lo necesario para que le investiguen y la justicia se encargará de él. Pagará por lo que le hizo a su nieto y a Laurel...

—¿Pero por qué esperar tanto? —Jeb tenía la vista puesta en el vizconde—. ¿Por qué poner esperanzas en la justicia? Si le damos un segundo de ventaja se las apañará para salir limpio de culpa. Usted no lo conoce, Colin. Esta sabandija sabe cómo defenderse. Tal vez ni siquiera puedan demostrar lo que le hizo a Jeremy, entonces quedará impune.

—Jeb, por favor —tragó saliva, empezando a temer por el viejo y sus irreflexivos deseos de venganza—. Déjalo ya.

—No lo entiende, Colin. Mientras esta basura viva no tendremos paz; nos perseguirá hasta hallarnos. Jeremy no descansará en paz hasta que no acabe con él...

—No eres capaz, Jeb —masculló el vizconde dejando colar un tonillo burlón y malicioso—. No eres lo bastante hombre para accionar un arma. Él era igual... —El jardinero resopló fuertemente por toda respuesta—. Era débil y sumiso; hacía lo que yo le pedía sin protestar y le gustaba que lo tratara como un perro.

—Maldito... —jadeo antes de mover sus dedos sobre el mecanismo de la pistola.

—Jeb, él solo quiere que caiga en su juego —le advirtió Colin—. Si lo

hace solo acortará su castigo. Usted no es un criminal.

—Vamos, North, demuéstreme que eres más hombre que la niña de Jeremy.

—Jeb, ¡no! —gritó Colin, pero Jebediah North había caído en la provocación.

Una detonación estremeció los cimientos de aquella vieja y silenciosa casona. Lord Colvile cayó de rodillas, con el pecho atravesado por una bala, para luego derrumbarse por entero sobre el suelo.

Su expresión, antes de cerrar los ojos por última vez, había sido de doloroso alivio, o eso creyó haber visto Colin con cierta incredulidad. La de su asesino, irónicamente, podía decir que había sido de indecible agonía, una agonía que, ahora sabía, no habría de sanarse con la muerte de su enemigo.

Colin se agachó junto al cuerpo de Colvile y le revisó el pulso.

La venganza de Jeb había sido cumplida.

## Capítulo 19

Colin jamás creyó que volvería a albergar aquella angustia, aquella impotencia creciente que parecía partirle en pecho en dos y lanzar su alma a un negro vacío. Lo había vivido con Pippa hacía escasas semanas, y ahora lo padecía con Laurel.

Sus pasos, pesados y desesperados se dejaron escuchar a lo largo del corredor. El reloj que pendía del muro de paneles le recordó que habían pasado dos horas desde que el doctor Davinier había empezado a atenderla. Lady Burghill, a quien se le había permitido estar al lado de su hermana, había salido un par de veces en todo ese tiempo para avisarle que el cuerpo había resistido milagrosamente la fuerza de la corriente.

El médico se había encargado de regular su respiración, así como la función de su corazón. Tras aplicarle una inyección, los músculos contraídos se relajaron; y luego de inspeccionarla cuidadosamente, se determinó que los huesos estaban enteros.

Sin embargo, ella no había despertado, y Colin no se quedaría tranquilo hasta que lo hiciera.

Davinier le había asegurado a lady Burghill que Colvile le había forzado a abusar de aquel tratamiento que, dosificadamente «generaba buenos resultados», pero ella había hecho poco caso a sus cobardes justificaciones y le había exigido que le devolviera la consciencia a su hermana, *so pena* de acabar con su reputación y acusarlo ante las autoridades de poner en peligro la vida de su paciente. Y no solo lo acusaría a él, sino a sus dos enfermeros e incluso a la anciana recepcionista.

Colin estaba agradecido de que aquella mujer, a la que había juzgado de desdeñosa y vana, terminara siendo su mejor aliada en el rescate de Laurel. Jeb, en cambio, se había dejado arrastrar por su deseo de venganza hasta llegar a cometer la insensatez más grande de su vida.

Una vez cumplido su anhelo de matar a Colvile, el jardinero de Kempshall Court le pidió perdón a Colin, no estaba seguro de por qué, y huyó de la casona convertido en un asesino. Aunque no lograba calibrar la rabia que movilizaba a Jeb, éste le deseó suerte, embargado de tristeza por el destino de aquel hombre bueno, pero consumido por la ira. Sabía que en lugar de redención, había ganado una vida sin paz, con un futuro incierto.

Recibir a la policía en Worsfold no fue lo más difícil, pero si no se hubiera encontrado tan turbado por la salud de Laurel, Colin habría visto lo cerca que estuvo de ir a parar a la cárcel. Lady Burghill contó a un inspector de la Scotland Yard que un ladrón había entrado a la clínica para someter a punta de pistola a los presentes y que el vizconde lo había enfrentado. El delincuente accionó entonces el arma, quizá traicionado por los nervios, con lo que acabó con la vida de su «valeroso» cuñado.

Luego de comprender la gravedad del asunto y de ser informado de la identidad de su víctima, el ladrón había huido sin dejar el mínimo rastro. El médico y su pequeño personal sostuvieron el argumento y presumieron que el hombre buscaba drogas.

Tras soltar aquella ingeniosa farsa, lady Burghill se había disculpado con la autoridad, arguyendo que su hermana la necesitaba pues estaba siendo tratada por el médico debido a su consabida locura. Los policías se retiraron satisfechos, anunciando que harían lo que fuera para dar caza al responsable de tan espantoso hecho.

Y todo ese tiempo, Colin había permanecido oculto en uno de los consultorios de Davinier por recomendación de la hermana de Laurel. No había comprendido el porqué de tanta consideración, hasta que ella misma se lo explicó:

—Ella me habló de usted, y yo creí que había sido una fantasía —había dicho entre lágrimas y sollozos de culpa—. Jamás me perdonaría dañar a alguien a quien ella ama tanto. Alguien que le ha salvado la vida...

Él la amaba también, y ello fue abrumadoramente evidente para la

vizcondesa que, con tan solo escucharle decir su nombre y verle cargando a su hermana en brazos, como si estuviera dispuesto a pasar por encima del mundo entero con tal de salvarla, se había conmovido de un modo indecible.

Entonces, en la primera oportunidad, ella le había interrogado sobre la vida de Laurel luego de su misteriosa desaparición. Escuchó fascinada el relato de Colin sobre la llegada a Winslow de su hermana, arrastrada por el río y luego contratada como sirvienta en Marsham House. Ahora ella comprendía la aspereza y el asomo de unos callos en sus manos. Escuchó hablar de Pippa, de Dorothy y de Gypsy, y conoció algunas historias que involucraban a su hermana. Reconoció en cada una su carácter, su mejor lado, su inocencia, su rareza, y supo que a pesar de todo, Laurel había sido feliz.

Colin también conoció algunos aspectos de la vida de Laurel; su familia, su matrimonio con Colvile... y Gretty, la mujer que fuera su niñera. Laurel había acusado a Colvile de la muerte de esta última el día que llegó a casa de su hermana. Y entonces Colin supo que el de Jeremy quizá no era el único crimen atribuible a aquel hijo de puta.

Atormentada por aquella revelación, lady Burghill había mandado recientemente a investigar qué había sido de aquella mujer, cuya facha no había sido vista en Cheltenham o en las aldeas aledañas en varias semanas. Su investigador había dado con su choza incendiada a mitad del bosque, y con su cadáver bajo un montón de piedras en lo que parecía una tumba improvisada.

Por eso Laurel había llegado a su casa tiznada y dolida hasta la enajenación. Había descubierto el cuerpo sin vida de su antigua nana y, enajenada de dolor, le había dado una sencilla sepultura.

Y por eso lady Burghill había llegado a aquella clínica, desesperada, para pedir explicaciones al vizconde y para escuchar a su hermana; escucharla por primera vez.

Más tarde, había llegado aquel hombre tan extraño y sombrío, Akenzua. El africano parecía ser la única persona que sufría con la muerte de Colvile, e incluso se atrevió a exigir a la vizcondesa que le revelara quién había acabado con la vida de su «amo».

Lady Burghill logró despacharlo y le prohibió volver a hablarle de ese modo, o volver a aparecer en su presencia con semejante actitud, con lo que Akenzua resopló furioso, como un caballo al que han obligado a recorrer sin herraduras un sendero pedregoso. Colin, oculto tras una puerta, logró escuchar todo y supo por el tono del sirviente que no cejaría en su intento de encontrar un culpable. Su más grande temor es que hubiera pensado ya en Jeb.

Ahora aguardaba pacientemente a que lady Burghill volviera a aparecer para traerle noticias de Laurel, pero nada sucedía y la espera estaba empezando a corroerle por dentro.

Finalmente, la puerta de la habitación se abrió, y la vizcondesa asomó un rostro de confuso alivio. Él se puso de pie con un movimiento cargado de vértigo y esperó a que la dama abriera la boca para decirle lo que tanto quería saber.

—Ha abierto los ojos —susurró pero, extrañamente, su expresión era de reflexivo desconcierto—. Está un poco aturdida y hambrienta, pero serena. El doctor dice que quizá en poco tiempo se aclare.

—Quiero verla —fue todo lo que él dijo, empleando una voz estrangulada.

—Colin, espere —le frenó, cerrando la puerta detrás de ella e impidiéndole la entrada a la habitación—. Debo decirle que...

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

El terror volvió a jugar con él.

—Pensé que le interesaría saber primero que... mi hermana está muy rara —la mirada de lady Burghill lo desconcertó y atemorizó a partes iguales.

—No lo entiendo... Ha dicho que está bien, que ha despertado. Lo único que deseo es verla, no voy a alterarla ni a presionarla. Se lo prometo.

—Lo sé, pero... —La dama titubeó, buscando las palabras correctas, pero éstas no aparecían— es que me disculpé con ella por haber llamado a Colville después de esa noche, cuando llegó a mi casa fuera de sí, buscando refugio...



Es mi culpa que ella esté aquí y que le haya sucedido lo que le sucedió; sé que tendré que vivir con eso. Y... bueno, le pedí perdón pero entonces ella... ella no sabía de lo que estaba hablando.

Colin no se esforzó demasiado por encontrar sentido a lo que la hermana de Laurel estaba tratando de decirle; su única urgencia era verla. Sacudió la cabeza y con ella la distracción que le impedía estar cerca de Laurel.

—Milady, tengo que verla. Apártese, se lo ruego.

Ella lo hizo.

Entonces abrió la puerta y con paso silencioso se introdujo en la habitación, presidida por una cama de cortos y blancos barrotes y una mesilla repleta de botellas e instrumentos médicos. Laurel se hallaba allí. La espalda descansando sobre gruesos almohadones blancos. La postura, casi erguida, le otorgaba cierto aire de mejoría que le complació. Ella no levantó la vista, sin embargo, distraída como estaba, manipulando un largo mechón de su rubio cabello.

El médico, situado al pie de la cama, fue el primero en notar la presencia de Colin. Le estudió con ojos rezumantes de expectación y un rastro de culpa. Él apartó la vista, resentido con aquel hombre, y la centró en su amada.

—Laurel... —susurró. Se acercó a ella hasta quedar a un paso de la cama. Algo en su rostro, hermoso y ligeramente atemorizado al verlo, le impidió avanzar: un gesto airado que no le conocía—. Laurel... yo...

Ella soltó el mechón y echó un vistazo por la habitación, pero lo que más le sorprendió fue que no le miró directamente, ni mostró la más leve reacción. Alcanzó a ver que fijaba la vista en algún punto que ni siquiera era su rostro. Sintió que aquella dulce confianza que se había edificado entre los dos se había derrumbado en algún momento, y su corazón dio un latido doloroso.

—Dime que estás bien. Te lo ruego.

Pero ella ni siquiera le habló a él. Echó un vistazo a sus espaldas, donde se hallaba lady Burghill, y le preguntó:

—Hermana, ¿quién es este hombre?

Davinier recibió en privado la ofensiva de Colin, quien no comprendía la actitud de Laurel. Aquella mujer que había abierto los ojos no era la adorable muchacha que había construido un comedero de pájaros para su hija, o la que había ganado una muñeca en la feria, valiéndose de una rara y chispeante inteligencia. Ni siquiera se parecía a la chica temerosa y distante que había recibido en Marsham House hacía tan solo unos meses.

Era una extraña. Una mujer que jamás había conocido.

—Tomando en cuenta la gravedad de su estado, la pérdida de memoria es lo mejor que le pudo suceder —Colin le había enviado una mirada homicida, por lo que éste se apresuró en aclarar, ajustándose los anteojos—. Es decir, uno de mis temores era que hubiera daño cerebral severo, pérdida de la vista, existen tantas horrendas posibilidades... Agradezca a Dios que sucedió esto, señor.

—¡No pienso sentirme agradecido porque una parte de su memoria se haya ido al traste! —Murmuró mientras iba y venía por el pasillo—. ¿Cómo es que ha sucedido esto, maldita sea?

—Davinier, esto tiene que ser temporal —dijo la vizcondesa—. He leído sobre personas que luego de un golpe muy fuerte en la cabeza sufren pérdida de la memoria, pero después ésta vuelve a ellos.

—¡Pero no ha sido un golpe cualquiera, lady Burghill! —Aclaró el médico—. Ha sido un golpe de electricidad. No puedo saber si esto es temporal o... o si se quedará así permanentemente. No existe un medicamento que le devuelva a uno la memoria.

—¡Usted debe hacer algo! —Insistió Colin—. ¡Fue usted quien la dejó en ese estado!

—¡No, señor! ¡No puedo hacer nada! Si le apetece lléveme con la policía, pero no hay nada que yo o el médico más experimentado del mundo podamos

hacer por esta joven —se dirigió a la dama—. Les recomiendo mantenerla en un lugar conocido para ella, un lugar seguro, donde esté vigilada. En estos casos lo mejor es ofrecerle un ambiente sin perturbaciones. Quizá ello le ayude a recuperar sus recuerdos.

—Lo haré —dijo lady Burghill, conmovida.

Colin le miró sintiéndose traicionado. Había esperado que ella insistiera tanto como él, pero había preferido conformarse con aquello.

Laurel lo había olvidado, se dijo a sí mismo con pesar. Había olvidado sus besos y las palabras de amor que él había pronunciado. Quizá también había olvidado a Pippa, la casa, el bosque, los campos de trigo y el comedero de pájaros. Era como si nunca hubiera existido para ella, como si jamás le hubieran encontrado en aquel río y como si nunca se hubieran enamorado. Encontró aquella idea espantosa.

Entonces se dirigió rápidamente a la habitación donde estaba ella, presa del desespero. Justo en ese momento Laurel terminaba su cena. Colin captó el momento en que la joven le ordenaba a la anciana enfermera, con un tono déspota y pertinaz, que se llevara los platos y la dejase a solas. Aquel gesto le pareció tan ajeno a ella, tan malditamente extraño que lo enfureció sobremanera.

¿De dónde había salido aquella perra malvada?

Se adentró a la habitación ante la mirada brotada de ella.

—¿Quién demonios eres tú y dónde la has dejado a ella? —exigió con dientes apretados. Su rostro era la consternación en estado puro.

—¿Disculpe...? —gruñó la muchacha, soberbia, sin siquiera mirarlo.

—¿Dime qué es lo que te sucede! —Su rabia se transformaba con cada palabra en el más punzante dolor—. ¿Por qué actúas así? ¿Por qué no me recuerdas? ¿Qué es lo que deseas? ¿Volverme loco? ¿Castigarme porque no llegué antes de que esta horrible gente te hiciera daño...? ¡Háblame de una vez, Laurel!

—¡Auxilio! ¡Becky, ayúdame! ¡Este hombre es un demente! —gritó la joven.

La vizcondesa y el médico aparecieron raudos por la puerta. Ella corrió al lado de su hermana intentando protegerla. ¿Protegerla de él?

—Colin, ¡no es el momento! Se lo ruego. Ella no está del todo recuperada. No le haga esto.

Él la ignoró.

—Laurel, mi amor, reacciona, te lo imploro... ¡Soy Colin! ¡Vine a buscarte! ¡Vine a llevarte a casa con Pippa! ¿Por qué no dejas de comportarte así y...?

Sin siquiera advertirlo, Colin había perdido la razón momentáneamente. Había tratado de besarla, y ella le había rechazado con manotazos y gritos. Lady Burghill también había hecho lo propio para alejarlo, hasta que fue consciente de que el médico y uno de los enfermeros tiraban de él desde atrás para apartarlo.

Disminuida su fuerza y su voluntad, Colin se dejó arrastrar fuera de la habitación. Sus manos temblaban, su corazón latía a un ritmo imposible, y su cabeza daba vueltas, tras comprender el abominable hecho: Laurel se había ido y en su lugar había quedado aquella horrenda mujer sin alma. Aquella mujer que no le conocía, y que él jamás había visto. La mujer que había sido antes de conocerle.

Lady Burghill salió al pasillo al cabo de unos minutos; le encontró con las manos apoyadas en el muro y la cabeza caída, en una actitud claramente desolada. Una expresión de desconsuelo, religado con lástima, bailaba en su rostro bonito.

—Colin, lo mejor es que se vaya de Cheltenham.

—¿Qué? —Él abandonó su postura rápidamente, revelándole un par de lágrimas que no llegaban a derramarse—. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Por qué quiere que me vaya?

—Esto no tiene sentido. Mi hermana no le recuerda a usted, no recuerda que

Gretty y que nuestro padre han muerto y que le han practicado un electrochoque que estuvo a punto de matarla —musitó—. Por desgracia, sigue siendo la misma chica de hace unos meses, la misma que era antes de morir padre; la misma que atentó contra su vida; la misma de la que mi madre quería deshacerse —la voz se le quebró— porque era un problema...

—¿Así era? —se arrancó una incipiente lágrima con el dorso de la mano.

—Sí. Tal parece que usted vio su mejor parte, y que esa parte eclipsó lo demás.

—No puedo creer eso —sacudió la cabeza—. Laurel no es así. Ella es dulce... es una mujer sin ninguna malicia.

—Créalo —ella cerró los ojos solemnemente—. Es ella. Es la niña caprichosa que siempre ha sido. Usted solo conoció una faceta de mi hermana. Sin embargo, rezaré cada día para que recupere su memoria. Haré lo que tenga que hacer; buscaré otros médicos. Me haré responsable por ella, ahora que su marido no estará.

—No —Colin sacudió la cabeza—. No, Laurel debe estar conmigo en Winslow, en casa, con Pippa, con nuestro perro y en nuestra granja... Le voy a pedir que sea mi esposa...

Becky sollozó.

—Como desearía que eso fuera posible, pero por el momento no lo es. Entiéndalo, Colin. Laurel debe recuperarse, debe recordar.

—¿Y si no lo hace?

Ella meditó la respuesta.

—Entonces usted deberá olvidarla —Él se estremeció—. Su presencia aquí no le hace ningún bien. Después del escándalo que ha armado, ella le teme.

—Me desprecia —corrigió.

—Me comprometo a escribirle cada semana y contarle de sus avances —El

chasqueó la lengua, decepcionado, y le dio la espalda—. Le contaré todo. Y cuando llegue el momento... cuando ella recupere la memoria, si Laurel lo desea le diré que venga por ella. Entonces podrá usted pedirle que sea su esposa. Podrá llevarla a Winslow.

Colin estaba tan dolido que había perdido la fe en que aquello pudiera suceder alguna vez. Recordó a la mujer de la habitación y sintió una ola de rabia, de dolor, de impotencia. ¿Por qué había sucedido aquello? ¿Era acaso un mal preferible a la muerte? ¿Era esto una forma de muerte? Creía que sí...

¿Por qué se la habían cambiado? ¿Por qué se la habían arrebatado?

¿Por qué había llegado tarde para salvarla? Una vez más había llegado tarde, se condenó. Una vez más le había fallado. Y la había perdido.

—Me iré —susurró al fin.

Lady Burghill asintió y le agradeció en voz baja.

Colin se negó a esperar al día siguiente.

Tomó su pistola, buscó su bolso, oculto en los oscuros arbustos fuera de la casona y se marchó a Winslow con las manos vacías y el corazón hecho añicos.

—¿Dónde están mis cosas?

Becky miró cariñosamente a su hermana y se sentó a su lado en la gran cama.

La habitación de huéspedes de Groston Park había sido preparada primorosamente para ella. Había decidido que por ningún motivo la llevaría a casa de su marido; deseaba, además de evitarle el ajetreo de los preparativos del sepelio, brindarle un ambiente seguro para ayudar a que su memoria se reestableciera de un momento a otro.

—Apenas esta mañana las mandé a buscar a Kempshall Court, pero deben

estar por llegar —le sonrió y acarició un mechón de cabello, como lo haría con su hija Cressida—. No te preocupes. Tendrás tus vestidos, tus pinturas... todo lo que necesitas.

Pero Becky había reparado con desazón en que Laurel había despertado aquella mañana tan inexpresiva y desmemoriada como el día anterior. Incluso después de contarle lo de la muerte de su padre y luego la de Colvile, ella seguía mostrando un semblante parco, distante, y entonces se preguntó qué era lo que pasaba por esa cabecita suya que nunca había acertado a entender.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí —le dijo ella sin mirarla.

—¿Estás segura? —Preguntó, escéptica—. Yo en tu lugar estaría muerta de curiosidad; seguramente me desharía haciendo preguntas sobre cada cosa. No me imagino siquiera cómo debe de ser perder la memoria.

—Para alguien como yo no podría ser otra cosa que un alivio —replicó con amargura, y Becky se entristeció—. Estoy segura de que no hay nada que valga la pena recordar.

—Te equivocas, Laurel. Hay cosas hermosas que te gustaría saber...

—Por favor, hermana... —Se levantó de la cama, exasperada. Roberta, la doncella, la miró con aspaviento mientras llenaba la bañera con agua del grifo de cobre—. Lo único que me importa saber ya me lo has dicho. Colvile ha muerto y yo soy libre. No más amenazas, ni manipulaciones. Ya nadie tiene el poder de ponerme en un manicomio —dijo aquello último asomándose por la ventana, donde asomaba la magnífica alameda.

Horrorizada, Becky le hizo un gesto a Roberta para que se marchara.

—Entiendo que él fue cruel contigo, pero no está bien que hables así delante de la gente. Era tu marido, y más allá de eso debes mostrar respeto, especialmente cuando recibas las visitas de las damas y el revendo...

—¿Recibiré visitas? —se volvió para mirarla con los ojos suplicantes,

como los de una niña pequeña que está obligada a hacer algo que detesta.

—Sí.

Ella jadeó.

—¿Y tengo que vestir de negro?

—¡Por supuesto que sí! Al menos en presencia de las damas. Eres una viuda —La joven refunfuñó y envió una mirada airada fuera de la ventana—. Pero acá en casa puedes rehuir a ese deber. No puedo pedirte que llores, pero al menos debes prometerme que no dirás ninguna barbaridad. Calla, en la medida de lo posible.

La joven se abrazó a sí misma, sosteniendo una expresión de abrumante desconsuelo. Naturalmente, no estaba dispuesta a hacer promesas, pero ya luego se preocuparía de aquel asunto. De momento, cosas más importantes les apremiaban.

—Te prometo que todo será muy breve —le dijo mientras se acercaba con lentitud—. En pocos días no será más que un mal recuerdo... Y hablando de recuerdos, Laurel, ¿has intentado siquiera recuperar los tuyos?

—No.

—¿Por qué no?

—No me interesa.

—¡Pero se trata de tu vida! ¿Cómo no ha de interesarte?

—Mi vida comienza a partir de hoy, Rebecca. Todo lo que sucedió antes no me importa y agradezco haberlo olvidado. ¡Ojalá pudiera olvidar más cosas!

Becky respiró pesadamente luego de escuchar el desalentador discurso de su hermana. Debía aceptar el hecho de que la vida de Laurel había sido tan difícil que aquel bien podía ser un deseo lógico... sin embargo, ella debería poder recordar a Colin y a su familia. Tal vez aquella fuera la vida que Laurel necesitaba recuperar, y ella no deseaba privarla de eso.



—Ese caballero que vimos en la clínica del doctor Davinier. ¿Lo recuerdas? —Laurel no respondió—. Se llama Colin Marsham y vive en Winslow. ¿Te dice algo su nombre? —preguntó esperanzada.

Laurel frunció el ceño, enfadada, y sacudió la cabeza en negativa.

—Jamás lo había visto en toda mi vida.

—¿No quieres saber qué hacía en tu habitación y por qué sabía tu nombre?

—Supongo que era uno de los locos de ese doctor... —masculló desdeñosa—. ¿No era esa una clínica para enfermos mentales? Era un demente, y uno peligroso.

—Bueno, cariño, no es así. Ese caballero cuidó de ti mientras estuviste lejos de Cheltenham —dijo gentilmente—. Te dio cobijo, te empleó en su casa...

—¿Emplearme? ¿Qué quieres decir? —le miró con ojos salidos de sus cuencas.

—Fuiste su sirvienta.

El rostro de Laurel mudó insólitamente entre el asombro, la incredulidad, el horror y finalmente el humor.

—¡Pero vaya qué estupidez! —Soltó una risita macabra—. No le has creído, ¿verdad? La hija de James Kirkeby, alcalde de Gloucester, ¡una sirvienta!

—¡Pero si tus manos están más rasposas que la lengua de un gato! —le tomó una y la frotó. Laurel lo hizo también. Aquello la asombró, pero no pareció convencerla de la historia que le contaba su hermana—. Esas no son las manos de una dama. Parece que hubieras fregado el castillo de Windsor tú sola —Becky sacudió la cabeza pues no quería desviar su atención—. Pero este hecho es poco importante. Lo cierto es que te volviste parte de su familia; hiciste amistad con su hija, Phillipa —Por desgracia, ella no dio señales de recordar el nombre de la niña—. De hecho, Colin Marsham y tú... vivieron

alguna clase de... romance.

Laurel abrió los ojos desmesuradamente.

—Becky estás asustándome.

—No es lo que pretendo. Él me lo dijo... y tú también... —Laurel ladeó la cabeza exigiéndole explicaciones—. El día que apareciste... dijiste su nombre. Dijiste que le amabas. Tal parece que te peleaste con él o algo así y por eso volviste. Me atrevo a creer que hasta ese día eras tan feliz que no pensabas regresar nunca más.

—¡Eso es imposible! —gruñó—. Jamás he escuchado una historia más absurda. ¡Yo no amo a nadie! ¡Yo no amo a ese hombre! ¡Ni siquiera le conozco!

—Busca en tu cabeza, pero más importante aún: busca en tu corazón.

Una colérica Laurel apretó la mandíbula fuertemente.

—Estoy hartándome de esta conversación, Becky —se cubrió los oídos con las palmas de las manos—. No quiero pensar, no quiero que vuelvas a hablarme de ese individuo ni de su estúpida familia. Lo único que necesito es que cavén a Colvile en un agujero muy profundo y que me dejen en paz de una maldita vez.

Entonces volvió a echarse en la cama y se cubrió hasta la frente con el edredón, como una niña berrinchuda.

Becky suspiró, descorazonada, y rogó al cielo por paciencia. Confió en que pronto los recuerdos comenzaran a emanar de la cabeza de su hermana.

Era eso, o al cabo de unos días ella misma terminaría internada en la clínica del doctor Davinier.

Los funerales de lord Colvile trascurrieron sin dramatismo... hasta que Akenzua lloró a gritos sobre su tumba y canturreó lo que parecía un extraño

cántico africano. Los asistentes quedaron perplejos.

La gente apenas llenó el salón acondicionado en Kempshall Court para recibir a los visitantes, aun cuando Colvile era conocido por sus numerosos contactos y variopintas amistades. Becky supo después que todo se debió a que un rumor había comenzado a extenderse a raíz de la comentada muerte del vizconde. Según éste, Colvile había sido asesinado por uno de sus «amantes masculinos», quien había estallado de celos al saber que la vizcondesa, a quien todos creían muerta, había aparecido sana y salva.

Ello le sorprendió y espantó a partes iguales, pero luego pensó en Jeremy, el frágil y afeminado chico del jardín de Kempshall Court, y en la fiereza que había poseído al señor North al apuntarle con el arma, y muchas cosas empezaron a cobrar sentido.

Como era de esperarse, los duques de Waldegrave y la pareja conformada por Corine y Martin Bradshawe, el médico de Winchcombe, acudieron para acompañar a la familia. Becky les agradeció y dejó que Corine y Harmony subieran hasta el dormitorio para saludar a Laurel. Sorprendentemente, su hermana se comportó a la altura y recibió a las damas con más garbo que aflicción, pero tratándose de ella, ninguna pareció especialmente escandalizada.

Todo iba bien hasta que Laurel preguntó a la duquesa de Waldegrave si el bebé que había dado a Devlin se parecía más a ella o al padre. Entonces, Becky contuvo el aire lo suficiente como para no desmayarse. Cuando Harmony, visiblemente tensa, respondió que al padre, Laurel había soltado un resoplido de alivio, y fue entonces cuando la felicitó por este hecho. Un silencio tirante había colmado la habitación y, como siempre, Laurel era felizmente ajena de aquellos nimios detalles.

Una vez concluidos los actos, Becky y su marido, Ernst, se retiraron al despacho del difunto para discutir con el abogado los consabidos temas patrimoniales. Naturalmente, al no haber concebido hijos, el título y las propiedades del vizconde debían pasar a manos del próximo en su línea de sucesión: un primo lejano que según reveló el abogado, vivía en Praga. Becky sollozó, embargada de tristeza por un hecho que antes no había logrado ver.

Pensó en su hermana, loca y ahora pobre. Ese cretino de Colvile ni siquiera había dejado un testamento.

Dejando fuera la posibilidad de que Laurel recordara a Colin y se casara con él, debía admitir que su hermana estaba en la más absoluta mendicidad.

Seguidamente, uno de los criados llegó hecho un manojo de nervios al despacho. Cuando lord Burghill le preguntó al muchacho qué había ocurrido, éste le reveló que había encontrado a Akenzua en su cuarto, colgando del techo.

Becky, que ya de por sí estaba exhausta, cayó redonda en una silla.

Tras recobrase, dejó el escabroso asunto en manos de Ernst y ordenó expresamente a los sirvientes no molestar a la viuda para entregarle semejante noticia.

Regresó a la habitación de su hermana, dispuesta a llevársela de vuelta a Groston Park. Allí encontró a Josephine, ayudándole a cambiarse de ropa. Laurel parecía urgida por deshacerse de la muselina negra, como si esta estuviera rellena de pulgas.

—Lady Burghill —susurró Josephine en confidencia—, creí que había sido un chiste, pero ¡no! Es verdad. No recuerda nada de unos meses para acá. Que extraño...

—¿Le ayudaste a recordar como te lo pedí?

—Intenté hacerlo, pero me mandó a cerrar la boca.

¡Santo cielo!, exclamó Becky para sus adentros.

Tras terminar de ataviarse con un hermoso conjunto de tafetán azul pastel y un sombrero con plumas de pavorreal, ladeado sobre el prolijo tocado, Laurel le apremió a que salieran de allí.

Becky la miró con ternura y aflicción, deseando conocer a esa mujer que Colin Marsham le había descrito con tanta vehemencia, a la Laurel que maximizaba sus mejores cualidades, que podía ser dulce y risueña y que

utilizaba su inteligencia para algo tan noble como ganar una muñeca de trapo para una niña.

La muchacha que ahora veía era, debía reconocerlo, insensible y superficial. Pero debía ser justa: aquello no era su culpa. Laurel había nacido así y su falta de empatía era tan característica como su renuencia a mirar a la gente a los ojos, o esa total carencia de tacto para decir las cosas sin calibrar la reacción de los demás, sin atender a los sentimientos ajenos.

Los sirvientes les abrieron las puertas de doble hoja de la mansión, y las hermanas salieron en el acto. Laurel había aprovechado para mandar a sacar algunas cosas suyas: sus libros, otro lote de ropa y sus instrumentos artísticos, que los criados se afanaban a subir en baúles a la parte alta del carruaje. Ella les miraba, aburrida y exasperada.

Pero entonces, cuando estaban a punto de subirse al carruaje, Laurel se detuvo. Becky le miró con interrogación pues pensaba que se había dejado algo olvidado.

—Sucedé algo, ¿querida?

Con extrañeza reparó en que la joven estaba mirando fijamente una pajarera situada a un palmo de la avenida que les conduciría fuera de la propiedad. Se quedó así un largo rato, sin atender a su preocupación, ni a sus llamados. Sus ojos estaban posados en aquella caja de madera adornada, con la forma de una casa real, donde un par de tejos picaban las semillas que un sirviente les había puesto.

—Laurel, ¿qué tienes? —Becky le palmeó el antebrazo, un tanto preocupada por aquel inesperado extravío.

Y entonces ella reaccionó.

—Nada, nada —dijo como si recién despertara de un sueño—. Vámonos de aquí.

## Capítulo 20

*Dos meses después*

La vida en Groston Park era tan mortalmente aburrida como la que había dejado atrás, en Kempshall Court, pero Laurel se las apañaba para sobrevivir a su nueva rutina. Pasaba las tardes pintando en la terraza o en el jardín, o dando paseos a solas por la propiedad. Prefería pintar, naturalmente, dado que aquello le ayudaba a mantener la mente ocupada. Y una mente ocupada era poco proclive a detonar recuerdos.

A menudo perdía la concentración en el trabajo, en tanto que Albert y Cressida, los ruidosos hijos de Becky, jugaban cerca de allí. Odiaba eso, pero todo lo que debía hacer para deshacerse de ellos era aparecerse y gruñirles; entonces, los niños echaban a correr, despavoridos y dispuestos a acusarla con su mamá.

Una tarde, después de terminar un cuadro y echarlo a la basura por encontrarlo tremendamente sobrio y vulgar, Laurel abandonó la mansión. Necesitaba inspiración para su próximo proyecto. ¿Qué pintaría esta vez? ¿Un paisaje natural? ¿Un escenario urbano? ¿Algún animalito silvestre?, se preguntó mientras bostezaba bajo la palma de la mano. Ya nada capturaba su atención. Había pintado prácticamente todo lo que la rodeaba y no había hallado ninguna belleza en el resultado.

¿Acaso la falta de memoria había mermado su talento? ¿O es que acaso ya no encontraba tan fascinante el arte de reproducir los paisajes a su alrededor?

Mientras transitaba por un sendero estrecho y desconocido, situado al final de jardín, Laurel reflexionó sobre su vida en Groston Park durante los últimos dos meses.

La muerte de Aldous había supuesto un alivio colosal. Hacía bastante tiempo que deseaba acabar con aquel matrimonio fustigador, con las burlas de las que era objeto y con la necesidad de hacer la vista gorda ante el

comportamiento obsceno de su marido... sabía que había otra razón por la que detestaba profundamente su relación con Aldous, pero su cabeza no daba con la respuesta. Pensó que ésta debió haber caído en el hoyo negro de su memoria perdida, así que se encogió de hombros y olvidó el asunto. De cualquier manera, él ya no estaba, y aunque ni siquiera se había molestado en preguntar por las circunstancias de su muerte, había llegado a creer que había sido lo mejor que le había sucedido jamás.

Tal como le había dicho a Becky aquella mañana lejana, deseaba fervientemente ser capaz de arrojar más recuerdos a la nada, otro manojito de ellos, hasta quedarse en blanco por completo. Y entonces toda su vida quedaría sanada, sin la consciencia del desamor de sus padres y sin aquellos horribles tratamientos médicos basados en baños helados, sangrías y fiebres inducidas. De ser posible, a Laurel le hubiera gustado comenzar de nuevo. Si los hindúes creían devotamente en la reencarnación, ¿por qué no iba ella a pensar también en aquella posibilidad?

Recordar no figuraba entre sus más grandes deseos.

Avanzó por una ondulada colina hasta llegar a la cima. Desde allí contempló el verdusco cariz de Cheltenham, llevándose una mano a la frente, a modo de visera, para protegerse del sol. Seguía siendo la misma ciudad silenciosa y amodorrada que recordaba; una que no suponía ningún reto para un artista. El viento de los *Costwolds* le agitaba la falda y algunos mechones de cabello que brotaban de su sencillo peinado. La sensación de ser acariciada por la brisa y caldeada por el sol, sin llevar ningún sombrero puesto o capuz, le resultó abrumadoramente agradable.

Más que eso. Lo encontró familiar.

Más allá, una extensión de terreno estaba siendo plantada por un grupo de jornaleros laboriosos. Laurel se les quedó mirando, al tiempo que una sensación de lo más extraña la recorría. Estaba segura de que había estado allí, o al menos en un lugar como ese, pero los detalles permanecían guardados en un lugar de su cabeza al que no tenía acceso. Negada a hacer un esfuerzo para recordar, siguió avanzando, pero la visión de una casa a lo lejos le hizo entornar los ojos con repentina curiosidad.

Era tan extraño. Cada cosa que veía desenlazaba un recuerdo, pero solo una mínima parte de él se dejaba ver bajo la luz. Empezó a creer que estar allí afuera era peligroso, su mente se sobrestimulaba con cada pequeño detalle en derredor.

Episodios desconcertantes le habían ocurrido con bastante frecuencia los últimos dos meses. Una vez se vio a sí misma retirando el polvo de su secreter con un trapo que una de las doncellas había dejado olvidado; y otra, haciendo su cama, aun cuando la mansión estaba llena de criados contratados para aquella tarea. Laurel se había detenido entonces, horrorizada, en mitad de la acción, y había llamado a gritos a una de las criadas.

En otra ocasión, Cressida, la hija de Becky, estaba correteando por el jardín mientras ella pintaba cerca de allí. Luego de oír un golpe seco en la tierra y unos sollozos infantiles, Laurel se levantó, impulsada por una fuerza inexplicable, y corrió hasta ella. La niña estaba echada en el suelo y se quejaba de un dolor en la rodilla. Laurel la había revisado amorosamente, descubriendo un raspón sangrante, pero superficial. Tomó un pedazo de lienzo y se lo puso sobre la rodilla, ante la estupefacta mirada de la niña.

—Tía, Laurel, ¿ya no me odias? —le había preguntado al cabo de un momento, y ella se había quedado con la boca abierta.

—Yo no te odio, Pippa...

*Pippa.* ¿De dónde había sacado aquello?

¿Y por qué, si ella era incapaz de mentir, le había dicho tal cosa? Laurel detestaba a todos los niños en general. Eran molestos, estúpidos y jamás se callaban.

¡Sí! ¡Ella los odiaba!

—¿Quién es Pippa? —había querido saber Cressida con una mirada ávida.

—Nadie... —le había respondido Laurel con frialdad mientras volvía a ponerse de pie—. Nadie... ve con tu institutriz. Me distraes.



«Yo no te odio». ¿Le había dicho eso a Cressida porque era la verdad?

La niña le había sonreído fugazmente y se había marchado rauda, encantada con su nuevo descubrimiento: La loca de la tía Laurel podía ser gentil y buena.

Laurel no deseaba meditar sobre aquellas detestables anécdotas, ni escuchar a Becky diciéndole que eran retazos de su vida en Winslow, o como fuera que se llamara aquel lugar, así que las había dejado pasar. Se prometió que mantendría en secreto todos aquellos pasajes confusos que de pronto comenzaban a aflorar, para no detonar la molesta insistencia de su hermana.

Volvió a echar un vistazo alrededor con las manos en las caderas. El desalentador panorama veraniego de Cheltenham hizo que las ganas de pintar remitieran. Quizá lo mejor sería volver a Groston Park y olvidarse de buscar nueva inspiración.

¿Pero qué iba a pintar, entonces? Ella no podía inventar escenarios de la nada; su arte se ceñía fielmente a la realidad, a paisajes u objetos que había visto.

Frustrada, se dio la vuelta y regresó a la mansión dando pasos furiosos. Así las cosas, terminaría haciendo una caricatura de Emmett, el bulldog francés de su hermana.

De nuevo en la terraza, se dedicó a jugar con sus pinceles y botecitos de pintura para crear nuevos colores por puro aburrimiento. Lo hizo por un largo rato, negada a pensar. ¿Estaba aburrida o era que ya no hallaba placer en la pintura?

¿Qué le sucedía?

¿Por qué sentía que algo le faltaba?

Los días seguían pasando, y Laurel no lograba deshacerse de aquel vacío impalpable, de aquella sensación de insuficiencia que empezaba a aparecer por las noches, mientras el sueño la rehuía. Luchaba contra su propia mente, y había ideado mil formas para acallar esa voz fastidiosa que azuzaba sus

recuerdos para que brotaran, hasta que empezó a sentirse como un dique muy cerca de llegar a su nivel máximo.

Para su completa exasperación, su mente parecía hacerse más fuerte con el tiempo, y estaba decidida a ofrecerle más reminiscencias de su misteriosa vida en Winslow, al cuidado de una familia de campesinos.

Una noche tuvo un sueño de lo más perturbador.

Todo comenzó con un juego. Corría por el bosque, con la compañía de un par de risas que se oían muy cerca, pero cuyos rostros permanecían fuera de su visión. Una de las risas era aguda e infantil y la otra, grave, masculina, y hacía que su vientre borboteara. También escuchó el ladrido alegre de un perro y una cuarta risa; esta fue la que más le desconcertó, porque le era familiar, y aun así no estaba acostumbrada a escucharla.

Era la suya.

Laurel sintió curiosidad, y buscó aquellas risas para descubrir los rostros escondidos detrás de ellas. Miró a todas partes, tratando de dilucidar de dónde venían. Siguió los sonidos con atención, deteniéndose en un páramo oscuro y aguzando el oído. Entonces las risas comenzaron a perder fuerza. El retumbo de antes ahora era un débil susurro. Empezó a sentir pánico de perderlas, y las llamó con nombres que salían naturalmente de sus labios, como si formaran parte de su cotidianidad.

*¡Pippa! ¡Colin!*

Se halló sola de repente en el páramo, ahora lóbrego y silencioso. Hacía rato que las risas se habían extinguido. Incluso el ladrido del perro se había silenciado. Laurel no podía hacer nada para volver a escucharlas, y se sentía abandonada. Un sentimiento de profunda tristeza la embargó.

Y entonces, una luz perturbadora delante de sus ojos la cegó. Laurel quería llevarse las manos al rostro para protegerse de aquel fulgor, pero sus brazos, igual que sus piernas y torso estaban adheridos a una superficie rígida, y aunque trataba ferozmente, no conseguía librarse de aquel despiadado agarre. Gritó, se retorció como una mariposa atrapada en una red, y sin embargo no

podía soltarse.

Fue en ese instante cuando sintió una oleada de fuego consumiéndola. Laurel soltó un alarido, estremeciéndose con un dolor ardiente que chamuscaba su cabeza y viajaba por su cuerpo hasta alcanzar cada uno de sus miembros con un movimiento convulsivo.

Se despertó de un salto, jadeando como si hubiera corrido un kilómetro. Le tomó unos segundos reconocer su dormitorio de Groston Park, pero cuando lo hizo agradeció que todo hubiera sido un sueño.

Después de eso tuvo miedo de volver a dormirse. De hecho, tuvo miedo de volver a pensar en su memoria perdida, porque descubrió que ésta estaba volviendo... y que amenazaba con mostrarle una vida que quizá no estaba preparada para afrontar.

Laurel salió de la cama y se sentó en el suelo, temblorosa, a esperar el amanecer que ya asomaba por entre las colinas grises que se elevaban más allá de su ventana. Las réplicas de aquel sueño reverberaban todavía en su mente. Casi podía sentir aquel fuego en sus sienes, haciéndola estremecerse.

¿Qué había sido todo aquello? ¿Por qué no podía simplemente olvidar?

¿Y qué pasaría si recordaba? ¿A qué le temía?

Quizá las cosas no hubieran estado tan mal en Winslow. Quizá fuera cierto que había sido feliz, aunque aquella idea le resultara rara y casi tan absurda que le provocaba una risa burlona. ¿Y si realmente había amado a alguien? A esa niña... Phillipa... *Pippa*. A ese hombre que había visto en la clínica el mismo día que despertó... *Colin*.

Era tan improbable, se dijo sacudiendo la cabeza.

Pero si la vida que recordaba había sido cruel y carente de afecto, ¿qué de malo tenía echar un vistazo a aquella otra que había encontrado fuera de su tierra y que ahora se hallaba confinada a una caja negra dentro de su cabeza?

¿Qué tenía que perder?

Nada, tal vez. No tenía nada de malo recordar.

Y justo en ese momento de agónica aquiescencia, de esperanzada posta por el futuro, una parte de Laurel comenzó a moverse entre las sombras, como si hubiera esperado por ella para dejarse ver por completo. Los recuerdos empezaban a surgir bajo una luz de reconocimiento que empezó a otorgarles sentido. Las lágrimas acudieron a ella a borbotones, igual que la necesidad de pintar, que la abrumó hasta el punto que corrió a encender todas las lámparas de la habitación, a fin de conseguir la luz óptima.

En lugar de un pincel, tomó un lápiz de carbón, que sostuvo en su mano con la misma resolución que un soldado sostiene su fusil. Y como disparos en un campo de batalla, ella arrojó trazos rápidos y bien dirigidos sobre su lienzo, uno tras otro, obedeciendo a una abrumadora fuerza interior.

Laurel lloró desconsoladamente al percibir la lluvia de recuerdos empapándola. Todos los hechos previos a ese instante se precipitaron incontenibles sobre ella, como balas que no era capaz de sortear, pero no se detuvo hasta que su creación tomó forma, y hasta que la realidad terminó de ahuyentar la última sombra.

Una vez acabó dejó el lápiz y observó incrédula el dibujo que había surgido de su pulso descontrolado.

No era uno sino dos retratos, advirtió con ojos brotados de asombro.

El primero, el de una niña de cabellos lacios al viento y una carita pequeña y regordeta. La perfección de las formas, el primoroso cuidado de los detalles le mostró un par de ojos grandes, expresivos, cargados de inocencia, que le miraban como si hubieran cobrado vida sobre el lienzo.

Su adorada Phillipa, reconoció con el corazón ardiendo entre sentimientos agridulces. Su pequeña que había caído al fondo de un acantilado por su culpa. Su pequeña de la que no había podido despedirse antes de abandonarla, recordó entre lágrimas.

Desvió su mirada hacia el otro retrato.

*Colin...* susurró mirando las líneas fuertes de su rostro, exótico y varonil; el cabello negro ligeramente ensortijado a la altura de la nuca. La mandíbula rígida, cubierta por la sombra de una barba; los labios suculentos, la nariz recta y los ojos oscuros, cargados de secretos que ella conocía. Acarició su retrato, bellamente logrado y se preguntó cómo pudo ser tan fría y estúpida como para despreciarlo aquel día, en la clínica.

Él había venido por ella. No sabía cómo, pero había llegado para salvarla de Colvile, y aunque había llegado después de que le frieran el cerebro con electricidad, había conseguido arrancarla de las garras de ese bastardo.

«Los rostros no me dicen nada sobre las personas», le había dicho a Colin alguna vez. Pero en ese momento aquellos dos rostros hablaban tanto de sí mismos y de ella que sus palabras dichas aquel día perdieron todo sentido. Las promesas que esas dos miradas le hacían eran tan hermosas... tan beatíficas y sanadoras, que estaba segura, eran capaces de compensar un pasado doloroso con un futuro de infinitas posibilidades.

Los amaba profundamente, más que a sí misma y si Dios le ayudaba, haría cuanto fuera posible para recuperarlos.

—Laurel... cariño, ¿qué te sucede? —la joven, fundida en llanto, no respondió a la voz ansiosa de su hermana. La visión del dibujo le dijo a Becky todo lo que debía saber. Se llevó las palmas de las manos al rostro con inusitado asombro—. Son... son ellos.

—Colin y Pippa.

Becky se sentó en el suelo, junto a su hermana.

—Creí que no hacías retratos.

—No los hago, pero los dibujé y... todos mis recuerdos regresaron.

—¡Oh! Cariño... —dijo exultante—. ¡Gracias a Dios! Creí que jamás sucedería. Había perdido la esperanza, Laurel.

—He estado recordando, solo que no te lo había dicho —susurró mirando

los retratos, como si no pudiera apartar la vista de ellos. Su hermana frunció el ceño, sin comprender—. Todo este tiempo creí que era improbable que yo pudiera haber sido feliz en alguna parte, que hubiera personas que me hicieran sentir tan amada y que yo pudiera amar como lo hago. Nunca lo creí, pero ahora... —sollozó—. Oh, Becky. ¿Cómo pude pasar todo este tiempo sin ellos? ¿Cómo fue posible que los olvidara? ¿Soy una mala persona por ello?

—¡No! ¡Claro que no, hermana! —Becky negó con vehemencia—. Todo es culpa de ese desgraciado de tu marido. Lo que él buscaba era anular tus recuerdos, y lo consiguió, pero no contaba con que tu amor por esas dos personas podría sobrevivir a las pruebas más duras... Laurel, eres mi hermana y siempre te he amado, pero reconozco que nuestros padres... y Clementine jamás han podido ver más allá de tus rarezas. Tu familia, tu verdadera familia es esta. Esta niña, que estoy segura te ama con devoción, y este hombre, que me ha demostrado que es capaz de todo por ti.

Laurel apartó los ojos del lienzo y la miró como jamás lo había hecho.

—Yo también te amo, Becky. Sin ti no habría sobrevivido todos estos años. Eres una hermana gentil y paciente. Eres el ángel que me ha cuidado desde que nací.

Y la abrazó por primera vez.

Esta vez fue Becky quien se quedó tiesa por unos segundos. Pero la inmensa felicidad que la embargó venció su asombro y ella la abrazó también. Las lágrimas de lady Burghill no tardaron en manar, igual que las de su hermana.

—Laurel, perdóname por llevarte con Colvile...

—Shhh... Ya no importa —susurró—. Que lo haya recordado no significa que tenga importancia para mí.

—Gracias, Laurel.

—Tengo que volver a casa —soltó a su hermana y se puso de pie de un salto. Rebecca la siguió—. Debo recuperarlos, Becky. Colin me necesita y Pippa...

Se frenó abruptamente, como si una idea inesperada hubiera irrumpido en su mente, con lo que Becky le observó curiosa.

—¿Qué sucede, querida?

—No —susurró pensativa—. Antes debo hacer algo.

Más tarde estaban cruzando el bosque para llevar flores a Gretty.

Laurel no deseaba someter a su hermana a la intensa caminata que ella emprendía cada vez que visitaba a su nana, así que le pidió mandar a preparar los caballos. Cuando llegaron, Laurel se encontró con que la tumba de Gretty ya no era el sencillo montículo de piedras que ella había dejado. Becky había ordenado darle cristiana sepultura, y había mandado a erigir un pequeño panteón con una lápida que ponía su nombre, el año de su nacimiento y el de su muerte.

Laurel estaba conmovida, y agradeció a su hermana tan hermoso gesto.

—En el fondo, creo que madre y padre siempre supieron que recurrías a ella en tus escapadas. No había otra explicación posible.

—Gretty sabía cómo consolarme —dijo Laurel mirando su tumba, sobre la cual habían dejado dos ramos de primulas y violetas—. Ella era mi madre... y me defendió hasta el final.

Su mente estaba tentada rumiar sobre las circunstancias de su muerte, pero algo en ella la disuadió. Se enjugó las lágrimas y recordó a su querida *loca de Gloucester* con el cabello mugroso ondeando al viento, paseando por las calles de Cheltenham recogiendo trastes inservibles para su absurda pila de cosas, pidiendo dinero a los transeúntes, bollos de azúcar al panadero de Winchcombe, o asustando a los niños de las aldeas.

El viento del bosque sopló, removiendo la hojarasca y meciendo las copas de los árboles con un apacible bamboleo. Laurel sintió la caricia de aquella brisa. Cerrando los ojos, pensó en que aquel era el último abrazo de Gretty y sonrió. La energía crujió a través del bosque, envolviéndola. Y se sintió

bendecida.

—Gretty, descansa en paz —dijo en voz baja.

Cuando regresaban a casa, Becky le dijo con una sonrisa:

—Estoy segura de que ellos te están esperando. Le escribiré un telegrama a Colin. Se alegrará mucho al saber que ya eres tú misma. Apenas acabo de enviarle una carta y ni siquiera hice mención de tu memoria perdida porque ya no sabía cómo abordar el hecho de que no recordabas nada.

—¡No hace falta que vuelvas a escribirle, Becky —sonrió, y a su hermana le pareció ver a una mujer más madura, una a la que le daba la bienvenida—. Yo iré por ellos.

Tres días atrás Colin había leído la última carta de lady Burghill con escaso entusiasmo. En ella, la hermana de Laurel se esforzaba en hablar de su mejoría, de sus nuevas rutinas y de la forma cómo se refugiaba pintando cada cosa que se le atravesaba. Hacía tiempo que no hacía mención a su memoria, por lo que él había asumido que era una causa perdida. Tenía que aceptarlo: Laurel jamás recordaría.

En los dos últimos meses, se había abocado al trabajo como nunca antes, salvo que Pippa enfermera, hecho que se había repetido en al menos dos ocasiones, y ahí era cuando debía volver a pensar en Laurel, y explicarle a su hija que ella había vuelto con su familia, y que era feliz lejos de Winslow. Entonces él caía enfermo con ella, porque sabía que aquello era verdad; una verdad descorazonadora.

Pasaba noches enteras consolando a su hija, tratando de justificar la ausencia de su querida amiga y, aun a pesar del desconsuelo que compartían, convenciéndola de que lo mejor era olvidarla. Las lágrimas de Pippa le recordaban que él no debía de decirle eso, puesto que él todavía no lo había hecho.

Le dolió pensar en aquella severa extraña que había visto en la clínica. Una



señorita petulante, vacía y sin corazón que se negaba a mirarle, no por timidez sino porque le consideraba muy poca cosa. Saber que ella se había apoderado del cuerpo de su amada le colmaba de rabia y un dolor tan hondo que le rasgaba el corazón.

¿Se olvidaría de ella alguna vez? ¿La presencia de aquella fría y extraña lady Colvile ayudaría a que su Laurel terminara borrándose de su corazón?

Se deslastró de su decepción, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo, y siguió cortando las plantas de trigo con la hoz.

Aquella calurosa mañana de verano, decenas de hombres daban inicio a la esperada siega. Los campos de la finca Marsham, extensos y ondulados, lucían un magnífico dorado en contraste con el azul luminoso del cielo. Colin había dado trabajo a muchos hombres de haciendas cercanas que habían salido afectadas tempranamente por la proliferación de chinches, y que por ende habían quedado a la deriva.

Entre todos se dieron a la tarea de cosechar el espléndido grano con el que la tierra les había premiado luego de meses de incansable trabajo.

Poco a poco, las plantas cortadas terminaban convertidas en enormes fardos que los hombres iban subiendo a las carretas. El próximo paso consistía en llevarlas a la máquina trilladora, que recientemente había sido traída desde Dover, para separar el grano de la espiga. Seguidamente, los hombres debían limpiarlo, harnearlo y empacarlo en costales para su entrega a los compradores. Sin aquella costosa, pero eficiente adquisición, Colin habría tenido que recurrir a la trilla tradicional, usando caballos y bueyes para que corrieran sobre la cosecha y así separar el grano.

La espiga que quedaba era la que formaba la paja, que las mujeres de los jornaleros rastreaban, formando montones y creando la llamada parva, que luego serviría como alimento del ganado.

Aunque exhausto, Colin estaba satisfecho. Al cabo de unas horas, sus hectáreas doradas se habían convertido en desolados campos cubiertos de rastrojos, y las carretas se movían repletas hasta el granero. Felicitó a sus

hombres y agradeció a aquellos que vinieron a trabajar desde otras haciendas. El resultado había complacido a todos. Había sido la cosecha más espléndida que habían visto aquellas tierras en muchos años y la más copiosa que Winslow había visto en mucho tiempo.

El tío Ralph, con quien había hecho las paces hacía tiempo, estrechó su mano y le sonrió. Colin leyó en sus ojos la aquiescencia que tanto había buscado. A partir de ese momento, sus planes de instalar un molino y de crear una harinera, estaba seguro, ya no verían freno.

El sol comenzaba su descenso en el cielo. Se retiró el sombrero y se secó el sudor que le empapaba la frente. Echó un vistazo a lo lejos, donde unos pocos trabajadores despachaban las últimas carretas, dejando una tierra enteramente arrasada. En un golpe fugaz, se vio a sí mismo como aquel terreno, solitario y vacío. Solo que en su caso pasaría mucho tiempo antes de ser capaz de tener algo que ofrecer.

Entonces, cuando se volvió para buscar el camino a casa, una adorable aparición estremeció su campo visual, con la misma contundencia que un relámpago es capaz de encender el cielo más oscuro.

Colin pestañeó, dudando fugazmente de su propia cordura, e incluso sintiendo el impulso de refregarse los ojos para descartar cualquier alucinación, producto de su fatiga y la prolongada exposición al sol. Pero no... Lo que estaba viendo era demasiado real; demasiado perfecto, hasta rozar lo absurdo. Una fantasía demasiado bien construida para su cabeza rústica, y solo por eso acertó a descartar la locura.

Ella corría hacia él, pero en el mismo instante en que sus miradas se encontraron, se detuvo. Colin también estaba paralizado, y leyó en aquellos ojos que le miraban fijamente, a través de un tupido velo de lágrimas, el mismo sentimiento desbordante, de temerosa esperanza, de absoluta rendición a la sentencia del otro.

Sus ojos....

No. No podía ser la misma desconocida que había dejado en Cheltenham,

aquella gélida y déspota lady que ni siquiera le sostenía la mirada, porque ella jamás habría llegado hasta sus tierras, ni habría movido los labios pidiéndole *perdón*, con un gesto que le había abierto el pecho de extremo a extremo.

La mujer que ahora le miraba con desbordante anhelo, se dijo mientras caminaba hacia ella, era la que jamás se había ido de su casa... y de su corazón.

—¿Eres... tú? —quiso saber cuando la tuvo en frente, escrutándola, porque quería convencerse de que era cierto lo que estaba sucediendo; que era *ella* y no la *otra*. Laurel asintió fuertemente, con lo que sus lágrimas se precipitaron finalmente. Su respuesta vibró en lo más profundo de su ser—. Creí que me habías olvidado.

—No eres un hombre fácil de olvidar —sonrió, enviándole un chispazo de placer con el que Colin se solazó inesperadamente—. Mi cabeza fue sacudida pero mi corazón está intacto. Y de allí jamás te has ido, Colin Marsham.

Sus manos le rodearon la cintura, y ella se acomodó instintivamente alrededor de su cuello. Las dos frentes se tocaron, y después lo hicieron los labios, con la intemperancia de lo que se desea con cada fibra del ser; con la urgencia de lo inevitable. Se fundieron en un beso hambriento, profundo, que permitía el roce de sus lenguas y desataba un latido secreto en sus cuerpos.

La íntima reacción de Colin, para alivio de Laurel, deshizo todos los temores que le habían acompañado durante el viaje en tren más largo de toda su existencia. ¿Y si él no perdonaba sus desplantes? ¿Y si no comprendía que había dejado de ser ella misma para volver a ser la Laurel huraña que tan solo se defendía del mundo?

—No vuelvas a irte... —susurró él sin separar los labios de ella del todo, porque ahora se había dedicado a poner pequeños besos en todo su rostro—. Te lo ruego, Laurel, no vuelvas a hacerme esto o el loco seré yo...

Ella se rio, y entonces Colin se la echó en hombros, como a un saco de granos, ante la mirada divertida de los trabajadores, que observaban sus demostraciones, y que ellos ignoraban por completo.

## Epílogo

Una boda a principios de otoño era perfecta por varias razones.

La primera, porque ninguna época era más bonita que aquella donde los árboles se vestían de los colores más radiantes e insólitos, como si la naturaleza se hubiese convertido en un enorme cuadro, como los que Laurel pintaba. Y la segunda, porque era la víspera del cumpleaños de Pippa, y eso significaba que no había manera de que sus padres la dejaran en casa para irse a su viaje de bodas.

Aquella concusión le hizo sonreír mientras la ceremonia, que se celebraba en el dorado jardín de Marsham House, seguía su curso.

Había venido poca gente, porque a Laurel no le gustaban mucho las multitudes; pero todos los que lo habían hecho eran buenos amigos, como el señor y la señora Musgrove, que habían traído a sus hijas, Hazel y Elvira. Después de conocer mejor a las gemelas, Pippa ya no las encontró tan pesadas, así que se dio la oportunidad de iniciar una amistad con ellas. Era un buen momento para intentarlo, ya que papá y el tío Gardiner iban a hacer negocios con el señor Musgrove para fundar una fábrica de harina en Winslow, así que de seguro iba a verlas muy seguido.

También había venido lady Burghill, la hermana de Laurel, que era casi tan hermosa y buena que ella. Y decir «casi» era bastante pues, Pippa no conocía a nadie más hermosa y buena que su nueva mamá, que para su suerte era también su mejor amiga.

El día de la siega, cuando le vio llegar de la mano de Papá, Pippa había sentido su corazón estallar de alegría. Había pedido a Dios y a su mamá que la trajeran de vuelta a casa, y ellos la habían escuchado.

Tía Becky —como le había pedido que le llamase—, había traído a su esposo, un señor muy estirado y a sus dos hijos, que eran más o menos de su

misma edad. Albert y Cressida eran gentiles, e incluso le habían invitado a venir a su casa para Navidad. Pippa se alegró mucho cuando supo que, de ahora en adelante, ellos serían sus primos.

No podía olvidar a Pete y a Clancy, los chicos que había conocido en la Feria de la Leche, y a su mamá, Lucinda, que había venido a trabajar a Marsham House porque se había quedado viuda, o algo así le había dicho Dorothy.

Solamente lamentó que la señorita Pemberton no hubiera estado en la boda. Cuando papá supo que había sido ella quien echó a Laurel a la calle, después del accidente de Pippa, se enojó mucho y la despidió sin contemplación. Pippa no entendía por qué su institutriz había hecho algo así, pero igualmente la perdonó, porque había sido buena y paciente con ella todo ese tiempo. Por las noches rezaba para que estuviera bien y muy pronto encontrara otro trabajo, educando a una niña a la que le gustaran sus clases.

Papá le prometió a Pippa que muy pronto iría a una hermosa escuela de Winslow, donde tendría amigas y un ambiente adecuado para una niña de seis años, y aunque ella albergaba sus dudas, el hecho de saber que Hazel y Elvira iban a ser sus compañeras, la tranquilizó un poco.

Pippa también se sintió feliz de que el tío Gardiner hubiera empezado a querer a Laurel. Había tardado mucho en darse cuenta de que ella no estaba loca y de que era inteligente, sensible y amable pero, gracias a Dios, ese cabezota lo había notado al fin. Ahora la trataba con respeto y consideración, y ella le llamaba tío Ralph.

Viendo todo esto, la niña se dio cuenta de que ahora era más feliz de lo que había sido jamás, así que agradeció a Ethel, su mamá en el cielo, por haber escuchado sus rezos y por dejar que su papá encontrara otra esposa que pudiera amarlo, como estaba segura, lo amaba Laurel.

La boda fue hermosa. Papá vestía un traje gris oscuro, con un ramillete de flores en la solapa. Llevaba una corbata elegante y un chaleco del color del vino. Se veía muy guapo... pero Laurel era otra cosa. El vestido que tía Becky le había traído de la ciudad era lo más bello que había visto en sus casi seis

años. Estaba hecho con delicados encajes y brocados y era del color de la crema batida. Pippa tuvo que pestañear al ver a Laurel bajando las escaleras, vestida de novia, porque parecía un ángel.

El vestido que Papá había mandado a confeccionar a Pippa no se quedaba atrás. Era del mismo color del de Laurel, y tenía cintas que se ataban detrás de su cintura con bellas cintas de *grosgrain*. Las flores que llevaba en la mano completaban su atuendo y la hacían sentir mayor. Le hizo pensar en el día en que ella fuera una novia.

Después de la celebración, se sirvió un almuerzo delicioso que la señora Timdale y Dorothy habían preparado. Hasta Gypsy tuvo su plato repleto de comida. Los adultos bebieron champaña y brindaron por la feliz pareja. Pippa y los otros niños también habían brindado, pero con ponche de frutas.

Más tarde, Laurel vino a saludarla. Pippa sabía que estaba un poco cansada de la fiesta y de la gente que la abrumaba sin querer, así que la tomó de la mano y se la llevó al jardín para dar un paseo las dos solas.

—¿Estás contenta, querida?

—¡Claro que sí, Laurel! —Exclamó dando un brinquito de pura excitación—. Me gustó la ropa que usamos, el pastel, mis nuevos primos, ¡todo! ¿Podemos ir en Navidad a casa de la tía Becky?

—Ya veremos. Recuerda que en invierno es la próxima siembra, pero estoy segura de que papá se las ingeniará para que hagamos algo lindo para Navidad.

—Mañana nos vamos a Brighton, ¿verdad? Iremos a la playa.

Laurel rio.

—¡Por supuesto!

—Yo jamás he ido a la playa...

—Lo sé, cariño. Tampoco yo, así que será algo nuevo para las dos.

—¿En serio jamás has ido, Laurel? —preguntó con asombro. Creía que los adultos ya habían hecho la mayoría de las cosas, pero ella negó con la cabeza, y Pippa supo que decía la verdad, porque ella no mentía—. ¿Ni siquiera cuando eras niña? ¿Por qué?

Ella ladeó la cabeza y le sonrió.

—Pippa, ya sabes que estoy loca...

—Papá dice que tú no estás loca, pero que no eres como las demás personas, que eres *especial* y única. Y tiene razón, Laurel. No hay nadie como tú.

—Gracias, amor mío —susurró. Le obsequió una sonrisa luminosa, pero en sus ojos asomaba el brillo de unas lágrimas—. Pero mis padres no creían lo mismo. Jamás me llevaron porque... ya sabes que me da mucho miedo el agua. Y además me portaba muy mal cada vez que salíamos a la calle... gritaba y... —de pronto se calló. Quizá no le gustaba hablar mucho de eso—. En fin. Pippa, ¿me ayudarás a meterme al agua?

—Claro que sí, Laurel. No pasa nada. Ha de ser igual que esa vez que metimos los pies en el río. No tuviste miedo entonces, ¿verdad?

—No, querida. Tú me ayudaste a no tener miedo.

—¿Lo ves? Papá también estará allí. Los dos te cuidaremos... Laurel, ¿por qué lloras? ¿Dije algo malo?

—No, querida... —sollozó, y luego le tomó un rato volver a hablar—. Es que... Phillipa, nuestra nueva vida como familia comienza ahora y... tengo miedo de no poder cuidar de ti, como ese día en el bosque.

—No fue tu culpa. Sé que cuando pintas olvidas cosas y...

—Es lo que trato de decirte —se limpió las lágrimas—. Me duele admitir esto, mi pequeña, pero debo ser justa contigo: habrá algunas veces en las que no podré cuidar de ti, no porque no te ame, sino porque no puedo hacerlo. Yo no voy a cambiar. Siempre seré como soy, incluso cuando tú seas una adulta.

¿Entiendes eso, corazón? —la niña asintió—. Quizá tú debas cuidar de mí.

El corazón de Phillipa se infló de amor y compromiso; para ella no era ningún trabajo.

—No me importa, Laurel. Nos cuidaremos las dos... y cuando yo sea grande cuidaré de ti. Y Papá siempre estará con nosotras. No llores, por favor.

—Eres tan buena, mi pequeña —Pippa le enjugó las lágrimas—. Te amo, Pippa. Te amo tanto. No sabes cuánto.

La niña la abrazó.

—Yo también... mamá.

*Fin*





## Sobre la autora

Alexandra Risley nació en Venezuela en 1982. Es licenciada en comunicación social (mención periodismo) graduada en 2004 en la Universidad Fermín Toro. Trabajó como periodista y jefe de información de distintos medios de comunicación hasta el año 2009, cuando se marcha a estudiar a la ciudad de Londres. Es en ese viaje donde encuentra la oportunidad perfecta para darle forma a su más grande sueño: convertirse en escritora.

Ha publicado seis novelas: *El pianista recostado en el opio* (Editorial Vestales, 2012), *Victory* (Editorial Vestales, 2013), *Bajo el cielo de Cawnpore* (Editorial Vestales, 2014), *El reino de las almas robadas* (Plataforma Neo, 2015), *El deseo de Harmony* (2015) y *El bosque de Laurel* (2016).

En la actualidad, Alexandra vive en Caracas y junto a su esposo, el conferencista José Jacinto Muñoz, dirige una compañía llamada Gravita Comunicaciones, dedicada a capacitar a empresas en temas de crecimiento personal y profesional.